

CLAUDIO HERNÁNDEZ

Ojos
QUE NO SE
abren



Ojos que no se abren

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2018.

Título: Ojos que no se abren.

© 2018 Claudio Hernández

© 2018 Diseño de cubierta: Francesca MerryBooks

© 2018 Diseño de cubierta: Vero Monroy

Código Safe Creative: 1805267191572

Licencia: Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Pero creo que esta vez he llegado más lejos en mi aventura que me ha despertado el lado más creativo de mi... Ese brillo... También se lo dedico a mi Suegro/Padre que sé que está viéndome desde arriba, que digo, desde mi lado... Todos los días...

Ojos que no se abren

1

Tenía las fotografías de aquellas siete pobres desgraciadas a las cuales se habían dado por desaparecidas y muertas, cuatro años atrás. Sin saber por qué, había abierto su cajón que carraspeó cuando mostró cuan largo era, en forma de lengua oscura. En su interior un buen montón de carpetas verdes; porque él las quería de ese color, una manía como tantas otras que tenía, que pugnaban por salir a flote, como si un muelle en la parte inferior del cajón las estuviese empujando. Dos de aquellas carpetas destacaban sobre las demás y por supuesto, estaban las primeras, las cuales cogió con su rechoncha mano. Volvió a sentir el áspero tacto del papel o la cartulina vieja; habían pasado cuatro años viajando de un lado para otro, mientras por las noches, reposaban en el fondo del cajón, hasta que este, se llenó, y ocuparon la parte superior para poder manosearlas, como seguramente aquel hijo de perra las había manoseado a todas ellas. O quizá no.

Ava, Madelyn, Hannah, Emily, Zoe, Kilye y Audrey.

Y como un despistado coleccionista las había pegado en la pared de su despacho con cinta adhesiva; la pintura se resquebrajaba con cada fotografía que llenaba la pared, hasta que se repantigaba en su asiento giratorio para observarlas con detenimiento y desconcierto a la vez.

Todas ellas estaban desaparecidas y su asesino en la cárcel pudriéndose; tenía un cáncer terminal y Andrew esperaba escuchar el timbre de su teléfono para descubrir que todo se había acabado, pero su don de «Precognición» le decía que volvería a mirar el rostro de estas mujeres, que ahora solo eran fotografías descoloridas por el paso del tiempo, pegadas como chicles. No

sabía por qué, pero tenía la certeza de que algo extraño iba a suceder.

Andrew no gozaba de este poder mental, sino de dos; la anterior mencionada y la Visión Remota.

Sabía que algo iba a suceder.

Vaya si lo sabía.

Una de sus manías, era volver una y otra vez a releer las investigaciones de todos los casos que habían llegado a sus manos; muertes, infidelidades, desapariciones, niñas que habían sido... No, no quería pensar en esa maldita palabra. Su mano menuda, ahora en un puño, apretaba su frente hasta sentir el peso de un martillo.

Y he aquí que el buen hombre tuvo la idea de sacar la carpeta de ellas y la de él; como si de pronto regresara al pasado. Una obsesión que le había tenido obcecado toda la noche. No se había tomado la maldita pastilla. No se había tomado ninguna de ellas, solo el riego fresco de varias cervezas atravesando su garganta le hacía olvidar, pero regresaba a su mente, esas jodidas imágenes. No era normal en él, tampoco, que bebiera tantas cervezas. Las fotos. El asesino con un diente partido y con cara de loco. Las pruebas recogidas como las prendas de ropa de esas pobres mujeres, llenas de sus huellas y su saliva y sabe Dios qué más. No recordaba. Pero ahora, por la mañana, mientras los rayos del sol quedaban atrapados en las rendijas de la persiana y apenas alargaban sus dorados dedos hasta la mesa con la lengua fuera, sabía de que se trataba.

Semen.

El líquido sedoso o peor aún, pegajoso, de un color blancuzco como la pus, que contenía millones de seres vivos dentro, que a buen seguro eran mejores que él. Parker Atkinson. El que se estaba muriendo lentamente sin decir donde cojones estaban los cuerpos de ellas. Hasta que, el teléfono sonara y adiós al secreto. La boca que podría expulsar con escupitajos los lugares donde habían sido enterradas o emparedadas o quien sabe; en el fondo de algún lago, se iba a cerrar para siempre llevándose el silbido con la expiración final.

Eso también lo sabía.

Su incipiente calva se iluminó con uno de aquellos rayos de sol de primavera en CastleLakeHill; una pequeña ciudad con frondosos bosques y seis profundos lagos, en el condado de Maine. Donde al parecer; todo lo más extraño del mundo, sucede. Pero solo sucedió en tres de esos lagos. Eso todavía no lo sabía.

Andrew Moore estaba ya casi jubilado, que no retirado, porque sus manías, se lo impedían. Las chicas como cuadros lo miraban a él con unos ojos inexistentes y él, las miraba a ellas, con unos ojos castaños.

Mientras pensaba en el monstruo de Parker Atkinson.

Y recordó que tampoco había ido a la cita con su mejor amigo; su Psiquiatra. Un tipo alto y rubio y sobre todo joven, que se llamaba Grayson Lee. Recordaba como siempre le estrechaba la mano y le mostraba al mismo tiempo, de forma instintiva, una amplia sonrisa que no parecía tener fin. Una raya dibujada que podría rodear toda la cara hasta la nuca.

Y vio.

Cuando su corazón subía por el esófago es que algo iba mal; un día vio de antemano el clavo que iba a atravesar el pie de mamá; allá en los años cuarenta, pero no se lo dijo y lo pisó hasta tal punto que la punta afilada salió por la otra parte del pie, manchada de sangre. Nunca se lo perdonaría, pero ahora lo estaba viendo. Detrás de sus ojos, donde el nervio óptico acaba en una conexión con alguna parte del cerebro; la vio.

Era Ava y estaba durmiendo. A su lado, a lo largo de su cabello de color azul, se enredaban las flores y las malas hierbas, como una fina telaraña que lo cubre todo. Pero en su caso podía percibir olores y escuchar ruido. Era algo chapoteando en el fondo, como una vaga banda sonora; era agua y algo que rezongaba sobre el nivel de ella, una rana que se desgañitaba mientras su boca permanecía abierta y su ridícula lengua colgaba hacia un lado. Otro animal le había mordido la lengua tiempo atrás, y la pobre rana debía conformarse con la vida. Con la dudosa existencia de Ava privada de esa vida, con los ojos que no se podían abrir.

Le resultó algo trivial como todas las veces; veía las cosas que le sucederían después, pero ahora había visto algo que le hizo saltar todas las alarmas de su cuerpo. Su corazón golpeó con fuerza el fofo pecho y sus manos

empezaron a sudar. El áspero o ácido líquido subió hasta la amígdala de su garganta y se detuvo ahí con un escozor.

Esta vez había sido diferente.

Pero seguía siendo el resultado de la Precognición.

A sus sesenta y tres años, todo le había parecido diferente.

De pronto sonó el teléfono. Algo que la Precognición no le había avanzado. El que estaba sobre la mesa de madera caoba, en una esquina de la misma. Era uno de esos inalámbricos, pero sonaba como una campanilla de los años setenta; el mismo sonido que los teléfonos antiguos. Él estaba de espaldas al teléfono y le había pillado de imprevisto. Se movió bruscamente dentro de su silla giratoria al tiempo que algo frío se le subía a la cabeza.

No había visto detrás de sus ojos ese escenario. No había presagiado nada. Al fin y al cabo solo era una llamada de teléfono, pensó mientras se daba la vuelta con la silla acomodada. Era negra y estaba acolchada. Tenía un respaldo que le llegaba hasta la nuca. Cuando lo compró, muy caprichoso él; había leído que tenía un respaldo con basculante con balanceo y que se podía ajustar al modo Toplift. Que lindeza. Dicho respaldo y donde iba a sentar la mayoría del tiempo su enorme culo, era de doble capa. Se había asegurado bien de ello y además en el cartel ponía; puedes usar la silla más de ocho horas todos los días. Sus ojos habían brillado al leer aquello y lo siguiente; buena base estable con ruedas duras. Él era grande y pesado, no gordo, sino pesado; cien kilos por lo bajo. Los reposa-brazos estaban desgastados por el constante refriego de su antebrazo. En verano, cuando se remangaba la camisa, su piel se arañaba con lo que parecía plástico, pero era cuero.

Quejumbroso, hizo deslizar o mejor arrastrar, las cuatro ruedas de la silla hacia donde estaba el teléfono. Solo le distanciaba de esos timbrazos un metro y medio, y decidió que no era bueno levantarse de la silla tan pronto como se había sentado después de pegar todas aquellas jodidas fotografías.

Al cuarto timbrado descolgó el teléfono.

—Le habla el detective Andrew Moore. ¿Quién me molesta a estas horas?
—Su voz grave y desgarrada a la vez había aumentado de tono paulatinamente. Andrew no era uno de esos tipos con voz melosa y cariñosa, sino todo lo

contrario. Voz fuerte y gruñón, pero sabía hacer bien su trabajo.

—Son más de las nueve y media Andrew —le dijo una voz de pito en el otro extremo de la línea.

Andrew reconoció esa voz y frunció el ceño.

Sabía que algo malo o no, iba a decirle.

—Maldito hijo de perra, ¿para qué me has llamado Colton? —Sus pies se apoyaron al suelo de linóleo y se impulsó para darse la vuelta de nuevo hacia la pared. Hacia esas fotografías.

Colton Allen era el alcaide de la prisión del Centro Penitenciario en Warren, Maine. Un centro que solo tenía un cupo de 915 presos. Todo un lujo para el capullo de Parker Atkinson, porque tenían todas las comodidades del mundo; hasta televisión, eso sí, en una sala. Un buen día alguien dijo que los presos están en la cárcel para pagar una deuda con la sociedad, no para criar músculos y asaltar a gente inocente cuando dejen la prisión.

A Andrew siempre le había quedado esa espina.

—Detective Andrew, tengo que darle una buena noticia —respondió Colton jocosamente.

Andrew parecía que lo estaba viendo escurriendo una risa contagiosa mientras su enclenque cuerpo se doblaba en dos y sus largos dedos, finos como bolígrafos, estaban cerrados, probablemente en el teléfono de la prisión.

—¡Vaya! Una noticia. ¿Qué le hace tanta gracia?

En el otro extremo, en una zona remota de Maine, Colton cerró sus estirados labios en un rictus serio, como si fuera un niño travieso que había sido regañado por su padre.

—¿Se me ha escuchado reír?

—Como si lo estuviera viendo —respondió Andrew con cara de malas pulgas. Él siempre tan serio y pensativo.

—Lo siento, pero dado que tenemos una cierta amistad me limité a dejar llevarme por mis impulsos, ya que creía que no le molestaría...

—Déjese de chácharas y vaya al grano —le interrumpió Andrew mientras

sus ojos se fijaron en la fotografía que había pegado a cierta distancia de las siete mujeres; el de Parker, que tenía una mirada de locura en la foto que estaba de frente.

De pronto se hizo un silencio en la comunicación solo rota por el ahogado maullido de un gato que se restregaba el lomo en una de las esquinas de su casa.

—Parker Atkinson ha muerto. Ha sido esta madrugada. Sobre las tres y cuatro minutos. Y no, no ha dicho nada antes de estirar la pata. Ya queda un hijo de puta menos en este país.

El detective se quedó atónito y claramente decepcionado, porque él creía que volvería a saber de aquel loco. Que hablaría al fin. Que derrocharía por su boca todos los lugares en las que había hecho desaparecer a aquellas pobres siete mujeres; ninguna pasaba de los treinta años ni estuvieron casadas. Ni mucho menos tuvieron hijos.

Como una torre emergiendo del suelo, Andrew se levantó de la silla en un costoso trabajo de giro de músculos y rozaduras de huesos de las piernas que crujieron todos al unísono: fémur, rótula, peroné, tibia, tobillo y los huesos coxales. Un dedo largo y fino de sol, que se colaba por la esquina de la persiana bajada, le acarició la enorme panza como una bolsa de agua.

—Pues eso me ha jodido —dijo Andrew con los dientes apretados y colgó pulsando el botón con el pulgar.

En el otro lado de la línea Colton se quedó mirando el teléfono como si allí hubiera algo interesante que ver. Un moco.

Andrew guió sus ojos a la fotografía de Parker acercándose lenta y oficiosamente a la pared. Sus ojos con una mirada profunda, escudriñaron cada pedazo de ese rostro. Parker Atkinson parecía reírse de él con una risa burlona, sin embargo, solo tenía los labios separados mientras mostraba sus feos dientes al foco de la cámara. El pelo, sucio y pringoso, se había acostado sobre su frente como una ventosa negruzca. Sus ojos eran endiabladamente inquietantes. Tenía cierto halo de locura; como si fuese un perverso y un monstruo.

Los dedos de la mano derecha del detective rozaron la superficie lisa de la

fotografía, con cierta delicadeza, mientras se concentraba en emplear su don de la Visión Remota. Y vio algo.

Estaba tieso como una mojama.

Todavía encorvado, porque había pegado la fotografía a media altura de la pared, justo por encima del mueble de cajones; donde tenía todos los casos resueltos y fracasos del pasado, Andrew había empezado a elucubrar.

2

En alguna parte de Maine, fuera del condado de CastleLakeHill, una mente enfermiza estaba escuchando la canción «Life In Mono» a todo volumen, mientras tres radiadores le enfocaban el cuerpo emitiendo una densa ola de calor. Se acariciaba a sí mismo con sus manos embadurnadas de gel, paseándolas por sus pechos, vientre plano, costillas, lateral, antebrazos e incluso su cara; al ritmo de la suave melodía de esa canción melosa y romántica. Sus ojos brillaban de locura y la peluca de color verde descansaba sus largos extremos sobre sus hombros y le acariciaba la espalda. Sus movimientos eran sensuales, como la música y encajaba a la perfección cada movimiento.

Los altavoces salían de sus bobinas magnéticas en cada sonido de la batería y se escondía cuando la voz de una mujer casi susurraba la letra de la canción.

Esa mente enfermiza estaba encerrada en una habitación con las ventanas tapiadas y sin ventilación, con tres bombillas de color rojo que proyectaban una manta de sangre sobre su cuerpo, y arañaba las paredes.

Su mano derecha bajó hasta su sexo, y con suavidad se la introdujo en el hueco que formaban sus dos muslos. El vello casi espumoso hacía las veces del monte de venus y en el único espejo que había frente a él, de su mismo tamaño, reflejó lo que parecía un coño.

Sus labios se estiraron en una mueca morbosa y enseñó su rosada lengua al espejo, mientras se relamía los labios y sus párpados se cerraban. Y seguía

moviéndose al ritmo de la susurrante música, por qué para esa mente enfermiza; aquella canción era un susurro para sus oídos aunque sonaran a más de noventa decibelios.

En el camino de esa mente enfermiza, estaba cruzarse con el detective Andrew.

Pero mientras tanto, seguía bailando y excitándose en una masturbación.

Al ritmo de la canción que sonaba una y otra vez.

3

Andrew Moore siempre quiso ser detective y lo consiguió pasando todos los escalones en el cuerpo de policía, pero a él le atraía más ser un detective privado, sin embargo, en los Estados Unidos, esto no era una buena decisión a menos que te conformaras con estudiar casos de infidelidad. Andrew quería capturar a las mentes más perversas de este mundo, bueno, de su estado o condado. El haber cumplido con los requisitos en el cuerpo de policía, ahora podía hacer preguntas a los testigos, mirar a los ojos de los asesinos y resolver crímenes. Pero tras una larga vida dedicada a un continuo estrés, llegó a sopesar la idea de abandonarlo todo, a la edad de sesenta y tres años, por qué creía que ya había hecho bastante. Pero algo dentro de él, que pugnaba por salir como un grano doloroso, le decía que su tiempo no había acabado todavía. No ahora.

Se quedó mirando los rostros de aquellas mujeres sonrientes y jóvenes, que ahora estaban estampadas en la pared como una colección de cromos.

Para el Cuerpo de la Policía de Maine, este caso parecía haberse resuelto de forma rápida y eficaz. Sin embargo, para Andrew siempre hubo un vacío que llenar. En algunas ocasiones sentía el latido desaforado de los corazones de aquellas mujeres. Y él pensaba que eran delirios, tal como le hacía creer su Psiquiatra, Grayson Lee; un hombre de pelo rizado, rubio canoso y las mandíbulas prominentes.

Andrew le llamaba «El cuervo» por su vestimenta. Un traje oscuro como

el de un padre dolorido por la muerte de su hija, que está frente del ataúd que pronto dejarían caer con suavidad hasta el fondo de la fosa cavaba momentos antes.

Por supuesto Grayson no sabía que lo llamaba así.

De nuevo, sonó el teléfono. Esta vez el móvil que tenía guardado en el bolsillo de su gabardina gris. Aunque fuera verano y aunque estuviera al lado de una chimenea, aquella gabardina de más de veinte años, le acompañaría siempre.

Sintió como una pequeña vibración le relajaba el dolor de la cadera. Su carne prieta, aunque no bofa para el peso corporal que tenía, respondió a dicha vibración del móvil con un pequeño cosquilleo. Además, un zumbido, como una enorme mosca verde, de esas que acaban de pasar su afilada lengua por la viscosidad de un cadáver, parecía querer brotar del hueco del bolsillo ascendiendo como el humo de un cigarrillo.

Andrew dejó que sonara dos veces y a la tercera sus dedos se toparon con el canto del teléfono. Lo agarró como si fueran unas pinzas y se lo llevó a la oreja.

—¿Diga? —Ese era su número privado y muy pocas personas lo tenían. Quizá solo dos en aquel momento; el sheriff Landon y su Psiquiatra; Grayson Lee.

—Hola, Andrew, ¿qué tal estás? —Era la voz ronca del segundo. Sonaba alto y claro. El teléfono, un Samsung del año 2003, con dos únicas teclas y nada de Android, todavía seguía funcionando. Era de color blanco.

—Bien Grayson. Estoy bastante bien —mintió Andrew mordisqueándose los labios. Sus ojos estaban puestos en la fotografía de Ava, la primera mujer situada a la izquierda. Ava Cox había desaparecido una mañana del mes de marzo, recién estrenada la primavera del año 2014. Tenía una buena memoria, de momento.

—No sé por qué, pero no te creo —dijo Grayson de forma tajante.

A Andrew le importaba un bledo lo que pudiera pensar Grayson, de modo que no se le secaron los labios y ni le empezó a sudar la frente. Sus ojos seguían absortos en la fotografía de aquella mujer con el pelo azul, sí, era

ridículo, pero así desapareció. Aunque después, le tintaran de nuevo el cabello de ese absurdo color, pero todavía no lo sabía.

—Bueno, ese es tu problema no el mío —contestó Andrew dejando de morderse el labio inferior. Los rayos del sol apenas podían atravesar la persiana más que por las rendijas finas como un fideo y las agujas del reloj seguían avanzando esa mañana de marzo, casualmente coincidiendo con la primera desaparecida.

El destino nos depara a todos una sorpresa, pensó.

—¿Has vuelto a tener manías Andrew?

—No.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Rascarme el culo —respondió Andrew sin soltar sonrisa alguna. Ni siquiera sus labios se estiraron en una mueca alargada.

—Ya, siempre tan convincente Andrew. ¿Sabes por qué te llamo?

—No —mintió Andrew. Sabía que se había saltado la cita.

Hubo un corto espacio de tiempo en el que reinó el silencio. Ningún perro ladró en la esquina más próxima ni se escucharon las uñas de las ratas detrás de la pared.

—Pues que te has saltado la cita de nuevo. Tenías que haber estado aquí como un clavo anteayer. A las once de la mañana. ¿Te suena de algo eso?

—¡Vaya! Se me ha olvidado otra vez. —Ahora las yemas de los dedos de la mano izquierda acariciaban la fotografía de la mujer de pelo azul.

—Tu siempre tan ocurrente. —La voz de Grayson no denotaba ninguna gracia. Es más, parecía enfadado.

Andrew se lo estaba imaginando con su ridículo traje ajustado y repantigado en el sillón, detrás de su mesa negra. Una gigantesca mesa como la proa de un portaviones.

—No se me ocurre otra. Ya sabes que los que vamos para viejos olvidamos las cosas a veces. Además, esas jodidas pastillas que usted me receta me dejan todo el día durmiendo y como usted sabe, tengo cosas que

hacer...

—Pero usted necesitó ayuda hace casi cuatro años y yo se la di. Estaba usted obsesionado y delirando con casi cualquier cosa —le cortó Grayson casi elevando la voz. Ahora sonaba grave; al menos era mejor que escuchar a Colton, que la tenía aguda, pensó el detective.

—Eso lo tengo desde pequeño —suspiró Andrew mientras las yemas de sus dedos seguían acariciando la áspera superficie de la fotografía. Sus ojos la observaban con una mirada profunda. Como un hipnotizador.

—Por eso debería acudir más a sus citas, señor Andrew. —Le había llamado «señor»; era un a manera de ganarse la confianza de sus pacientes. Siempre tan correcto y con voz pausada, aunque ronca, para dirigirse a ellos. A los trastornados.

—Lo sé. No hace falta que me lo recuerde. Por eso he llegado casi a la edad de la jubilación, ¿no le parece? —Andrew mientras estaba hablando sintió un fuerte dolor en la cabeza; esta vez más punzante que las de siempre. Ese dolor lo sentía dentro de su cabeza cada vez que se activaba su función de Visión Remota, como cariñosamente lo llamaba él. Ya se ha activado, pensó.

—Quiero que me haga un favor señor Andrew.

—¿Cuál? —Andrew seguía con las yemas de sus dedos sobre la fotografía a pesar del dolor que sentía, el cual era cada vez más intenso; como si se acercara a un transformador de alta tensión.

—Que venga esta tarde por aquí. Sobre la cinco. Quiero tener una charla con usted. Creo que no está bien, lo noto en su voz...

—Jodido —le cortó Andrew. Su cabeza estaba a punto de explotar. Había detectado un objeto, una persona o un lugar. Recibía constante información psíquica en esos momentos de algo que estaba situado en alguna zona remota. Casi lo podía ver como una nueva fotografía. El dolor era lacerante y tuvo que ahogar un gemido. Su cara se frunció de dolor. Estaba sudando por la frente. Algo en algún lugar le estaba llamando. Andrew había investigado a fondo este don y apenas encontraba información de ella, salvo algunos experimentos realizados a un grupo de soldados de la Unión Soviética en los años setenta. Estos, eran capaces de recibir información de lugares, objetos y personas

situados a una distancia lejana. No importaba los kilómetros que se interpusieran por el medio. Andrew estaba viendo algo. La información fluía al ritmo del galopante y pulsátil dolor de cabeza.

—¿Se siente usted bien? Le noto como si tuviera la voz afligida —explicó Grayson desde el otro lado de la comunicación.

—Es un dolor de cabeza sin importancia —explicó Andrew sin apartar sus yemas de los dedos de Ava Cox. Nunca le había dicho nada de los dolores de cabeza cuando una percepción psíquica aparecía de repente. Tampoco lo de la Visión Remota o la Precognición, eso había sido cosa de su madre Karrin; ahora muerta hace siete años, a la edad de 81 años, de un paro cardíaco. No había sufrido.

—¿No estarás delirando con esos poderes mentales que dices que posees?

—¿Qué narices está diciendo usted? —Andrew elevó la voz hasta el techo y las paredes respondieron.

—Sabe que eso no existe —dijo Grayson, siempre manteniendo el mismo tono de voz.

—Lo dejamos así, ¿ok? —El dolor de cabeza era ahora cada vez más intenso y estaba deseando que el pesado de su Psiquiatra decidiera colgar el teléfono.

—Esta tarde. A las cinco. Andrew, no te olvides.

—Shhhfff. —Sonó un a especie entre bufido de gato y silbido estrangulado en el gznate. ¿Le había contado esas cosas a Grayson? No estaba muy seguro de ello, pero parecía que así había sido.

Y de repente escuchó un largo tono entre agudo y grave que indicaba que el señor Grayson había colgado. Andrew se sintió aliviado por un momento. Estaba hasta las narices de él, pero lo comprendía. No era normal tener ciertas habilidades con la mente como las que tenía él, y por eso no lo pregonaba a los cuatro vientos, pero bien sabía que estos, le habían ayudado a resolver decenas de casos.

Y su astucia.

Pero de esas siete mujeres nunca le había pasado nada igual hasta ahora.

Le había entrado el puntazo de sacar el expediente que siempre asomaba el primero al abrir el chirriante cajón. Tuvo la necesidad imperiosa de ponerlas en la pared y a un lado, al asesino. Su corazón le decía haz esto y aquello que pronto va a suceder algo. Y estaba sucediendo. Como en un cuento de magia.

El dolor en su cabeza era como si una bomba estallase dentro de su cráneo. Sus dedos sobre la fotografía todavía. La oreja caliente y enrojecida por el teléfono móvil, que se guardó de nuevo en el bolsillo. El teléfono también estaba caliente.

Y recibió información.

4

Se lo había llevado a la tumba con la boca cerrada. Parker Atkinson estaba tendido sobre una helada camilla de metal, con los párpados blanquecinos. Una especie de sonrisa dibujada en sus labios, parecían decir; iros a la mierda todos, pero la verdad es que había tenido que aguantar una escalofriante cadena de dolores mientras el cáncer se lo comía. Estaba en los huesos. Su cadáver era una perfecta momia, pero si le abrías los ojos aún conservaba una locura en su mirada.

Colton Allen había firmado los documentos necesarios para mandar al infierno a aquel maldito asesino. Lo miró con semblante serio bajo unos gruesos cristales de sus gafas y sintió ganas de escupirle, al menos una sola vez. Para despedirse de tal monstruo. En su ficha indicaba que había asesinado a siete mujeres, todas ellas todavía desaparecidas, y el muy hijo de perra se había ido sin dejar rastro del lugar donde las había enterrado o tirado como bolsas de basura. Sin dejar una sola pista. Solo se reía y chillaba a medida que el cáncer se lo comía por dentro. Metástasis le había dicho el oncólogo. Te vas a morir y parecía que sonreía a la vez que se lo decía.

—Te vas a quemar en el infierno —susurró Colton mientras dejaba la carpeta con la hoja firmada con un riguroso pulso que había marcado con fuerza la tinta sobre el papel. En el dedo pulgar del pie izquierdo de Parker había abrazado una pequeña goma con una etiqueta garabateada; era su

nombre. La firma en el documento se posó al lado del tobillo de este pie, en el borde de la camilla, casi a punto de caerse al suelo.

Y media hora más tarde sus cabellos pringosos entraron en el túnel del horno crematorio. Una pequeña llama de color azul y que bailaba en silencio, le estaba esperando en el centro del recorrido. Empujaron el cuerpo hasta ver desaparecer sus apestosos pies y la llama creció como un monstruo voraz alrededor de su cuerpo.

5

En la misma hora en que su cuerpo se convertía en cenizas y los huesos quedaban libres de toda musculatura, tendones y ligamentos; la mente enfermiza seguía bailando con su sexo atrapado entre sus piernas, apretando con fuerza hasta sentir dolor, mientras la música repetitiva de «Life In Mono» explotando en los altavoces, parecían que iban a salir corriendo de aquella habitación pegajosa de un momento a otro, ante los ojos lunáticos de esa mente enfermiza.

La peluca verde se cayó al suelo extendiéndose como los tentáculos de un pulpo sin vida.

Y sus ojos, miraron al espejo y brillaron de nuevo.

Amortiguado por la música se escuchó un grito detrás de la pared pintada de rojo.

6

Sus dedos estaban todavía apretados sobre la superficie de la fotografía de Ava Cox. Él la vio bocarriba, con los ojos cerrados. Los párpados maquillados y los labios sellados como si estuviera durmiendo. El dolor de cabeza era punzante y a medida que le llegaba información éste se hacía cada vez más difícil de soportar, sin embargo, seguía aferrado a esa fotografía cerrando y abriendo los ojos.

El sol le calentaba el rostro que sin duda era de Ava Cox, era como si la estuviera viendo de cerca, pero estaba lejos. Esta vez, aunque diferente también, había tenido un ejercicio de Visión Remota. Y recordó la sucesión de imágenes de apenas un par de horas. También la había visto tendida bocarriba y envuelta en flores de todos los colores. Pero antes había sido una visión sin dolor de cabeza; una Precognición.

También era la primera vez que habían concurrido tres factores; la manía, la Precognición y la Visión Remota. Esa mañana de la primera semana de primavera se había levantado con la necesidad de volver la vista atrás y después había venido todo lo demás.

Esa mañana de miércoles se habían disparado todos sus sensores de percepción extrasensorial. Así lo llamaba él; a veces lo llamaba «La máquina». Y también se dio cuenta de que estaba a punto de cambiar el rumbo de su vida en los días posteriores.

Sabía que esa mañana, todo era anormalmente diferente.

El dolor punzante quería salir de su cráneo, pero Andrew no despegaba sus dedos de aquella fotografía. Recibió más información; era una imagen verde, de pequeño tamaño.

Salvo el retumbar de los latidos de su corazón y el ruido que produce el dolor intenso en la cabeza, aunque sea vago, todo lo demás era silencio. No obstante, aquella magia se vio rota de repente por un ruido familiar; el croac de una rana.

Este dato era muy importante para él; además de recibir información e impresiones, podía recibir sonidos.

—Está en un río o en un lago —susurró cerrando los ojos y el dolor pulsátil se convirtió en un sonido como si un herrero estuviera forjando con su martillo el hierro templado de una espada.

Y el ruido crecía de volumen de forma constante, hasta escuchar a ese herrero resoplando en su cogote. Entonces, mientras esa cara angelical, que parecía intacta, seguía siendo un foco dentro de su mente concentrada, recordó algo de lo que había leído sobre la Visión Remota, en una de sus muchas búsquedas sobre este poder psíquico o capacidad que se podía aprender con

un peculiar entrenamiento de la mente.

La Visión Remota también conocida por sus siglas «VR» es una habilidad aprendida que posibilita a las personas descifrar imágenes de personas, locaciones, lugares y objetos con una capacidad mental, sin ninguna previsión del tema. La «VR» se clasifica como un fenómeno parapsicológico y se relaciona a otros hechos parapsicológicos como los denominados Clarividencia y Telepatía. Desde un lugar aislado y sin ninguna pista, una persona con Visión Remota puede deducir las características aproximadas de un objetivo desconocido.

Entonces tras recordar todo el texto completo que más le había llamado la atención un día de 1980, sus labios se estiraron en una mueca; una risa y el dolor de la cabeza se mitigaba un poco. Él era consciente de que no había necesitado aprender esta técnica, sino que había nacido con ella. Su Visión Remota era especial, al igual que su Precognición. Siguió riéndose en aquel acalorado despacho mientras sus dedos permanecían como ventosas sobre el rostro de Ava Cox.

Y la información que recibía era la siguiente; Estaba igual de bella como en la fotografía, dormida, rodeada de la naturaleza y arropada por el sol, con los ojos que no querían abrirse, y vio algo más en un nuevo, y repentino dolor de cabeza.

Una cabaña al final de un puente de madera sin ninguna sujeción a los lados. Este estaba flotando sobre el agua y bailaba a son del movimiento del agua, que era escaso.

Era un lago, de eso ya no había duda.

Y mientras se retorció de dolor, vio más cosas.

Un bosque que rodeaba el lago y los pájaros volando en el cielo despejado de esa mañana. Y vio que Ava Cox estaba cubierta de flores por qué estaba desnuda, dentro del agua y con la cabeza sobre la orilla, que no tenía olas, sino una suave fluctuación producida por un viento silencioso que apenas se escuchaba entre los árboles.

Se concentró como si estuviera ejercitando su mente y vio más flores, la ventana de la cabaña con una silueta delgada y encorvada que se podía ver a

través de ella y una caña de pescar. Pero no vio ninguna señalización del lugar.

Entonces el dolor fue tan intenso que tuvo que despegar sus dedos de la fotografía de Ava. Sus dedos se retiraron como si de repente la boca de Ava se hubiera abierto para darle un buen mordisco. La retiró con rapidez y el dolor desapareció.

También las imágenes que había estado viendo.

Y pensó en la visión que había tenido anteriormente y en esta; fundiéndose en una sola.

Sudaba copiosamente y el corazón empezó a relajarse, así como los hilos de sol que lograban penetrar al interior cambiaban de sitio, formando finas líneas amarillas en el suelo y en su rostro. Una de esas líneas de sol se centró en la fotografía de Ava y el color azul de su cabello brilló como una peluca de carnaval.

Acaba de cumplirse lo que ya presagiaba nada más abrir el cajón para coger aquella carpeta.

Entonces se sentó en la silla de ruedas incluidas y se sacó el teléfono móvil del bolsillo para hacer una llamada.

Ava Cox aparecía en su mente con el pelo azul.

El sheriff de CastleLakeHill, el también conocido como el «Marshall» por ser el de mayor rango en el cuerpo de policía, se llamaba Landon Miller y ya llevaba cinco años ejerciendo la ley. La comisaria, que se encontraba justo en el centro de la ciudad, tenía un trasiego incesante de agentes de policía, ayudantes y borrachos detenidos por alterar el orden público.

En aquella mañana de miércoles, un día cualquiera, no era diferente.

Habían detenido al maltratador de unas prostitutas que trabajaban en la calle; sin bragas.

Kevin Smith, el ayudante de sheriff fue quien despegó el auricular del teléfono que comenzó a sonar entre el murmullo que llenaba el aire de la comisaria.

—Aquí comisaria, dígame. —La voz sonaba petulante y en un principio Kevin se encontró con un silencio abismal en el auricular. Finalmente, escuchó la voz.

—Vamos capullo, quiero hablar con Landon.

Kevin reconoció la voz y sus cejas se enarcaron. Delgado y con un cabello oscuro azabache, repeinado con la raya a un lado, no tenía bigote, pero sí barba rala.

—Hola, Andrew, ¿qué tal está hoy? —Ahora la voz era más zalamera. Siempre se dirigía a Andrew con ese tono forzado aunque en el fondo él no lo deseara hacer. Se retiró el auricular del teléfono de su oreja un instante para mirarlo despectivamente y pensó que sería una buena idea colgarle, aludiendo en una segunda llamada que todas las líneas estaban colapsadas esa mañana.

—Jodido —respondió Andrew cuando Kevin se hubo pegado el auricular al oído—. Y no trates de colgar el teléfono porque eso es precisamente lo que deseas hacer.

Kevin enarcó aún más las cejas.

Recordó la gran bronca que le supuso equivocarse de persona en una detención, tras una redada en busca de estupefacientes. Landon, su jefe, estuvo a punto de destituirle. Así que no era de extrañar que ahora le tuviera cierto desdicho.

—No. No trataba de colgar el teléfono, ni se me ocurriría hacer una cosa así —mintió Kevin sintiendo como un calor sofocante que le ascendía desde los pómulos hasta la frente. Kevin desconocía lo de los dotes psíquicos de Andrew, de modo que se quedó dubitativo e impresionado a la vez.

—¿Puedes pasarme con Landon? —insistió Andrew.

—Sí, si... claro. Ahora mismo le paso con él. Creo que está libre, en su despacho.

—¡Me da igual si está libre o no, o si está en su jodido despacho! —

rezongó Andrew desde la penumbra de su propio despacho. Esa mañana, ya mediodía, estaba siendo muy ajetreada para él—. Tengo algo urgente que consultar.

Kevin pensó; ¿Y si es tan urgente por qué no ha venido aquí? Sin embargo, pronto descubrió, justo antes de pulsar el botón «1» de la botonera del teléfono, que aquella pregunta que se había hecho a sí mismo, había sido un tanto absurda. Es más rápido una llamada telefónica; rectificó y sus cejas se enarcaron de nuevo.

En la distancia, sumergido en el más absoluto silencio, a excepción del jolgorio que se escuchaba de fondo a través del auricular, el detective Andrew parecía estar en la más absoluta oscuridad a pesar del lúgubre brillo de la bombilla que conservaba en el techo hacia más de una década. Ahora eran todas de led, pero él conservaba la de filamento. Todavía funcionaba. Y los rayos del sol lánguidos, casi habían desaparecido ya.

Se escuchó toda una suerte de pitos y tonos que parecían indicar que de un momento a otro se iba a corta la comunicación o en el peor de los casos, parecía que estaban desmontando el teléfono. Al fin, una voz ronca sonó a través del auricular de Andrew.

—¿Sí?

—Si el capullo de tu ayudante te hubiera dicho que soy Andrew no habrías contestado así, ¿verdad?

—¡Oh, vaya! Detective Andrew. ¿Qué tal está? Hacía tiempo que no sabía nada de usted. —La voz ronca desvió el brillo del tono, por una voz algo más aterciopelada. Los ojos del sheriff brillaron como chispas.

En el otro extremo de la comunicación pareció escucharse una carcajada, ahogada por los chasquidos de las nuevas tecnologías de la compañía BellaConnect; la compañía de teléfonos.

Landon era un tipo atlético, de ojos verdes y cabello rubio. A decir verdad le sentaban bien las gafas de sol de la marca Vogue. Tenía la cara siempre bien afeitada yapestaba a un perfume caro. Su frente solía brillar bajo el sol a partir de la entrada de primavera, por una pegajosa crema que se ponía todas las mañanas tras la ducha. Era un tipo duro y no tenía contemplaciones con

ningún borracho. Admiraba a las prostitutas. Y tenía esposa y dos hijos, que vivían en una gran casa blanca con grandes ventanales y una puerta casi hermética.

Y por alguna razón, estaba fingiendo como lo había hecho Kevin.

—Vaya, te encuentro muy alegre esta mañana, ¿por qué será que no te estoy creyendo? —Andrew no es que se llevara mal con todo el mundo con su mal humor o su forma peculiar de decir las cosas; solo mantenía las distancias.

—Sí, mi mujer está embarazada otra vez —mintió Landon moviendo las cejas. Un palillo aplastado seguía moviéndose a lo largo de su boca, repasando la dentadura recién limpiada.

—Oh, mira que bien, la familia va aumentando. —Andrew dejó escapar una sonrisa en la distancia que parecía transformarse en un ligero silbido a través del teléfono. Sabía que estaba mintiendo porque había recordado que el año anterior Landon le había dicho que se había hecho la vasectomía, que su mujer no estaba para cuidar de más bebés.

Landon no pudo más que dejar escapar una risilla de malvado.

—Bueno sí, eso está bien, ¿no?

Hubo un silencio ominoso que duró casi tres segundos.

Landon estaba a punto de colgar cuando la voz grave de Andrew sonó de nuevo.

—Bueno, no te he llamado para ver si follas bien ni nada de eso. Tengo otras muchas cosas en las que pensar. Como por ejemplo el caso de las siete mujeres desaparecidas en el 2014, de las cuales solo encontremos sus prendas de vestir con las huellas de un lunático, que por cierto nunca creí que hubiera sido el asesino. ¿Me atrapas?

¿Qué había querido decir con esto último?

—Señor detective, ese caso ya se cerró. Caso cerrado. El asesino está pudriéndose en la jodida cárcel y aunque nunca encontremos los cuerpos de aquellas pobres mujeres—había dicho pobres y no desgraciadas—, ya sabemos todos, que las mató y por eso está en el pasillo de la muerte...

—Ya no —le cortó Andrew.

Las cejas de Landon Miller se subieron casi a la altura de la frente mientras sus ojos se vieron obligados a abrirse de forma drástica.

—¿Lo han soltado?

—No.

—¿Entonces?

—Murió de madrugada. Padecía cáncer.

—Oh, eso no lo sabía. Lo siento.

—¿Por qué debe sentirlo? —Aquello parecía un interrogatorio en la que los dos estaban frente a frente, pero separados por una mesa alargada de más de dos metros.

—Bueno, me ha pillado tan de sorpresa que he dicho lo primero que me ha venido a la mente. —El tipo duro que quería aparentar Landon no era tal, y muchas veces se comportaba peor que su ayudante. Mucho peor.

—El muy hijo de puta se ha ido sin abrir la boca más que para berrear como un cencerro. No ha dicho donde abandonó a aquellas pobres desgraciadas. —Andrew si se había referido a ellas como «Pobres desgraciadas».

—Si usted lo dice...

—¿Conoce más detalles del caso? —La voz de Andrew era ahora más grave y acentuaba cada palabra. Repantigado en su silla, mientras se calentaba la oreja con el teléfono, seguía observando aquellas fotografías bajo la luz mezquina de aquella bombilla con más años que el perro del vecino.

—Usted sabe más que yo ahora —respondió Landon moviendo el culo de su silla. También era una de esas sillas con ruedas. Se balanceó y las ruedas giraron sobre el suelo negruzco. Estaba sucio. Ahora hincó los codos en la mesa repleta de montones de carpetas y papeles desordenados. En el centro había una fotografía de su mujer y sus hijos, un chico y una chica.

Los tres estaban sonriendo todavía a la cámara fotográfica.

—Esta mañana me llamó el alcaide del Centro penitenciario en Warren; Colton, para darme la mala noticia.

—¿Mala?

—Sí por qué insisto en que los cuerpos de esas mujeres no han aparecido todavía —explicó Andrew y de pronto recordó la Visión Remota. Ava Cox con los ojos cerrados, al borde de una orilla de cualquiera de los más de cien lagos que tenía el condado; con el pelo azul extendido como una alfombra sobre las flores y no deslavazados en el interior del agua como algas pringosas, bocabajo.

—Y eso que importa ahora —dijo Landon cometiendo un grave error—. Solo deben estar sus esqueletos. —El palillo se partió en silencio y un trozo cayó sobre la mesa, curiosamente, en un hueco en el que no había papeles ni bolígrafos.

—No tiene usted sentimientos —le reprimió Andrew. Varios dedos largos de color oro acariciaban todas aquellas fotografías, excepto la de Parker Atkinson. Tan oscura tenía la mente, que hasta en la fotografía irradiaba maldad y malas energías.

—¿Y usted los tiene?

—Señor sheriff, voy a decirle una cosa. Solo una. —Puntualizó esto último—. Usted no me conoce todavía.

De repente se hizo el silencio en la comunicación.

La mente enferma, aquella mente retorcida, estaba cansada, de tanto placer, de tanta lujuria y de tanta obcecación. Su cuerpo resplandecía en el sucio cristal del espejo. Viéndose desde los pies hasta la cabeza. Sus ojos brillaban; eran de un color verde jade y ahora estaban emitiendo una mirada encolerizada, lunática y errática, como si la vista caminase arrastrando las imágenes por el aire.

«Life In Mono» no paraba de sonar por los grandes y destartalados altavoces. Sus bocinas rasgaban el núcleo del imán interior como unas uñas alargadas y destrozadas.

Habían pasado más de cuatro horas y ya se había cansado de bailar, de contemplarse, de meditar. De acariciarse el cuerpo y su sexo; de ocultarlo y de ser diferente como cada día.

Respiraba jadeando dentro de una nube densa y pegajosa de calor y detrás de las paredes, se escuchaban unas voces; chillaban y eran desgarradas, por la desesperación, el miedo y el espanto.

Aquella mente enfermiza estaba sepultada entre cuatro paredes desconchadas y bajo una luz roja como la sangre que la alteraba. Nunca había ido a un Psiquiatra o ¿sí?

Esa mente enfermiza no tenía dotes, ni experiencias extrasensoriales, solo pensaba diferente y su cuerpo cambiaba, como las llamas de una chimenea que se transforman durante el baile constante hasta desfallecer.

Jadeando se llevó las manos a los ojos y los cerró, mientras aquella música seguía retumbando en sus oídos; en su mente.

Y de repente se le ocurrió algo.

9

—Si de repente, casualidad o no, sucediera algo nuevo, me lo dirá, ¿verdad? —En la voz de Andrew parecía haber algo de súplica, impropio de él. Sus ojos, en el otro lado de la línea seguían fijos en la mujer de cabello azul. Llevaba así durante horas. Su frente sudorosa fue secada por un pañuelo de los grandes, totalmente blanco y atrapado entre sus menudos dedos.

—No le entiendo. ¿A qué se refiere? —Landon pareció desconcertado y eso era lo más parecido a prestar atención en aquella conversación de ese mediodía. Sus ceñudas cejas se enarcaron de nuevo y esta vez dejó caer su peso sobre sus codos.

—Sabe que estoy hablando de esas siete chicas... —murmuró la voz de Andrew.

—¿Y eso que tiene que ver? —Le cortó Landon balanceándose hacia adelante—. ¿Qué insinúa? Ya le dije antes que eso estaba resuelto.

Sus ojos se habían abierto como platos, como si de repente hubiera visto un sapo negruzco sobre su mesa; algo totalmente imposible, pues eso mismo empezaba a sentir.

—Solo digo que si sucede algo anormal...

—¿Está usted delirando? —Le cortó de nuevo Landon. Su puño izquierdo estaba a punto de golpear uno de aquellos fajos de papeles.

¿Sabe que voy al Psiquiatra? Se preguntó Andrew, desviando toda la atención por primera vez en toda la mañana, de aquella mujer de ojos alegres.

—¿Qué quiere decir con eso de que estoy delirando?

—Me salió de repente. No sé si será la palabra más acertada, pero por un momento pensé a que te referías a si volviera a ver a Parker Atkinson. Acaba de decirme que murió esta madrugada, ¿verdad?

En el otro extremo se escuchó una especie de silbido lo más parecido a un globo desinflándose lentamente.

—¿Está usted loco? ¿Cree que yo diría una cosa así? Ese hijo de perra ya es pasado. —La voz de Andrew tomó su tono natural, grave y desgarrada a la vez. Con fuerza. Ahora había abierto de nuevo los ojos, y estaba observando una vez más, la fotografía de Ava. Sin trucos ni magia, había descubierto que todavía Landon no sabía nada de sus citas con el Psiquiatra. Eso le hacía sentirse mejor.

La línea carraspeó.

—No, Andrew, no quería tampoco insinuarle una cosa así. Perdona. —Acababa de decir la palabra más prohibida de su vocabulario—. No se lo tome a mal. Pero aunque el caso ya se puede dar más que por cerrado, si por algún de esas casualidades de la vida aparece una nueva pista, se lo haré saber. —Landon estaba sonriendo. Los cadáveres blancos no hablan, pensó. Para él todo había terminado con la muerte de Parker, aunque en realidad todo había terminado cuando el juez le había enviado a prisión y condenado a la pena de muerte. Para esto último lo trasladarían a Oklahoma o Texas, ya que en Maine no existía este tipo de condena, pero por lo visto ya no hacía falta. El juicio fue algo irregular, y dicha decisión condenatoria había sido un tanto

extraña o ilegal en un estado en el que se rigen por otras normas. Todo olía a mierda, pero las cosas se hicieron de esa forma, sin que nadie presentara formalmente ninguna queja. Al fin y al cabo estaban en los Estados Unidos de América.

—Y cambiando de tercio, ¿recuerda usted cuantos lagos existen en nuestro condado? —Ahora la voz de Andrew solo era grave y había desaparecido todo carraspeo.

—Ahora mismo no sabría decirle si hay ochenta o quizá cien. Y si ya hablamos del estado de Maine, podrían ser miles. En Portland hay un buen puñado de...

—Y la capital de Maine es Augusta —le cortó la voz de Andrew—. ¡Venga ya! Seamos honestos y colaboremos. ¿Qué le parece si empezamos por aquí? Por CastleLakeHill.

Landon arrugó su brillante frente moteada de sudor.

—Quizá unos seis lagos, todos ellos conectados por el mismo río LakeWave. El de los indios Tum Tum. —En esta ocasión Landon había vuelto a mezclar el desconcierto con una risilla maliciosa—. ¿No recuerda usted todos los lagos? ¿Qué le sucede?

—Me estoy haciendo algo mayor y a veces las tuberías del cerebro se atascan —respondió la voz de Andrew. Estaba siendo todo lo amable que podía con aquel impertinente de Landon Miller. El cachas de las gafas oscuras que se paseaba mostrando bíceps desde el borde de la ventanilla del coche patrulla, y un jodido palillo entre sus blancos dientes.

—Pues debería dejar paso a la nueva generación —le invitó Landon ahora con una sonrisa más amplia.

Andrew casi lo había escuchado silbar en una jodida risa.

—No crea, aún me queda algo por hacer. —Andrew sabía a lo que se refería. Por eso tenía todas aquellas fotografías pegadas en la pared. Su semblante era serio y estaba calmado en esos momentos difíciles para él. O mejor, estaba sosegado ante las impertinentes palabras del sheriff. Era difícil hablar con un idiota.

Jubílate viejo, pensó Landon mientras sostenía el auricular del teléfono. Sentía infinitos deseos de colgar. Le estaba empezando a doler el antebrazo.

—Si claro.

Hubo un momento de silencio solo ahogado por el murmullo dentro de la comisaria que parecía un mercado semanal. Después la voz de Andrew rompió la magia con un estruendo.

—¿Recuerdas que lago tiene una cabaña al final de un puente?

—¿Qué lago no tiene cabaña?

—Todas la tienen.

Landon se quedó desconcertado una vez más.

—Tú mismo te has respondido.

—Yo recuerdo la vieja cabaña del lago Lake. La del tío Bob. Murió de un infarto en septiembre de 2008. Yo mismo lo vi flotando en el agua bocabajo, con su largo cabello blanco deslavazado como hilos. El pobre estuvo a la deriva más de una semana y estaba hinchado como una bolsa de aire. Los peces le habían mordisqueado la cara. Pero lo reconocí. Después de esto no he ido más por ese lugar, ¿sigue existiendo esa cabaña pintada de amarillo?

—Sí, por supuesto, pero ahora está pintada de blanco, espera, no, creo que la barnizaron. —Landon movió los dedos de su mano izquierda sobre los pilares de papeles desordenados. Eran ásperos al tacto. Había dudado un poco, pero finalmente, recordó—. Ahora vive el tío Tom, un nombre muy repetido en este puto país. Vive solo y creo que es un veterano del Vietnam. Es un cascarrabias. Tiene sombrero de pescador o una gorra, no lo recuerdo bien y su ocio es lanzar la caña de pescar y esperar a que la jodida bolla se mueva. No tenemos constancia de si tiene familiares o no. Una vez vino a poner una denuncia sobre unos jóvenes que le increpaban y dijo que había venido de Nueva York. Me quedé helado, porque su ropa desaliñada y sucia no parecía tener conexión con un hombre refinado. Tampoco su acento era diferente al nuestro. Yo creo que me mintió. Pero nada más.

Landon había soltado toda una retórica que hasta él mismo se había quedado impresionado.

—Se ha quedado a gusto —dijo tras una leve pausa Andrew. En su guarida, sus ojos seguían puestos en Ava Cox. Y mientras escuchaba, recordaba como la había visto como algo que iba a suceder pronto, y además había recibido información acerca de ella. Cuando desaparecieron no le había sucedido eso. Era como si de repente Andrew hubiera perdido todo resquicio de sus dones. Y bien podría decirse que no los volvió a ver por esa ventana estrecha y oscura durante los últimos cuatro años. Aunque había seguido resolviendo casos, pero a la antigua usanza.

Entonces sucedió algo.

El dolor de cabeza punzante regresó con tal intensidad que tuvo que apartarse el teléfono de su oído. Arrugó la frente y cerró los ojos. Landon no estaba hablando todavía en el otro lado de la línea. Reinaba un desasosiego en la comunicación, y él empezó a recibir información.

Era como ver despedir por unos ojos oscuros una mala energía en forma de ondas expansivas o peor aún, rayos.

Algo que parecía moverse con lentitud le transmitía calor y confusión. Escuchó algo, eran unas voces ahogadas dentro de un cubo de agua. Y percibió una mente enferma, porque aquella información que recibía estaba llena de malas vibraciones, de ideas oscuras y decesos macabros o en cualquier caso, inquietantes.

Una mente fría.

Escuchó una música durante un instante y eso fue todo.

—Andrew, ¿está ahí? Parece estar muy callado. —La voz de Landon resultaba un tanto jocosa.

Andrew había sentido la vibración de esa voz en su mano; la que sujetaba el teléfono. Por muy difícil que pudiera creerse, había sentido la energía de aquella voz vibrar en su piel. Se llevó el auricular al oído.

—Claro que estoy aquí. ¿Por qué no debía estarlo? ¿Acaso cree que me ha dado un infarto? —Andrew quiso soltar una risotada que rebotara por las ondas, pero no lo consiguió. Sus labios, solo se estiraron para las vacías miradas de esas chicas.

—No, no. Claro que no, es usted joven todavía —bromeó Landon, algo que no se le daba muy bien. A veces resultaba ser un auténtico pelota.

—Estaba usted explicándome la vida de esa cabaña —prosiguió Andrew detectando en la voz de Landon el cinismo y el forzado tono de su voz.

—Sí, y la de ese tipo, Tom. Un hombre extraño, pero nada que me inquiete.

—¿Puede contéstame a una última pregunta? —Andrew se estaba masajeando la frente. El dolor de cabeza había mitigado hasta extinguirse como una lengua de fuego al llegar al agua.

—Claro que sí. —Landon estaba buscando el trozo del palillo que se le había caído momentos antes. Su mano era como un pie de buzo. Sentía la necesidad de estar mordiendo algo para mitigar su tensión.

—¿Hay ranas en ese lago?

En el otro extremo de la línea se escuchó una gran risotada.

Andrew colgó el teléfono.

10

Tenía que ver con sus planes maquiavélicos. A veces improvisaba. Entonces se quedaba indiferente. Era una mente enferma, que se refugiaba bajo la tormenta. Pedía perdón si no sabía contestar. Pero esa mente enferma era como una sombra de la que nadie ha visto. Se ocultaba detrás de una máscara transparente. Sus decisiones eran abominables, y siempre esperaba, y arriesgaba en la ignorancia de la racionalidad. No tomaba precauciones, pero aun así, tenía una escapatoria ante aquella aturdida mente que actuaba de forma calculada después de un inicio improvisado. Sin embargo, ahora le tocaba cambiar los planes, con cosas improvisadas, sí, improvisación hasta la saciedad. Si hubiera escrito un diario habría escrito esa palabra cuatro veces seguidas en una misma frase.

Nadie sabía quién era.

Todo el mundo era indiferente ante su presencia.

Nadie le tenía en cuenta.

Eso era una parte de su profundo trastorno mental.

Y descubrió que sería una buena idea empezar a jugar.

Sí, empezaría a jugar.

El altavoz dejó de oscilar de pronto y «Life In Mono» enmudeció.

Su rostro adquirió una forma indiferente.

11

El reloj de la pared, uno de esos, cuyo minuterero avanzaba penosamente y parecía quedarse clavado en el punto más bajo porque de repente parecía que pesaba demasiado, marcaba la una menos cuarto y Andrew seguía observando todas aquellas fotografías y especialmente la de Ava Cox, cuando de repente empezó a recibir información.

Era un vehículo de grandes proporciones.

No podía de momento, aclarar que marca era; tampoco es que viera una fotografía en su mente tras cerrar los ojos, pero percibía que era un vehículo todoterreno o algo parecido. Estaba lejos, bastante lejos de donde se encontraba él ahora. Dicha información le indicaba que estaba en medio de un sosiego o un ajetreo, estaba confundido; le pareció escuchar el sonido de unas olas. Sin embargo, no estaba seguro. Le dolía la cabeza de nuevo. Esta vez, todo era diferente.

Según los científicos y agentes de la CIA, Andrew podría estar experimentando la bilocación; lo que significa que está al mismo tiempo en dos lugares distintos. Una mitad estaba en su despacho y la otra mitad estaba junto al vehículo, en la distancia.

Y mientras el dolor de cabeza se hacía cada vez más insoportable y su mirada se quedaba perdida, recordó un extracto de un estudio sobre la bilocación, que decía: se dice que la bilocación es el estado mental más adecuado para que una sesión nos ofrezca resultados satisfactorios. La

bilocación en Visión Remota induce al visualizador a un incremento de la sensibilidad de la conciencia a lo cual se suele referirse como «estado de alta atención».

Esbozó una leve sonrisa.

¿Podía ser verdad que su Visión Remota hubiera cambiado a sus sesenta y tres años?

Al menos era diferente y ya no seguía el mismo protocolo. Ahora olvidaba cosas, entraba en una confusión repentina, no veía bien las letras del vehículo por qué faltaban letras en las palabras o las veía mal, y aunque escuchaba el sonido de las olas, no podía percibir exactamente lo que había alrededor cuando antes sí lo podía hacer, y lo más preocupante de todo, su pie derecho golpeaba rítmicamente el suelo como si algo estuviera fallando.

Después de esto, la información se cortaba y se sentía ligeramente confuso y mareado. El dolor de cabeza mitigaba un poco y sentía la necesidad de beber agua, mucha agua. O quizá cerveza.

Recordó que cuando sucedía esta forma de Visión Remota, debía de andar al menos unos cinco minutos y despejar la mente de toda concentración, pues la información la habría obtenido desde el mismo lugar remoto y no a través de la distancia, como le había venido sucediendo hasta ahora.

—Joder, esto es una putada —susurró mientras trataba de levantarse de la silla quejumbrosamente con algo de saliva en sus labios y en la comisura. Tenía la mirada perdida y ya no veía a Ava Cox, sino su coche. Un vehículo de la marca Ford, bastante robusto y de color blanco, abandonado en alguna parte del Este de Maine.

Se decía que cualquier persona que tuviera una experiencia de bilocación, no podía esforzarse en analizar la información hasta pasados unos quince minutos. Andrew lo había analizado ya, justo antes de que la pesada aguja del reloj marcara la menos cinco.

Había estado en dos lugares distintos a la vez durante diez minutos.

Sus labios se secaron en una forzada sonrisa. La saliva se la relamió con la lengua. Los rayos del sol dibujaban barrotes de fuego en el linóleo del suelo. Sus pies se arrastraban en silencio sobre ellos, cruzando los destellos

que se brillaban en las puntas de sus zapatos negros al pasar por delante. Se dirigía hacia su mesa donde le esperaban montones de carpetas y folios manchados de algo amarillento. ¿Qué sería? ¿Cerveza o café?

Ambas cosas.

Al fin y al cabo no era una mesa diferente de la que ostentaba Landon. Parecía que un pequeño tifón había pasado por allí encima. Pero Andrew le superaba cada vez, porque cubría la pared de enfrente con fotografías, mapas y dibujos. Después los observaba de lejos, de cerca y hasta tiraba pelotitas de papel a aquellas jodidas fotografías.

Andrew había deseado también ser un buen fumador de puros, pero tragar humo no iba con él. Ni tampoco el whisky, bueno sí, algo caía en su garganta. Alcanzó el borde de la mesa apoyándose con su menuda mano. Sintió dolor, pero poco. Ahora estaba encorvado como si quisiera saltar un río.

Y recordó que la CIA empleaba esa técnica de Visión Remota para «obtener» información para asuntos militares.

Volvió a salivar de nuevo.

No había sido entrenado para ejecutar la Visión Remota, pero sabía qué hacer en estos casos por experiencia propia, pero esto, le había pillado de sorpresa, aunque también conocía lo que debía hacer.

Estaba cuestionando algo muy interesante.

¿Había estado en dos sitios a la vez?

El minuterero dio un último empujón y se clavó como un pino en un bosque, bajo el número doce. El reloj marcaba las 13:00 Horas.

Unas uñas arañaban las paredes. Eran ellas. La mente enfermiza se había desplomado en el suelo, pero había caído sobre una alfombra rugosa y espesa. Estaba bocarriba exhausto y respiraba jadeando. Cerró los ojos. Sus labios estaban sellados como una cremallera cerrada como una perfecta línea

cruzando su cara.

La luz rojiza empapó su cuerpo desnudo como un charco de sangre o peor aún, como si proyectara una lluvia de sangre.

Y los gritos amortiguados por las gruesas paredes siguieron su curso.

Esa mente enfermiza no entendía de relojes.

Ni de dolor.

13

Sobre las dos de la tarde, cuando el sol estaba casi en el punto más álgido de aquella primavera y podía sortear las pequeñas nubes del tipo cirrosis, Tom decidió que era hora de pasar un buen rato en el puente de su cabaña con su caña de pescar.

De aspecto desaliñado, con barba y ojos hundidos bajo unas usurpadas cejas pobladas, Tom cogió con sus esquelitas manos la pequeña caña de pescar que estaba colgada de una de las cuatro paredes de la cabaña; justo al lado de la puerta. Un buen día, esas mismas manos, pero más robustas y fuertes, habían apretado el gatillo de un rifle de asalto modelo M-16A1 de 5.56 mm durante meses. Ahora no tenía ningún arma, solo la caña de pescar. Después de todo el espectáculo horroroso de la guerra de Indochina, había decidido que se tiraría a la mariguana y a comer judías de lata.

Su mente estaba en otra parte.

Sencillamente se había ido.

Sobre su cabeza, lo único cuerdo que había era su gorra de trapo, verde. Su cabello gris y espeso por la suciedad, descansaban debajo.

Su cuerpo encorvado se dirigió hacia la puerta mientras sus huesudos dedos se enroscaban en el tirador de la misma, que chirrió como una condenada al abrirla. No tenía llave. El sol le dio de lleno en sus arrugados ojos y parpadeó varias veces antes de ver decenas de puntitos oscuros flotando en todas direcciones.

Antes de salir, aquel encorvado cuerpo casi decrepito, había sido visto por Andrew en una de sus visiones, moviéndose en el hueco de la ventana. Eso lo había visto con la Visión Remota. A primera hora de la mañana, nada más pegar la fotografía de Ava Cox.

Una rana abrió su boca a la vez que sus abultados ojos, y empezaba a croar. El sonido fue emitido gracias a unas bolsas de aire, llamados sacos vocales, que se inflaban durante la amplificación del sonido; toda una sutileza. La rana macho podía tener uno o dos sacos vocales debajo de la garganta o en ambas esquinas de la boca. Esta rana era un macho porque no paraba de croar y Tom soltó un impropio. Un escupitajo con una flema verde invadió el terreno de la rana.

Avanzó bajo el calor de aquel fulminante sol arrastrando sus botas militares, sobre las tablas del puente que crujían bajo sus pies. Todo el puente bailaba como si de repente estuviera sobre un mar zozobrado. Con la caña de pescar al hombro y el sombrero verde, en realidad una gorra vuelta del revés, con la visera en la espalda, avanzó mientras el anzuelo le mordisqueaba el culo. Caminó unos cuantos metros masticando tabaco, y escupió dos veces más antes de sentarse en un borde del puente. Cruzó sus enclenques piernas en cruz y se clavó el anzuelo en el culo. Soltó un impropio y se quitó el dichoso anzuelo de su trasero. Todo esto sin pestañear.

Después se remangó la camisa verde militar y mostró unos antebrazos de piel oscura y seca como la de un lagarto. El sol le quemó con sutileza, y Tom se quejó de ello. Sus ojos, que todavía mantenían una vista de lince a pesar de su edad se fijaron en el agua; en aquellas pequeñas ondas que indicaban que allí abajo había peces.

Tiró el anzuelo en un arco que desafió su hombro y su cabeza y de pronto recordó, que no le había puesto ningún cebo. Volvió a quejarse mientras masticaba ese agrio tabaco negro y escupió al agua. Una mancha como de alquitrán flotaba en ella y pronto fue devorada por decenas de bocas de peces pequeños.

Y entonces fue cuando la vio.

Su reloj que no guardaba brillo alguno por el paso del tiempo, marcaba las dos y media.

Andrew seguía en el más absoluto silencio, entre las sombras de su despacho y los pocos rayos del sol que conseguían atravesar la persiana. El ligero mareo ya había pasado a la historia de los anales. Y desde la silla, que había ocupado de nuevo seguía observando esa jodida fotografía. Ahora que había analizado la información que había recibido minutos antes, pudo recordar que la desaparecida tenía un Ford cuatro por cuatro, y que era de color blanco. El vehículo nunca apareció. Pero Andrew lo acababa de ver y estaba muy lejos de su despacho.

Mucho más lejos de lo estaba Ava Cox.

A ella la había visto también.

—¿Pero qué cojones, es eso? —La voz de Tom sonó desgarrada. Era alérgico al polen y su laringe no estaba para buenos trotes. No se quejó del dolor que le produjo tragar la saliva espesa. Sentía la necesidad de refrescarse con una buena cerveza, aunque todavía no había comido.

La vio a lo lejos y puso su mano huesuda en su frente haciendo de visera, como si aquel acto le permitiera ver más lejos o con más nitidez. Era un acto instintivo y absurdo que todos los humanos hacían. Pero ella estaba allí.

En la orilla.

Le llamó la atención el fuerte color azul que parecía destellar bajo el sol inquietantemente perfecto. Era de un dorado con tintes blancos; cegador. Pero el azul era perturbador.

Quejumbrosamente, se levantó irguiéndose con una suerte de dolores de huesos. El anzuelo se sumergió de repente en el agua. Había picado un pez, pero eso pasó inadvertido para él en estos momentos. Sus ojos estaban fijos en

la orilla.

Siguió caminando con sus botas pesadas y el crujir de las tablas al compás del chapoteo del agua de la parte de abajo. Apenas eran unos tres metros de puente destartado hasta la orilla, inquieta y a su vez como una mancha de aceite.

Siguió masticando tabaco y escupiendo a medida que se acercaba a la orilla. Tras alcanzarla, dio la vuelta y caminó sobre la arena que besaba la orilla del lago. A medida que se acercaba al descubrimiento, sus cejas pobladas que parecían dos ramas de árboles recubiertos de nieve, se enarcaban bajo su frente sudorosa.

Se puso la mano en la frente de nuevo; de canto y distinguió algo.

Un somorgujo pasó por su lado batiendo sus alas como un fuerte ajetreo. Después de esto, el silencio. Sus ojos se agrandaban cada vez más. Aquellos ojos que habían visto tantas aberraciones. Pero era distinto, tras la calma de los últimos años, no había visto nada igual.

La silueta, ya era un cuerpo flotando en el agua, excepto la cabeza que descansaba sobre la arena como si fuera una almohada. Enredados en sus cabellos, había decenas de flores. Sin embargo, distinguió que había más flores sobre el cuerpo de lo que era una mujer. Flores como si se hubieran despedido en su entierro. Colores vivos que escribían poesía sobre su cuerpo, y su rostro.

La bota de Tom alcanzó a pisar una de aquellas flores. Orquídeas, Margaritas, Rosas, Tulipanes, Crisantemos, Ranúnculos, Rododendros, Violetas o incluso Gerberas. Los árboles del tipo Coníferas, Abeto Balsámico, Tsuga o Picea, parecían caminar hacia la orilla. Toda una belleza de colores para una bella mujer.

—¡Dios santo! —exclamó Tom al viento y su corazón se aceleró cuando vio un pezón al descubierto.

La volvió a ver de nuevo y el dolor fluctuante en su cabeza regresó como un fuerte martillazo. Sus dones últimamente le estaban dando más quebraderos de cabeza, que otra cosa. Andrew arrugó los labios en una mueca de dolor.

Ahora había visto de nuevo, y tras repetidas veces, el cuerpo cubierto de flores multicolores de Ava Cox, y se veía a él mismo observándola. En medio de esta visión espontánea, escuchó un silbido en sus oídos y encontró decenas de combinaciones de olores en el aire cerrado de su despacho.

A veces le resultaba difícil determinar si era una Precognición o una Visión Remota. Pero en este caso estaba seguro de lo que estaba viendo; era una Precognición. Todos sus sentidos estaban despiertos y había visto la imagen como proyectada sobre aquellas fotografías, con cierta claridad.

Pero le molestaban aquellos fuertes dolores de cabeza que se repetían de manera muy usual últimamente. Eso en realidad, le jodía. Y tan pronto como había visto esa dichosa imagen que perduraba desde que se había levantado, se fue de sus ojos, de su mente, de sus sentidos. Ahora estaba todo en silencio y casi oscuro.

Sin embargo, Andrew sabía lo que iba a suceder.

Se la quedó mirando casi un buen rato con sus arrugados ojos ensombrecidos por el paso del tiempo. Seguía masticando tabaco con la misma pasividad que si estuviera viendo una rana croar. La misma que había dejado de dar por saco en el puente. El sol le recorría todo el cuerpo y el agua, cristalina y quieta, brillaba como millones de diamantes. La mujer de cabello azul extendido como una alfombra sobre la hierba y las flores, parecía estar descansando.

—Hay que joderse. ¿A qué loco se le habrá ocurrido esto? —Tom hablaba solo, como casi siempre. Descubrir a aquella mujer era lo de menos, lo que más le llamaba la atención era en la forma en la que la había encontrado.

Él sabía que estaba muerta; en el Vietnam había visto a muchos hombres,

mujeres, ancianos y niños, muertos. Y sabía cuándo alguno de ellos fingía estar muertos. Entonces su dedo no temblaba al apretar el gatillo. Cualquiera podría ser el enemigo en aquel infierno. Incluso tu sargento.

Pero ahora no estaba en la guerra de Vietnam, sino en un apacible lago bañado en oro por los rayos del sol y delante de una hermosura casi cubierta de flores. Habría dicho enterrada, como si aquellas flores hubieran crecido sobre la piel de su cuerpo, pero tampoco eran flores en sí, sino los pétalos de las mismas.

Se aclaró la garganta con la saliva espesa y negruzca y escupió sobre unos Ranúnculos. Decenas de bolitas oscuras salpicaron el suelo ensombreciendo la belleza del colorido. Ella no se movió.

Sin duda estaba muerta.

Tom se agachó no sin quejarse, levantando las cejas a medida que aquel pezón se hacía más grande y aquellos ojos cerrados, brillaban por algo que no sabía definir que era. Él no entendía de maquillaje facial. Su piel seca y tostada, solo había visto el agua en toda una vida dedicada a la guerra y a superarla. El rostro de aquella mujer, su piel, y sus párpados, brillaban como la purpurina. No estaba blancuzca y él reconocía bien un cadáver que palidecía tras expirar y se ponía purpúreo a las pocas horas.

En cuclillas y sintiendo como sus rodillas se quejaban con unos extraños ruidos, alargó su mano hacia la cara de aquella mujer. Ninguna voz le dijo «no la toques que puede haber huellas» y por eso, el extremo de sus dedos de la mano derecha, rozaron la fina piel que parecía estar caliente todavía. Tom miró aquellos polvos compactos, que tenía en su rostro y el lápiz labial cubriendo sus labios; los párpados maquillados y le pareció hermosa. Su curiosidad quiso saber de qué color tenía los ojos y sus dedos trataron de abrir uno de ellos.

Pero no podía.

El párpado estaba pegado con sus largas pestañas maquilladas con una máscara. Estas tenían mucho volumen y espesor. Tom trató de abrir de nuevo el párpado empujando con la yema de su pulgar hacia arriba, pero descubrió algo.

Aquellos ojos estaban pegados como cuando uno aprieta los labios hasta hacerse daño. Algún loco, mucho peor que él mismo, le había pegado los ojos. Miró si había alguna grapa, pero no la vio. Entonces pensó que le habría pegado los párpados con pegamento.

La bola de tabaco viajó de un moflete a otro y escupió otro gargajo, esta vez al agua. Era como si hubiera tirado una piedra por las ondas que había provocado en la superficie.

Ahora sus dedos apartaron un pétalo de Rododendro que estaba al lado del pezón descubierto, para verle el pecho. El sádico de Tom le hubiera quitado todos los pelados que cubrían el coño, solo para vérselo. No había visto uno en los últimos treinta años.

No sonrió, sino que sintió una especie de deseo que no era sexual. Al fin y al cabo era un cadáver, pensó. En cierta manera había pensado de forma elocuente por una vez. Sí, a veces pensaba de forma racional. Apartó sus dedos del pecho de aquella mujer.

Y se levantó sin apartar la vista de ella y entonces se le ocurrió algo.

—Tengo verdaderas razones para pedirte algo —dijo Andrew con el teléfono pegado a su oído. El minuterero había caído de forma pesada otra vez hacia abajo. Eran las tres y media y el sol estaba justo sobre su casa, bombardeándola con rayos ultravioletas, y convirtiendo aquel despacho en un horno. No, no era una casa de dos plantas. Curioso, pero solo tenía el sótano y la planta principal. El sótano era un lugar olvidado para él.

Landon tenía un nuevo palillo entre sus dientes y aquel día todo parecía repetirse hasta la saciedad. Sus ojos blancuzcos miraban el techo en busca de alguna forma extraña, pero no veía nada. Entre sus dedos de la mano derecha, bailaba un lápiz de carbón.

—Ya me has llamado dos veces hoy, ¿qué te pasa Andrew? ¿Tienes colitis?

Aquello había sido un infortunio.

Andrew rezongó al otro lado de la comunicación.

—Sí, claro que lo tengo. Ahora mismo tengo mi culo atrapado en el agujero del retrete y estaba pensando en ti cuando salía el truño y me salpicaba el agua en todo el ojete. ¿Te parece bien la descripción?

Landon cerró los labios apretándolos con fuerza. Sus ojos se rasgaron en una mirada fría que parecía cruzar la línea telefónica. Había dejado de poner ojos blancuzcos y ahora miraba sobre su desordenada mesa.

—Bueno, es que...

Pero Andrew ya había colgado.

Un tono agudo y continuo atravesaba ahora el tímpano del sheriff más chulo de Maine.

Se había llevado la mano al bolsillo de su pantalón, pero allí solo encontró sus llaves de su vieja camioneta Chevrolet, también conocida como Chevy por su dureza y grandeza. Había viajado con ella por todo los Estados Unidos durante los últimos treinta años. Nada más regresar del Vietnam, bueno, tras cobrar una pensión del estado durante dos años por una bala que se había incrustado al lado de una de sus vertebrae; se había comprado la camioneta de color rojo, un modelo de 1978.

Sacó el llavero con varias llaves más que no recordaba para que servían y estas tintinearón en el aire con su particular ruido metálico, mientras recordaba que no tenía teléfono móvil desde hacía un año. Este se le había caído al suelo y tras botar en el asiento de su Chevy, sabía que acababa de pasar por encima del teléfono con al menos una de las ruedas. Sin embargo, tenía la debilidad de no recordar bien las cosas; en realidad tenía otro teléfono móvil en una caja, de los antiguos, con botones, que más tarde encontraría. Toda una contradicción, pero ahora estaba pensando en una sola cosa. No podía procesar dos cosas a la vez.

Sus labios esbozaron una mueca que no llegó a ser sonrisa y sus ojos se fijaron ahora en su cabaña, ladeando la cabeza como si lo hiciera sobre un complejo engranaje ruidoso. Una bola del tamaño de una pelota de béisbol asomaba en uno de sus mofletes.

Volviendo la vista al llavero, eligió una de las llaves oxidadas. Su corazón latía con lentitud. No se había alterado ni emocionado ante aquel descubrimiento. No tenía miedo. No le asustaba la muerte y mucho menos, los cadáveres.

Solo le pareció curioso.

Sabía dónde estaba la comisaria del sheriff Landon y se disponía a ir hacia allí, para dar buena nota de su descubrimiento. Frío como el hierro y con un temple como el acero, Tom se dirigió hacia su camioneta que estaba recalentada bajo el sol de esa tarde; a dos metros del puente. No se dio prisa para acercarse a ella a pesar de que tenía apretada entre sus dedos, pulgar e índice, la llave de contacto. Caminó arrastrando los pies, como si estuviera harto de andar por el bosque.

La comisaria se encontraba situada en el centro de CastleLakeHill y estaba a diez minutos de donde se encontraba él. Pero no llegó a recorrer el camino en ese tiempo.

La mente enfermiza seguía tirado en el suelo, sudando copiosamente, respirando ahora con más tranquilidad. Un silbido que se escapaba de su garganta le delataba que había estado gimoteando y llorando durante más de una hora, bajo la plaga roja de aquellas bombillas pintadas. El sol no podía entrar en esa habitación por ningún resquicio y en alguna parte, detrás de la pared, una rata chilló de forma aguda al accionarse una trampa. Y ese furtivo chillido se mezcló con el ruido de los golpes de puños esponjosos en la pared. Y de aquellos arañazos que se escuchaban de forma vaga al tiempo que subía o trepaba, por la ancha pared sus agonizantes gritos, amortiguados por esos muros.

Tenía los ojos húmedos y las pestañas maquilladas. El color de sus ojos era confuso bajo el manto rojo, pero eran bellos. Ladeó la cabeza hasta dejar aplastado su moflete contra el suelo rugoso de cemento y puso atención a todos los ruidos que respondían en todo el habitáculo.

Y esperó taciturno unos minutos más, con los brazos inertes a ambos lados de su cuerpo.

21

El Chevrolet del 78 se detuvo frente a la comisaria, en doble fila, petardeando como una traca, escupiendo humo azul a través del tubo de escape recortado y oxidado. La densa y pegajosa nube se enredó en el aire como si hubieran propagado un incendio y después desaparecía devorada por los dorados rayos del sol.

El motor rezongó y enmudeció antes de dar un último espasmo que sonó a chatarra. Tom giró la llave de contacto y la extrajo con un chirrido. Los muelles del asiento se quejaron. Un instante después, se escuchó el ruido de la portezuela al abrirse, y apenas un segundo después, un clanc metálico y seco, indicó que el trayecto había acabado con los pies de Tom sobre el asfalto.

No dejó los intermitentes puestos.

Tomo lo había pensado, pero decidió que era mejor no malgastar, esa era su palabra, la poca batería que le quedaba. Una especie de caja pesada que rezumaba espuma casi terrosa por los bornes y olía a algo. No recordaba a qué.

Lo que si embriagó sus pulmones era un olor como a caucho quemado y recordó también, que hacía casi diez años que no las había cambiado. Las ruedas parecían bolas de lo lisas que estaban. Si alguna vez hubo un dibujo en el caucho, ahora ya había pasado a la historia.

Bordeó su Chevy arrastrando los pies y pasó por en medio de dos coches que estaban correctamente aparcados en el borde de la acera. El sol acotaba el espacio entre su Chevy y ambos vehículos y entró en una zona de sombra. Con

el cuerpo encorvado y escupiendo a la acera, Tom se dirigió recto hacia la puerta automática de la comisaria. Sobre ella había unas grandes letras que ponía algo. No las leyó.

Con los ojos arrugados y la frente sudorosa como un mecánico que sale de debajo de un vehículo, se plantó frente a la puerta corrediza. Era tan delgado que el sensor no le había detectado y la puerta permaneció así hasta que su nariz tocó prácticamente el cristal limpio y transparente.

Tom soltó un improperio.

El aire dentro era igual de sofocante que en el exterior, salvo que el sol no llegaba ahí, pero estaban las luces todas impolutas, grapadas en el techo de un blanco tan riguroso como la estampa de una nevada. Había trasiego en las mesas de la derecha, donde unos desalmados, delincuentes comunes, estaban hablando con cara de desafío. Los agentes, todos ellos, parecían tener cara de malas pulgas. Incluido el ayudante de sheriff Kevin Smith, que estaba escribiendo sobre un papel, sentado en su mesa como un crío en el pupitre de la escuela. Con aspecto ceñudo y los ojos fijos en el bolígrafo.

—Quiero hacer una denuncia —dijo Tom con voz carraspeante.

Había sido tan fortuito que Kevin pareció dar un salto sobre su silla acolchada. Tom no había esbozado ni una sola sonrisa.

—¿Qué?

—¡Ya lo ha oído!

—Si se trata de su perro, esta no es la sección —explicó Kevin volviendo a mirar el papel que estaba rellenando.

—¡Quiero ver al sheriff marica ese! —La voz se escuchó tan alta, que todos los demás parecieron callarse por un momento.

Una mujer de raza negra, vestida con una minifalda de color rojo, como los labios de aquella desgraciada muerta, le hizo un guiño al tiempo que levantaba el pulgar. Tom estiró los labios para sonreír, pero no lo hizo.

La bola de la boca pasó de un moflete a otro. En el trayecto se había preparado otra buena dosis de tabaco para masticar lenta y ociosamente y escupir cada dos minutos.

—¿Sabe que puedo detenerle por desorden público y por insulto? —Le explicó Kevin levantando de nuevo la mirada. Tom pareció que estaba a punto de estallar en una carcajada, pero no estaba para bromas.

—¿Sí? Deténgame pues.

Kevin, muy chulesco él, movió la mano con la que sujetaba el bolígrafo y se rascó la frente con la capucha del mismo.

—Pues creo que lo voy a hacer...

—¡Que pase! —le interrumpió una voz grave. Era Landon luciendo su placa en un lado del pecho.

Su mano estaba nadando en el aire.

Tom con una visible mancha amarilla en su pantalón, comenzó a dirigirse hacia el sheriff que estaba apoyado en la puerta de cristal. Y observó que tenía las gafas de sol puestas. Su frente se arrugó en un semblante serio. Mira que le caían mal esa clase de tipos y más si eran de la autoridad.

Se contuvo y empezó a hablar de otra cosa cuando al fin traspasaba el umbral de la puerta. El murmullo y el trasiego quedaron atrapados detrás de él, al cerrar la puerta de un golpe. Esta repicó en el marco y pareció que el cristal estaba desmoronándose por completo de lo que tintineó.

Landon estaba tomando asiento cuando miró la puerta de reojo con una mueca dibujada en sus labios. Detrás de aquellos cristales oscuros de sus gafas había una mirada inconfundible. Estúpida.

—¿Que le sucede buen hombre? —La voz de Landon era forzada, pero que acostumbraba a modular cuando estaba frente a tipos tan desdichados como Tom. Porque sabía que si no le hacían caso, la podía armar bien gorda. Lo conocía lo suficiente como para pensar de él así. Sin embargo, solo sabía lo justo de él. Casi nada.

—Quiero denunciar algo —respondió Tom mientras tomaba asiento en la silla que chilló al ser arrastrada por el suelo. Sus pies de goma estaban desgastados.

—¿Le han molestado algunos chicos?

—No. Ni los jodidos vietnamitas. —Los ojos de Tom presentaban un

aspecto lunático mirando a Tom—. He descubierto algo.

Landon se quitó las gafas de sol.

—¿Qué ha descubierto? —Y mientras le realizaba la pregunta vio lo que llevaba en la cabeza era una gorra del revés y no un sombrero de pescador como había querido decirle a Andrew esa misma mañana. Y pensó en las casualidades de la vida.

Si sucede algo anormal me avisas...

Tom se repantigó en la silla. Sus ojos oscuros y los párpados agrietados marcaron toda una vida de sufrimiento y trastorno combinados. Landon, esperando la respuesta también se fijó en ellos.

—He encontrado el cuerpo sin vida de una mujer —explicó Tom sin alterar una sola palabra. Hablaba quejumbrosamente mientras mordisqueaba el tabaco y la bola se enredaba con el sonido de sus palabras.

A Landon le estaba poniendo nervioso.

Pero sucedió algo más.

Landon abrió más los ojos y sus dedos repicaron sobre la mesa una y otra vez.

¿Era la primera vez que alguien le había dicho eso?

Sin duda no.

Pero pensó en Andrew sin saber por qué.

—¿Dónde la ha encontrado? —Le preguntó Landon con algo de inquietud en su voz. Sabía que algo extraño estaba a punto de suceder.

Tom le miró a los ojos con el ceño en alto.

—¿Usted, dónde cree que la he encontrado?

Landon pareció encogerse de hombros.

—No lo sé.

—Al lado de mi cabaña, joder —le espetó Tom. Sentía deseos de escupir en el suelo. Se le estaba llenando la boca de saliva negruzca.

—¿Y dónde se supone que tiene usted su cabaña? —Landon estaba poniéndolo a prueba y tampoco sabía por qué.

—En el jardín de tu casa —contestó Tom.

—Yo no tengo jardín.

—Usted sabe dónde yo vivo. No se haga el tonto —le increpó Tom. Ahora sí, iba a escupir en el suelo cuando de repente Landon levantó la mano.

—Sí, ya le recuerdo. El tipo del lago.

—¿Qué?

—Haga el favor de escupir dentro de este vaso. —Landon sostenía entre sus dedos un vaso de plástico con el fondo oscuro; era café.

Tom alargó el brazo y cogió el vaso. Acto seguido escupió una flema negruzca que hizo un extraño ruido en el hueco del vaso.

—¿Ahora me recuerda, verdad? De los seis lagos que hay aquí, ha dado en el clavo.

—Todas tienen cabañas. No podía saberlo.

—La única cabaña es la mía. —Tom estaba empecinado con ello. Tiempo atrás había dicho lo mismo, aunque había una cabaña en cada lago, pero él se resistía a admitirlo.

Después Tom puso el vaso con el gargajo, sobre la mesa. Reinó durante casi un minuto un silencio que parecía fantasmal, y extasiaba. Finalmente, Landon se lanzó al vacío.

—¿En qué estado se encuentra el cuerpo de esa mujer? —Tenía un bolígrafo bailando entre sus dedos al igual que un palillo entre sus dientes. Tom seguía masticando tabaco y el olor amargo embriagó la oficina del sheriff. Apeataba.

—Parece que está durmiendo...

—¿Qué quiere decir exactamente? —Le interrumpió Landon dejando el bolígrafo sobre un montón de papeles.

Tom le miró de reojo, deseoso de decirle algo más, pero se contuvo.

—No estaba hinchada ni nada de eso. No apestaba. Parecía que tenía una fragancia de esas caras, recién echada en su cuello y cara. Está cubierta de flores. En la orilla, con ese jodido pelo azul...

—¿Azul? —Le interrumpió de nuevo Landon echando el cuerpo hacia adelante. Sus ojos se abrieron como platos. Como si de repente hubiera recordado o descubierto algo. Una quemazón se apoderó de su cara y su cogote. Fuego que ascendía tras una punzada en el estómago. Porque creía saber quién era.

El pelo azul la delataba.

—¿Va a estar usted interrumpiéndome todo el rato? —Escupió de nuevo dentro del vaso.

Landon hizo una mueca de asco.

—No. Lo que voy a hacer es ponerme en marcha. Vamos a ver a esa mujer. —Landon se levantó de su cómoda silla como si este fuera empujado por alguien dándole un puntapié en el culo. La silla se desplazó hasta la pared donde golpeó haciendo un ruido seco.

—Tiene los ojos pegados. No se les puede abrir los ojos —explicó al mismo tiempo Tom y escupió de nuevo, esta vez, fuera del vaso.

—¿Qué?

Landon se quedó helado.

—¿La ha tocado?

Tom se encogió de hombros como un esqueleto que se desmonta, cayéndose los huesos con un soplo de aire.

—Y le he visto el pezón.

—No me lo puedo creer. —Landon estaba bordeando la mesa mientras trataba de ponerse las gafas de sol—. ¡Qué asco!

El viejo de Tom le sonrió despectivamente, todavía sin levantarse de la silla.

Había tenido un presentimiento y por eso estaba a punto de descolgar el teléfono y marcar el número de la comisaria. ¿Y cuándo no había tenido presentimientos? Podía ver cosas que sucederían en un futuro inmediato y tenía el don de recibir información de objetos y personas que estaban situadas a mucha distancia. Ahora podía estar en dos sitios a la vez. Eso era muy descabellado. Sin embargo, tenía pocos presentimientos y una nula intuición.

Su menuda mano volvió a dejar el teléfono en su sitio con un sonoro clic. Seguía inmerso en la penumbra con aquel jodido dolor y ya le empezaba a doler la vejiga, pues no había echado una sola meada desde que se había levantado de la cama como un resorte. Y a esa edad aguantar la orina, no era precisamente la mejor de las elecciones.

Sus ojos, que se habían habituado a la oscuridad, estaban ahora más abiertos que nunca y aunque la lúgubre luz de la bombilla arrojara todo su poder sobre aquellas fotografías, había detalles imposibles de ver a simple vista. Y no, no usaba gafas. De vista estaba bien, pero, había veces en las que tenía que fijarse mucho en las cosas.

Rodó con la silla sobre el linóleo y su cuerpo pesado hizo que las ruedas se quejaran sobre el suelo. Volvió a la pared. Y su menuda mano estaba empezando a temblar. Eso tampoco le había sucedido nunca. Porque presentía algo que ya había visto esa misma mañana.

El pesado minuterero pasaba de las cinco menos cuarto y corriendo.

Era la tercera vez que había levantado el teléfono para llamar a Landon, aunque en la tercera no lo hizo.

—¡Vamos chicos! ¡Tenemos que irnos! —exclamó Landon al tiempo que corría por el centro del pasillo abierto por dos bandas laterales de mesas con agentes hincando los codos. Mientras taconeaba al caminar, se iba poniendo

bien la chaqueta marrón que le venía como un globo. Se había quejado varias veces de que esa chaqueta era dos tallas superiores a la que usaba normalmente.

Kevin se dio la vuelta en cuanto escuchó su voz y el sonido de la cremallera al cerrarse con premura. Parecía que habían roto la guía telefónica en dos, justo en su cogote.

—Señor, ¿qué sucede? —La voz de Kevin sonó quejumbrosa y algo aguda, como un pito estropeado.

Landon le miró de reojo.

—Ha aparecido una mujer muerta. Tenemos trabajo. —La voz grave de Landon se subió a lomos de la de Kevin—. ¡Jacob, Luke, Henry y Owen! ¡Os quiero a todos preparados! ¡Tenemos excursión!

Los agentes nombrados se levantaron casi al mismo tiempo, con cara de extrañeza. Nunca habían visto a su jefe así. Era como si se hubiera bebido toda la cafetera de un solo trago.

—Siempre aparecen mujeres muertas, ¿qué bicho le ha picado esta vez? —Le preguntó Kevin con los ojos bien abiertos.

—¡Una con el pelo azul! —ladró Landon al tiempo que dejaba tras de sí una fluctuación de aire que movió los papeles de la mesa de Kevin.

Tom que apenas se podía oír sus pasos, estaba pegado al culo de Landon y escupió justo al lado de Kevin. Sus ojos brillaron por primera vez con una socarrona sonrisa.

—Hijo de puta —murmuró Kevin y se levantó cogiendo su chaqueta que le venía que ni pintado.

Todos los agentes nombrados siguieron la estela de Landon y el resto de agentes que se quedaban realizando su tarea levantaron la vista, estupefactos. Un par de borrachos seguían tarareando una vieja canción de Rock, mientras se tambaleaban todavía sobre sus sillas. La prostituta empezó a sonreír despectivamente. Estaba sentada con toda la frialdad del mundo, dejando correr los acontecimientos y esperando su turno para ser interrogada. Mientras tanto estaba enseñando las bragas al abrir furtivamente sus piernas.

Sus sombras volaron a ras del suelo mientras avanzaban deprisa hacia la puerta de salida, en tropel. Los fluorescentes fueron testigos de la estampida con sus ojos ciegos. Fuera el sol que corría hacia el final de la tarde sorteaba varias nubes apretando con ganas sobre los recalentados vehículos patrulla que estaban aparcados frente a la comisaria en batería.

—Joder, que calor hace este año —refunfuñó Tom al tiempo que sostenía la llave entre sus dedos. El sol entero le lamió la mano de piel seca como la de un lagarto—. Todavía quedan cuatro horas de luz por delante.

Los cuatro agentes bordearon sus dos vehículos patrulla bajo el copioso sol brillando en sus rostros serios. Kevin como siempre, era la sombra de Landon. Y en un momento se escucharon el repicar de las portezuelas al cerrarse una tras otra, como si cayeran por las escaleras rodando un buen puñado de canicas.

—¿Hacia dónde vamos señor? —Había preguntado Henry Ford antes de eso.

—¡Tú sígueme! —Le había ladrado Landon con el sol brillando en sus oscuras gafas de sol. Brillando todavía.

Tom fue el último en salir de allí escupiendo humo y zarandeándose por las calles de CastleLakeHill.

Landon sabía quién era esa mujer.

Claro que lo sabía.

Y seguía tirado en el suelo bañándose de aquella luz roja, excitante e inquietante; esperando, pensando, con los ojos bien abiertos mientras las escuchaba a ellas y parecía que sabía lo que estaba pasando en ese momento en el lago LakeHill.

Y deseó que de nuevo retumbara su canción preferida «Life In Mono» en los estropeados altavoces.

—La ha encontrado —susurró a la fotografía de Ava Cox. Sus dedos de su mano derecha estaban sobre la lisa foto que mostraba el rostro alegre de una mujer con su largo pelo que destacaba de los demás, porque era azul. Si algo se recordaba en este caso, era su jodido cabello azul.

Azul.

Andrew se vio las puntas de sus zapatos casi rozando el brazo de ella, y aquellas flores oliendo hasta hacerse con todos tus sentidos. Hasta hacer que todo flotara alrededor de ti. Pero había más: en la imagen había cierto ajeteo de agentes que estaban mirándola de reojo con rostros enjutos. Y vio a Tom viéndole las tetas cuando una brisa se llevó por delante unos cuantos pétalos más como hojas secas en otoño.

Andrew acababa de tener una nueva visión, mucho más amplia que la de esa misma mañana. Miró las agujas del reloj y vio que el minutero estaba quieto, como un ahorcado, en el medio, apuntando casi definitivamente al suelo.

Eran las cinco y veinte.

Y sabía que algo espantoso había empezado de nuevo.

Y que Parker Atkinson se lo había llevado a la incineradora.

O quizá no.

De pronto empezó a sonar su teléfono móvil que tenía guardado en su bolsillo del pantalón. Hacía calor y se había quitado la gabardina. Había hecho una excepción; se había quitado la gabardina gris. ¡Aleluya! Tuvo que retorcerse para poder sacar el teléfono que vibraba como un condenado al lado de las llaves. El tono explosivo del teléfono berreando penetró ahora los tímpanos de Andrew cuando se lo puso justo delante de los ojos. La llamada entrante estaba señalada como «El chulo», era el nombre que había registrado en la agenda telefónica; era Landon.

—¿Qué pasa Landon? —A decir verdad su voz sonó un poco trémula.

Estaba algo ansioso, muy impropio de él.

—Viejo zorro, tenías razón.

—Sabía que tenías que llamarme para darme por saco esta mañana.

—Mira quién habla, a que lo adivino si digo que estabas con el teléfono en la mano toda la mañana. Me apuesto las pelotas a que eso ha sido así. —La voz de Landon se mezclaba con el resoplido del motor. De forma desafortunada había empezado a moverse más de lo normal al pisar el acelerador.

Andrew esbozó una cínica sonrisa sobre la pared de notas.

—Lo tenía en el bolsillo, como de costumbre. Venga ya, di lo que tengas que decir que tengo mucho trabajo esta mañana.

—¡Ya! Tocarte los huevos. Los debes tener enormes. ¿Cómo narices sabes tantas cosas?

Se escuchó la estúpida sonrisa de Kevin en el asiento del copiloto. Landon lo miró de reojo y en ese instante, las ruedas del vehículo aplastaron una lagartija que explotó como una bolsa de agua. Atrás quedó una leve mancha roja sobre el asfalto carente de interés. Los pobres lagartos y lagartijas empezaban a salir en las canteras con la boca abierta y su lengua rosada expuesta al sol y nadie les hacía ni puto caso.

—¿Qué cosas?

—Acabo de recordar lo de aquel crío, hace unos cinco años o quizá cuatro, no lo sé a ciencia cierta. Nadie sabía dónde demonios se había perdido, y llegaste tú y pusiste un dedo sobre el mapa, y allí estaba el jodido.

—Casualidad. ¿Para qué me has llamado?

Hubo un momento de silencio solo roto por el traqueteo del motor y los amortiguadores. La carretera estaba en muy mal estado. Ya tomaban el camino que les conducía al lago LakeHill. El lago de Tom.

—El azul. Cuando Tom llegó a mi comisaria y me había dicho lo del cabello azul, sentí algo dentro de mí. Y recordé. Al principio creía que era una de sus estúpidas quejas. Ya sabes, un cascarrabias, pero ese pelo azul se me quedó grabado. Estamos llegando al lago de Tom, ya sabes...

—¿Ava Cox? —Le interrumpió Andrew emocionado, aunque pretendía disimularlo sin conseguirlo.

—Dice que la ha encontrado hace apenas una hora o quizá dos, quién sabe, ese tipo es depravado...

—¿Depravado? —Le zanjó de nuevo Andrew, esta vez con su voz grave característica. Apoyó su ancha espalda sobre el respaldo de la silla que crujió bajo su peso.

—Dijo que estaba desnuda, imagínate.

—¡Ya!

—¿Puedes venir?

—En diez minutos estoy allí, si mi jodido Ford arranca —acució Andrew mirando de forma inquietante, otra vez, la fotografía de Ava Cox. La primera situada a la izquierda. Sentía deseos de rozarla de nuevo con sus dedos. Pronto lo haría sobre su piel real.

—Perfecto. El tío Tom se quejó del color del cabello de esa pobre desgraciada.

—¿El tío Tom?

—Bueno, ya sabes. La herida se ha abierto de nuevo. Te espero.

—Ava Cox ya tenía el pelo azul cuando desapareció.

—¡Ah!

Y colgó.

Andrew se puso la gabardina mirando la pared como si de un espejo se tratara. Miró con ojos inquisitivos y se acercó a la fotografía de Ava Cox poniendo sus gordezuelos dedos sobre ella, por treinta veces consecutivas ese día. Un intenso hormigueo le subió desde el estómago hasta el mismo gáznate.

El dolor de cabeza hizo su aparición en las sienas en un golpeteo de su corazón. Era la primera vez que se ponía nervioso.

En esa mañana y ya parte de la tarde se habían conjuntado todos los poderes Pre Cognitivos del cerebro, desde la simple idea hasta la Visión Remota. Algo trivial en él, pero que ese día de primavera estaba teniendo demasiado peso, para ser todo de verdad. Un éxtasis se mezcló con un deje de tristeza y confusión, por qué no, dubitación.

—Jodido Andrew. —Se dijo a sí mismo con un gemido. Aquello no había sido ni siquiera ni un susurro.

Retiró sus dedos de la fotografía y se dirigió hacia la ventana para cerrar todavía más la persiana. En el trayecto el cosquilleo se había instalado en sus huevos. La vejiga parecía hacer aguas allá dentro y sentía como una gran bola pétreo iba a explotar. Notó algo de humedad en el pene. Se estaba meando. Y ya no podía aguantar más. Sudoroso se dirigió al cuarto de baño, que se estaba al final del pasillo lúgubre, a la derecha. Encendió la luz mientras las gotitas de orina se escapaban como en una avería de un grifo y se bajó la bragueta en un ras que pareció que había roto varias hojas de papel.

Y empezó a miccionar.

Una meada como la de un perro enorme empezó a gotear en el fondo del retrete, y varias gotas amarillentas como la bombilla, regaron los lados del retrete. Y mientras respiraba lenta y profundamente en un círculo vicioso de saciedad, y alivio como un orgasmo, pensaba al final de todo, cuando salpicaban las últimas gotas, que esa mañana se había levantado diferente a todas las demás. Que algo en él no estaba tranquilo y que una voz oculta trataba de decirle algo. Y recordó el puñetero Ford blanco abandonado, en un lugar muy lejos de allí. Y se preguntó si era el coche de Ava en verdad.

Mientras se secaba el pene con un poco de papel higiénico, sus labios esbozaron una leve sonrisa, pero se arrugaron inmediatamente en un gesto compungido.

Se subió la cremallera de la bragueta en otro ras inquisitivo y apagó la luz del cuarto de baño. Con pasos repicando sobre el suelo como dos piedras, se acercó hacia la puerta de salida y sus dedos se cernieron a la manivela de la misma. El sol le golpeó como un gran rechazazo de un boxeador furioso. Sus

ojos se cerraron furtivamente y sintió una especie de dolor en ellos, eso sí, menor que el dolor de la cabeza que ahora ya parecía también haber mitigado bastante. Su cara se arrugó en una mueca cómica y le dio el cogote a los largos dedos del sol de aquella tarde de primavera. Una mariposa de lo más colorida revoloteó sobre su calva y con sus casi inexistentes patitas, le hizo sentir una especie de cosquillas allá arriba.

Cuando sus ojos se abrieron vio cientos de puntos negros revolotear a su alrededor como moscardas buscando la mierda. Poco a poco aquellas manchas oscuras fueron desapareciendo y con ellas, el ligero mareo que sintió. Cerró la puerta de un golpe seco y esta repicó en el marco. No echó la llave, y para cuando ya se hallaba cerca de su Ford azul, como los cabellos de aquella pobre desgraciada, recordó que no había apagado la luz de su despacho. No le dio importancia. Llevaba puesta la gabardina beis que volaba sobre sus rodillas. Estaba empezando a recalentarse allí dentro, pero nada comparado con el sitiado calor que había atrapado en el interior del vehículo.

El volante estaba ardiendo y la portezuela chirrió con desgana bajo aquel intenso sol. Y al cerrarla apenas hizo ruido a goma prensada, sino que eligió el sonido de una batería destrozada de una banda de Rock.

Allí dentro, el aire era irrespirable y Andrew tiró de los botones de su camisa en un gesto instintivo. ¡Pero tenía la gabardina puesta! Introdujo la llave de contacto y giró hacia la derecha la misma. Un gran gatazo parecía haber maullado allá dentro del capó, recién levantado y con lagañas en los ojos. El motor de arranque eléctrico giró varias veces con su prestigioso ruido agudo y como si se rozara contra el asfalto, el motor empezó a rezongar como un toro bravo. Las convulsiones habían llegado hasta el pie derecho de Andrew, que trataba de pisar el gas. Lo estaba ahogando, siempre tenía esa jodida costumbre. Tras unos segundos de pura angustia, el motor petardeó y escupió por el tubo de escape un azulado humo que se enroscó en la suave brisa hacia el cielo hasta difuminarse del todo. El olor a gasolina había llegado al olfato de Andrew, quien arrugó la nariz y soltó un impropio.

Tras el martillazo compulsivo vinieron el ronroneo y la risilla de él, detrás del volante, con su cara rechoncha llena de felicidad.

Engranó la primera pisando el embrague y para cuando lo estuvo soltando

el Ford comenzó a moverse como si tuviera las ruedas cuadradas. No había pasado la inspección técnica del vehículo. Pero eso no le importaba. Mientras arrancara y se quejara por la carretera hasta el destino, todo estaba bien.

Había tomado el camino hacia el lago LakeHill.

El lago de Tom.

Ya no le dolía la cabeza ni la vejiga, pero tenía una mancha amarillenta al lado de la bragueta y en el muslo derecho del pantalón gris.

27

Tom iba el último y las luces azules y de todos los colores, de los vehículos precedentes, apenas se distinguían por el reflejo del sol, y los árboles no recibían el calor de aquellas luces intermitentes e histéricas, como las de un tiovivo. Las ruedas de aquellos coches, patrulla; eran dos, escupían tierra y polvo hacia atrás, y Tom sucumbió a un repentino ataque de tos.

Se llevó el puño a la boca, hundiendo el bulto de tabaco y se quejó del polvo. Acto seguido bajó la ventanilla y escupió la flema más grande del mundo que parecía un sapo negro que acababa de saltar desde un acantilado. La bola de tabaco se había quedado pegada en el asfalto y el sol hizo el resto con ella.

—¡Malditos polis! Me voy a morir de tanto tragar polvo —renegó Tom mirando al mismo tiempo el retrovisor sin saber por qué. En aquel espejo vio la mancha negra del tabaco que había escupido, pero nada más.

Pero los veteranos del Vietnam sabían tragar mucho polvo, mucho. Sin embargo, Tom, solo era un viejo cascarrabias que estaba enfadado con el mundo entero. Con su existencia. Sus ojos arrugados se dibujaron en el cristal del retrovisor y su piel seca recubriendo toda su cara sucia, como si fuera un mecánico lleno de grasa.

Y pensó en el pezón de aquella mujer.

Una cínica sonrisa dibujó un rostro desconocido de Tom.

Los vehículos se deslizaron por la carretera polvorienta como en una carrera de coches, hasta que se vislumbró el reflejo del agua, que brillaba como miles de diamantes.

Las ruedas de caucho resbalaron en la gravilla y derraparon dejando el vehículo cruzado en mitad del final del camino; había una explanada y desde ahí, se podía ver perfectamente la cabaña del cascarrabias de Tom. Las luces siguieron oteando el paisaje, pero nada reflejó sus débiles haces. Las flores coloridas absorbían esa iluminación y el frondoso bosque que abrazaba al lago, verde, respiraba como una gran ballena llena de algas.

Tom llegó el último y las ruedas de su Chevy no derraparon sobre la gravilla, sino que se detuvieron lentamente. El motor ronroneaba y tras el cristal del parabrisas se podía ver el rostro enjuto de él. Como un disparo de un fusil, el tubo de escape lanzó al cielo una nube de humo ennegrecida y el motor rezongó antes de enmudecer.

Todavía no había salido ninguno de los agentes de policía de sus vehículos impecables, ni siquiera el sheriff. Serían cerca de las cinco y media pasadas.

La portezuela del Chevy se abrió lentamente siguiendo un bufido como la de un gato, siseando al abrirse. Después se escuchó un golpe seco posterior al ruido de las botas rascar el suelo. Sí, pesaba poco, pero sus jodidas botas hacían demasiado ruido sobre ese camino rodeado de vegetación.

Esta vez no tenía nada que escupir.

Levantó el brazo y con su dedo índice como una rama de árbol viejo, señaló hacia el fondo mientras decía algo, que ellos no podían oír.

Acto seguido resonaron las chirriantes portezuelas y los golpes secos al cerrarse una tras otra, como si un crío hubiera tirado su juego de bolas de cristal al suelo. La grava empezó a aplastarse y rechinar bajo aquellas botas mientras Landon se ajustaba las gafas de sol, con su habitual tic.

—¿Dónde está Tom? —Su voz sonó cascada. Salivaba poco y tenía cierta sequedad de boca.

—¡Joder si os estoy señalando todo el rato! —ladró Tom formando un bulto en uno de sus mofletes arrugados y cubierto de barba rala. Era la lengua, que estaba lamiendo los restos de tabaco masticado que habían quedado

atrapados entre sus dientes.

—Desde aquí no se ve nada señor —acució Henry Ford. El agente de treinta y dos años, atlético, alto y rubio, con los ojos más azules que Tom jamás había visto. Llevaba la camisa de manga corta de servicio y no utilizaba gafas de sol. Ni alguna con dioptría. Ahora estaba apoyado con la palma de su mano en la parte superior de su vehículo, como si estuviera aguantando un árbol tumbado.

—Pero si sigues por el camino que rodea el lago, si la verás —explicó Tom sin dejar de señalar. Verás a una tía buena durmiendo en la orilla del mar, pensó. Una leve sonrisa habría querido asomar por sus secos labios.

Landon le miró de reojo y asintió con la cabeza. Parecía que Tom no estaba borracho pensó. Era un jodido cascarrabias sí, pero siempre decía verdades como un puño. Esa mujer estaría allí, donde su dedo seguía apuntando como la estatua de Colón. Como también la oficina forense estatal de Maine, en Augusta estaría atestado por los casos de drogadictos. Joder que si lo sabía. Para eso no se tenía que tener poderes especiales. Como también sabía que en algunas zonas del país tales como los condados de California (San Bernardino, Riverside, Orange y Ventura) la oficina del sheriff también tiene la responsabilidad de la dirigir una oficina forense, que se encarga de la recuperación de los restos mortales dentro de su condado y la realización de autopsias. Pero en Maine no. Vaya si sabía ambas cosas.

Todo eso lo sabía como ya intuía también, que la pobre mujer no estaría tomando el sol y más pronto que tarde viajaría en un coche fúnebre camino a la autopsia.

Sus botas pesadas empezaron a rastrillar la grava del camino de tierra. Las flores abiertas eran como hermosos labios que uno deseaba besar y el olor de la mezcla de todas ellas se apoderaba de la humedad del agua, evaporándose bajo los rayos del sol.

Tom les tomó la delantera levantando pequeñas nubes de polvo tras sus tacones, que parecían derrapar sobre el suelo. Su ecléctico cuerpo, casi como el de un muerto viviente, se torturaba a cada paso que daba. No estaba muy ágil el hombre que digamos. En su antebrazo tenía una cicatriz tan larga como una correa doblada. Había sido una bala que le había rozado en el vietcong,

como él le llamaba. Sin nada que escupir, movió su lengua juguetona, mientras hablaba a un paso delante de los agentes y el sheriff.

—Joder Tom no deberías haberla tocado —dijo de pronto Landon con los dedos de su mano escondidos tras el cinturón que abrazaba su cintura como una estola.

—Estaba yo pescando cuando la vi de lejos. Me pareció ver algo. Cuando me acerqué y vi aquellos pelos azules me dio la risa y perdone por ello. — Tom tomó tiempo para respirar hondamente y añadió—. Cuando estuve cerca de ella y descubrí que no apestaba a mierda, pensé que estaba dormida y por eso quise abrirle los ojos. —Tom no sabía cómo disimular. Su historia no era del todo cierta.

Kevin, casi tan delgado como Tom se había puesto unas gafas con un ligero aumento. Tom no se las había visto puestas en la comisaria, juraría que no las tenía. El sol se reflejó en sus diminutos cristales y Kevin empezó a hablar:

—Nunca se debe tocar un cadáver. Eso puede borrar huellas o peor aún, dejar sus propias huellas y ser detenido como sospechoso.

También iba con la camisa de manga corta. Kevin era como un grano en el culo y era el lame culos de Landon. De corta estatura y moreno, con la raya al lado y nariz puntiaguda, Tom pensó que debía tener la polla pequeña. Una idea estúpida, pero que le vino a la mente de repente, mientras parecía arrastrar sus botas en lugar de dar pisadas.

El camino estaba terroso y seco como un cascarillo; aquel jodido otoño no había llovido una mierda; menos mañ que ya había pasado de puntillas. Aun así, toda la madre naturaleza había desafiado las leyes de la física y mostraba su parte más bella. Una avispa voló cerca de la oreja de Kevin y zumbó como una trompeta en su tímpano. Su mano se estampó súbitamente contra la oreja y escuchó un golpe seco seguido de un lacerante dolor que le hizo soltar un gemido.

Tom sonrió como un chico malo.

—Cada día eres más tonto hijo —dijo Landon paseando sus dedos de la mano derecha sobre el arma reglamentaria.

—Ahí está. —Señaló Tom con su dedo destartalado.

Landon apresuró la marcha y vio con sorpresa a pesar de saberlo, una figura recubierta de bellos pétalos de todos los colores. Aquello parecía una despedida en un cementerio con todas las coronas puesta sobre el ataúd. Y cada vez que daba un paso, aquella silueta se hacía más grande hasta adivinar una rosada cara con los ojos cerrados, y un pecho al descubierto.

Miró de reojo a Tom que apretaba los dientes con la mirada perdida.

—¿Solo has tratado de abrirle los ojos? —Le preguntó Landon con una voz ronca.

Tom carraspeó.

—El viento se lleva las cosas —respondió Tom con voz rasgada. Se le había hecho un nudo en la garganta y el corazón se le había acelerado un poco empujando su espesa sangre en todas sus venas atascadas.

Kevin interponiéndose en la conversación se llevó el pulgar a la boca y mojándola con saliva apuntó hacia el cielo como si esperara que un rayo lo atravesara.

—No hay viento amigo —dijo y sus oscuros ojos color marrón, parecieron brillar detrás de los cristales de las gafas.

Landon estaba a un metro de la mujer de cabello azul y Tom a medio metro.

Tuvo la idea de tocarla con la puntera de su bota sucia, pero no lo hizo, sin embargo, su dedo seguía señalando el cadáver.

—¿Veis? Es de verdad. Aquí la tenéis. Yo estaba pescando cuando...

—¡El resto ya lo sabemos! —le zanjó Landon que se estaba poniendo en cuclillas en esos momentos. Sus ojos ya no estaban mirando la madre naturaleza, sino el rostro rosado de aquella mujer.

—Señor, parece que ha muerto muy reciente —acució Luke. El gordo del grupo. ¿Por qué siempre hay alguien con sobrepeso en un grupo ya sea de amigos o de agentes de la policía?

—¿Sí? No me había dado cuenta —dijo Landon con su lado más lascivo—. Fíjate en sus tetas. —Landon tenía un semblante serio.

Luke, que pesaba más de cien kilos, parecía un globo con sus enormes michelines rodeándole la cintura. Tenía la barriga colgándole sobre los huevos y era imposible ver la hebilla del cinturón. Todas las mañanas se zampaba cuatro donuts de chocolate en la comisaria. No era especialmente alto, pero superaba con creces a Kevin. Sus ojos tampoco eran claros, sino marrones y tenía el cabello con rizos rozando al rubio, aunque no lo era del todo, sino caoba, podría decirse. Sus hombros estrechos y el pecho plano, daban una idea de una peonza sobre su físico. Era lento y el más chistoso del grupo. Pero en esta ocasión había metido la pata. Su frente siempre estaba bañada en

sudor. Sus dedos regordetes terminaban en unas uñas mordidas y tenía el culo del tamaño de una silla. No tenía barba.

—Lo siento señor —acució Luke.

Los agentes volcaron sus miradas sobre aquel cuerpo y sobre todo, el cabello extendido como una alfombra a los labios de la orilla, arrojando a unas flores silvestres.

El dedo pulgar de Landon empujó el párpado hacia arriba, primero con suavidad, al igual que había hecho Tom una hora antes o quizá dos ya, y después lo hizo con más fuerza.

—Tiene los ojos pegados —rezongó Landon como si lo hubiera descubierto él.

—Te lo dije —improvisó Tom como un árbol doblado al lado de él. La mano de la mujer estaba rozando las botas de Tom. Casi le pisa los dedos. Tenía las uñas pintadas.

28

Ronroneando como un perro con la rabia, el Ford Mondeo corría sobre el asfalto quejándose de los agujeros y las zonas parcheadas. El traqueteo dentro del interior del vehículo era lo más parecido como pasar por unas turbulencias de un avión.

Andrew sujetaba el volante con las dos manos, con la mirada al frente, concienzudo y observando lo que tenía delante de él. El cristal estaba empañado de polvo, pero veía un caballo si se cruzaba de repente delante de la carretera.

Escupiendo un humo azulado que se extendía como dedos en el aire, el Ford avanzó y avanzó hacia su destino.

Andrew ahora no pensaba en otra cosa que en llegar tan rápido como pudiera.

Pero el marcador de velocidad no superaba los ochenta kilómetros por

hora.

Y el implacable sol, como el de un verano, seguía acariciando con su sábana dorada el chasis del Ford y la calzada que se enervaba con la temperatura.

Un lagarto sacó la lengua al sol.

29

Habían rodeado con cinta amarilla el cadáver de la mujer. Landon no terminaba de recordar el nombre, pero si la reconoció por el peculiar color de su cabello. La suave brisa hacia ondear la cinta de plástico como una hoja en medio de una tormenta. Los agentes, con guantes de látex cubriendo sus manos, se afanaban por poner unas extrañas etiquetas amarillas con números que Tom no comprendía.

—Yo no sé por qué señalan el lugar de no pasar, si aquí no pasan ni las ratas —masculló Tom y escupió a un lado, ladeando la cabeza. Sus vertebras crujieron al girar y Tom se llevó la mano a la nuca como si aquello fuera su solución.

Landon que estaba hablando por el aparato de comunicación que antes había tenido como un sapo en su hombro izquierdo, retiró el micrófono que estaba sujeto a un cable enrollado y dijo:

—Tom, deberás testificar en comisaria. Es parte del proceso.

—Claro como en la guerra. Solo debías apretar el gatillo y bum, a la mierda. —Tom hizo el gesto con sus manos como si disparase con una escopeta.

—Tom, no lo hagas difícil —acució Landon y se llevó de nuevo el micrófono a la boca. Una especie de cajetilla de cigarrillos de color grisáceo —. Aquí Landon de nuevo. Necesitamos conocer cuando podemos enviar a una sujeta muerta para destriparla...

—¿Destriparla? —Tom arrugó toda su cara de piel seca y mostró un efecto de asco en ella. Escupió de nuevo y esta vez el gargajo fue a impactar como

una cagada de un pájaro en la bota de Landon.

Este le miró con ojos furibundos, aunque la tenía atrapada detrás de los cristales oscuros, pero Tom sabía que había allí detrás de ellos.

De pronto ambos levantaron la cabeza al oír un ruido un tanto peculiar, como el de un tractor desvariado cruzando la carretera. Una nube de polvo se arremolinaba detrás del vehículo junto con el humo ennegrecido que escupía al aire y acababa con toda la fragancia de la naturaleza madre.

Andrew, asfixiado y extasiado, seguía aferrado al volante que vibraba como un martillo hidráulico. Con su frente lleno de sudor que se detenía en sus pobladas cejas; estaba llegando al escenario del crimen y sus ojos vieron aquellas luces azules y amarillas dibujando lazos de luz en los árboles.

Estaba a punto de volver a ver aquella imagen que había visionado esa misma mañana. Era una pura rutina para él, desde que descubriera ese don a bien temprana edad, aún antes de incorporarse al cuerpo de Policía.

Pero tampoco lo pregonaba a los cuatro vientos, excepto Grayson, aunque, había voces que susurraban cosas. Andrew seguía aferrado al volante y sus bofos brazos gruesos temblaban como la mantequilla.

Redujo la velocidad en un graznido de cambio de marchas y maniobró hasta dejar aparcado su coche junto al Chevy de Tom. En un ronroneo final como si un gran gatazo estuviera durmiendo bajo el capó, el motor expiró ruidosamente. Sacó la llave del contacto y se la llevó al bolsillo de la gabardina.

Sus pies bajaron del coche como aquellos pies que atraviesan medio mundo y aterrizan desde lo alto del escalón de un tren, en un país que no es el suyo. Salvo que en esta ocasión, el país entero iba a ser suyo.

Su incipiente calva se iluminó bajo la atenta mirada del sol y las gotas de sudor resbalaron en su liso cráneo. Solo conservaba pelo de media cabeza hasta la nuca, pero lo tenía cortado casi a ras. Apoyándose en la portezuela de su Ford, se sacó un pañuelo blanco y se lo llevó a la frente como un papel absorbente que se queda pegado como una pegatina.

Las luces de aquellos vehículos lo miraban a él y él los miraba a ellas. Entonces desvió la mirada hacia la izquierda.

Era la cabaña.

Y de pronto le vino a la mente aquella imagen.

Un cuerpo lánguido entre el hueco de la ventana, y esa dichosa cabaña.

Después ella.

Ava Cox, con el cabello extendido como una jarapa.

Y ese azul chillón que despertó sumo interés a todos.

Un silbido rompió la armonía del lago y Andrew volvió la cabeza hacia el camino de tierra. Era Landon, que le había silbado como si llamara a su perro después de echar su gran meada en el campus universitario, o en la puerta de la comisaria. Andrew enarcó una ceja. Solo una. No estaba para esas cosas, pero mitigó un ataque de improperios.

Sudando copiosamente dentro de su eterna gabardina gris, inicio la marcha por el corto camino de tierra y piedras, hasta donde los podía ver, como pequeñas siluetas sin brillo, moviéndose de un lado para otro como unas gigantescas hormigas. El resplandor de los cristales de las gafas del sheriff parecieron brillar desde lo lejos y a su lado, había un cuerpo canijo, ligeramente encorvado. Ese era Kevin, supuso Andrew y ejerció el tributo de la sonrisa.

Bajo sus zapatos crujía la gravilla, y la tierra erosionada por la sequía del otoño, sin embargo, en un borde del camino, parecían acecharle por sorpresa decenas de flores, hierba y las ramas de los árboles más pequeños. Al otro lado, el agua brillaba bajo el sol. Miró a la orilla, ya que el camino iba en paralelo a esta, y no observó una bajada de las reservas de agua. A medida que se acercaba, las luces eran más molestosas y las siluetas eran cuerpos de color marrón, excepto el enclenque del viejo Tom, que brillaba como un sapo.

—¡La próxima vez que me silbes te mando a la mierda! —exclamó Andrew todavía con el pañuelo restregándose por la frente. Su abultada barriga llegó al escenario del crimen antes que sus zapatos.

Kevin lo miró de reojo, hacía ya algún tiempo que no lo veía.

—Fíjate. No me acordaba de tu nombre —dijo jocoso Landon en una posición un tanto chulesca. Estaba burlándose.

—Qué casualidad. —Andrew se guardó el pañuelo húmedo en el bolsillo de la gabardina. Ya estaba frente a Landon y detrás de este, sus hombros marcando el terreno con unas estúpidas etiquetas, y justo detrás; ella.

—Has tardado mucho Andrew. Llevamos un buen rato aquí. Hay cosas que no entendemos...

—¿Cómo qué? —Le interrumpió Andrew alzando la vista. Y entonces vio sus pechos desnudos.

—¿Parker Atkinson fue condenado por matar a siete mujeres verdad? —La cara de Landon era todo, arrugas. No se le veían los ojos con esas jodidas gafas que Tom observaba todo el rato y ahora, molestaban a Andrew.

—No estoy seguro de ello. Estuvo condenado por ello, pero hay algo que me inquieta...

—¿El qué? —Le zanjó esta vez Landon levantando una mano.

Andrew estuvo en silencio unos tres segundos contados con los dedos de una mano, en la que revoloteaban las mariposas, las avispas y pájaros en una altura respetable. Y como si el mundo se terminara en ese momento, dijo;

—Quiero ver a Ava Cox.

—¿Lo sabías? —El dedo de Landon le estaba señalando y sus labios se torcieron en una mueca.

—Yo no sé nada. Déjame verla.

Kevin que estaba casi al lado, soltó una risa tonta, tan ridícula como un susurro a un sordo.

Pasadas las cinco y cuarenta de la tarde, la mente enferma se había puesto de pie y con su cuerpo desnudo se apoyó en la pared de piedras húmedas. Aquello parecía una cueva bajo una bolsa de agua, que goteaba por las rajaduras de las paredes y el techo. Escuchó los lamentos y los jadeos y este respondió;

—Preciosas mías, ahora voy, esperad un poco, solo tengo que ponerme algo de ropa. Los jodidos altavoces se han estropeado o quizá sea solo el cable de la corriente. Esperad almas gemelas. —Aquella voz melosa y que sonaba casi como un susurro al oído, tuvo la capacidad de traspasar aquellas anchas paredes como unas ondas que vibraban como el propio altavoz.

De pronto se escucharon los gritos desgarrados y los gemidos inquietos que derramaban el espanto y el miedo a través de aquellas jodidas paredes. Traspasando lo inevitable.

Entonces la mente enferma apretó los dientes y estos brillaron en su forma blanca aún bajo aquella espectral luz roja. Sus ojos se volvieron blancuzcos y la frente lisa momentos antes, se había arrugado como una sábana, mientras sus dedos palpaban aquella húmeda pared.

Y respiró profundamente mientras el tiempo pasaba en algún lugar en otra parte. Por ejemplo; el escenario del crimen, o quizá debería llamarlo el escenario del hallazgo del cuerpo de Ava Cox.

31

La vio tal cual la había visto esa misma mañana y pensó: «Joder, me ha pasado de nuevo. La he visto así de hermosa esta mañana en uno de mis pasajeros dolores de cabeza. Bueno, mi don. Pero he venido aquí a descubrir lo que ya sabía y me encuentro con sus tetas a la intemperie. A la vista de Tom»

Y mientras Andrew pensaba eso, el cascarrabias de Tom había guiado sus abultados ojos hacia el cuerpo desnudo de la mujer, que ahora mostraba sus dos pechos erectos, con los pezones apuntando al cielo. Estaban duros y de color marrón y Tom sintió como si debajo de su pantalón algo se dilatara. Sí, crecía por momentos y descubrió que a sus más de setenta años todavía tenía deseo lívido y estaba empalmado. Se giró de cuerpo para un lado, pero sin apartar la vista de aquellas tetas, mientras se tocaba el hierro macizo que había crecido bajo su bragueta.

Y pensó en el coño de ella.

—Es la mujer del cabello azul. Una de las dadas por muertas hace cuatro años —explicó Landon poniéndose de nuevo los dedos dentro del lado apretado del cinturón. El arma reglamentaria con su funda se inclinó hacia atrás.

—Es Ava Cox —dijo Andrew taciturno. En el fondo sentía como un hormigueo en su cabeza. Era el aviso del jodido dolor que despertaba a punzadas nada alentadoras.

—Ahora sabemos que Parker Atkinson era inocente, al menos en este caso —acució Landon con voz desdeñada.

—Parker Atkinson siempre fue inocente y me juego las pelotas a que aparecerán las otras seis mujeres.

Landon se quedó desconcertado.

—¿Qué estás diciendo? —Su voz había sonado algo más grave de lo habitual. Kevin había levantado la cabeza y sus gafas brillaron como dos botellas—. ¿Qué coño está diciendo?

Andrew se giró hacia él y con ojos inquisidores le dijo;

—Atkinson era un depredador sexual, eso lo puedo afirmar. Violó a su hermana pequeña cuando esta tenía ocho años y el trece. Y me consta que violó a muchas mujeres en su corta vida de yonqui. Hechos, no demostrados hasta el momento. Eso es lo que se ha llevado al crematorio, pero no el destino de estas desgraciadas. —Señaló al cuerpo desnudo de Ava Cox, expuesta a los rayos del sol como una sardina con su característica panza blanca.

—¡Ya! ¿Y por qué me habías llamado esta mañana? ¿Por qué me habías dicho que te avisara si aparecía algo anormal, fuera de sitio? ¿Sabías algo? ¿A qué juego está jugando Andrew? —Landon sabía algo de su pasado. Estaban compartiendo investigaciones desde hacía algo más de cuatro años, un año antes justo antes de desaparecer de la comisaría. Se conocieron justo al resolver el caso del crío perdido, de Chris. Pero había escuchado algo, que no creyó, pero ese rum rum que le sobrevino durante el primer mes, se disipó a medida que pasaban los días. Sin embargo, siempre veía en él, algo extraño. Era como si fuera un paso por delante.

—Pura casualidad. Tuve una premonición y ya está. —Andrew estaba mintiendo. Dijo Premonición en lugar de Precognición. Y aunque pareciera cosas iguales, eran muy diferentes. Quedaba muy bien diciendo Premonición ya que al fin y al cabo era algo que le podía suceder a cualquiera. Era pura intuición.

—Yo también tengo premoniciones —jadeó Landon moviendo nervioso su pierna derecha. Estaba sudando como en una sauna bajo su chaqueta de servicio. La placa del señor sheriff emitía destellos dorados mientras se movía—. ¿Me estás ocultando algo Andrew?

—Señor, dicen que tiene poderes paranormales —saltó de repente Luke con su estúpida sonrisa dibujada en su rechoncha cara.

Andrew le dedicó un dedo levantado; era el corazón.

Luke era el más veterano de la comisaria. Landon era el sheriff nuevo, y antes que él, Luke había tenido que lidiar con Jackson, un hombre de raza negra que se pasaba todo el día fumando una enorme pipa de madera negruzca. Su cabello anillado y blanco le pedía a gritos que se jubilara. Apenas salía a la calle y un día se lo encontraron muerto en su silla; en su despacho, con la pipa en la boca abierta. El artilugio estaba pendiendo de sus rígidos labios blancuzcos, pero no se caía y encima estaba humeando todavía.

A las dos semanas de descontrol, vino Landon. Andrew ya llevaba toda una vida en CastleLakeHill, y había despedido con honores al viejo Jackson, siempre tan taciturno y compresivo.

Y aunque el viejo Jackson guardaba el secreto de Andrew, hubo un silbido que anunció que el detective estaba algo chalado. Jack se encargó de pregonar el descubrimiento a los cuatro vientos, pero no sabía que era eso de «Paranormal», ni conocía el secreto de sus visitas al Psiquiatra Grayson. No eso no lo sabía nadie.

—¿Qué es eso? —inquirió Landon dando un paso adelante.

—¡Nada! —ladró Andrew—. Porque alguien tiene una buena intuición ya hablan de chorradas —mintió y dejó que el aire se escapara en su silbido que se mezcló con la suave brisa—. ¿Vamos a tener a esta pobre chica tostándose aquí todo el día?

Kevin esbozó una catatónica sonrisa.

Landon se tocó la nuca.

—Estamos recabando pruebas —dijo Landon volviendo la mirada hacia la difunta. Después su cuello volvió al estado inicial como si fuera una goma estirada y que vuelve a recuperar su lugar.

—Eso te lo digo yo ahora mismo —acució Andrew intentando agacharse, pero no pudo, su enorme panza se lo impidió. Pero, aun así empezó la observación ocular—. Esta mujer lleva muerta muy pocas horas. Imagino que estará caliente debido a que está expuesta al sol, pero su cara ha sido perfectamente maquillada. Tiene polvos compactos, corrector de ojos, máscara en las pestañas, lápiz labial, base de maquillaje, colorete y algo más. Ha sido mimada hasta el último detalle. Sin embargo, está muerta y no veo señales moradas en su cuello, ni golpes en el resto del cuerpo. Las mata dejándolas sin respiración...

—¿Las mata? ¿Ha dicho, las mata? —Le interrumpió Landon moviendo ahora las manos. Una mariposa pasó al lado de estas y fue empujada por el aire provocado con sus palmas abiertas.

Andrew recordó como corrió como la pólvora en toda la comisaria allá por los años noventa, cuando supo o encontró el cadáver del indigente Matthew. Fue todo un acontecimiento y un enigma, por qué el tipo en cuestión estaba enterrado a dos metros bajo aquel hormigón de un pozo cerrado a cal y canto. Habían dicho que pudo verlo con su gran intuición, en ese momento no utilizaron la palabra «Paranormal».

—Bueno, supongo yo. Todo es posible. Pura intuición —explicó Andrew con voz cansada. Le pesaba y mucho, tener que esconderse de sus dotes. Le aburría estar todo el rato ocultándolo.

—¿Y cómo sabe todo eso del maquillaje y la muerte? ¿Tiene algún familiar que trabaja en esas cosas de belleza?

—Estoy solo. Todos han muerto. Incluida mi hermana. Hace diez años. Era mayor que yo siete años.

Landon se quedó boquiabierto y los cristales de sus gafas dejaron de brillar.

Los demás agentes seguían poniendo figuritas amarillas numeradas al lado del cuerpo de Ava y en una zona de más de diez metros a la redonda y escribiendo en blocs de notas como si estuvieran multando a una cadena de coches mal aparcados. Sus rostros estaban absortos en su trabajo. La conversación entre Andrew y Landon era meros zumbidos en sus oídos, excepto para Luke y Kevin, que habían abierto el tímpano para recibir las ondas.

Mientras tanto, el cuerpo de Ava Cox se estaba arrugando de forma desmesurada y convirtiéndose en un pez blanco. Había estado así, con el cuerpo hundido en el agua, aunque manteniendo los pétalos pegados en su cuerpo, al menos todo ese día, si nada decía lo contrario. Solo su cara permanecía seca y su cabello.

—Bueno. Lo siento —expresó Landon bajando la cabeza y el ala del sombrero dibujó una mancha oscura desde su frente hasta la nariz. Un sombrero de fieltro que a veces se le olvida ponerse. Pero ese día lo llevaba puesto.

Tom con su gorra verde no dejaba de mirar el cuerpo de Ava y sus ojos se salieron de sus orbitas al verle el coño, mientras la barra de hierro pululaba bajo su bragueta. Nadie se había dado cuenta de ello.

Las cenizas de Parker Atkinson fueron recogidas en una especie de bote de porcelana y todos los huesos, tan blancos como la nieve, fueron introducidos en un saco. El empleado, llevaba la bolsa con aquellos huesos a la trituradora unos momentos después. La máquina se había puesto en marcha y comenzaba el baile de ruidos secos y casi tintineantes, como si estuviera machacando cristales. Desde una boca abierta, como un cántaro, escupía un frágil polvo que se difuminaba con el aire de la respiración. Lo que quedó de aquellos huesos fue reunido con el polvo del bote abierto como una boca a modo de una repentina sorpresa.

Y con el viento, el trasiego y el infinito por delante, los recuerdos se

fueron con aquel polvo que no estaba caliente, sino cálido al tacto.

Pero aunque había huellas de ADN en la ropa encontrada de las siete desaparecidas, y el Juez le había declarado culpable; Parker Atkinson, no era el asesino. El detective Andrew siempre tuvo una mala espina con él. Y ahora se estaba especulando el reabrir el caso de nuevo, por qué Ava Cox, la primera de las mujeres desaparecidas cuatro años atrás, estaba de cuerpo tendido bocarriba, regresando al pasado.

Al día en que desapareció.

Pero Parker ya había viajado hacia el futuro.

33

—Es necesario hacerle una autopsia. Menos mal que estamos cerca de Augusta, porque aquí no tenemos ningún sheriff-forense como en otros estados —explicó Landon mientras sus agentes seguían trabajando sobre el terreno.

—Claro. Augusta, el forense debe estar hasta las narices de los toxicómanos. En los últimos diez años se ha multiplicado el número de adictos a la cocaína y hay que hacer lista de espera para una jodida autopsia. Como tampoco existe la pena de muerte, tampoco disponemos de lugares para realizar la autopsia. Tú mismo podrías llamarte aguacil, por lo poco que pintas en esta ciudad. Maine es diferente. —Cuando acabó, Andrew se dio cuenta de la verborrea que había soltado sin venir a cuento. Se sacó el pañuelo del bolsillo de la gabardina y se la restregó por la frente una vez más. Estaba sudando más por la espalda que por la cara—. ¿No tienes calor con la chaqueta puesta?

Landon le señaló con una sonrisa jocosa.

—Me insultas y encima llevas la gabardina puesta bajo este agradable sol. Recuerda que yo soy la autoridad aquí.

—Eso es por qué no están los del FBI aquí.

—Te repito que yo soy la ley aquí. —La voz de Landon le temblaba un poco.

—Y yo el detective Andrew Moore. El que pone cara a las investigaciones en esta jodida ciudad.

—¿Vamos a estar discutiendo quien más que el otro?

Landon había formulado mal la pregunta. Estaba nervioso.

—Yo solo te pongo al día. Y sabes que puedo llevar este caso perfectamente si me sale de las pelotas.

Los labios de Andrew mostraron una sonrisa de oreja a oreja, desafiante en su mirada. El pañuelo regresó oscurecido al bolsillo.

Jacob, uno de los agentes que estaba escribiendo en una libreta levantó la mirada sin cejas y los vio casi enzarzados como dos felinos mostrando sus feas uñas. Estaban a un metro de la mujer que poco a poco parecía ponerse blancuzca o peor, purpúrea.

El agente detuvo el trajín del bolígrafo y los observó con sutileza, bajo un rictus en sus labios. Su incipiente calva brilló todavía bajo el sol, al igual que la coronilla de Andrew, pero Jacob era calvo del todo y en la nuca se juntaban rugosas formas como neumáticos amontonados. No alcanzaba el peso de Luke, pero era un hombre también bastante pesado, aunque con unas carnes más prietas. En el dedo corazón de la mano derecha lucía una alianza de oro que le apretaba como una soga a un ahorcado. Era de espaldas anchas y largos brazos que acababan con unas manos casi menudas; eran grandes. A diferencia de Luke, Jacob no tenía panza y sus pectorales eran prominentes. Solía estar bastante callado y cuando hablaba decía verdades como puños. Sin embargo, pensó, pero no habló ahora.

Jacob había conocido a Jackson.

—¡Pues yo voy a ser quien lleve esta investigación! ¡Y además, quien ordene el levantamiento del cadáver! —gritó Landon prosiguiendo el curso de rabieta o mejor dicho, del resquicio que existía entre ellos.

—¿Te la vas a llevar en el maletero? O mejor aún, ¿en el lugar de Kevin?

Este le miró con sus ojos dilatados detrás de las gafas que parecían dos faros apagados.

¿Cómo sabía que Kevin iba a su lado?

—Ahora mismo voy a llamar a una ambulancia —rezongó Landon quitándose las gafas de sol. Sus ojos estaban arrugados como un ano.

—Mejor, llama al coche fúnebre y al reverendo Christopher.

Landon se puso las gafas de nuevo y su frente se arrugó.

Jacob, procedente de Portland desvió la mirada hacia la mujer muerta y siguió escribiendo. Llevaba más de una hora así.

—Contigo no se puede hablar —musitó Landon dándole la espalda y acercándose de nuevo a Ava. La miró un instante y soltó un bufido como un gato al que le han pisado el rabo.

—El viejo Jackson lo hacía todo mejor que tú —espetó Andrew con una socarrona sonrisa. Y entonces su teléfono móvil empezó a sonar en su bolsillo.

Recordó que esa tarde había quedado con Grayson; su Psiquiatra del alma. ¿Sabes, he tenido una visión? Ava Cox ha aparecido después de estar cuatro años muerta, perdón, desaparecida y el juez junto al jurado popular ha enviado al crematorio a un hombre inocente. ¿Verdad que esto es bueno? Jajajaja.

Alzó el teléfono y vio en la pantalla la llamada entrante de Grayson. Su dedo pulgar se deslizó hacia el icono rojo y el teléfono dejó de escupir una enervante melodía, mientras, los pájaros volvían a canturrear en las ramas de los árboles.

Eran cerca de las siete de la tarde.

Y todavía no había hablado del jodido Ford blanco de Ava Cox, abandonado en el otro extremo de Maine, en el Este. No en Boston, ni en Lewiston, Bangor, Sanford, Augusta, Saco, Westbrook, Scarborough, Waterville, Windham, Gorham, York, Kennebunk, Falmouth, Orono, Topsham, Lisbon o Cumberland.

Estaba en una de las playas de la Costa Este, sumergido entre los cánticos de las aves y el zozobrar de las olas.

O quizá no.

Podría ser en un lago de todo el estado de Maine.

Ahora ya no estaba tan seguro de ello.

La mente enferma tenía pegada su cara a la pared y una de sus manos estaba sujetándola como si esta fuera a caerse, mientras susurraba algo;

—Tranquilas chicas. Tengo que ir a buscar una nueva compañera para vosotras. No lloréis, por qué sois las más bellas del mundo y es eso es una gran virtud. Dentro de setenta y dos horas, acabara todo.

Pero las estaba matando una a una.

Había mentido.

A las siete y media de la tarde, cuando el cuerpo de Ava Cox hubo sido levantado por los señores de la ambulancia que atrapaban una camilla roja entre sus manos, Andrew trató de abrirle los ojos a la pobre desgraciada y comprobó que los párpados estaban pegados.

Retiró la mano.

La camilla chirrió al entrar en el hueco de la ambulancia y las tetas de Ava se quedaron impasibles bajo el saco de plástico. Estaba rígida como una momia.

El sol aunque seguía azotando la tierra con sus largos dedos dorados, ya no calentaba tanto y el blanco se tornó en amarillo y pronto lo haría en un color rojizo.

Quedaban poco más de cuarenta y ocho horas.

Herbert Smith tenía entre sus dedos el bisturí y la luz cegadora de la lámpara lamia el corte limpio que dejaba tras su paso; la hoja que brillaba como un diamante, se manchaba de sangre oscura y azulada mientras se hundía en la carne amoratada y dura. El corte era una autentica cruz sobre el pecho de Ava Cox, quién con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo, parecía encomiarse al mismísimo demonio.

La autopsia había empezado, en algún lugar de Augusta.

Y antes de terminarla, Herbet Smith había descubierto algo horrible que tenía que contar sí o sí, en los próximos minutos.

El hombre de mediana estatura y cabello moreno, se quitó los guantes manchados de sangre y liquido sedoso blancuzco y los tiró a una papelera que esperaba con la boca abierta, a un lado de la sala. Caminó hacia la mesa que estaba al fondo, a dos metros del cuerpo abierto en canal de Ava Cox y sentándose en una ruidosa silla, descolgó el teléfono.

En la comisaría de CastleLakeHill, a unos cien kilómetros de allí, el teléfono de la centralita comenzó a sonar en una noche aparentemente tranquila.

Cuando el sol era un recuerdo en ese día y la mezquina luz de la luna se acogía a cada rincón de esa parte de la tierra, la mente enferma se preparaba para tinterle el cabello azul a la segunda de las mujeres.

—Eres tan bella. Y pasará el tiempo, y tu piel no envejecerá —le susurraba al oído a la pobre desgraciada que con los labios tiritando y húmedos, solo dejaba escapar sollozos. Durante los cuatro últimos años ya había descubierto que chillar no era para nada una idea buena. Las paredes absorbían el sonido de sus cuerdas vocales como esponjas y esa mente enfermiza, estaba cada día peor.

La mente enfermiza estaba mezclando el agua oxigenada con el colorante; era como si batiera un huevo en un bol. El color que adoptaba la pasta

gelatinosa era el de un azul chillón y el aroma no era precisamente como los pétalos de una margarita. Con sus manos enfundadas en unos guantes de plástico; que venía con el paquete del tinte, se preparaba ahora para coger la brocha de pequeñas dimensiones para empezar la tarea.

Los ojos llorosos de la segunda mujer desaparecida, pues la mente enferma era muy detallista para estas cosas, suplicaban una libertad que sabía cuál era. La muerte.

Por eso la estaba preparando.

Ella era Madelyn; ignoraba su apellido ahora mismo. Que absurdo.

Sentada en la silla de madera que cojeaba de una pata, trataba de mantener el equilibrio, mientras sus manos estaban atadas con un pañuelo de seda, por detrás del respaldo de esta. No quería que se dañara. Su piel le excitaba, le insuflaba vida, y todo su organismo era un deseo libido.

Las manos de la mente enferma acariciaron el cabello rubio de Madelyn con suma delicadeza hasta el punto de que la pobre desgraciada sentía algo de placer junto al miedo.

—Tengo miedo al dolor —dijo Madelyne lloriqueando mientras se le escapaban los mocos y se deslizaban hasta su labio superior.

—No voy a hacerte daño —acució la mente enferma. Aquellos ojos brillaron bajo la luz verde. Ahora la luz era verde y estaba en otra habitación distinta. Las cinco mujeres estaban ahora en silencio en una habitación oscura y húmeda, tiradas sobre un colchón como si fueran vestidos de novia, por qué las tenía en camión; de color blanco—. ¿Cuándo os he hecho daño?

La verdad es que a excepción de Ava Cox, nunca.

Hasta que había decidido empezar una nueva vida para ellas.

La muerte mezclada con la belleza espantosa de ella.

—¿Qué ha sido de la otra chica? —inquirió Madelyne temblando como el primer día que había sido raptada.

—Está en otra habitación —mintió la mente enfermiza que ya estaba con el pincel bañado en tinte, rastrillando el cabello de ella. Una suave espuma aparecía enredada entre sus largos cabellos.

—¿Y hay una habitación para cada una de nosotras? —Ahora la voz de ella sonó trémula.

—Pues sí —siguió mintiendo la mente enferma mientras deslizaba el pincel mechón a mechón; como si pintara un cuadro—. Tienes un cabello muy largo —dijo, cambiando de tema.

Madelyne miró de reojo, apenas vio a aquella persona que tantas veces había contemplado y escuchado, pero ahora era como un fantasma susurrándole al oído.

—No nos has cortado el pelo en todo este tiempo —rezongó ella—. Tus manías por la belleza y el cuidado rozan la locura. —Se atrevió a decir a expensas de recibir un guantazo con la mano abierta. Pero eso no sucedió.

Hubo un corto espacio de silencio que pareció una eternidad, pero al final la mente enferma, que seguía llevando la brocha al bol y de ahí al cabello de ella, como una cuchara viaja a un plato de sopa de forma constante, dijo;

—Eso no existe. Lo que yo tengo es deseo y perfección. —Asomó su cara sobre el hombro de ella y la miró a los ojos. Contemplándola con mucha delicadeza como si de repente sintiera compasión por ella. Sin embargo, para Madelyne era como ver la cara de un payaso que había aparecido de repente desde lo alto del techo.

El corazón de Madelyne se aceleró sobremanera y sintió la fuerza de toda aquella locura en esa mirada.

—No te asustes. Te estoy notando el corazón en mi mano. No debes temer nada, solo ha llegado la hora de ponerte bella.

Y entonces el minuterero del reloj empezó a descontar el tiempo de ella.

Aquella brocha siguió mientras tanto, tiñendo el cabello de azul.

Andrew no podía quitarse la imagen del Ford blanco que había visto al lado de la playa, o quizá al lado de un gran lago. En Maine había miles, pero

no recordaba haber visto a los somorgujos pululando por la escena. Parecía que estaba en un lugar remoto e incierto; solo y olvidado. Él no tenía técnicas de sugestión de la Visión Remota, solo le venía, así, sin más. Como un chasquido de dedos. Y tampoco controlaba todo cuanto acontecía en esos momentos; recibía información, pero no la suficiente y le dolía la jodida cabeza. Un dolor lacerante que le impedía pensar; ver, oler o escuchar.

Sin embargo, la Precognición era otra cosa. Veía las cosas plasmadas en su cerebro, como un vago recuerdo del pasado, pero que no era un recuerdo, sino que iba a suceder. Veía parte de lo que iba a suceder. Era como una intuición un poco exagerada. Incluso más que una Premonición. Veía con detalle el corto espacio de tiempo que iba a vivir en cualquier momento.

Y ahora no estaba conectado, ni una ni en la otra.

Su mente estaba llena de pensamientos, dilucidando como narices avanzaría ahora. El vehículo. No quería levantar sospechas delante de Landon. No delante de ese pendejo.

Se le ocurrió una idea.

Después de echar un buen polvo deseó con toda su alma llevarse un cigarrillo a sus labios y tragar ese asqueroso humo que te irrita la garganta, pero no fumaba. En su lugar se llevó un palillo a la boca. Sus dientes lo atraparon como una trampa mortal. Estaba respirando como un perro tras correr una maratón, pero estaba satisfecho. Su polla todavía seguía erecta, aunque se vendría abajo pronto.

En cuanto empezara a beber cerveza.

No era su fuerte, pero de vez en cuando le venía bien. Gozaba de lo lindo.

Aria Miller se estaba poniendo las bragas y sus ojos se iluminaban por momentos, cada vez que sus labios dibujaban una sonrisa en su cara. Ella era una mujer delgada, rubia, con el cabello liso y unos bonitos ojos azules. Había parido dos veces, Tommy y Charlotte. Se llevaban un año de diferencia y de

eso hacía unos diez años. Ahora ambos estaban durmiendo bajo la sábana de sus respectivas camas, en habitaciones separadas. Todo parecía ir bien.

Incluso aquel polvo.

Había jadeado y el sudor empezaba a resbalar por su espalda, por qué ella estaba encima de él; su marido, como si cabalgara: levantando y bajando sus glúteos. Gozando. Y después se subía las bragas hasta la cintura y apretaba su espalda húmeda contra el colchón, ahogando todo el sudor. Empapando la sábana bajera.

—Ha sido bonito mientras ha durado —dijo Aria mirándole a los ojos.

—Eso es una frase trivial —repuso Landon mientras el palillo se movía entre sus dientes como el bigote de un conejo. Sus pómulos se realzaron en una mueca de sonrisa estúpida.

—Sí, eso es verdad —dijo ella sin estar convencida de si había dicho algo aún más trivial. Se tapó los pechos con la sábana arrugada. Era como si de repente, después de galopar como un caballo, desbocada sobre él y mostrándole los pezones apuntando a todas direcciones, tuviera pudor.

—Hablando de otra cosa —terció él mientras su mano se posaba sobre la superficie de la sábana; en lo alto de su muslo derecho—. Hoy ha aparecido el cadáver de Ava Cox. El culpable o ya presunto asesino, Parker Atkinson, está hecho cenizas, y la jodida ha aparecido hoy.

Se detuvo en sus palabras, para pensarlo mejor con la mirada casi perdida y esperó.

—¿Qué bien, no? Apareció la muerta y el asesino ha pagado por ello. ¿Qué hay de nuevo en ello? —Aria arrugó su frente en un mar de pequeñas dunas.

—Pues que el cadáver estaba maquillado y llevaba pocas horas muertas...

—¿Y? —Le interrumpió ella agrandando los ojos.

—Pues que hace cuatro años que desapareció y se dio por muerta.

El palillo parecía ahora un tronco de un árbol dentro de una trituradora.

—¡Vaya! Eso sí que es difícil, ¿verdad?

—Pues realmente sí. Aquel jodido loco era inocente. El asesino está vivo y en activo. —Los ojos de Landon divagaban cada vez más sobre las extrañas formas dibujadas en el techo. Era el reflejo de la pantalla del televisor que estaba encendido y ronroneando como un gato pegado al oído.

—¿Y qué crees que pasará ahora?

—Pues no lo sé. Andrew de alguna manera me avisó de ello. No sé qué le pasa al jodido viejo, pero tenía razón.

—Ese hombre está para que lo jubilen. Además, dicen por ahí, que no está muy bien de la cabeza.

Ahora los ojos de Aira estuvieron a punto de cerrarse. Los había entornado como una empollona cuando suelta toda la retórica delante de los demás alumnos de la clase.

—Bueno, tiene su edad y un poco de mala leche, pero ¿por qué dicen que está mal de la cabeza? ¿Va al Psiquiatra acaso? —Ahora la mano de él subía lentamente hasta su cadera.

—Creo que no. Pero dicen que a veces habla solo cuando va andando. O que lleva siempre su gabardina puesta hasta en verano. —Aria estaba deseando decir esto último en un grito que ascendiera de tono a medida que enfatizara la palabra «verano».

Por fortuna, Grayson, el hombre de cabecera de Andrew, no estaba en boca de nadie hasta el momento. Eso le facilitaba las cosas al detective de la gabardina larga y mugrienta.

—Yo también hablo solo a veces —sonrió él. El palillo se cayó sobre su pecho, partido en dos.

Aria le dio un codazo y sonrió.

—Este maldito trabajo es solo para chalados —bromeó ella, pero en parte sabía que estaba en lo cierto. Con un ojo puesto en el televisor y el otro en el rostro de su marido, añadió—. Te pasas el día persiguiendo a delincuentes, borrachos, drogadictos, prostitutas, chulos y a veces, asesinos.

—Me gusta este trabajo —acució Landon. Ahora su mano subía por la barriga de ella. Con el pene flácido buscaba copularse de nuevo como un

animal—. Y ahora con este nuevo caso, parece que la chispa ha salido a flote. ¿Lo he dicho bien?

Ella lo miró de reojo. Sus cuencas parecían agujeros acuosos y blancuzcos como los de un zombi.

—Eso no lo sé. No soy escritora, pero te veo especialmente entusiasmado con este nuevo caso. ¿Vas a seguir haciéndome caso? ¿Qué me espera ahora?

La mano de él estaba apretando un pecho duro.

—Desaparecieron siete mujeres. Hace cuatro años. Todo se puede esperar. A lo mejor las otras seis las mató Parker. —Guiñó un ojo y sus labios esbozaron un rictus casi ridículo.

—¡Vaya! No me acordaba de eso. —Aria empezaba a dejar de agarrar entre sus dedos la sábana y esta se deslizaba hacia abajo otra vez. Le entró la risa.

Los dedos de él jugaron con su pezón y el pene se puso en su sitio de nuevo.

No había tenido suficiente y no había bebido cerveza, pero le miraba con ojos inquietos e inexistentes. A veces los objetos parecen tener un valor personal.

Y desconocía lo que le advenía.

—Señor Andrew no ha venido usted a su cita. —La voz de Grayson sonaba ronca y seria.

—¿La visita del médico? De momento meo bien, con todas mis ganas. — Andrew dibujó una sonrisa proyectada a la pared donde estaban todas esas fotografías. Había marcado con una cruz roja, la de Ava Cox.

—No estoy de cachondeo señor Andrew. ¿Sigue teniendo esas extrañas visiones? ¿Ha tomado el Arenbil y el Abilify?

—Como de costumbre —mintió Andrew—. Fíjate que acabo de tomarme uno de estos azules, el Psicótico de las narices.

—Es por su bien. Con el tratamiento dejará de ver cosas que no existen y dejará de escuchar voces.

Pero Andrew había separado el auricular de su oído.

—¿Y me llama por la noche para joderme el sueño?

—Es que creo que está usted muy enfermo, señor Andrew...

—Hágame un favor. No me llame más, señor Andrew. Me hace sentirme más viejo de lo que soy —le cortó con voz grave.

En su mente estaba localizar el sitio exacto del puñetero Ford blanco.

—Está bien, lo siento. Discúlpeme. ¿Puede venir mañana?

—Quizá.

—Sería por la mañana temprano. A las nueve. Haré un hueco para usted.

—Está bien.

Y colgó.

Sus ojos no se habían apartado de aquella fotografía tachada. En el fondo presagiaba que eso no había hecho más que empezar. Y que quedaba poco tiempo.

Para salvar a cuantas pudiera.

Era bien entrada la noche.

Le había secado el cabello largo y azul. Ahora se parecía a Ava Cox. Pero ella era Madelyne. La siguiente en la lista y la segunda en desaparecer. La mente enferma, era muy escrupuloso en todos los detalles.

Ahora esa persona estaba sin ropa. Con su piel macerada de una viscosa especie de mezcla entre brillantina y fijador del pelo; como grasa seca. Le

estaba enseñando sus atributos y también se había maquillado. Ahora la mente enferma era lo más parecido a un muñeco de plástico que una persona.

Madelyne, que ya estaba acostumbrada a su presencia, le miraba de reojo, con los ojos húmedos, tras cuatro años de cautiverio. Sí, todavía afloraban las lágrimas. Y no pensaba en nada más que en el pulso de su corazón, que estaba martilleando un yunque dentro de su pecho. Cuando fue secuestrada tuvo esa misma sensación durante el primer mes. Pero poco a poco había empezado a perder el miedo y solo anhelaba la esperanza de salir de allí con vida.

Como las demás.

Desconcertada, no sabía que había sido de Ava Cox. Había escuchado un ruido metálico, como la de una puerta pesada y oxidada al cerrarse. Algo como una nevera, pero sin la goma que detiene el golpe seco. Después había escuchado música. Una melodía lenta y suave, demasiado romántica para aquel ser oscuro, que las había, sin embargo, alimentado y maquillado bien hasta el momento. Pero ahora esa mente enferma había cambiado su mirada lunática por otra más aterradora. Y Ava Cox no regresó con ellas después de aquello. Al pensar en ello, Madelyne vio como la atmosfera de la habitación se le echaba encima como una gran capota de plástico.

La había desnudado.

—Ahora estás perfecta —dijo la mente enferma en un susurro.

Madelyne ladeó la cabeza de forma instintiva. No tenía pudor, pero si algo que le galopaba ya no dentro del pecho, sino en la punta de la lengua, como un animal respirando agitadamente.

—Tengo frío —mintió Madelyne en un intento de salir de allí. De toda esa pesadilla. Seguía sentada en una silla oxidada y sentía la arenilla del óxido pegarse a su húmeda espalda. Estaba sudando. Y esa mente enferma la estaba observando, bordeando la silla. Dando círculos en ella. Su piel pringosa. Su maquillaje. Todo era anormal en esa noche que desafió a su imaginación. Madelyne ya empezaba a estar aterrada. Sus blancuzcos ojos dilatados la delataban.

—Te llenaré de pétalos —dijo esa inquieta mente absurda—. Pétalos de todos los colores. Es primavera.

También tenía un plan para ella.

Y no era nada bueno.

Su obstinada furia, sus celos, su implacable forma de actuar.

42

Al mismo tiempo que la mente enferma, en algún lugar de Maine, estaba arrastrando el cadáver de Madelyne bajo una mezquina luz menguante, sobre las marchitadas flores, Andrew tuvo una repentina conexión.

Un dolor lacerante en su cabeza parecía querer partírsela en dos, como un coco de un martillazo. Volvió a recibir información del Ford blanco. Sin duda era el mismo que había visto esa mañana. Andrew ya se encontraba acostado y se irguió en la capa como si un enorme resorte le hubiera empujado hacia arriba. Sudaba copiosamente y en el interior de sus tripas, algo se retorció y rugió como un león, arrastrándose por los intestinos.

El resoplido fue continuado con una apertura un tanto inquietante, de sus ojos, que no brillaban en la oscuridad. Ni tampoco sus dientes, que los apretaba con fuerza, aunque tenía que abrir la boca como un sapo para tomar aire. Sus fosas nasales estaban obstruidas por una pequeña alergia, pero la puñetera estaba congestionándole los conductos nasales con un espeso moco.

Aunque la información era vaga, veía el vehículo resplandecer bajo la luna, como miles de luciérnagas arremolinadas en la copa de un árbol. Salvo que el gran detalle era que escuchaba algo. El zozobro de las olas al acariciar de forma rítmica, la arena de la playa. Las ruedas delanteras del Ford estaban hundidas bajo la marea y la portezuela del conductor estaba abierta. De eso estaba seguro, porque la luz del interior del vehículo estaba encendida, arrojando su lengua amarilla sobre la arena y algo más. Un letrero de madera con letras blancas. El dolor en su cabeza era insoportable y tuvo que sujetársela con ambas manos, como si aquello le mitigara el dolor. De sus labios no se escapó ningún quejido.

Esta vez, todo parecía ser diferente.

Y la información que recibió como una descarga eléctrica cruzándole el cuerpo, dejaba ver una frase:

Playa Corta de South Long Island

Tan rápido como pudo, sacó los pies de la cama dispuesto a levantarse y en el esfuerzo se le escapó un pedo como una motosierra. No esbozó ninguna sonrisa. Ese era el león de sus entrañas. Necesitaba buscar algo en la guía telefónica. Encendió la luz de la habitación y caminó descalzo sobre el linóleo del pasillo hasta su despacho deslavazado. El suelo no estaba demasiado frío y seguía sudando copiosamente, al tiempo que la conexión parecía haberse cortado, y con ella, había desaparecido el dolor punzante de la cabeza.

Encendió la luz del pasillo y al llegar a su despacho, hizo lo mismo, y la gran mancha amarilla bañó todo el habitáculo. Con cierto nerviosismo, miró sobre la mesa desordenada, y sus dedos rechonchos se hicieron con el tirador de sus cajones que se mostraron como feas lenguas sucias. En el último de ellos, estaba la guía telefónica.

Sus ojos brillaron como los de un niño cuando encuentra un caramelo.

Lo alzó con tanto mimo como si fuera una Biblia y buscó la comisaria de Long Island de Nueva Inglaterra. Su dedo índice regordete se deslizó por las ásperas páginas y finalmente lo vio. Descolgó el teléfono y marcó uno a uno, los dígitos del teléfono de contacto. El reloj de las grandes manecillas marcaba las doce y media, con su exangüe minuterero apuntando al suelo, como si ésta pesara.

Tras dos tonos de llamada y buen montante de gotas de sudor resbalando por su calva y la frente, respondió una voz que parecía castrada, o mejor, desgarrada.

—¿Sí, dígame?

No había dicho «Comisaria de Long Island» y Andrew pensó por un instante que había marcado mal el número. Pensó en colgar y marcarlo de nuevo. Pero no lo hizo. Ahora la guía estaba abierta como un ataúd en un sepelio, mientras la familia, desconsolada y desgañitada estiraba sus manos para tocar el difunto.

—¿Comisaria de Long Island?

—Sí. Ha llamado al sitio correcto. Mi nombre es Peter. ¿Qué sucede esta noche? ¿Algún chulo le está amenazando porque no ha pagado a su prostituta?

Andrew se enfrió de alguna manera y enarcó las cejas. Estaba desconcertado y pensó; «Donde coño he llamado. A lo mejor me he equivocado al marcar el número de teléfono y el tipo me sigue la corriente guaseándose de mí. Será hijo de perra».

—Perdón, creo que no he llamado a la comisaria —lamentó Andrew con voz taciturna.

—Sí. Sí que lo ha hecho, perdóneme a mí por entrarle de esta manera, pero es que ya llevo unas cuantas horas en mi cuerpo hoy. Estoy cansado. Dígame que le sucede.

Los ojos de Andrew se fijaron de nuevo en la pared que seguía aguantando aquellas fotografías con menos peso con un panel de avispa. Se sentía algo más relajado, aunque seguía sudando copiosamente.

—Soy el detective de CastleLakeHill...

—Sí, conozco esa ciudad. Veraneo todos los años allí. Tengo familia por parte de mi mujer —le interrumpió la voz de lo que parecía indicar que era un hombre joven.

—¿Puede hacer el favor de no interrumpirme más? —ladró Andrew entornando los ojos. Había apoyado su culo enfundado en unos calzoncillos blancos, en el borde de la mesa. Esta se movió ligeramente produciendo un ruido comprometedor.

—Está bien. Perdone. Suelte lo que tenga que largar.

Los ojos de Andrew se entornaron más si cabe.

—Ha habido un robo de un vehículo. Se trata de un Ford cuatro por cuatro de color blanco. Ahora no recuerdo la matrícula —mintió Andrew en esto último y añadió—. El ladrón ha confesado y dice haberlo abandonado en una playa que se llama Playa Corta de South Long Island. ¿Pueden comprobar si está el vehículo allí?

Hubo un momento de silencio casi ominoso.

—No hay problema. Esa playa es muy pequeña. Parece un lago y está

prohibido bañarse allí. Pero las parejas suelen acudir allí en sus coches para ya sabe. —Se escuchó una risilla como el tono del gruñido de un perro.

—Ahórrese los detalles. Solo necesito saber si el vehículo está allí. Si lo encuentran, pueden llamarme a cualquier hora de la noche. Estaré esperando esa llamada.

Y colgó.

Cuarenta minutos después le habían confirmado que efectivamente, el vehículo estaba abandonado en una esquina de esa playa, junto al letrero. Dentro de la guantera habían encontrado la identificación de la dueña del Ford. Se llamaba Ava Cox.

Andrew había mirado al techo para buscar arañas.

43

Quien descolgó el teléfono horas antes en la comisaria y había escuchado la confesión del forense Herbert Smith, no podía dejar de parar de golpear con el lápiz el canto de la mesa. Todavía cumpliendo con su turno, aquellas palabras retumbaban en su cabeza como una horrible pesadilla. Sentía náuseas y todavía no había llamado a Landon. Quizá no le llamaría. Se lo diría a la mañana siguiente, cuando los lazos del sol asomaran desde las frondosas montañas y cuando asomara el rostro enjuto del sheriff por la puerta.

Mientras avanzaba la noche, Owen no dejaba de repasar una y otra vez aquella sitiada conversación. El hombre, el cual había visto a Ava Cox por la tarde y como los ojos de ésta, estaban cerrados, había tenido que cumplir turno de noche, colgándose así más horas de trabajo que las obligadas. Sus ojos marrones miraban las paredes, las mesas pulcramente ordenadas de papeles, el techo en busca de alguna telaraña inexistente y los cubos de basura por si tenían pelotitas de papel dentro de ellas.

Sus dedos de nudillos protuberantes repicaban de forma constante en la mesa y en su muslo. Había veces que cogía el lápiz y lo enredaba entre sus dedos. Estaba sudando y tenía sed. Pero la máquina expendedora solo tenía

refrescos y chocolatinas. Él necesitaba un buen trago de cerveza. Al lado había una máquina de agua y otra de café. No bebió nada de todo eso en absoluto. Estaba nervioso. Y su cuerpo de compleción normal se movía de un lado para otro en los pasillos de la comisaria mientras su compañero Steve le miraba de reojo desde detrás de una mesa, repantigado en su silla.

Cuando estaba sentado y no golpeaba con sus largos dedos el canto de la mesa, se mesaba el cabello moreno cortado casi a rape. Y después se masajeaba su barba rala.

—Soy Herbert Smith, uno de los forenses de Augusta. El cuerpo de la difunta ya llegó e hice mi trabajo, pero tengo que contarle algo fuera de lo común —había dicho con voz ronca, casi quebrada por el tembleque.

Owen recordaba cómo se estaba empezando a poner la piel como escarpas porque supuso que iba a narrarle como le había sacado las tripas a aquella mujer que había tenido delante, unas pocas horas antes. Como si estuviera dormida.

—¿De qué se trata? —había preguntado Owen mientras sus pies, que estaban sobre la mesa, empezaban a temblarle de forma instintiva.

Había habido una pausa solo rota por los chasquidos de las interferencias. En alguna parte del mundo debían estar bajo la nieve o peor aún, aguantando fuertes ráfagas de viento que desplazaban montones de hojas secas, pero en CastleLakeHill era primavera y la temperatura marcaba ya los veinte grados. Quizá algo más. Y todo parecía transcurrir de forma normal, a excepción de los estornudos de unos tres compañeros. Después de ese lapsus en la conversación la voz trémula había regresado.

—Tenía los párpados pegados con pegamento. Los tuve que separar con el bisturí y cuál fue la sorpresa que al abrir el primero de ellos, vi la cuenca del ojo vacía, salvo excepto que había perfume allí dentro. He mandado a analizar el perfume, pero el jodido ojo no estaba allí. Se lo habían arrebatado junto con el nervio óptico.

—No siga por favor, me está dando náuseas —había dicho Owen bajando los pies de la mesa.

Pero Herbert había seguido hablando.

—Y al abrir el otro parpado, me encontré con lo mismo.

Owen en el silencio de la noche sintió ganas de vomitar. Su tez se volvió tan pálida que Herbest podría haberlo visto a través del teléfono.

—¿Qué mente tan retorcida ha podido haber hecho esto? —había preguntado un Owen casi mareado. Recordó que estaba sudando copiosamente, tanto por la lisa frente como por la áspera espalda llena de pelos.

—¿Un loco?

—¿Sabe cuál fue la causa de la muerte?

—La asfixia. El asesino empleó un método para cortarle el oxígeno. No ha sido estrangulada ni tiene marcas en la boca por si se la hubiera tapado con una mano.

—¿Lo podría haber hecho con una almohada?

—Posiblemente, pero aun así, eso deja algunas huellas. Como hilos de algodón, ácaros o una insignificante huella morada. No creo. A mi entender es como si la hubiera envasado al vacío.

Owen recordó que había enarcado las cejas, mientras Steve, que tiraba pelotitas de papel a un cubo de basura, le hacía gestos con las manos cuando las tenía libres.

—¿Ha encontrado algo más?

—Sí.

—Soy todo oído.

—Los ojos.

Había regresado de nuevo el silencio ominoso en la sala y la boca de Steve dibujaba una forma irregular mientras sus ojos adquirían la forma de dos platos blancos. Owen se había quedado petrificado, pero todavía sostenía el teléfono en su mano derecha.

—Esto... Eh... don... —había querido preguntar dónde pero no le habían salido las palabras.

—En la garganta. Se los ha hecho tragar o quizá el asesino se los introdujo con la mano, por qué he encontrado unos desgarros en la laringe. He sentido náuseas —había declarado Herbest con una voz temblorosa.

Owen se había quedado todavía más blanco y Steve se había levantado de su silla de forma silenciosa para acercarse hacia él. Owen había colgado el teléfono sin despedirse. Ninguno de los dos habría tenido ganas de despedirse. Steve le había preguntado quien era y qué le habían dicho para parecerse a un muerto.

Owen decidió no decir nada y pasar la noche repicando con sus dedos el borde de la mesa. Y volvió al principio del ciclo.

44

Esto sucedió en la mañana del jueves.

Entró con la ropa deshilachada y el cabello deslavazado. Sus ojos eran globos a punto de explotar y esparcir masa blancuzca como perdigones y las lágrimas se mezclaban con la sangre de sus labios. La chica estaba asustada o peor aún, aterrada. Su voz era como una sirena y repetía la frase una y otra vez, mientras sus desnudos pies se arrastraban sobre el suelo de la comisaria.

—¡Ha intentado matarme!

Landon ya había llegado allí mucho más temprano que la chica dislocada y Owen le había contado lo de los ojos. La cara de Landon se había vuelto pálida y casi desfigurada por una extraña mueca, después se había llevado un palillo a la boca como si nada. Y Owen se había sentido ridículo, después de una nula reacción de su jefe. El reloj de la pared, que colgaba como un cuadro en una de las paredes, marcaba las ocho y cinco minutos. Landon, que estaba repantigado en su silla con los labios arrugados y la mirada ceñuda, había llegado a las siete y media.

Desde la ocho menos cuarto, la comisaria estaba llena de vecinos que querían plasmar en papel una denuncia y entre ellos había drogadictos y ladrones pillados in fraganti, cuando trataban de reventar una máquina de

golosinas.

—Tranquilícese señorita —acució Kevin moviendo las manos como aspas. Una costumbre un tanto absurda en todas las narraciones.

La chica era rubia y tenía unos ojos bellos, eran de color verde y ahora estaban hinchados y húmedos. Su cuerpo era delgado, pero gozaba de unos buenos pechos. En ese momento no estaba maquillada, pero aun así, parecía hermosa.

—¡El tipo llevaba a una mujer a hombros que no se movía!

Landon se levantó de la silla ruidosa y enarcó una ceja.

—¿Cómo dice? —Kevin disimuló su desconcierto. Quiso tocarle un brazo para tranquilizarla, pero la chica la retiró como si replegara un muelle a una velocidad impredecible.

Con su chaqueta puesta y una temperatura de veinte grados en el ambiente, Landon bordeó su mesa y se dirigió a la puerta de cristal de su despacho que estaba cerrada. Pero había podido escuchar lo que había dicho aquella desquiciada chica. No aparentaba tener más de veinticinco años o quizá veintiséis según sus primeras conclusiones.

Los agentes Luke y Jacob dirigieron la mirada hacia ella que se parecía a Carrie tras aguantar el chaparrón de sangre de cerdo. Estaba sucia y embadurnada de sangre. El vestido azul estaba rajado por un costado y podía verse que no llevaba bragas. El sujetador estaba desabrochado y un pecho quería salir a flote cuando ella se agitaba y gritaba.

—¡Ese hombre tiró a esa mujer al suelo y vino a por mí! ¡Mirad lo que me ha hecho! —La chica mostraba sus palmas alargadas y llenas de sangre—. ¡Quiso matarme, pero me escapé!

Ahora era el centro de atención de todo el mundo y la luz de los fluorescentes fueron testigos de su desgracia.

—¿Qué es lo que trata de decir? —Le preguntó Landon sin las gafas de sol puestas sobre su nariz. Había cerrado la puerta de su despacho con un golpe seco que hizo tintinear el cristal blandiéndose a la vez.

La chica se acercó a él con los ojos dilatados, casi fuera de sus órbitas y

le gritó a la cara tan cerca que los escupitajos bañaron el rostro de Landon.

—¡No me ha escuchado bien! ¡Un tipo enorme, descomunal, ha tratado de matarme y llevaba a cuestas otra mujer que podría estar muerta ahora mismo!

Landon movió la mano lentamente con la palma hacia abajo, como si estuviera delante de un caballo desbocado al que pretendía tranquilizar. A su alrededor, todos los estaban mirando con ojos inquisidores. Y por un momento parecía haberse perdido la razón y la cordura.

—En este caso debe realizar la denuncia pertinente y declarar todo lo que sepa. Le ayudaremos en todo lo que podamos. Pero antes debe decirnos cuándo y dónde ha sucedido...

—¡Ha sido ahora mismo! ¡He venido conduciendo desde Park Beach! —le interrumpió la voz ululante de aquella chica.

Y mientras esto sucedía en la comisaría de CastleLakeHill, a dos kilómetros de allí, el detective Andrew estaba masajeándose las sienes, tras poner el pie en el suelo que parecía desprender calor.

45

—Jodidas pesadillas y dolores de cabeza —susurró al suelo Andrew mientras se levantaba de la cama. Su enorme culo cubierto por un calzoncillo blanco impoluto se despegó de la sábana bajera. Los rayos del sol ya hacia bastante rato que habían empezado a arañar las paredes de la habitación y ahora parecían lenguas asomándose debajo de la persiana.

No era habitual en él, pero se había levantado demasiado tarde. Su hora siempre había sido a las siete de la mañana. Se mesó la calva, tiró de la cinta de la persiana y el sol le bañó el rostro y el cuerpo con un brillo bronceado, como el bronce limpio. Estiró los brazos como si fueran a clavarle en una cruz y cerró los ojos cuando sintió el calor del sol en su cuerpo.

Lenta y oficiosamente, se vistió. Primero el pantalón gris y después la camisa blanca. Lo último fueron los calcetines blancos y los zapatos negros. Cuando se dirigió a la cocina le pareció oler huevos con beicon, sin embargo,

allí no había nadie más que la mezquina luz de la bombilla y todos los platos sin fregar en el fregadero, amontonados como cadáveres en una fosa.

Se fue directamente hacia la nevera. La abrió y otra luz más mezquina iluminó las botellas de leche. Agarró una de ellas y se la llevó a la boca seca. Aquello le sentó de maravilla. La leche fresca por la mañana siempre sentaba bien. Algo en su tripa se movió de un lado para otro mientras la nevera que seguía abierta, iba perdiendo su temperatura lentamente, como una niebla transparente que se difumina con el aire.

Después se fue a su despacho y vio como hecho a propósito, unas franjas delgadas de luz que cruzaban las fotografías, iluminándolas de forma inquietante esa mañana. Presintió que algo, no muy bueno iba a suceder esa mañana también.

Se sentó en la silla y se quedó contemplando aquellas fotografías como si fueran obras de arte, hasta que las manecillas del reloj de pared marcaron las nueve y cinco minutos. Un hormigueo junto a la sensación de pinchazos en el culo con decenas de agujas, le despertó del letargo, algo que no había hecho un pajarito del reloj. El caso es que no tenía, todo hay que decirlo. Se movió sobre la silla que gimió en el suelo y algo más, despertó el interés en él.

La segunda fotografía.

Había escrito Madelyne sobre ella y había visto algo.

Sus ojos cerrados y su rosada piel brillando bajo la luz del sol. Quieta, inerte y sumida en un profundo sueño. Bella en toda su alma, pero sin respiración. Habría sido una más, sino fuera porque era la segunda de la fila. Había vuelto a suceder. Lo había visto con total claridad. Eso no se lo contaría a Grayson quien había decidido en esos momentos descolgar el teléfono y llamar.

Eso no lo había visto en su visión. Eso no, cuando de repente empezó a sonar su teléfono móvil. No el de casa. Ya tenía la gabardina puesta, porque la había cogido del perchero de su despacho, con las dos mangas como dos brazos caídos a ambos lados del cuerpo, pero sin cabeza. Solo le faltaba el sombrero. No tenía. Pero Landon si, pensó y ofició una sonrisa leve. No, espera, era Grayson.

Sacó el teléfono del bolsillo donde se lo había olvidado la noche anterior. Tenía poca batería, pero era más que suficiente como para mostrar el botón verde de la llamada entrante de Grayson. No sabía en qué momento, pero ahora lo había identificado en la agenda como el «loco». Y eso era precisamente lo que se mostraba en la pantalla retro iluminada. Su pulgar se posó sobre el dibujo del botón. Y antes de que se pusiera el teléfono pegado a la oreja como una lapa, había empezado a escuchar esa voz melosa, grave e irritante a la vez.

—¿Andrew? ¿Va a venir a consulta esta mañana?

—¡Oh, lo siento! Ha surgido un imprevisto —dijo Andrew con voz socarrona, pensando en Madelyne.

—¡Vaya! Es la segunda vez que me deja plantado en esta última semana —rezongó Grayson con unos ojos impolutos, casi desorbitados, parecía que Andrew lo estaba viendo.

—La vida es así. Ya sabe que sigo en activo y en estas últimas horas todo se ha complicado. No puedo dar detalles, pero ya se lo explicaré más adelante cuando termine todo esto.

La voz grave de Andrew dejó paso al silencio y tras este, un resoplido atravesó el cielo montado en las ondas hertzianas.

—Está bien. Lo comprendo. Supongo que será algo grave para subestimarme, pero aun así me gustaría verlo y conocer de primera mano si sigue con... —Se detuvo un momento, iba a decir locuras mentales, pero se reprimió y continuó—, esas pesadillas.

Andrew sonrió ahora hacia la persiana bajada desde donde nuevamente se filtraban los rayos del sol por los resquicios y pensó; «Me iba a llamar loco o algo así. Estoy viéndolo venir. A mí lo que me hace falta es una buena mujer y no un Psiquiatra. ¿Cómo se acostará por las noches tras recibir tantos pacientes tarados? ¿Estará él bien de la cabeza? ¿Escuchará voces en mitad de la noche?»

Había tenido un punto de reflexión.

—Lo siento señor Grayson —dijo finalmente Andrew volviéndose hacia la pared. Ahora su mirada se fijó en el rostro desdentado de Parker Atkinson y

en lo bien que lo estaría pasando en el infierno.

Muchas cosas no cuadraban ahora.

—Está bien —respondió la voz petulante del Psiquiatra—. Le doy cita para dentro de dos días. Usted venga a mi consulta pasados esos dos días y le atenderé con mucho gusto. Y cuídese.

Pero la última frase no la había escuchado Andrew porque se había apartado el teléfono móvil de la oreja.

Lo que no sabía Andrew, por el momento, es que las cosas se precipitarían en las siguientes cuarenta y ocho horas. La partida de ajedrez había comenzado el día anterior. El día que apareció Ava Cox, Parker Atkinson se esfumó en el crematorio, llevándose el secreto consigo.

Se levantó de la silla y fue directo hacia la ventana con el brazo extendido. Sus dedos agarraron la cinta de la persiana y tiró de ella con suavidad. El sol de aquella mañana le embriagó como un perfume y su calva incipiente brilló como el pomo de una puerta abrigantada.

Andrew sintió que por momentos-era la primera vez que le ocurría-parecía asfixiarle tantas dudas acerca de la aparición de Ava. Presentía que la cosa no acabaría ahí y aunque no sabía nada o poco más que había aparecido muerta y que Parker no era el asesino, se le había atragantado una bola de saliva espesa en la garganta. Era como si de repente el aire que respiraba se convirtiera en partículas de plomo y se estaba ahogando poco a poco. Pronto comprendería por qué sentía esas extrañas mezclas de sensaciones por primera vez.

Y esa mañana iba a ayudar a subir la presión de la inquietante atmosfera que se había creado dentro de su cabeza.

De nuevo su teléfono móvil empezó a canturrear una melodía espantosa que le indicaba que alguien, en el otro lado, quería hablar con él.

Sin mirar la pantalla del teléfono se lo colocó verticalmente en la oreja, como una concha salvo que ahora no escuchaba el sonido de las olas, sino una voz áspera.

—Tengo que contarte algo —dijo Landon.

—Yo también —acució Andrew.

El reloj marcaba las nueve y cuarto.

46

No había sonido. No había sol. No había más que cinco mujeres en silencio. Con los ojos muy abiertos y los labios arrugados de tanto apretarlos. Sus manos entrelazadas y sus rostros maquillados. Era una habitación muy amplia. Con siete camas. Había un armario sin puertas que desvelaba entre la penumbra los cálidos colores de los vestidos de primavera. Y había ropa interior, pero era vieja y no las utilizaban, porque estaban roídas por las ratas y apestaban con un olor fétido insinuante. Allí, sobre esas prendas íntimas había muerto algo y se había consumido ante las voraces bocas de los gusanos.

Sus corazones palpitaban.

En cuatro años, nunca se había separado ninguna de las siete mujeres más bellas del mundo. Tampoco podían hacerlo.

Ahora quedaban cinco y tenían la opción de comenzar a rezar más en serio. Algo en lo que últimamente no habían dedicado demasiado tiempo.

Rezar a ese Dios que uno no ve nunca.

47

—¿Cómo has sabido lo de su vehículo? —preguntó Landon con los ojos muy abiertos, como si estos se pudieran ver a través del teléfono móvil de Andrew.

—Tengo unos contactos y anoche me informaron de ello. Ha sido pura casualidad. Un coche patrulla de South Beach vio el vehículo con la puerta abierta y les llamó la atención, porque además estaba aparcado o abandonado, en este caso, en una de las playas prohibidas por el alcalde. Creo que esperaron unos veinte minutos antes de salir del coche para ir a ver que sucedía. Al principio creyeron que se iban a encontrar con una pareja

indecente, pero allí no había nadie. Sobre el asiento del copiloto, eso me dijeron, estaban los papeles del coche y la documentación de una persona. Era de Ava Cox. Ya sabes, tengo un amiguete que casualmente trabaja allí y me llamó. Eso es todo.

Andrew respiró profundamente produciendo un ligero pito en su traquea cuando hubo acabado de soltar la perorata y se quedó sorprendido asimismo de lo bien que mentía.

En el otro extremo de la línea, había aparecido el silencio, solo roto, por el incesante murmullo de fondo de la comisaria.

Finalmente, la voz áspera y ansiosa de Landon regresó a la vida.

—Yo quería decirte que el asesino al parecer sigue vivo. —Landon había empezado a salivar y se había detenido un segundo—. Esta mañana han entrado alborotada una joven chica, casi desnuda y ensangrentada, que afirma que le acababan de atacar. Ha dicho posteriormente y desde el principio, que se trata de un hombre corpulento y alto, que llevaba a otra mujer, probablemente muerta, sobre su hombro derecho y que la atacó a ella, tras dejarla caer al suelo. Ha descrito cómo sintió el crujido de la cabeza de esa mujer al romperse sobre una piedra. Al parecer, bueno, eso es lo que ha declarado, ha venido como alma que lleva el diablo conduciendo desde el lago Park Beach...

—¡Ah! Sorprendente —le atajó la voz grave de Andrew—. Ese lago está a tan solo unos cinco kilómetros del lago del viejo Tom.

—Lake Hill —le corrigió Landon.

—Está bien, pero ambos están muy cerca. El asesino está entre nosotros. Muy cerca por lo que se puede ver. —Al decir estas palabras Andrew se quedó sorprendido por la casi inexistencia de visiones que había tenido esa mañana, aunque acababa de empezar y ya había visto una cara, pero nada más.

Le extrañó que no viera a la chica histérica gritar en medio de la comisaria.

Ni al hombre con la mujer a cuestas.

—Creo que tenemos que abrir algún que otro expediente —dijo Landon

ahora algo más tranquilo, pues su voz había mantenido un toque de ansiedad indiscutiblemente perceptible—. ¿Puedes venir a la comisaria? Tenemos que trabajar juntos —admitió Landon y Andrew le sonrió al sol que brillaba como un huevo frito, en lo alto del cielo azul, como si fuera un cuadro pintado en el siglo XVIII.

—Claro. Estaré allí en menos de diez minutos —dijo Andrew mirando ahora a tres pájaros que volaban en formación. La primavera era muy bella pensó, pero no las heridas abiertas, aunque tenía que suturarlas y algo le dijo que tenía poco tiempo para salvarla de la infección.

Se escuchó un silbido producido por la sonrisa antes de colgar.

Landon había sucumbido ante la maestría del detective Andrew. Un zorro muy, pero que muy viejo.

48

Y mientras el sol se deslizaba como una bola sobre una pared pintada en lo alto, ellas seguían estando solas, en silencio, bastante habitual, pero ahora faltaban dos de ellas, y Madelyne se estaba tostando al sol, con los ojos cerrados y el maquillaje a punto de derretirse por el calor.

Esperando a los hombres buenos, con todos los sentidos apagados, mientras la mente enferma había salido como todas las mañanas a realizar sus quehaceres.

Allí no había cabaña, no, no la había.

Era un lago indómito.

49

El Ford Mondeo de Andrew se detuvo frente a la comisaria de forma perpendicular a los coches patrulla y el ronroneo del motor se acabó con un estampido final y una brusca tos en el motor que le hizo convulsionarse de

manera inquietante. La fragancia del aire, antes de abeto y fresno, el árbol que más tiempo tardaba en arder y se mantenía encendido, había sido sustituido por el monóxido de carbono de su coche. En el cielo había una nube azulada. Andrew no la miró, pero era lo que había escupido el tubo de escape. Cerró la portezuela con un golpe que sonó a metálico y se encaminó hacia la entrada de la comisaria, arrastrando el faldón de su eterna gabardina y taconeando con sus zapatos nuevos.

Landon estaba preparándose para salir con sus hombres cuando escuchó una voz familiar a sus espaldas. El siseo de la puerta corredera al abrirse dejó en entredicho las normas de obligatoriedad y salubridad.

Una bocanada de nicotina condensada en el aire fue lo primero que se tragó Andrew antes de renegar.

—Qué asco de cigarrillos. ¿No está prohibido fumar aquí dentro?

Decenas de ojos inquisidores lo miraron y algún que otro cigarrillo pendía en unos labios secos, expulsando por un extremo de este y la comisura, un humo grisáceo que se enredaba en el aire como si trepara por el hueco de una chimenea hasta extinguirse en la nada, fuera de esta.

Kevin estaba de pie, frente a su mesa, como un recepcionista de un hotel que escondía fantasmas por las noches. Su cara estaba arrugada como si estuviera apretando para cagar, pero lo único que hacía era conseguir hacer una mueca de expectación.

—¿Siempre estás renegando Andrew? —preguntó Landon apoyado en la jamba de la puerta de su despacho. Tras él se dibujaba una pequeña silueta sentada en la silla. Su rostro estaba cubierto por las brillantes gafas de sol y un palillo atrapado entre sus dientes. Su sonrisa era forzada y Andrew al verlo pensó que era el perfecto idiota de turno, aunque tenía que lidiar con él, si quería avanzar algo en todo esto. No era momento de sonrisas. La pequeña silueta, inmóvil, parecía la de una mujer delicada.

Andrew recorrió toda la comisaria en tres segundos, como si patinara sobre hielo. Su calva brilló al paso de los fluorescentes y fue objeto de varias miradas burlonas. El sonido de la comisaria, era un murmullo constante, como la de una manada de gatazos ronroneando.

—No cuando lo primero que respiro nada más entrar en algún lugar es una nube densa de nicotina que puedes tocar con los dedos —explicó Andrew ya delante de Landon. Kevin había girado su cabeza como si lo hubiera hecho sobre un engranaje engrasado.

—Quiero presentarte a una testigo. A la mujer que podría ayudarnos en este caso. La chica que entró histérica a primera hora de la mañana, tal como te comenté. —Landon se había puesto serio y sus ojos se cerraron tras los cristales oscuros de sus gafas. Andrew no los vio, los cristales brillaban como si fuera plata.

A sus espaldas la silueta se movió incomoda.

—¿Es ella? —Señaló Andrew con su aspecto más taciturno.

Landon se hizo a un lado, esta vez sin sonreír.

—Tenemos que ir al lugar de los hechos Andrew. Lo siento, pero no nos sobra tiempo. De hecho, estaba marchándome...

—¡Yo me quedo un rato aquí! —le interrumpió Andrew—. Después la llevaré yo mismo al lugar de los hechos.

La silueta se giró y el cabello rubio se desplazó hacia adelante, dejando visible un rostro ensangrentado pero con unos ojos verdes jade que rompía cualquier hechizo. Sus labios estaban prietos y su mirada era triste. Andrew levantó una ceja.

—Está bien, puedes pasar —dijo Landon incumpliendo el protocolo de actuación. En CastleLakeHill nada se hacía bien. Landon salió del hueco de la puerta y esta vez, sin chaqueta, se dirigió hacia Kevin. Andrew lo miró con desdén.

Después se volvió y se fijó por primera vez en esos bellos ojos verdes de la chica, que seguía retorcida sobre la silla en una mala posición. Una mano ensangrentada estaba apoyada en el respaldo de la silla. Su rostro angelical mostraba su asombro y el miedo dibujado en ella.

Andrew entró en el despacho de Landon en silencio, mostrando su abultada panza y su gran cabeza como un balón de baloncesto. Bordeó la mesa como si no la estuviera mirando a ella y se sentó en la silla del sheriff. El

asiento estaba caliente al tacto con su culo aplastado y pensó que allí se había pederreado varias veces el jodido. Sintió una mezcla de asco y gracia. La silla crujió. La chica se había vuelto hacia él, todavía en silencio, con los ojos muy abiertos, atentos a cada movimiento.

En la distancia se escuchó el grito de Landon llamando uno a uno, a sus hombres. Kevin, Jacob, Luke, Henry y Owen, para variar. Después se escucharon los pasos ruidosos de estos hasta difuminarse ante el siseo de la puerta corredera. Unos golpes deslavazados como un grupo de caballos desbocados en la colina lejana. Y aun así se escuchó una queja de Landon y algo que pareció a un escupitajo.

—Soy el detective Andrew y ando tras la pista del asesino de las siete mujeres desaparecidas hace siete años. —Se presentó con una voz ronca y casi rasgada.

Tras esto, la chica parpadeó y permaneció un rato en silencio.

Casi un interminable tiempo.

Estaba absorta.

—Lo siento. Estoy asustada —dijo finalmente la chica casi en un susurro. Andrew observó que le estaban temblando las manos.

—No tiene que sentir nada muchacha. En cualquier caso tendría que sentirlo el pendejo ese que ha tratado de matarte, porque le vamos a echar el guante encima. —Andrew había mostrado su lado más oscuro y habría deseado dar un puñetazo sobre la mesa, que de cualquier modo no se hubiera escuchado por la gran cantidad de papeles que había. También tuvo tiempo de pensar. En unos milisegundos ¿Y por qué coño me ha dejado Landon en su despacho?

La chica agachó la cabeza, mostrando su cabellera rubia teñida de sangre, que por cierto, era muy escandalosa, pero Andrew observó que era como unas pintadas en la pared, es decir, superficial. No había heridas en la cabeza.

—El hombre de constitución fuerte llevaba a una mujer a cuestas. Ella no se movía. Sus brazos estaban inertes colgando hacia el suelo. Al verme a mí, la dejó caer y escuché un ruido raro, extraño...

—Sí, algo de eso me ha comentado el sheriff —le interrumpió Andrew con una voz algo más suave ahora, pero seguía siendo ronca y grave—. No me ha dado muchos detalles, pero algo sé. Ahora quiero que te esfuerces y me des todos los detalles que puedas de ese tipo.

Andrew alargó su menuda mano con un pañuelo blanco doblado.

La chica que había levantado levemente la cabeza lo vio y estiró su mano como si fuese a señalar algo, pero en su lugar sus dedos rojos se enroscaron en el pañuelo.

—Gracias —dijo.

—¿No te han llevado al Hospital todavía?

Ella meneó la cabeza en sentido de no.

—Todavía no, señor.

—Estúpidos inútiles. Les das un cubo y se creen que es para mear dentro.

La chica tuvo la falsa sensación de comenzar a reírse de aquello, pero no lo hizo.

—Me han tomado declaración —dijo, mientras estaba limpiándose la cara con el pañuelo que arrastró toda la sangre seca, quedando atrapada en la tela.

—No te preocupes, yo seré mucho más rápido. ¿Te han preguntado el nombre?

—¿Cómo sabe que no lo han hecho?

—Porque los conozco.

Ella se encogió de hombros.

—Yo nunca he pasado por esto y no sé qué...

—No se preocupe. A partir de ahora seré yo quien vele por usted. —La voz grave, ahora, algo más cálida, le había cortado la frase, pero sin mala intención. Había sido un acto reflexivo, como un impulso.

—Gracias de nuevo.

—No tiene que darme tanto las gracias señorita. Este es mi trabajo. ¿Cómo

había dicho que se llamaba?

Ella no había dicho nada, ni antes, ni ahora.

—Clarice —respondió ella todavía temblando de la cabeza a los pies. Sentía frío. Un absurdo frío en una atmosfera pegajosa y densa por el calor—. Clarice Norton.

Andrew la miró con aspecto ceñudo, solo para impresionar.

—Bien. Clarice. ¿Usted no es de esta zona verdad? ¿Por casualidad es forastera?

—Exacto.

Andrew comprendió y las cejas volvieron a su sitio como los de una marioneta de Jim Henson.

—¿Puedo saber de donde es Clarice?

—De Boston.

—Bonita ciudad. —Andrew había dicho su cumplido.

La comisura de ella liberó una mueca parecida a una sonrisa torcida. Ahora, con el rostro casi limpio, parecía aún más bella. Sus ojos eran condenadamente verdes. Eso le llamó la atención a Andrew. No sabía por qué, pero el color de sus ojos lo ligaba con algo. Nada de lo que había visto y supuso que era cuestión de gustos. Él nunca se había casado, pero eso no quería decir que no había conocido a ninguna mujer.

—Gracias.

Andrew estaba empezando a hartarse de tantas «gracias» esa mañana, pero lo disimulaba bien. Se movió en la cómoda silla de Landon, pero está casi crujió bajo su enorme culo. Él hizo un gesto con los labios.

—Le diré lo que vamos a hacer, Clarice. —Señaló el rostro de ella con su gordezuelo dedo y añadió—. Aunque debería verte un médico, no veo que tengas heridas graves. Más bien son superficiales. La sangre es escandalosa lo sé, pero tenemos que regresar al lugar de los hechos y usted me explicará a mí, todo cuanto recuerde. ¿Lo hará por mí?

De pronto Andrew cayó en la cuenta de que la última pregunta había

sonado ridícula. ¿Lo conocía a él acaso? Oh, no, que va, ¿entonces? ¿Lo harás por mí? Eso se lo dice una madre a su hijo o viceversa. Pero no él. ¿Quién era Andrew para realizar ese tipo de preguntas?

Ella pareció no haber escuchado esto último. Tenía las rodillas juntas y las manos sobre ellas, con los dedos jugueteando con el pañuelo ahora rojo.

—Tengo miedo. Él podría estar allí, escondido. —Los ojos de ella parecieron salirse de las órbitas como si el nervio óptico se hubiera alargado o empujara como un muelle. Su corazón se había desatado en una locura de carrera. Andrew llegó casi a sentir esos latidos. Se repantigó en la silla y su enorme culo hizo que la silla crujiera de nuevo.

—Al menos que sea un imbécil o un tarado, él ya no estará allí. Podría haberse llevado a la mujer que dice usted o quizá la haya dejado en el mismo sitio que la dejó caer. El sheriff nos lleva la delantera y a mí no me gusta llegar tarde a las citas. —Andrew recordó a Grayson y la imagen de la segunda mujer en sus retinas. Aunque difusa. Tenía los ojos cerrados.

El murmullo de la comisaria atravesaba el cristal de la puerta del despacho y el olor a nicotina había sido relegado a un segundo puesto. Clarice olía de maravilla, mezcla naturaleza, mezcla perfume y dulce; como la sangre.

—Está bien. Haré lo que usted me diga señor...

—Detective Andrew.

Ella asintió con la cabeza de forma instintiva. Ya no tenía los ojos húmedos, aunque si hinchados.

—Encantada de conocerle.

—¿Viene conmigo?

Andrew se levantó de la silla produciendo un sonoro ruido como el de un árbol cayendo en medio del asfalto. Estaba sudando copiosamente por la espalda y la chica separó ligeramente las rodillas.

Unos segundos después, los dos estaban saliendo por la puerta grande y el sol fue implacable con ellos.

Los tres coches patrulla, con sus estúpidas luces azules y rojas encendidas a plena luz del día, se detuvieron en la explanada de tierra, como pesados tanques, escupiendo humo azul hacia el cielo. La naturaleza madre estaba ahí para acoger toda esa porquería de monóxido de carbono para convertirlo en oxígeno después. El agua brillaba como miles de diamantes dispuestos sobre una sábana blanca; no, no era azul. El canto de los pájaros era nulo. Landon abrió la portezuela y los cristales de sus gafas que miraron al cielo sin saber por qué, no vieron ningún manchurrón negro moviéndose de un lado para otro con sus alas abiertas dibujando una raya con un vértice en el centro. Era como si el tiempo se hubiera detenido y los pájaros estuvieran debajo de aquel brillo del agua. Quizá durmiendo un profundo sueño después de haber tragado una buena dosis considerable de agua.

Los motores de aquellos vehículos se iban apagando uno a uno en un silencio que les hacían pensar que el ruido de la ciudad era solo una parte del mundo, porque allí se respiraba la tranquilidad pérdida en la gran urbe. Era mucho mejor que estar dormido. El único ruido fueron las bisagras de las portezuelas de los vehículos patrulla al abrirse.

Era pura monotonía, las botas pesadas aplastando la gravilla y después levantando pequeñas nubes de polvo con los tacones. Igual que el tubo de escape despide humo que se enrolla en el cuerpo intacto del aire hasta desaparecer en miles de partículas invisibles. El resplandor de las luces en sus rostros enjutos. El brillo de los cristales de las gafas del jefe y el rechinar de las portezuelas. Y después, el murmullo que resultaba pegajoso.

—Vamos chicos. Hay que buscar bien —ordenó Landon levantando una pesada mano que parecía no querer hacerlo. Su pie derecho inició el primer paso, casi arrastrando toda la suela de la bota.

Kevin que estaba pegado a su espalda como una salamandra, sonrió ociosamente. Luke hizo lo propio, pero no soltó ningún chiste como era costumbre en él; se limitó a mover sus pesadas piernas y a bambolear su enorme panza sujeta por un cinturón casi estreñado.

—¿Dónde está exactamente señor? —preguntó Jacob con el sombrero de

fieltro bien encajado en su cabeza.

Landon se llevó una mano al bolsillo de la camisa marrón y allí sus dedos se encontraron con varios palillos de punta, como púas. Uno de ellos le pinchó en la yema del dedo índice y arrugó levemente su cara afligida por la espontaneidad del dolor, aunque no era muy intenso. Sacó un palillo y se lo llevó a la boca.

—La chica dijo que estaba más o menos por la mitad del camino que rodea LakeHill, hacia al Este. Dijo que hay una explanada cubierta de flores como si hubieran extendido una alfombra. Se identifica, porqu añadió que hay una gran roca justo al lado. Está cerca de la orilla, pero no me dijo que había marcado una X en el lugar. De modo que busquemos chicos. —Landon había partido el palillo en dos y tuvo que coger otro.

Luke lanzó una despectiva sonrisa mostrando sus feos dientes. Después de esto, se puso a caminar junto al resto de compañeros, horadando el camino hacia el final. Dejando rechinar las pequeñas piedras bajo sus botas y apartando con la puntera las flores que yacían dobladas hacia el suelo. Atrás quedó el resplandor de las luces, y el silencio de los motores que momentos antes habían traqueteado su particular ronroneo. El camino tomaba una curva y de pronto dejaron de ver los árboles, para luego volver a verlos cuando tomaron de nuevo la recta. El agua, reposada como una gigantesca mancha de aceite refinada, quedaba a la izquierda y los contemplaba desde la superficie hasta las profundidades del lago, como si fuera el reflejo de una gran bola de cristal. Landon iba delante a pesar de que había sido Luke quien había iniciado la marcha el primero, pero el jefe le había adelantado no sin mirarle antes de reojo con una mirada furibunda. Iban en fila india y solo les faltaba los largos palos que les sirvieran de bastones, como los que utilizan los camperos. Pero el viajecito no era precisamente una excursión. Durante todo el trayecto o casi todo, porque fue Luke quien casi al final del camino rompió el hechizo del silencio, habían estado mudos, casi sin respirar, como si estuvieran desfilando por una cantera en la colina. Las nubecillas de polvo quedaban atrás y con ellas el trasiego de las suelas de las botas.

—Tenemos que estar cerca —anunció Landon sin detenerse—. No veo el lugar exacto, pero debemos estar cerca.

—¿Puede ser que se haya confundido jefe? —inquirió Kevin mientras le rascaba el culo, detrás de él, como una esponja.

—Si es así, entonces tendremos que emplearnos a fondo —respondió Landon con el palillo ahora en el centro de su dentadura. Las gafas de sol brillaron por enésima vez esa mañana.

Un momento después llegaron al punto casi exacto, pero no sabían por dónde tirar. Había dos caminos delante de ellos, abordados por una hierba tan alta como los maizales. Flores de todos los colores escupían al aire una suerte de fragancias y daban al lugar un aspecto caótico de colores.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luke deteniéndose. Su panza se movió por inercia hacia adelante como una bolsa llena de agua. Sudaba copiosamente.

Landon le dirigió una mirada inexistente detrás de los cristales de las gafas. En esas circunstancias era imposible saber si incluso te estaba guiñando un ojo.

—Pues tendremos que dividirnos en dos grupos capullo.

Kevin estaba a punto de estallar en una carcajada, pero no lo hizo. Estaba resguardado tras la espalda del sheriff.

Jacob lo miró de soslayo. Su calva incipiente era ahora una bombilla encendida. El sol era agraciado y empezaba a calentar demasiado para la época en la que estaban. Esa iba a ser una primavera un tanto cálida. Apretó los dientes y se tragó las palabras y la saliva en forma de bola que no pasaba gaznate abajo. No es que le tuviera odio, pero si lo más parecido al asco.

—Jefe, ¿cómo nos dividimos? —Había sido una pregunta estúpida la que había formulado Kevin con un brillo inusual en sus ojos. Parecía que estaba frotándose las manos. Era como un crío.

—Muy fácil, tres por un camino y tres por otro. ¿Tan difícil es?

Luke abrió la comisura de los labios en una repentina sonrisa, como la de un perro, en el final de donde acaban los labios, salvo que no sacó su lengua rosada.

—Perdona jefe, ¿pero quiénes son estos dos grupos?

Landon se llevó las uñas a la nuca y apretó con fuerza mientras pensó,

«Este tío es tonto del culo».

—Qué tal si en un grupo vamos yo, tú y Jacob, mientras que el resto va en el otro grupo. —Landon se había quedado a la espera de una respuesta más estúpida y caricaturesca todavía, pero Kevin prefirió no hablar. Alguna parte de él, habría descubierto lo tonto que se había mostrado ante todos sus compañeros, pero era el ayudante del sheriff y sacaba pecho.

51

El reloj marcaba las nueve y treinta y cinco minutos. Grayson estaría esperando en su despacho, pero Andrew estaba agarrado literalmente al volante de su vehículo, como quien se agarra a una barandilla de unas pronunciadas escaleras. Clarice iba en el asiento de copiloto sumida en el silencio, mientras de fondo, de forma vaga, el motor ronroneaba como si fuera de vapor, pero con el sonido amortiguado por un muro de destacada espesura. La chica se limitaba a ver el paisaje y pensaba que había dejado su vehículo «una caravana» delante de la comisaria mal aparcado. Pensaba en que le pondrían una multa o peor aún, que la grúa se lo llevaría. Curiosamente, el shock sufrido parecía ahora un vago recuerdo del pasado que viene a la cabeza, acompañada de una cínica sonrisa. O absurda.

Y mientras los rayos del sol lamían la carrocería del Ford, Andrew pisó el acelerador, pero sin pasar de los ochenta kilómetros por hora. Los árboles eran sombras desgarradas a través de las ventanillas y aunque eran altos como un edificio de cinco plantas o más, no había un hueco de sombra sobre el asfalto.

Y se dirigieron hacia el lago LakeHill en el más absoluto silencio.

Clarice había dejado de temblar.

52

No fue el sheriff Landon quien encontró el cuerpo tendido bocarriba de

Madelyne, sino Owen. El agente que todo en él era normal y no destacaba en nada. Tenía una estatura media, moreno, ojos oscuros, rostro normal y de carácter acomodado, es decir, compasible con todo.

Su dedo la señaló desde unos dos metros de distancia.

La hierba alta y verde como una rana impedía ver la cabeza de ella, pero sus interminables piernas estaban rozando la orilla del lago. De hecho, tenía los pies dentro del agua hasta los tobillos. Eso lo vio con claridad. La roca, también casi totalmente oculta, era del tamaño de una motocicleta y estaba más arriba. El asesino la había arrastrado hacia la orilla después de empotrarla contra la piedra. Owen conocía los detalles proporcionados por la chica a la que ellos no le habían puesto nombre. Un despiste descomunal e imperdonable.

—¡Está ahí! ¡Detrás de esas hierbas! —exclamó el agente todavía con su dedo extendido. Empezaba a temblarle porque el pulso se le había disparado sutilmente. Y aunque era mortalmente normal, la adrenalina corrió por sus venas, aunque no tanto como hubiera deseado.

Luke levantó la vista y agudizó sus prismáticos naturales y también la vio, pero desde su ángulo pudo verle la cabeza y algo que destacaba sobremanera. Un color que sobresalía de toda la combinación de flores que habían pugnado del subsuelo para atrapar con sus pétalos los rayos del sol. Era azul.

Parecía que los neumáticos estaban cansados de tanto rodar y se pararon casi arrastrándose sobre la tierra de la entrada al lago LakeHill. Andrew había girado la llave de contacto y el motor rezongó como una bestia antes de enmudecer. La chica seguía inexpresiva y tenía las manos cruzadas. Andrew observó que jugaba a entrelazar los dedos.

Con la frente sudorosa, Andrew se dirigió a ella, con la mirada taciturna y le preguntó:

—¿Puedes indicarme donde está la pobre mujer?

Ella había ladeado la cabeza y su mirada verduzca seguía húmeda y emanaba miedo y tristeza a la vez. Quizá inseguridad. Andrew sintió compasión por ella. El vestido seguía mostrando aquella sangre que ahora era oscura como el chocolate.

—Claro que sí, señor —respondió ella con voz melosa, casi como un susurro.

—No me hables de señor. Clarice, me llamo Andrew. Y tampoco me llames detective. —Se había adelantado a los acontecimientos—. Ahora salgamos y veamos lo que nos encontramos.

Los dedos regordetes de la mano izquierda de Andrew tiraron del tirador de plástico y empujó la portezuela al mismo tiempo. Un ruido de bisagras a falta de grasa puso el toque mágico antes de que su pie izquierdo se posara sobre la tierra.

Clarice por su parte, lo hizo con sus dedos largos y finos, empujando con el hombro la portezuela y en su caso, ésta chirrió bastante más. Era mucho peor que pisar el rabo a un gato que está durmiendo plácidamente. Cuando se puso en pie en el lugar que ella no quería recordar y su corazón le daba un vuelco de nuevo, cerró la portezuela con sumo cuidado, llegando incluso a ahogar el ruido, mientras que Andrew le había dado una patada a la portezuela y había retumbado como un petardo.

Clarice abrió los ojos de repente.

—Jodido calor. Hemos pasado un otoño cálido, un invierno cálido, demasiado caliente para mi gusto y ahora la primavera entra como si fuera verano. Hay que joderse —ladró Andrew mientras sus ojos arrugados como un ano, trataban no sabía muy bien por qué, de localizar la posición del sol.

Clarice muda, estaba quieta, al lado del coche. Parecía una niña que espera a su papá al que han matado mientras pedaleaba la bicicleta en la carretera con más curvas del mundo, y no lo sabía. Entonces en lo que pareció una eternidad y recordando que había dejado la puerta de su caravana delante de la comisaría dijo algo mientras su dedo índice se elevaba en el aire.

—Es por ahí.

Andrew se dio la vuelta con aspecto ceñudo. Sin embargo, le pareció ver a

una estrella brillando en medio de los pétalos... Recordó los pétalos, sí, los dichosos pétalos que habían cubierto el cuerpo desnudo de Ava Cox y vio con sorpresa que la imagen que había visto esa misma mañana, también estaban los dichosos pétalos, como si un maniaco hubiera estado desojando margaritas sentado encima de un tronco seco. Bordeó el vehículo y se acercó a Clarice arrastrando los faldones de la gabardina. Su espalda estaba húmeda y se fatigaba al caminar. Un resoplido lo delataba.

—Sí, ya veo. Aquí hay toda una feria montada. A mí nunca me gustó llamar la atención con esas estúpidas lucecitas. —Señaló a los coches patrulla que todavía arrojaban un tenue resplandor en el suelo y en las ramas de los árboles que marcaban el inicio del camino que bordeaba el lago. La hierba alta como ellos mismos, adquirirían tonos azulados y rojizos al acaparar todos aquellos destellos.

Y es que Andrew no se había dado cuenta de la presencia de los coches patrulla a dos metros de donde se detuvo. Había estado absorto en una nueva visión, que se materializaría de forma casi inmediata. Había visto a Landon tratar de abrir los ojos de aquella pobre infeliz.

Clarice dijo algo; parecía que se le había comido la lengua el gato. Era totalmente desconocida desde que había entrado en la comisaria moviendo las manos como aspavientos y gritando como una loca, pero eso, Andrew no lo había visto.

—Está muy cerca de aquí. A tan solo unos cincuenta metros. Yo tenía mi caravana aparcada aquí y no recuerdo por qué, me dirigí hacia el fondo del camino a la derecha, cuando vi al hombre que me atacó.

—Lo vistes y te atacó —corrigió Andrew mientras buscaba su pañuelo blanco en los bolsillos. No lo encontraba. Y entonces recordó con cierta ansiedad que Clarice se lo había dejado sobre la silla del despacho del sheriff al levantarse. ¿Fue así? Meneó la cabeza en sentido de noyes—. Estoy sudando como un cerdo.

—Lleva usted mucha ropa.

—Usted no. Háblame de tú. —Andrew se pasó el dorso de la mano derecha por la frente mientras se acercaba a la boca del camino que más bien parecía un túnel con tanta flora.

—Está bien Andrew —dijo Clarice con el tono de voz algo más elevada. Parecía que poco a poco estaba perdiendo el miedo a pesar de que su corazón persistía en bombear la sangre demasiado rápido, aunque en el fondo se sentía protegida por la presencia de Andrew y del sheriff que estaría o bien al lado del cadáver de la mujer o caminando sin rumbo entre los caminos inescrutables que rodeaban el lago.

—¿Cómo sabes que esa mujer está muerta? —preguntó de repente Andrew. Y casi al instante descubrió que había dicho una tontería. Se estaba haciendo mayor, pensó. Iba a mover la mano hacia el hombro de Clarice para decirle; no contestes, es una pregunta absurda, solo intentaba hablar más contigo, pero no lo hizo.

—Porque la mujer no se movía. No llegué a verle los ojos, pero cuando la dejó caer al suelo, ella no se movió. De eso me acuerdo perfectamente.

Clarice parecía adentrarse en el terreno de la soltura y la confianza unidas. Ahora empezaba a hablar como una cotorra. Eso estaba bien.

Ahora ambos estaban a un metro en el interior del camino, despidiendo nubecillas de polvo con sus zapatos. Y la fragancia de la hierba, los árboles y las decenas de clases de flores que allí había, llenaron sus pulmones sintiendo un placer absoluto y siniestro a la vez.

—¡Ah, vale! —Andrew había reaccionado demasiado tarde a la respuesta, pero como decía su padre y él mismo; nunca es tarde si la dicha es buena.

Y siguieron recorriendo el camino hasta escuchar unas voces lejanas, como un murmullo, que provenían desde el final del camino. Eran Landon y sus hombres que parecían estar hablando todos a la vez.

Estaban las cinco mujeres, perfectamente maquilladas eso sí, manía de la mente enferma, discutiendo sobre la ausencia de las dos compañeras Ava y Madelyne, porque al fin y al cabo después de cuatro años de estar juntas en cautiverio se habían entregado en cuerpo y alma para formar una piña de

amigas, que todo había que decirlo también; no había servido más que para sobrevivir con la mente un tanto fresca y no caer en la locura. Dicen los expertos que si no hablas en demasiados años puedes dejar de pronunciar bien las palabras y además estar sola en una habitación encerrada te envolvía en una densa y pegajosa nube de locura que te hacía perder incluso el espacio tiempo de las cosas.

En este caso, la cosa no era así. La mente enferma, que no había regresado todavía de la compra de todas las mañanas, las cuidaba con cierta exquisitez, como si fueran piezas de museo, pero en su mirada se veía furia, quizá también una buena dosis de celos.

Al fin y al cabo estaban secuestradas por alguna razón.

Hannah, Emily, Zoe, Kylie y Audrey estaban sentadas en una de sus camas. El colchón cedía por momentos y el coco de las manos heladas se veía atrapado entre las láminas del somier y el suelo.

—Después de tanto cautiverio, pero juntas, se me hace difícil el no estar con Ava y Madelyn también —dijo Hannah. Sus ojos estaban ahora inexpresivos e irradiaban preocupación. No es que tuviera que dar saltos de alegría desde que la secuestraron, pero había sido tratada muy bien, como las demás, pero eso no quitaba que de su rostro no figurase ninguna sonrisa desde hacía cuatro años. Hannah era alta, delgada y de cabello rubio, casi tan largo que llegaba a la raja del culo. En esos momentos tenía puesto un camisón blanco por el que se le transparentaban los pechos. Todas lo tenían puesto.

—Es tan difícil de comprender esta situación —acució Emily mientras sus dedos se enredaban en su cabello moreno, rizado y ondulado, todo a la vez—. Todavía no he comprendido por qué nos retiene aquí. Reconozco que aunque ahora no sienta el mismo miedo y terror que sentí el primer día, el cual creía que me iban a matar, no llego a separarme del miedo sutil y de la incertidumbre.

Zoe la miró de reojo, estaba casi de espaldas a ella. Era más menuda, pero solo un poco. La mente enferma había elegido a casi todas las mujeres con características similares. Una de ellas tenía que ser igual que todas; difícil definición, pero eran palabras textuales de la mente enferma..

—Ahora lo que me preocupa es dónde estarán Ava y Madelyne —rezongó

Zoe. Tenía la cara llena de pecas que estaban perfectamente camufladas bajo el maquillaje que la mente enferma le había puesto. Su cabello era pelirrojo y sus labios de un rojo chillón—. Nunca nos había separado el ser este —arrugó sus labios con cara de asco y había sentido la debilidad de señalar hacia la puerta de hierro oxidada o quizá de señalar a la pared, por la que podían escuchar, como un susurro, aquella maldita canción. Ahora llevaban varias horas que no la escuchaban. Desde que se había roto el equipo de música.

—Hace no sé cuánto tiempo, quizá varios años, en el transcurso de una semana, nos trajeron aquí y nos comíamos los mocos con nuestras lágrimas. A mí personalmente me dolía la garganta de tanto llorar. Ahora, no sé cuánto tiempo más tarde, por qué no tenemos reloj, estamos hablando como si fuéramos un grupo de amigas que tienen muchas cosas que contarse. Esto es ridículo —explicó Kylie. Fue la sexta en ser raptada y se había pasado casi un mes berreando como una cabra. Era la tercera de las mujeres que tenía el cabello rubio. Lo tenía sedoso y liso. La mente enferma se esmeraba con su cabello.

—¿Y no os habéis dado cuenta de una cosa? —inquirió Audrey, la otra morena del grupo, delgada y con los dedos más largos y finos del mundo.

Un revuelo de miradas con ojos ligeramente dilatados otearon cada uno de sus rostros. Hannah había llegado incluso a encogerse de hombros bajo la mezquina luz de las dos bombillas que había instaladas en aquella habitación húmeda.

—No entiendo —dijo Emily con los ojos más abiertos que las demás. El colchón cedía por momentos a cada movimiento involuntario de ellas. Estaban apoyadas con las manos sobre el mismo y horadaban la superficie suave y esponjosa.

Otra vez el baile de miradas preocupadas.

—¡Qué nunca nos hemos enfrentado a ese ser! —exclamó de pronto Audrey casi esbozando una sonrisa, como si hubiera adivinado la respuesta de un juego, pero no estaba para eso.

—Bingo —dijo Audrey señalándola con el dedo índice y el pulgar levantado.

Hannah ahora asintió con la cabeza.

—¿Quizá por qué nunca nos ha llegado a hacer daño? —preguntó Kylie mientras su cabeza se meneaba como la de un muñeco de goma.

Hubo un momento de silencio solo roto por el crujido del somier. Aquello estaba cediendo.

—La verdad es que no encuentro ningún motivo del porqué nos está haciendo pasar por todo esto —reflexionó Zoe ligeramente aturdida.

—Yo tampoco lo sé —dijo Hannah.

Las miradas tristes se volvieron a cruzar como unas inquisidoras espadas de punta. En el silencio de la habitación podía sentirse el crujir de las vértebras del cuello y si escuchabas muy bien, podías sentir el zumbido de las dos bombillas de wolframio.

—Y es maquillaje lo hace más espantoso y perverso. Cualquiera sabe lo que esconde su mente. Sí, nos cuida bien, pero está obsesionado con la belleza —reflexionó Audrey sin más. Añadiendo polvo al saco.

—Y eso puede ser lo peor de todo —admitió Zoe. El somier crujió de nuevo.

—Por alguna razón nos ha secuestrado —añadió Kylie con el ceño fruncido. En realidad no sabía qué decir más. Se había quedado sin recursos y su mente era una bola que giraba y giraba sin encontrar el extremo final.

Audrey acariciándose el mentón dijo:

—Pero lo que importa ahora, e insisto, es donde coño están Ava y Madelyne. Ya hace horas que se las llevó y no han regresado...

—¿Has escuchado algún ruido extraño cuando se las llevó? —Le interrumpió Hannah no con demasiado entusiasmo. Sabía que iba a recibir por respuesta un, NO rotundo.

—No. —La voz de Zoe sonó quebrada por el timbre de la voz que parecía temblarle ahora. Eso añadía más incógnitas a la situación.

Ahora las cinco, se quedaron mirándose sin pestañear un interminable momento que se convirtió en ominoso. Sus corazones se habían acelerado

como el cilindro de una motocicleta de baja gama.

Finalmente, Emily habló:

—Estas paredes son demasiado gruesas, pero me imagino que no les sucedería nada malo, sino, seguro que hubiéramos escuchado algún grito por muy vago que fuera. Quizá están en otra habitación de forma voluntaria o quizá están liberadas. —Se había equivocado.

—¿Sabéis una cosa? —Hannah estaba sorprendida por ser la más cotorra de todas—. En todo este tiempo he madurado mucho. He tenido tiempo de pensar y sacar mis propias conclusiones de mi vida, mi destino, la familia y todo lo demás. Ese ser envuelto en una locura obcecada es la pura perversión de la mente humana. Y no sé si realmente Ava y Madelyne están fuera de todo esto, pero quiero pensar que es así. —Se detuvo en seco y notó que tenía los labios secos. Su lengua rosada y húmeda se paseó por ellos.

—Eso mismo me ha pasado a mí, pero caigo dentro de la desesperación amiga —rezongó Zoe.

—Eso nos pasa a todas —acució Emily.

Hannah se encogió de hombros de nuevo.

El calor en la habitación era casi insoportable y podía palpase casi con los dedos como si fuera una densa nube pegajosa. Y ahora más que nada, por qué estaban juntas en la misma cama, no había aire que corriera entre ellas. Tampoco había ventana. Sus brazos se rozaban, y los codos, y algunas veces se tocaban las manos. Todas ellas desprendían calor. Y estaban maquilladas desde el día anterior. Desde que se fuera de ahí Ava Cox.

—Todo parece tan absurdo —repitió Zoe levantando las manos con cierta desgana.

—Eso ya lo hemos dicho mil veces Zoe. No eres la única que piensas así. Después de todo este tiempo y de ver que estamos simplemente aquí, encerradas, pero bien cuidadas por ese ser, no paro de pensar qué demonios se le pasará por su cabeza. Repito, no encuentro respuesta, pero si sé que no es momento de llorar. —Audrey estaba equivocada.

—Sí, es una tontería hablar de lo mismo cuando no tenemos más pistas que la del ser ese con rasgos de clara locura. ¿No dicen que los locos matan a las personas? —Kylie había razonado otra vez así en voz baja y se sintió ridícula repitiendo siempre la misma letanía.

Era el secuestro más absurdo de la historia, pero no sabían el final que les deparaba a todas ellas. Sus vidas estaban en peligro y había empezado la cuenta atrás el día anterior, pero ellas ignoraban esto y siguieron hablando inútilmente del sentido de su secuestro. La cuestión era, ¿dónde estaban Ava y Madelyne?

Todo empezaba por un tinte de cabello azul.

Y unos ojos.

—Creo que van a estar en el mismo sitio que los de Ava Cox —susurró Landon mientras estaba en cuclillas y acababa de retirar la yema de su pulgar del párpado de Madelyne, que parecía sonreírle bajo el copioso sol de esa mañana.

—¿Cree usted que se repite la misma historia? —murmuró Owen que estaba realizando una inspección ocular al cuerpo inerte de Madelyne.

—¿Los de sus ojos en su garganta? Parece obra de un maniaco obsesivo. Un psicópata. —Había hablado casi tan alto, que Andrew lo escuchó cuando iba a tocarle el hombro con su regordeta mano dado que estaba detrás de su espalda. Nadie le había recibido con un saludo.

—¿Sabe algo que yo no sepa? —preguntó la voz ronca de Andrew. Su mirada fue furtiva y vio los pechos desnudos de la mujer. Habían retirado los pétalos de las flores que antes lo cubrían. Lo sabía porque a ambos lados de su cuerpo había montones de ellos, pero el resto del cuerpo seguía recubierto de aromáticos y suaves pétalos de todos los colores.

Landon se dio por descubierto y sentía que lo peor que había hecho esa mañana era salir corriendo sin antes contarle ese detalle. Ahora se sentía culpable de ello, porque sabía que Andrew escarbaría en ello y le tocaría más las pelotas si aparecía otra de las mujeres en las mismas circunstancias. Por su parte Andrew había recordado las fotografías de las siete mujeres y la de Parker Atkinson. Ese maldito hijo de perra que ahora sabía Dios donde estaba el polvo de sus restos, si en el aire o en el agua o quizá pisoteado por miles de zapatos, estaba más que nunca, fuera del caso, porque ellas estaban apareciendo y además ese tipo no tenía cojones hablando literalmente, de arrancarle los ojos y metérselos en la garganta.

Andrew lo sabía y Landon empezaba a comprenderlo. Era como si ambos se hubieran comunicado de forma telepática. Landon se puso de pie y Owen se hizo el disimulado mientras sus dedos tocaban aquellos pétalos que estaban sobre los muslos de la mujer.

—Perdona Andrew, se me había olvidado decírtelo. Entre una cosa y otra. —Señaló a Clarice que estaba a dos metros de la cinta amarilla y añadió—. Esa chica estaba en apuros y pronto me di cuenta de que necesitaba ayuda y algo más. De modo que la rapidez en que ocurrió todo no me dejó ni pensar. —En parte había sido así.

Andrew lanzó por su boca algo parecido a un gruñido.

—¡Buaj!

Se metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina y sacó un bolígrafo con capucha. Tan azul como el cabello de Madelyne. Porque sabía que era ella. La había reconocido a pesar del maquillaje tan abrumador que tenía. Era como si estuviera durmiendo. Como una novia a punto de dar el salto al altar. Lo mismo que le pasó a Ava Cox. Y ahora Andrew recordó el apellido de Madelyne. Era Brewster. Ahora ya no importaba nada. Ni la imagen que había visto bien temprano.

—Creo que estamos ante un nuevo psicópata —dijo Landon poniendo los brazos en jarra. La placa metálica de su identificación brilló como un espejo.

—¿Lo ha adivinado ya? —Andrew enarcó una ceja mientras trataba de agacharse con bastante esfuerzo y pensó que se le iba a escapar una ventosidad si se agachaba demasiado, justo delante de todos y eso era simplemente desagradable.

—Bueno, lo he deducido al encontrar esta pobre desgraciada.

—Madelyne Brewster —le corrigió Andrew con cara de pocos amigos. Justo la opuesta a la que mostraba a Clarice.

Landon se habría encogido de hombros de no estar delante de sus hombres, porque al fin y al cabo, no era tan rebelde como quería demostrar. En ciertos aspectos era un calzonazos y en otras, se veía flotar en una nube y era estricto con sus hombres y sobre todo, con los borrachos y las prostitutas.

Parecía que el sheriff de CastleLakeHill era una especie del extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde, es decir, sin personalidad alguna.

Como pudo, Andrew se puso en cuclillas y su enorme culo rozó la tierra. Estiró la mano hacia la cara de Madelyne mientras sostenía el bolígrafo entre sus dedos y empezó a hacer lo que no debía. Con la punta del bolígrafo, empujó el párpado hacia arriba. Tuvo que apretar un poco y la punta del bolígrafo se introdujo en el cierre del ojo hundiéndose en el vacío de la cuenca que se mostró cuando el párpado cedió. El rímel manchó parte de la ceja, difícil, pero cierto, y la sombra del ojo se desgranó como una pintura desconchada.

—¿Qué está haciendo? —Le preguntó Landon atónito. Luke les estaba observando y por supuesto, Owen. Los demás estaban alejados unos cuantos metros en busca de huellas y pistas desconcertantes.

—Tú lo has dicho. Les arranca los ojos y se los mete en la garganta —graznó Andrew mostrando la cuenca vacía y oscura.

Landon arrugó su labio y todas las facciones de la cara. Clarice que estaba a un metro de ellos, hizo lo propio. Al parecer les daba asco. Owen se giró hacia un lado para vomitar espumarajo, porque en el estómago no había aparecido el donut de la mañana todavía.

—Sí, eso fue lo que pasó con la primera víctima según contó Herbest a Owen anoche. —La voz de Landon le temblaba.

—Pues está claro lo que les pasará a las demás.

—¿Cómo está tan seguro de están todas vivas ahora?

—¿Quién lo pone en duda? Buena reflexión. Las cinco restantes están vivas y el tiempo corre en su contra. Tenemos que avanzar algo más que descubrir los cadáveres de las chicas. —Andrew se había puesto de pie soltando un resoplido y se alegró de que sus tripas no le traicionasen.

Landon parpadeó un instante, que era como decir que sí, pero ¿cómo?

—Estamos peinando toda esta zona en busca de pruebas —acució Landon con sus reflectantes gafas de sol posando como un modelo.

—No encontraran nada —sentenció Andrew con la frente sudorosa. Se llevó la mano a ella y se la secó parcialmente.

—¿Por qué dice eso?

—Porque el asesino es más astuto que nosotros. Solo hay que mirar lo que hace. Nos está enviando un mensaje. Las prepara antes de matarlas. Todavía no sabemos cómo, pero tiene una obsesión. Estamos tratando con un verdadero psicópata. —Las palabras de Andrew se asentaron como un yunque, al cual había que moldear las siguientes espadas enrojecidas como la lava de un volcán.

Landon no dijo nada en los siguientes treinta segundos en los que tardó en oler una fragancia que se elevaba por encima de olor de las flores y la hierba. Era el aroma de un perfume.

—¿Qué tiene dentro de la cuenca? —Landon señaló el ojo de aquella desdichada mujer, aunque se había cerrado de nuevo.

Andrew movió la cabeza y se agachó de nuevo.

—Es perfume —sentenció. Andrew se quedó pensativo y fue entonces cuando el lacerante dolor de cabeza le atravesó como una descarga eléctrica. Vio un coche.

Un Buick de color negro.

Andrew se llevó las manos a su enorme cabeza y apretó con fuerza sobre ellas. Los dedos no se hundieron en la carne, pero el dolor se mitigó por momentos, como descargas que van y vienen. Landon se lo quedó mirando extrañado. Sus ojos se habían abierto tras los cristales de las gafas. Clarice se puso las manos cruzadas delante de sus pechos colgaderos.

—¿Se encuentra bien Andrew? —Landon había extendido una mano para agarrarle del brazo y Andrew había hecho lo propio con su mano derecha.

—No es nada. —Resopló un instante como un toro agotado y continuó—. Sufro de migrañas y este jodido sol puede hacer que aparezcan estos dolores repentinos —mintió Andrew sin importarle un bledo si se lo creían o no.

Kevin que estaba al lado de ellos como una mosca cojonera había levantado una ceja y apretado los labios. Decían, según él, que ese hombre, el detective gordo, tenía un extraño dolor de cabeza que iba ligado a algo así como a una locura, porque esas malas lenguas, las vecinas de la extinta madre de Andrew; habían escuchado decir a Karrin, que así se llamaba su madre, que el crío veía cosas de otra parte. Menos mal que la cosa no pasó de ahí y pronto la idea de tener a un tarado al lado de su puerta se había difuminado como el humo de un cigarrillo en medio de la madre naturaleza.

El ayudante del sheriff se limitó a mirar y no abrió la boca para nada.

La chica estaba algo preocupada, aunque ahora parecía reflejar en su rostro el dolor de las magulladuras, pero no tenía heridas serias. Sino todo superficial. Ella había entrado como una loca llena de sangre, y todos habían abierto sus ojos como los platos de un fregadero. Había declarado gimoteando y había dado detalles. Pero ahora era solo eso: detalles.

—Señor Andrew, ¿qué le ocurre? —preguntó Clarice con una palma de la mano hacia arriba. Los rayos del sol le acariciaban la piel como mejor lo hacía, calentándola.

Ahora todos parecían haberse olvidado de Madelyne, porque los hombres del sheriff habían cesado en su trabajo y todas sus miradas eran como las de un puñado de ratas que tratan de salir de su agujero y fuera les está esperando una manada de gatos.

Los pájaros volaban alto y no se podían escuchar, ni sus aleteos ni su

característico silbido. El agua de lago, estaba muda y la deshinchada de Madelyne con la boca sellada.

Un Buick modelo Lacrose de 2015.

Las palabras se le grabaron en el cerebro como una marca de fuego en el culo de equino.

—Tal vez puede haber sido también la tensión. A mi edad ya se sufre de todo. —Intentó esbozar una sonrisa, pero solo le salió un rictus al final de los labios. El lacerante dolor le atrapó de nuevo, pero esta vez no se llevó las manos a la cabeza para poder disimularlo.

Estaba empezando a recibir información.

—Con un par de aspirinas te curas rápido. Tengas lo que tengas. Es una receta de mi madre —dijo Landon apuntillando la puntera de su bota en la tierra. Había hecho el idiota. Luke sonrió despectivamente y sus ojos brillaron como los de un demonio. Henry y Jacob siguieron con sus tareas de investigación y recogida de pruebas. Habían encontrado una colilla amarillenta. Owen volvió a contemplar el cuerpo desnudo de Madelyne que todavía estaba cubierto en parte de flores. Cuando la encontraron parecía que estaba sepultada en ellas.

Fowler's Beach.

Seguía recibiendo información.

Eso estaba en Long Island.

Esa mañana le habían sucedido dos cosas exactamente iguales que en el día anterior. La visión del rostro de la mujer en un claro ejemplo de Precognición y ahora la Visión Remota.

Landon seguía mirando a Andrew de refilón ahora, y se disponía a volverse hacia el cadáver de Madelyne. Llevaban allí algo más de media hora e incluso más, y la pobre difunta estaba achicharrándose bajo el sol, mientras que el maquillaje se derretía como la nieve, creando manchurroneos en la cara.

Entonces Andrew para cambiar de tercio dijo:

—Sabemos que el asesino anda suelto y que sigue un modus operandi. Sabemos que está algo pirado y que va a volver.

—¿Cómo puede deducir lo de pirado? —inquirió Landon ya en cuclillas. Sus ojos no se apartaban de la cara de Madelyne, ni de su cabello.

—Lo deduzco fácilmente porque en los dos casos ha obrado exactamente igual. Les pega los párpados, la boca y les pinta el cabello de azul.

Landon asintió con la cabeza.

—Bueno, en eso tienes razón. Y añade lo de Parker. —La voz de Landon sonó grave, como poniendo especial énfasis a su reflexión.

—Ese pobre desgraciado se ha ido al otro lado con su secreto, pero no era el secuestrador ni el asesino. ¿Y sabes una cosa? —Andrew también especial énfasis en la pregunta.

—Dime.

—No me había dado cuenta de ello. —Andrew pareció dejar entrever una sonrisa maliciosa cuando Landon se dio la vuelta con la frente arrugada.

Clarice cruzó de nuevo sus brazos sobre el pecho.

Ahora Andrew veía gente pasear. En el fondo había una playa. La arena relucía como el sol y el mar, sosegado, brillaba como los diamantes. Escuchaba ruido; era ruido de tráfico y algún perro ladrando a lo lejos. Escuchaba voces y veía a otros vehículos en línea al Buick Lacrose negro. Y le dolía más la cabeza hasta tal punto de querer dejar en blanco los ojos, entornándolos. No quería llevarse de nuevo las manos a la cabeza. Estaba en una situación comprometida. No quería dedos señalándole a él y al mismo tiempo vio algo más.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó de pronto Clarice como si se sintiera olvidada por ellos. Le dolían las magulladuras y necesitaba ir a un Hospital.

—Ya hiciste la declaración chica —dijo Landon apartándose las gafas de sol. Sus ojos eran oscuros y la mirada era profunda—. ¿Qué coño hace aquí?

—Reconstruir los hechos —intervino Andrew deseoso de llevarse las manos a la cabeza. El corazón le latía ahora en las sienes y era lo más parecido a unos martillazos de lo intenso que era el dolor—. Tiene que explicarme a mí, personalmente, lo que le sucedió.

Kevin esbozó una cínica sonrisa mientras estaba agachado para mirarle el coño a Madelyne que yacía toda tendida bocarriba, con los brazos enterrados de pétalos y flores, los pies dentro del agua que se estaban arrugando adquiriendo un color blancuzco bastante feo y el cabello largo extendido sobre las flores como una gran alfombra azul.

En Fowler's Beach. Andrew seguía recibiendo información y unos nuevos acontecimientos venideros. Veía el rostro de otra mujer con el cabello azul y los ojos cerrados. Era la tercera.

Se acercó a Clarice que lo observaba con ojos tristes y dijo:

—Vamos a repasar todo lo que te sucedió y después te llevaré al Hospital. ¿Te parece bien?

Clarice asintió con la cabeza.

56

Las cinco mujeres seguían sobre la cama, que ya resoplaba como un jabalí. El ruido del somier era ya, lo más parecido a unas ramas doblegándose, partiéndose. Y a medida que iba pasando el tiempo, un tiempo que no podían ver físicamente en ninguna aguja de un reloj, sus respiraciones parecían acelerarse como el bombeo del corazón. Eran como cinco máquinas viejas de vapor rechinando sobre las vías del tren.

Audrey Hanson fue quien rompió el hielo.

—Hace ya bastante rato, quizá una hora que dije que las horas estaban pasando lentas...

—No. Dijiste que hacía varias horas que Ava y Madelyne no aparecían — le cortó Hannah Ackerman, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, la verdad es que ninguna de nosotras tenemos un puto reloj, ¿creo yo? ¿O acaso alguien tiene un puto reloj en esta dichosa habitación? — Audrey había alzado la voz ululante por encima de los sesenta decibelios, es decir, casi gritaba.

—¡Haya paz señoritas! —exclamó Zoe entrando al trapo, mientras levantaba sus manos con las palmas hacia abajo, como quien quiere amansar a un toro embravecido que tiene las pezuñas hincadas en la tierra como la pala de una excavadora.

Zoe Green se había dado cuenta de que había gritado más que las otras. De hecho, Zoe había sido la que más había gimoteado, gritado y lloriqueado de las siete, en cuanto sus huesos se toparon con ese búnker de siete camas. Recordaba que ya había cuatro mujeres, con no muy buena pinta cuando ella inició su particular peregrinaje por dicha habitación. Ahora parecía la más conservadora o dicho de otra manera, la más sensata o mejor, la más adaptada a la situación. Veía a ese ser como un monstruo, pero a estas alturas le daba igual porque no había descubierto ni por donde entraban las jodidas ratas, ni si al otro lado de la pared había más habitaciones, un río o el mar. A menudo, ponía la oreja pegada como una ventosa en la pared y no escuchaba más que aquella jodida canción que ella todavía no le había puesto nombre.

Emily Butler fue la siguiente en hablar, aunque mejor dicho se podría decir que reflexionar.

—Lo que está claro es que algo está pasando. Todo este tiempo aquí encerradas y nunca había sucedido nada igual desde ayer. Ava fue la primera que se llevó ese ser, con delicadeza y susurrándole al oído no sé qué, porque no llegué a escucharlo, pero desde entonces ya no está entre nosotras y ya hemos dormido al menos una noche, aunque no sepa cuándo es de noche o de día. El caso es que lleva más tiempo en ausencia, mientras que Madelyne lleva menos tiempo, pero tampoco ha regresado. Y otra cosa más, hoy parece que ese ser no ha traído el desayuno a su hora y otra cosa más. No nos ha maquillado como todas las mañanas, aunque creo que será por la mañana porque es cuando nos despertamos. —Cuando hubo acabado, Emily se dio cuenta de que podía superar ampliamente a Hannah o Audrey en soltar toda una galería de frases exiguas, reflexivas y coherentes, vamos, que no era un tostón. Y eso le congratulaba. Había ganado a la reina.

Sus inquietantes miradas, se cruzaron una vez más esa mañana, observándose la una a la otra como si en ellas, estuviera el culpable de todo.

—Pues tienes razón tía. Algo nuevo está pasando —replicó Kylie. La que

menos hablaba y pestañeaba.

Y eso fue el detonante de que sus corazones empezaran a martillear bajo sus pechos y en al menos en Zoe, se le empezara a dormir la cara. Esa extraña sensación de hormigueo que te deja la carne entumecida y después sientes como un repentino frío mientras estás sudando. Eso se llamaba ansiedad y el paso siguiente era la crisis de ansiedad. Eso le estaba pasando a ella. Audrey se dio cuenta enseguida y le mesó el cabello como si fuera una niña. No le dijo nada, pero sus ojos, se lo decían todo.

Estaban pasando de la conformidad y la paciencia, al miedo. Un miedo inquietante y fundado. Sin poderes, sabían que la intuición les decía; algo va a pasar chicas, ¿preparadas?

No. No lo estaban.

57

El doctor la recibió en su consulta. Se llamaba Ethan Cunningham y tenía por delante de sus ojos, unas gruesas gafas de aumento. Era moreno y tenía el pelo casi tan largo, que las puntas le rozaban los hombros. Era delgaducho y sus manos eran interminables con unos dedos largos y finos. Le había pedido muy amablemente a Andrew que esperara fuera mientras se ponía unos guantes blancos de látex, como si se preparara para explorarle con los dedos el coño a Clarice que temblaba sobre la camilla dura y rugosa. Era el papel que había debajo, como un mantel de comunión.

—Cuando la examine le diré todo lo que necesita saber —dijo Ethan con una estúpida sonrisa dibujada bajo sus gafas. La nariz era como un pegote de carne, larga y aguilucha.

Andrew le miró de soslayo y abrió la puerta de la consulta número tres. Eso le recordaba a Grayson. También era la consulta número tres, pero no en el Hospital KingDom.

—Examínela bien, pero no se pase —le advirtió Andrew antes de cerrar la puerta de un golpe seco. La misma repicó en el marco como un golpe de

martillo.

En el pasillo de espera, había varios bancos que parecían que estaban apoyados en la pared. Andrew se sentó en el más cercano a la puerta y su enorme culo casi ocupó dos asientos. Eran de hierro, por lo que sintió una punzada en sus nalgas y otro en el ano, como si de repente tuviera hemorroides. Hizo un gesto con la cara que advirtió el agente de policía que le había acompañado por orden del sheriff. Era Luke, al cual más gordo de los dos. Le estaba mirando con su eterna sonrisa de idiota, con los ojos iluminados como los de un crío rebelde.

—Ese médico no da ni una. El otro día me miró un grano en el culo y me dijo que se había infectado por culpa de las ventosidades. ¿Puedes creerte eso? —La sonrisa de Luke era ahora más amplia que nunca; jamás lo había visto así y eso que hacía años que lo conocía.

Para Andrew su presencia y el aire contaminado de formol, alcohol y medicamentos, se le hacía grande, estrangulador y sentía que se asfixiaba. Y pensó que un buen cigarrillo le haría muy bien, pero había dos cosas en su contra; que no se podía fumar dentro del Hospital y que él no fumaba. Lo había intentado nada más cumplir los dieciocho, pero le había entrado unas náuseas terribles, acompañado con una tos perruna.

—Si eso es así, yo tendría decenas de granos en el culo —dijo Andrew sin reírse. Su semblante seguía siendo serio.

Luke hizo desaparecer toda sonrisa de su hinchada cara.

Dentro, el doctor Ethan le había pedido a Clarice que se bajara las bragas.

Y a Andrew le empezó a doler la cabeza otra vez.

Estaba recibiendo información de nuevo.

Y también de nuevo, el rostro de una tercera mujer con los ojos cerrados, aunque era una imagen vaga como para no conocer quién era. Como le sucedió con la segunda.

Pero esta vez, sospechaba quien era.

Sobre las tres de la tarde, de ese jueves, el ayudante Kevin con la mano puesta sobre el micrófono del teléfono, le informó de que se trataba de una llamada importante. Quizá que aportaba algo o que quizá no a la investigación, pero que quería hablar con el responsable jefe, es decir, Landon. Éste le dijo que le pasara la llamada no si reticencias. Kevin apartó la mano del auricular y pulsó el botón número uno de desvió de llamadas. En el interior del despacho de Landon, empezó a sonar el teléfono con su característico sonido y Landon se preguntó por qué narices la compañía de teléfono fijo no podía cambiar el tono de llamada como si se podía hacer con el teléfono móvil.

Como quien no sabe que espera una llamada Landon, que estaba apoyado en el marco de la puerta mordisqueando un palillo, se dio la vuelta y cerró la puerta de un golpe seco que hizo que el cristal tintinease como una copa explotando al caer en el suelo. Bordeó su mesa caótica y al sentarse lenta y oficiosamente mientras el teléfono parecía cansarse de esperar, finalmente, su manó alzó el auricular.

—Aquí el sheriff Landon Miller de CastleLakeHill. —Sus ojos brillaban como los de un gato a punto de hacer una travesura. Era como si de repente se creyese que la otra persona que llamaba no supiera con quien estaba hablando.

—Soy el sheriff Jeff Brandon, de la comisaria de Fowler’s Beach, de Long Island. Creo que tengo que comunicarle algo interesante —explicó la voz grave a través del pequeño altavoz del teléfono.

El palillo mordisqueado se pasó de lado rodando sobre los labios.

—Adelante. —Solo se le ocurrió decir una única palabra tras el golpe bajo recibido por aquella voz, que le hacía olvidar del todo, su puesto de sheriff. ¿Le habría vacilado? ¿No eran agentes de Policía en Long Island? Landon no estaba muy curtido ni para pensar en eso.

—Dos de mis agentes han detenido a un ladronzuelo de poca monta intentando robar un Buick negro al lado de la playa Fowler’s. Eso es algo normal a estas alturas de la vida, pero no lo es tanto, cuando encontramos la documentación del dueño del vehículo, bueno, en este caso la dueña. Yo personalmente quise ponerme en contacto con esta persona y cuál fue la

sorpresa de que su madre me dijo que ella estaba desaparecida y muerta desde hace cuatro años. Me dirigí al vehículo en cuestión y descubrí que estaba en perfecto estado. Ni de coña estaba abandonado ahí cuatro años. Más bien diría que solo estuvo un día. ¿Sabe usted algo?

Landon se puso nervioso. No sabía muy bien de que hablaba. Sus dedos empezaron a repicar en el borde de la mesa.

—Se le ha olvidado decirme el nombre de la dueña del vehículo señor...

—¡Ah, perdone! —Se hizo un corto silencio casi acusador y prosiguió—. La dueña del vehículo se llama Madelyne Brewster.

Un escalofrío le hizo erizar la piel y los latidos del corazón que pinchaban cada vez que se comprimía, le hacía sentir deseos de saltar de la silla. Landon estaba absorto y excitado. Repantigado en su silla acolchada con un respaldo que le llegaba hasta el cogote, mordió con fuerza el palillo y este se aplastó como una cucaracha bajo la suela de un zapato. Al parecer le gustaba la idea de ir por delante de Andrew. En ese sentido era como un crío.

—Sé quién es. Precisamente esta mañana hemos tenido cierto contacto con ella. —Landon estaba a punto de sonreír a la pared con la mirada perdida en el cuadro donde aparecían su esposa y sus hijos. Sin embargo, no lo hizo, porque se aventuró a pensar que eso que estaba sucediendo era algo muy serio. Y esta parte era un paso más en la investigación.

—¿Con ella?

Ahora fue Landon quien guardó un poco de silencio. Por el resquicio de la puerta se colaba el murmullo de sus hombres y los arrestados de ese día, como si fuera el ronroneo de un gran gatazo.

—No entiendo la pregunta. —Esta vez Landon tuvo que sonreír en un acto instintivo.

—He mirado en la base de datos y esta mujer figura como desaparecida desde hace cuatro años señor Landon.

Ahora sí que se le habían erizado los latidos del corazón.

—Bueno sí. Es un caso cerrado —mintió Landon y colgó.

Por el cristal de la puerta vio la ociosa sonrisa de Kevin, como si este

hubiera estado escuchando la conversación.

Landon escupió el palillo a un lado de la mesa y tras repantigarse más, puso los pies sobre la mesa y las manos cruzadas tras su nuca.

Y se quedó pensando con la mirada perdida en el techo.

Luke se había ido hacia la máquina expendedora de refrescos al final del pasillo, moviendo su pesado culo como dos cojines llenos de agua. Arrastraba los pies sobre el liso suelo recién fregado y solo estaba pensando en el sabor de la coca-cola que se iba a engullir como un salvaje.

Andrew sin embargo, seguía con el dolor en las sienes y el corazón bombeando en la punta de su lengua como un sapo croando. Seguía recibiendo información, pero no era precisamente lo que había ocurrido en el despacho del sheriff Landon. No lo estaba viendo a él con sus sucias botas sobre la mesa. Ni la risa tonta de Kevin. Sino una grúa que estaba cargando con el Buick, arrastrándolo con unos tensados cables de acero.

Y entonces vio a varios agentes de la ley con sus dedos ocultos detrás del cinturón, observando como el hombre de la grúa trabajaba, mientras se restregaba el antebrazo manchado de grasa por la frente sudorosa.

Al ver eso, Andrew sabía que lo habían encontrado y que probablemente Landon ya lo sabría. Y así era. Pero le decepcionaba ver las imágenes de la cara de la tercera víctima. Ahora la reconocía. Según había puesto las fotografías clavadas en su pared, se trataba de Hannah Ackerman. Era la tercera desde la izquierda. Y lo que no comprendía es por qué narices seguía el mismo orden en que las puso en la pared.

Había una respuesta clara.

El asesino las estaba matando en el orden que las había secuestrado. Así de simple. El motivo, ni Andrew lo sabía, aunque comprendió este hecho.

Cuando Luke se acercaba con la lata de coca-cola pegada a sus labios, Andrew empezó a disimular de nuevo.

Aunque no estaban preparadas, ellas permanecían allí a la fuerza; reflexionando y escuchando su intuición.

Tenían hambre y ahora cada una de ellas ocupaba su cama. Tendidas sobre ellas como un trapo tirado, seguían recurriendo a la conversación como método de terapia ante el miedo que se cernía sobre ellas. Habían escuchado ruidos tras la pared y estaban seguras de que la mente enferma estaba realizando alguna nueva tarea que no las tenía acostumbradas hasta ahora. Desde que se llevara a Ava Cox, todo era desconcertante y nada podían hacer para adivinar qué estaba sucediendo y por qué.

—El caso es que podría haberlo hecho tal como hace un día, durante todo este cautiverio, comportándose como la madre protectora nuestra. Esa mente enferma o ese ser con una profunda locura en sus ojos ha cambiado su quehacer diario durante todo este tiempo. ¿Cuántas horas está fuera de esta habitación Ava Cox? ¿Alguien ha sido capaz de contar las putas horas? ¡Ha seguido dándonos de comer, maquillándonos y vistiéndonos! —Hannah se detuvo un poco para salivar y añadió—. ¡Incluso nos ha bañado con esa esponja que debe tener hongos ya!

—Creo que cambia hasta las esponjas —reflexionó Zoe poniendo los ojos en blanco.

Las camas estaban unidas en dos filas, una de cuatro y otra de tres. Parecían estar numeradas, ya que la cama de Ava daba al lado de la puerta metálica y la siguiente era de Madelyne. En la tercera cama estaba tumbada Hannah. No se habían dado cuenta de ese pequeño detalle.

—Sí, claro, puede ser —graznó Hannah tocando con sus largos dedos finos la sábana que se arrugaba al paso de sus yemas, como si estas las atraparan y las arrastrara hacia un puño cerrado.

Después de un corto tiempo de silencio ominoso, fue Emily la que preguntó lo más esencial:

—¿Es posible que esté cambiándonos de habitación?

Creían que eso ya lo habían dicho, pero siguieron al trapo.

Las demás se quedaron mirándola de forma inquisidora. Solo les faltaba señalarle. Emily arrugó la frente mientras se apoyaba sobre sus manos abiertas. Entre sus dedos se enredó parte de la sabana.

—No lo sé, pero una mente perversa es capaz de hacer de todo —dijo Zoe con una voz casi temblorosa. La verdad es que estaba realmente preocupada por algo que no sabría decir.

—A lo mejor no nos quiere ver juntas ahora —acució Audrey. Estaba apoyada sobre sus codos bocarriba y el cuello echado hacia adelante como si estuviera apoyado sobre un cojín inexistente.

Hannah la miró de soslayo.

—A lo mejor es eso, pero ¿por qué tarda tanto tiempo en entrar por esa puta puerta? —Hannah señaló con su dedo índice la enorme puerta oxidada. Las paredes revelaban los ladrillos claramente visibles y húmedos.

—Yo creo que es por qué no está liberando una a una —dijo Kylie con los ojos muy abiertos. Expresivos. El maquillaje se estaba borrando de sus párpados. Algo que creyeron haber dicho también.

—Puede ser. Habrá llegado el momento —respondió Hannah torciendo la boca en una mueca de asombro.

—¿El momento de qué? —La voz de Audrey había sonado como la de un hombre que es un fumador empedernido. Grave y rasgada. El hechizo de la incertidumbre se había apoderado de sus frágiles cuerdas vocales.

—De liberarnos —insistió Kylie abriendo más los ojos, como si hubiera visto un perro rabioso babeando mientras se acercaba a ella con un sonido inquietante.

Todas las demás se fijaron en ella, con ojos curiosos y anhelando que todo fuera verdad.

—¿Ahora nos abandona? —Audrey estaba absorta y creía haber soltado una tontería. Se dio cuenta al instante, pero no supo disimular su error.

—Nos secuestra miles de días y ahora dices, ¿que nos abandona? ¿Liberarnos es abandonarnos? ¡Nuestro sitio está ahí fuera! —Hannah señaló a

la puerta que era testigo de sus palabras.

—El caso es el mismo —Audrey había caído en su propia trampa de nuevo, pero esta vez sí disimuló. Hubo un largo espacio de silencio solo roto por unos ruidos tras las paredes. Podría ser la mente enferma. O quizás Ava y Madelyne, pensaban. Pero estaban equivocadas en lo último.

—¿O quizá nos mata? —La declaración de Kilye cayó como un jarro de agua sobre las demás, que vieron como sus latidos aumentaban en velocidad como un caballo desbocado. El maquillaje ya no podía ocultar sus caras pálidas y blancas como la cal.

Y de nuevo se apoderó de la atmosfera de la habitación el silencio y el zumbido de fondo.

Quizá serian ratas.

Habían creído que eso también lo habían puesto sobre la mesa.

Las malditas ratas.

61

—No ha querido quitarse las bragas —dijo el médico forense.

Andrew se quedó perplejo y a Luke le había entrado la risa tonta.

—¿Y eso es malo? —inquirió Andrew con su voz más grave que tenía. Su mirada no tenía un ápice de brillo. No le había hecho ninguna gracia.

—Necesitaba comprobar si tenía restos de semen en su vagina —explicó Ethan ante la atenta mirada de ambos.

—¿Pero quién le ha dicho que ha sido violada?

—Creo que nadie. Ella niega que eso ocurriese.

—Y está en lo cierto.

—Lo sé, pero mi trabajo consiste en comprobar todo...

—Hasta comprobar si tiene la raja del coño en vertical, ¿verdad? —Se

enojó Andrew. Luke estaba a unos dos metros y se desterniballa de risa, tanto que a punto estuvo de escapársele una ventosidad. La lata de coca-cola se cayó al suelo produciendo un ruido estrepitoso y avanzó medio metro rodando.

Andrew ni se había girado.

Sus ojos estaban puestos sobre el rostro cada vez más pálido del médico forense. Se sentía ridículo ante el detective. Ahora sí, eso había sido una memez, pensaba.

—Bueno, lo siento señor...

—Detective Andrew. Llámeme detective Andrew, aunque seamos viejos zorros. —Le atajó con la voz más grave si cabe. Sonaba como un tambor de guerra.

Ethan era muy conocido por Andrew dado que lo había requerido en multitud de ocasiones en su larga trayectoria. Ethan no tenía ni mucho menos la edad del detective, pero rodaba sobre los cuarenta años y estaba ejerciendo de médico desde hacía unos quince años. Por eso Andrew sabía que una parte de él, era un depravado; un desquiciado.

Ahora Andrew le veía como un chico pervertido detrás de sus enormes gafas de montura de hueso, o de pasta, daba igual. Luke seguía riéndose como un cosaco y el trasiego de la gente en el pasillo amortiguó el sonido de su risa.

Por detrás de Ethan, con su larga bata blanca y los guantes de látex puestos todavía, apareció Clarice con la cabeza gacha, mientras se abotonaba el único botón que le quedaba en pie, de su vestido. El sobón le había tocado las tetas y Clarice había cerrado los ojos para no ver la cara de excitación de aquel ser.

—Quiero irme a casa ya —dijo Clarice con una voz melosa, pero clara. Sus ojos estaban oscuros a pesar de que... Andrew se había asombrado del color de sus ojos. Eran bellos.

—Tranquila chica que ahora mismo te llevo a comisaría para que te vayas pitando con tu caravana a otra parte de este estado, si es que en algún sitio puedes estar a salvo, con el color de esos ojos. —Andrew siguió hablando con la voz grave y no se dio cuenta de que le había dedicado un piropo. De haberlo hecho, habría pensado; vaya viejo verde, estamos bien hoy. Luke había dejado de reír.

—Creo que me quedaré un tiempo aquí —explicó Clarice y añadió—. Me siento más segura cerca de usted.

—Andrew —dijo él y se sintió ruborizado, algo que no había sentido por mucho tiempo. Podría ser su hija, sin embargo, descubrió, que entre ellos se estaba creando un lazo de amistad y relación de padre protector. Esa sensación extraña y buena, le hizo cosquillas en el estómago.

Ethan enarcó las cejas y se llevó la mano a la boca, sintiendo un sabor desagradable. Empezó a salivar.

Clarice pasó por el lado del doctor y se puso al lado de Andrew.

—Vámonos de aquí —dijo.

Y se dieron la vuelta para buscar el camino de salida del Hospital Kingdom.

Andrew pensó en sus palabras; quiero irme a casa.

62

Landon estuvo bastante entretenido esa tarde. El reloj ya marcaba las cuatro y media. Había alguien más que quería hablar con él. Se trataba del alcaide Colton Allen. Cuando escuchó su voz, sus cejas subieron de altura hasta casi dar con el borde del sombrero de fieltro. Lo llevaba puesto hasta dentro de la oficina. El aire dentro de su despacho era pegajoso del calor que hacía. Había descubierto que era una primavera inusual.

—¿Landon?

—Sí, el mismo desde hace varios años.

—Soy el alcaide Colton Allen...

—Lo sé. Me lo ha comentado mi ayudante que es quien me ha pasado la llamada —le cortó Landon sin preocuparse demasiado de si quedaba bien o no con su actitud un tanto chulesca.

En el otro extremo de la comunicación se escuchó algo parecido como un

bufido.

—Quiero comentarle una cosa, para su investigación. Es bastante importante creo. Se trata de Parker Atkinson.

—¡Ya! El que se ha esfumado en el aire en forma de polvo.

—Sí, yo mismo firmé la documentación para enviarlo al crematorio, pero creo que algo hemos hecho mal todos. —La voz de Colton estaba empezando a temblar. Había estado reflexionando y un buen nudo en la garganta le impedía hablar bien.

—¿Qué quiere decirme con esto? —Landon se echó para atrás en su silla y levantó los pies para ponerlos sobre la mesa. Las botas se posaron sobre los montones de papeles y el archivo de la investigación de Parker Atkinson y esas siete desgraciadas. No era precisamente muy ordenado y todos los datos los guardaba en su cabeza, pero se olvidaba de casi todo. Al contrario de Andrew que era un ordenador con piernas.

—Pues que nos hemos equivocado de asesino, como dijo el detective Andrew. Es duro de aceptar, pero es así. Menos mal que Parker no tiene familia, por qué si no las reclamaciones caerían como las gotas de agua de la lluvia.

—¿Por qué está tan seguro de ello?

—Dos días antes de morir le confesó algo a su compañero de celda. Le dijo que él no había sido. Que no conocía a esas mujeres y que durante ese tiempo en la que desaparecieron, él estaba en Florida.

—¿Y eso le hace inocente? ¿Usted cree en eso? —Landon se estaba poniendo nervioso.

—El caso, es que es verdad. Durante esa semana, Parker estuvo detenido en una comisaria de Florida por desorden público. Y además hay algo más.

—¿Qué hay de más?

—Le confesó que unas prostitutas se hicieron con él y sus muestras...

—Dígalo. No se corte —le cortó Landon sin las gafas de sol puestas. Sus ojos estaban hundidos y tenía ojeras—. Se lo follaron y guardaron su semen, ¿es lo que me quiere decir?

Hubo un constante silencio en la línea mientras el murmullo de la comisaria ahogaba dicho vacío, que era vacío. Al fin, la voz de Colton regresó al auricular. Mientras tanto Landon había visto una araña paseándose por el techo.

—Sí, así es. Y le explicó que alguien bastante astuto quiso meterle el marrón con esas prendas encontradas de esas siete mujeres desaparecidas. Había todo tipo de huellas, y no es normal en un psicópata, que haga algo así. Había semen, saliva y huellas, incluso pelos. Le contó a su compañero que despertó dos días más tarde en una cuneta perdida de una de las largas carreteras de Florida, entre los lagartos. Por eso decidió venir aquí. Dijo que le habían drogado. En la ropa de esas mujeres incluso había restos de su sangre y una uña, bueno, un trozo de uña. Le explicó que le habían pinchado la yema de su dedo índice. Como si le hubieran hecho la prueba de azúcar en la sangre. No todo lo que le estoy diciendo está en la investigación y Andrew cree que no había ni la mitad, de las pruebas orgánicas que le he dicho.

—Uhhmm. Eso está bien —Landon había susurrado casi al micrófono del teléfono.

—¿Qué dice?

—Estaba pensando en voz alta —dijo Landon moviendo los pies de sitio. Ahora sus pesadas botas se apoyaron en el borde de la mesa y esta corrió unos centímetros hacia fuera, arrastrándose como una locomotora.

—¿Va a compartir esta información con el detective Andrew?

—¿Que le hace suponer que Andrew esté metido en esto?

—Lo sé.

—Ya veremos. —La voz de Landon sonó petulante.

Y Colton colgó.

Landon creía tener todo controlado. Nada más lejos de la realidad. Estaba todo desordenado. Tenía información y no la compartía y por vez primera se sintió mal. Un repentino dolor en su vientre le advirtió de que iba por mal camino.

La araña siguió paseándose ahora por la pared.

—Me quedaré unas horas más en esta ciudad, si puede ser —dijo Clarice subida en lo alto de su caravana—. Antes de partir hacia otro lugar. De aquí me llevo malos recuerdos.

—Lo siento Clarice. Siento mucho que te haya pasado a ti —acució Andrew con la frente sudorosa. El cristal de la ventanilla de la caravana actuaba de espejo y los rayos del sol rebotaban hasta su rostro, acariciándolo con sus dedos eternamente calientes.

—Pero necesito estar segura en algún lugar mientras me preparo. —La voz de Clarice empezó a timbrar. Sus manos estaban apoyadas sobre el vetusto volante negro.

—Puedes acampar o mejor dicho, aparcar en mi jardín. Vivo a unas manzanas de aquí. Mientras tanto podrás comer algo caliente.

—Gracias Andrew. Tengo mi propia cocina. —Su dedo índice señaló hacia la parte de atrás de la caravana. Después sus ojos se desviaron de forma instintiva hacia el parabrisas. Respiró hondo cuando comprobó que no le habían multado.

—Sí, claro. —Andrew miró en derredor como si quisiera buscar algo con la vista, pero no vio nada interesante. Tenía las manos enfundadas en sus bolsillos y la espalda chorreando de sudor. Un denso y pegajoso sudor.

Clarice sonrió por primera vez y dijo:

—¿Por qué lleva puesta la gabardina bajo este calor?

Andrew se encogió de hombros.

—Quizá por qué le he cogido cariño —contestó.

—Parece usted muy sensible —compartió ella.

—Andrew. Llámeme Andrew.

—Está bien Andrew. —Sus manos se movían frenéticamente alrededor del

volante como si quisiera agarrarlo por todas partes.

—Y cambiando de conversación. ¿Qué le ha dicho el médico que yo no sepa ya?

Ella se encogió de hombros.

—Pues que solo tengo magulladuras y moratones. No es nada serio. He tenido suerte. —Le enseñó los dos antebrazos y el aspecto rosado de su piel se había pintado de manchurrónes azulados.

—Ha tenido suerte Clarice. Ya ha visto de lo que es capaz de hacer ese maldito loco.

—Lo tuve delante de mis narices —Los ojos de Clarice empezaban a humedecerse al recordar a aquel hombre que lleva consigo a una mujer muerta sobre sus hombros. Todavía recordaba el ruido de la cabeza al abrirse en dos cuando chocó contra la roca. Su piel se puso de gallina.

Andrew mirándola fijamente a los ojos le dijo:

—No sé cómo tiene esa entereza y fuerza en el interior si al principio parecía una chica asustada y en estado de shock.

Ella sonrió de nuevo y el sol le besó en los labios.

—Es cuestión de tener fuerza de voluntad —explicó.

Andrew pensó en Grayson y descubrió que no tenía tanta fuerza de voluntad para ir a la consulta. Sabía que de un momento a otro, el teléfono móvil saltaría dentro de su bolsillo mientras en el otro lado de la llamada un Grayson con los dientes apretados, y la frente arrugada, estaría ansioso por escuchar la voz del detective.

—¿Qué le parece si vamos a mi lujosa casa?

Ella no le creyó.

—Creo que primero voy a comprar algo de comida. ¿Puede esperarme aquí? —Sus dedos índice y pulgar estaban marcando una medida corta—. No tardaré mucho.

—El supermercado está al final de esta calle —explicó Andrew.

—Lo sé —sonrió ella.

—Está bien, mientras tanto voy a charlar un rato con el sheriff. —Andrew se llevó las manos a su incipiente calva—. El del sombrero.

Ella sonrió de nuevo.

Era como si nada hubiera pasado.

El morro de la caravana empezó a girar como un ladrido de un perro San Bernardo.

64

—Aquí tenéis chicas. Puré de guisantes y un buen chuletón medio hecho. —La mente enferma llevaba una bandeja con dos platos y un refresco. La puerta chirrió como una condenada al abrirse y se cerró por su propio peso. Era como si esa pared estuviera inclinada. Los ojos de la mente enferma brillaban de alegría. Como todos los días.

—¿Dónde están Ava y Madelyne? —Le preguntó Hannah con la mirada seria. Estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas. Arrugando su vestido.

—Están en otras habitaciones separadas —mintió la mente enferma mientras dejaba la bandeja de plata sobre una de las mesitas de madera de pino.

—No te creo. —Se enojó Zoe—. Desde hace muchas horas, llevas más tiempo fuera.

—¿Me echáis de menos?

—Lo que tenemos es incertidumbre y un poco de miedo.

—¿Os he hecho daño alguna vez?

La mente enferma estaba agarrando el tirador de la puerta que consistía en una barra de hierro oxidada.

—Aparte de secuéstranos, no —resaltó Audrey y miró en derredor. A las

paredes y a los ojos inquietos de sus compañeras.

La puerta se cerró de un golpe metálico tras un condenado chirrido que hartaba ya.

65

—¿Siempre llevas puesta la gabardina? —Le preguntó Landon con una estúpida sonrisa dibujada entre sus labios y el palillo.

—No he venido a hablar de mi ropa, sino de si me ocultas algo más. No he cagado ni he meado en todo el santo día, estoy cabreado y necesito respuestas. —Andrew estaba furioso y su voz grave rebotó entre las paredes del despacho del sheriff.

Landon levantó la mano para indicarle que se sentara.

—Hablemos un poco —dijo.

No quiero sentarme. Lo haré de pie. ¿Vas a explicarme eso de los ojos?

Landon se ocupó de guardar silencio, pero por los resquicios de la puerta se asomaban los murmullos del gentío de la comisaria. Se repantigó en su silla de cuatro ruedas llenas de polvo y mordisqueando el palillo, sí, su eterno palillo, empezó a mover los labios, no con mucho entusiasmo.

—El forense me dijo que los ojos de la mujer fueron arrancados e introducidos en la garganta de la primera víctima...

—¡Eso ya lo sé, te escuché! —ladró Andrew para refrescarle la memoria al tiempo que le interrumpía.

Landon volvió a levantar la mano con todos sus dedos extendidos, como los de un gato, cuando cae al vacío.

—No tuve oportunidad de decírtelo —mintió Landon. Sus ojos se entornaron y su corazón comenzó a acelerarse furtivamente. No sabía por qué. Estaba desconcertado con esa sensación.

—¿Para qué están los teléfonos?

—Está bien. Está bien. —Sus manos como zarpas se posaron sobre dos montículos de hojas y carpetas de cartón, todos ellos, blancos—. Al ver esta mañana que la nueva víctima no tenía los ojos, supongo que los tendrá en la garganta. A lo sumo, esta noche, puedo confirmártelo.

—Dime una cosa —Andrew se acercó más hacia el borde de la mesa hasta casi empujarla con su cadera—. ¿Me escondes algo más?

—Bueno, esta mañana han encontrado el vehículo de Madelyne Brewster...

—En Fowler's Beach —Se apresuró a decir Andrew con los ojos chispeantes.

—¿Cómo lo sabe?

—Hay chivatos en todas partes —mintió Andrew. Había recordado el intenso dolor de cabeza al ver el Buick aparcado en línea. Había recordado incluso a la gente pasear al lado del vehículo y había escuchado el ruido de las olas al llegar a la orilla.

Landon hizo una mueca como la de un payaso asesino.

—¡Vaya! Tendré que vigilar mejor a mis hombres. —La cara de Landon parecía una alpargata.

—Créeme, no han sido tus hombres. ¿Me escondes algo más? —insistió Andrew sudando copiosamente. No le temblaba el pulso, mientras que a Landon se le apreciaba un ligero temblor en sus manos.

—Me ha llamado el alcaide Colton y me ha dicho que Parker fue víctima de un posible montaje el día en que desaparecieron esas siete chicas. Al parecer le confesó a su compañero de celda que ese día él estaba en alguna parte de Florida, detenido.

—Eso está bien. Ya que trabajamos juntos, ¿Tiene el expediente actualizado?

Landon meneó la cabeza en sentido de nones.

—No.

—Yo tampoco lo tengo —afirmó Andrew arrugando sus gruesos labios.

Quince minutos más tarde de que saliera a darse un baño de sofocante calor, Andrew que arrastraba los faldones de la gabardina en su tedioso paseo en círculo y no llevaba sombrero, vio la caravana venir de frente y aquella cosa engordada por los lados, como si fuera un remolque llevando una casa sobre ella literalmente, hasta que la silueta se hizo más y más grande como un castillo de aire para los más pequeñajos de la casa. Se detuvo con un resoplido y la casa abultada pareció hincharse como la garganta de un sapo; blandiéndose.

El reloj marcaba a las cinco y media y Andrew había visto de nuevo aquella imagen que él la asociaba al rostro de Hannah Ackerman. La tenía fijada en la frente como una pegatina, como la pared soportaba el poco peso de su fotografía sonriendo.

—Ya estoy aquí. He comprado algunas cosas para cenar esta noche — voceó Clarice tras haber bajado la ventanilla de su trasto. Era de color blanco y marrón y tenía la litera situada sobre la cabina como si fuera un enorme chichón.

Andrew levantó la mano. Su coronilla era el nacimiento de un río. El sudor le recorría desde el mismo centro del cráneo hasta la frente, donde las pobladas cejas, apresaban cada gota incipiente y salada.

—¿Me invitarás a una salchicha? ¿Espero que hayas comprado salchichas?
—Pero Andrew no sonreía.

Clarice hizo una mueca y sus ojos brillaron por vez primera en ese día tan tortuoso y complejo para ella.

A Andrew le estaba empezando a caer bien.

Demasiado bien.

Cuando el sol dormía plácidamente detrás de las montañas y todas las luces en el interior de las cajas arrojaban un tenue resplandor a través de las ventanas hacia el césped o el asfalto, dibujando grandes lenguas inquietas; Clarice ya había aparcado en el jardín de la casa de Andrew, quien de momento, estaba dentro de su casa con la persiana bajada y observando aquellas fotografías de unas mujeres sonrientes y llenas de felicidad.

Había tachado la foto de Madelyne y el dolor de cabeza le sobrevino de nuevo como el aire acecha en cada esquina de las casas cuando oscurece.

Y mientras el olor a salchichas ahumadas se arrastraba por el jardín para penetrar por el hueco de la ventana hasta viajar a las fosas nasales del detective, hasta activar un ruido extraño en su estómago, le siguió otro sonido muy familiar.

Era su teléfono móvil, que vibraba como un descosido dentro del bolsillo. Andrew devorando aquel olor embriagador con una fuerte aspiración, metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono hasta ponérselo a la cara literalmente, justo en el centro de su mirada. Era Grayson. Arqueó la espalda y la cabeza y soltó un resoplido como un gato al que le acaban de pisar el rabo.

Y dejó que sonara el teléfono hasta que se ahogó en su propio silencio.

Esa noche Landon no estaba muy satisfecho con la sopa de tomate y se la sorbió de un trago para no decaer en la tentación de tirarlo a la basura. En su lugar habría preferido tomarse una par de cervezas bien frescas mientras miraría el televisor, pero no fue así. Los pequeños ya estaban acostados en la planta de arriba debatiéndose entre el sueño y su lucha por escaparse del «Coco» que habitaba debajo de la cama. En cualquier caso no estaban en la cocina, ni en el comedor, ni tampoco la televisión estaba encendida, ni escuchaba maullar a los gatos en celo, sí, todavía estaban en celo los muy

condenados. Sus maullidos imponían cuando se sucedían en mitad de la noche. Pero ahora el reloj marcaba las nueve y cuarto. Habían sido dos largos días calurosos y complejos. Y no es que no solo le había salido un grano en el culo que se llamaba Andrew, sino que empezaba a tomarse en serio las cosas y su mente empezaba a divagar por los archivos virtuales de aquellas mujeres. Aria, su mujer, estaba fregando los platos cuando el teléfono de la cocina sonó débil y alertador a la vez. ¿Quién demonios llamaría a estas horas? Se preguntó Landon levantando la cabeza del plato de sopa. Su mano se quedó en el aire con la cuchara fija e inmóvil, como si fuera un largo dedo extendido señalando al teléfono inalámbrico. La pantalla del mismo, se iluminaba de un feo color amarillo y no resplandecía más que una vela. A Landon nunca le había gustado ese color, pero lo pilló en unas rebajas. Era una ganga.

—¿Vas a cogerlo? —inquirió Aria tras detenerse con las manos llenas de espuma. Sus ojos buscaron el rostro de su marido.

Landon hizo una mueca. Sabía que no se levantaría de la silla.

—Será algún idiota que se ha equivocado de número —dijo con una voz rasgada y cansada al mismo tiempo. Parecía el perfecto deprimido que solo come chocolate y tiene los labios de un color oscuro.

—Sabes que siempre te llama tu ayudante —le sugirió ella.

—Pues cógelo tú.

Aria arrugó los labios y soltó un extraño silbido entre lo que quedaba de hueco entre los labios apretados. Cogió la servilleta que tenía a mano, en el lado derecho, junto al fregador y mientras se secaba las manos, caminó hacia el teléfono que estaba situado más allá del microondas. Un metro. La melodía era sutil y parecía que el sonido se había estrangulado en un altavoz estropeado.

—¿Dígame?

—Soy Kevin. ¿Está tu marido?

—Creo que esta noche no.

Hubo un corto silencio seguido de un chasquido en la línea, como si en alguna parte del mundo el cielo se rajara en dos en la tormenta perfecta. Ella

arrugó la frente. Estaba de espaldas a su marido.

—¿No entiendo?

—Yo tampoco lo entiendo —respondió ella quejándose de la situación.

—Tengo algo muy importante que decirle. Ya tengo los resultados de la autopsia...

—¡Espera! Eso se lo cuentas a él —le cortó Aria mientras se daba la vuelta y se encaminaba hacia la mesa. Con el brazo más largo del mundo le extendió el teléfono con la pantalla apagada—. Es tu ayudante. Quiere hablar contigo de cosas asquerosas...

El caso es que no estaba muy puesta en el tema, pero algo sabía acerca de las siete mujeres raptadas, de Parker y de lo que estaba sucediendo ahora. Pero no sabía exactamente qué pasaba con los ojos de las víctimas. Landon le contaba cosas, pero en esos dos días frenéticos y con un solo polvo echado, poco o casi nada podía contarle.

Los dedos de Landon se cerraron en torno al cuerpo del teléfono tras dejar caer la cuchara dentro del plato, que sonó de forma estruendosa. Como si el plato se hubiera roto en el suelo.

Aria le miró con ojos penetrantes y vacuos.

—¿Qué pasa Kevin? —Landon habría querido esbozar una sonrisa, pero no lo hizo, en su lugar mostró todos los dientes de su boca abierta.

—Herbest me ha llamado y me ha dado los resultados de la autopsia de Madelyne. Y es asqueroso... —Kevin se quedó mudo de repente.

—¿Se trata de sus ojos, verdad?

En el otro extremo de la línea se escuchó un chasquido y algo parecido a un refunfuño.

—Los tenía en la garganta. Herbest me ha dicho que ha seguido el mismo modus operandis de la primera mujer... —Kevin se quedó pensando.

—Ava Cox —acució Landon poniendo los ojos en blanco. Aria empezó a hacer ruido de nuevo con los platos. Era el suave murmullo de fondo, como si las olas del mar rompieran con fuerza en las rocas.

—Sí, ella. El asesino ha actuado de la misma manera. Esta también ha muerto por asfixia. No tiene huellas ni moratones. Está perfectamente lavada y maquillada. Me comentó que había muerto esta misma mañana.

—Bien Kevin. Ya tenemos para rompernos los cuernos —explicó Landon mientras miraba a su mujer. El culo.

Aria se giró con la mirada seria.

Entonces Landon colgó de repente.

No quería saber nada más por esa noche.

Sin embargo, antes de que conciliase el sueño, antes de que se quitara los pantalones, antes de subir a su habitación, tendría que ver a la siguiente de la lista. Con esos ojos cerrados como si durmiera. Aunque de momento no lo sabía; no tenía el don de Andrew, y pensó en el beso del príncipe que despierta a la princesa de un profundo coma.

No sabía por qué, le había venido ese cruel pensamiento a la cabeza. Aria se volvió, y se centró en fregar los platos de forma ruidosa.

Pero no obstante, ahora, seguirían en el comedor, toda la familia unida. Sus hijos habían bajado en pijama, incapaces de conciliar el sueño un rato después de haberse dormido. Y Aria no había cenado todavía. La cosa empezaba a dar un giro inesperado en sus costumbres. Y en el reloj las agujas marcaban casi las diez en punto.

Esa noche todo era diferente.

—Hannah. Ven conmigo —ordenó la mente enferma estirando el brazo. Su maquillaje le hacía especial, extraño y extrañamente inquietante.

Hannah lo miró con semblante serio.

—¿A dónde me llevas?

Las demás callaron como si estuvieran durmiendo bajo las sábanas.

—Al lugar donde tus dos compañeras te están esperando. —A través del hueco de la puerta, el sonido de la canción “Life In Mono” se escuchaba de nuevo, como un murmullo de fondo. Ya había arreglado el equipo de música. Era solo el enchufe. Justo cuando lo había puesto en marcha de nuevo, las vibraciones de los altavoces traspasaban las gruesas paredes y las cinco mujeres habían puesto el oído en ella para escuchar.

Hannah se dio la vuelta y ojos inquisidores preguntó:

—¿Vosotras no tenéis que decir nada?

Ellas siguieron calladas, con la boca cerrada como si fuera una cremallera. Los ojos inflados como globos y el maquillaje diluido sobre la piel como manchas de guerra.

—Ellas se unirán con vosotras más tarde —dijo la mente enferma. Su piel brillaba como si se hubiera bañado en aceite. Estaba en pelotas. Algo a lo que ya estaban acostumbradas todas ellas, pero no al paso del tiempo, que les resultaba pesado. Inquietante y desconcertante. Ya no lloraban ni se arañaban la cara. Ahora reflexionaban sobre el presente y el futuro más inmediato. Y alguna dentadura que otra, tiritaba tras los labios sellados produciendo un repiqueteo de dientes.

Hannah miró una vez más a la mente enferma que estaba esperando con la mano cerrada en la manivela de la puerta, que no era más que un trozo de hierro oxidado que chirriaba dentro de dos anillos igualmente oxidados. Era un cerrojo, como el de una celda de los años setenta.

—Voy por ellas. Quiero verlas de nuevo —explicó Hannah no muy convencida. Tenía puesto el pijama, suave como la seda y luminoso como el cielo, aquello que hacía años que no veía. Se acercó a la mente enferma que inició el corto paseo a una habitación contigua. Apenas fueron cinco metros de pasillo y el sonido de la música cada vez se hacía más fuerte. Antes de partir Hannah se había vuelto y ante la absorta mirada de las cuatro mujeres, levantó la mano y movió los dedos como si se despidiera.

Y vaya si se despidió.

La mente enferma le guió hasta una habitación con una puerta de madera carcomida por el paso del tiempo y la humedad. No estaba pintada y no era

madera de pino, ni tampoco eran tablas clavadas con clavos. Era como un monolito clavado por un lado a dos bisagras de gran tamaño que chirriaron como condenadas al abrirse.

—Entra Hannah.

Ella dio un paso y puso su pie descalzo derecho dentro de la habitación que estaba iluminada por una bombilla pintada de rojo. El sonido de la canción era casi ensordecedor y le dolían los tímpanos, pero el tema era muy relajante; emocionaba y el ritmo era bello.

—Aquí no están ellas —dijo Hannah con los ojos muy abiertos y justo en ese momento la mente enferma la empujó hacia dentro haciéndole casi caer al suelo.

—Están en la otra habitación. Primero debo acicalarte. Está muy mal presentarse sin arreglarse. —La mente enferma le señaló una silla de madera que estaba astillada y coja. Estaba en el centro de la habitación, junto a una mesa donde había todo tipo de maquillaje y tintes para el pelo—. Siéntate por favor.

Hannah hizo caso a regañadientes. Ella confiaba en esa mente enferma. Al final de todo este tiempo había empezado a confiar, algo que resultaba contradictorio. Es como enamorarse del asesino de tu marido. Pero a veces ocurre. No tenían por qué desconfiar. Claro estaba en que no conocían nada más que una parte de la mente enferma. La otra parte de la cara oculta, como la luna, estaba apareciendo ahora y Hannah, ni nadie de ellas presentía nada malo. Quizá porque ansiaba la libertad y creían que había llegado el momento, pero había escuchado; están en otra habitación. ¿Qué se suponía era eso? ¿Era una broma? Lejos de patear y enfrentarse a esa mente enferma que se movía de forma erótica, decidió sentarse en la silla como si fuera a ver una película.

Pero su corazón se aceleró.

—¿Por qué esta obsesión por el maquillaje? —Hannah esperaba una respuesta que le diera sentido a todo.

—Porque la belleza es todo en esta vida. Solo las más bellas serán eternas, incluso cuando estén sometidas al interior de un ataúd que baja hasta el fondo de la fosa. Hay que ser bella hasta delante de la muerte.

¿Era eso una paradoja?

El corazón de Hannah bombeó como una manguera de bomberos, haciendo correr a chorros la sangre por sus venas. Su cara se tornó blanca y sus ojos parecieron hundírsele en sus cuencas. Pensó en atacar a la mente enferma, pero sabía que aquello era un búnker y que no tendría escapatoria de ninguna manera. Lo sabían, después de tantos años de cautiverio.

Lo sabían.

—¿Es la muerte tu nueva razón de ser? —Había sido una pregunta un tanto peculiar. La cara de Hannah estaba cubierta por el sudor. En esa habitación se respiraba un aire denso y caliente.

—Yo amo la belleza como una forma de vida. —La respuesta también se las traía.

Ahora el corazón de Hannah era una bomba de relojería a punto de estallar. Sus manos empezaron a temblar. La mente enferma se dirigió a un lavabo que había en un extremo de la habitación y abrió el grifo con un chirrido. Cuando el agua salió a borbotones, rellenoó un cuenco hasta el borde resbaladizo.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó una Hannah totalmente seria y fuera de sí. Ya no era la Hannah que verborreaba tanto. Ahora sus frases eran cortas y la mayoría preguntas. La atmósfera de la habitación se le vino encima como una lápida de gran tamaño. No podía casi respirar.

—Lavarte el cabello —respondió la mente enferma mientras se acercaba a ella con el cuenco rebosando agua al suelo. Sus pies desnudos se deslizaban sobre el agua como una lancha.

—Eso ya lo haces cada dos días —se quejó Hannah con el corazón ahora en la punta de la lengua. Habría deseado morir allí mismo, aunque solo fuera a lavarle el cabello. Algo dentro de ella sabía que no solo haría eso. El calor de la habitación se le hacía cada vez más pesado sobre su pecho y casi se asfixiaba.

—Pero el lavado de hoy es algo especial. Voy a tintarte el cabello. —Los ojos de la mente enferma brillaron como dos luciérnagas en la noche más cerrada del año.

—¿Acaso no te gusta el color de mi pelo? —Hannah le miró a los ojos. El cuenco derramó un poco de agua sobre una bandeja en la que había todo tipo de elementos para el maquillaje.

—Sí, me gusta, pero hoy es un día muy especial y tendrás que tintarte de otro color que seguro te gustará.

La frente de Hannah se arrugó como una sábana apresada entre unos puños.

—¿Me tintaras morena?

—No.

—¿De qué color?

—Azul.

—¡Qué! —exclamó de pronto Hannah mientras se erguía como un palo clavado en la silla. Sus ojos debieron salir al menos un milímetro de su posición normal. Era como si estos hubieran sido empujados por dos muelles.

La mente enferma cogió de forma delicada un bote de plástico que contenía algo como una espesa baba. Lo alzó y dijo:

—El azul es vida eterna y belleza. Debes estar muy bella para presentarte.
—La mente enferma se calló de repente dejando al aire el sentido de la frase.

Hannah estaba segura ahora de que aquel ser se había vuelto peor. Una mente enferma que había despertado y que mostraba ahora todos sus trastornos disociativos o de personalidad, y por qué no, de locura desmedida.

—¡Tienes la mente destrozada! —gritó Hannah echando espumarajo por la boca—. ¿Qué coño significa todo esto? ¿Es un ritual? ¿Eh? ¿Acaso es un ritual satánico? ¡Estás fatal de aquí! —Hannah se llevó el dedo índice a la sien derecha y apretó con fuerza hasta hacerse daño. Pero el dolor no era nada comparable con la frustración que sentía. Y el miedo. Ahora empezaba a sentir el mismo miedo que rozó su delicada piel cuando fue secuestrada por ese ser. El miedo que convivió con ella durante los tres primeros meses y que nunca le había abandonado; solo estaba en letargo.

La mente enferma, como si estuviera ajeno a todo, destapó la botella y vertió la baba blanca, espesa como una pasta de dientes, en el interior de un bol mucho más pequeño y tras abrir otro bote con un líquido diferente; era

agua oxigenada, lo vertió también en el bol y lo empezó a removerlo con la brocha.

Hannah no podía dejar de mirarle, pero ya no decía nada. Finalmente, la mente enferma habló.

—Debo dejarte bella y preparada para lo que te espera. —Y acarició el cabello de Hannah con la brocha queapestaba a perros muertos. Un olor nauseabundo y ácido a la vez.

Y empezó a prepararla.

70

Andrew deseaba fumarse un cigarrillo, pero en lugar de eso, echó mano a una cerveza. Estaba fresca y goteaba por los costados de la chapa del bote. La había sacado de la nevera que congelaba como una condenada. Muchas noches no podía dormir porque el motor de la nevera producía un zumbido de lo más indeseable. Era como si cien moscas gigantescas revolotearan por su cabeza.

Todavía con la gabardina y el puntero del reloj marcando ya las nueve y media, arrastraba sus mocasines sobre el linóleo de la cocina hasta su despacho. Se detuvo en la ventana y abrió levemente la persiana con su menuda mano; la izquierda, y vio la luz dorada que resplandecía en una de las ventanas opacas de la caravana de Clarice.

Todo estaba bien.

Excepto el destino de aquellas pobres mujeres, porque durante todo el día había visto los ojos cerrados de la que sería la tercera víctima, pero no había visto al asesino. Deseaba tanto conocer el rostro del asesino como beberse de un trago la cerveza.

El olor a salchichas se había esfumado con el aire y el viento que se había levantado como un soplado del lobo del cuento de los tres cerditos, lloraba en cada esquina. La noche no estaba tranquila.

Dejó caer la persiana en un golpe seco y se dirigió a su silla de respaldo alto. Esta crujió bajo su enorme culo y se pisó el faldón de la gabardina. Sus

ojos se fijaron de nuevo en aquella mujer rubia con una sonrisa que era todo, dientes.

Era ella.

Sin duda era ella.

Y de repente cerró los ojos en un lacerante dolor. Estaba empezando a recibir información. Era un nuevo vehículo. ¿Dónde estaba esta vez? ¿Por qué abandonaba los vehículos de las víctimas raptadas justo antes de que estas apareciesen muertas? ¿Por qué no recibía información del asesino?

Estas y algunas preguntas más, le atormentaban desde hacía algo más de veinticuatro horas.

71

Estaba en otra habitación. Con una luz lúgubre y fugaz. Aquello parecía el submarino de Perales, el original, el primero que se conoció en la historia y que estaba posando a la orilla del mar, en Cartagena, España. Estaba oxidado, pero los restos de pintura amarilla lo delataban. Había sido pintado de amarillo con mucho tiempo de antelación. Ahora era un caparazón amenazado por la humedad. ¿De dónde vendría tanta humedad? Unos ojillos rojos brillaron en un rincón, tras esa especie de submarino o botella gigante puesto en horizontal sobre una base de hierro aún más oxidada.

Al lado de aquello, había un tubo de plástico o quizá de aluminio, de esos que se usan en las campanas de la cocina y estaba conectado entre el botellón y un motor eléctrico. Aquello era una bomba casera hecha con varios compresores de frigorífico. Había una pequeña ventana en el centro del submarino.

Sin duda se trataba de una cámara de vacío.

Hannah al verlo, al principio se quedó desconcertada, pero poco a poco estaba comprendiendo lo que iba a suceder. La mente enferma la iba a meter allí dentro y después... Eso no lo sabía.

—¿Qué es esto? ¿Qué vas a hacer? ¿Eh? ¡Contesta! —Hannah estaba

excitada y no en el buen sentido de la palabra, sino todo lo contrario. Estaba enervada. Asustada.

—Eso te ayudará a dormir un poco. Tienes que cerrar los ojos ante su presencia.

¿De quién hablaba?

Hannah estaba sudorosa y el rímel estaba trazando hilos oscuros en sus párpados, su pómulo. Su corazón le latía desaforadamente. Mucho más que antes y trató de gritar como una loca hasta quedarse sin oxígeno, pero no lo hizo. La cobardía y el miedo hicieron mella en ella. Podría haber avisado a las demás chicas con su canto, pero aquellas paredes y aquellas puertas eran muy anchas. Demasiado. Parecía un búnker, pero que tenía mucha humedad y goteras.

¿Dónde estaba situada?

La mente enferma había cerrado sus dedos ardientes alrededor de sus muñecas, como el coco que habita bajo la cama, salvo que no eran unas manos heladas, sino muy calientes y tiraba de ella. Igual que el coco. Hannah no tenía fuerzas para forcejear. El hormigueo en las piernas le hacía perder el equilibrio. Y descubrió que cuando una persona pasaba del miedo al terror, es incapaz de hacer nada. Ni de usar sus cuerdas vocales que se apagaban con el siseo del aire.

—¿Que me vas a hacer?! —insistió Hannah con los ojos desencajados. El cabello azul, secado y peinado con un secador de gran potencia, se movía en el aire como un manojo de hilos deslavazados. Como si estuviera en medio de un tornado. Su cabeza no paraba de girar y ladearse. Tenía fuerzas para eso, pero lo bueno dura poco y el hormigueo le atrapó la cara, dejándola casi inútil. Ahora lo que tenía era un ataque de pánico.

La mente enferma la empujó con sutileza hacia la boca abierta de aquel submarino o cámara, ya que ella no podía resistirse con fuerza, y con sus manos suaves, la empujó hacia dentro. Se escuchó un golpe carnoso y cerró la ventanilla que era lo más parecido a la portezuela de una lavadora. Movié una especie de hierro y se aseguró de que esta encajara bien, sin dejar un resquicio por el que el aire pudiera entrar. En el borde de este ojo de buey había fijado una goma que se pegó como una ventosa cuando presionó el dispositivo de

cierre.

Después, la mente enferma, con sus ojos pintados y una sonrisa burlona en sus labios rojos, se dirigió hacia el motor que había al final del tubo.

Hannah mostró las palmas de sus manos en el cristal de la boca cerrada y el sudor estampó dos manchas opacas siguiendo una estela a lo largo del cristal. Su boca estaba abierta y sus ojos también, pero no se escuchaba nada. De fondo la música repetitiva de «Life In Mono» se hacía perturbadora y se filtraba en las paredes como el susurro de la soledad, el vacío y la muerte.

El dedo de la mano derecha de la mente enferma accionó un pulsador y la bomba de vacío se puso en marcha con un ronroneo.

Allí dentro, Hannah estaba apagándose en una cámara al vacío, hasta que se extinguiera todo ápice de oxígeno.

Mientras los ojos de la mente enferma brillaban de éxtasis.

Esta vez y para variar, recibía información de un vehículo; un Ford Mustang de 1968, de color naranja. ¿Qué coño hacía esa mujer con ese coche? Era una joya con un motor V8 de 195 caballos. Todo un lujo anticuario.

El letrero no estaba.

El vehículo estaba en alguna parte de Nueva Inglaterra. Andrew conocía bien su tierra. Había ruido de fondo. Eran olas que rompían a morir en la mágica arena.

Pero sabía que era Long Sands.

¿Cómo coño lo supo?

El dolor era tan intenso que agachó la cabeza, apartando la vista de todas aquellas fotografías. Un escenario demasiado repetitivo empezaba a pensar. Ya habían pasado más de veinticuatro horas. Dos días, dos víctimas y dos coches. Pero él ya veía a la tercera y estaba a punto de tachar la fotografía de la pared.

Hannah Ackerman.

¿Qué haría ahora?

¿Llamar a Grayson?

Entonces sonó el timbre de la puerta; un sonido cimbreante que viajaba por el denso aire caliente de forma vaga y perdiendo fuerza en todo el trayecto, como si estuviera cansado.

73

Esta vez era de noche. Casi las diez.

El viejo Tom había salido a echar una meada a las aguas del lago, cuando con su linterna le enfocó la cara. Su rostro se arrugó y su pene se escondió en el escroto dejando caer una gota de orina en sus pantalones.

—Joder. Me la voy a cargar —susurró Tom llevándose la mano a la cabeza.

No sabía lo que hacer mientras la cara blanca de la luna le estaba observando en silencio. Pero recordó su viejo teléfono móvil que había cargado la batería esa misma tarde.

Recordó que todavía funcionaba.

74

—En apenas dos días, han salido a la luz dos cadáveres de las siete mujeres desaparecidas. Estoy un poco preocupado de que esto pueda seguir así...

—¿Qué intentas decir? —Le atajó Aria mientras mordisqueaba un trozo de lechuga. En el plato humeaba una sopa de guisantes y en otro una mazorca de maíz tostada.

Landon se quedó mirándola de reojo como si quisiera decirle algo malo, pero se contuvo. No delante de los niños. Ellos, uno de siete años y la otra de nueve años, tenían hincadas sus cabezas en los dos vasos muy profundos con leche y algo de cacao. Era muy tarde. Demasiado tarde para los pequeños. A las diez de la noche debían estar más que dormidos en sus habitaciones viajando por el espacio inexistente del mundo mágico de los sueños, pero no estaban en ello. Habían pataleado e incluso gritado para quedarse un rato más.

Demasiado rato.

Aria también estaba cenando tarde y sola. Landon ya lo había hecho antes. Esa noche todo había cambiado de forma precipitada. Algo inusual para ellos. Todo había sido diferente. Ahora solo le faltaba ver a Landon fumarse un buen puro Habano y tirarse un pedo de esos que te rajan el culo.

Nada esa noche era normal.

En ningún sitio.

—No lo sé. Estoy dándole vueltas al tema y no quiero pensar que esas otras chicas estén vivas ahora y no lo estén dentro de unas horas. No sé si me explico bien. Es una intuición. El maldito hijo de perra de Parker no hizo nada, ¿sabes? Él no tuvo que ver con nada en todo este asunto. —Los ojos dilatados de Landon observaban la piel fina de ella, como si fueran los preámbulos de un buen polvo.

—¿Ves las cosas del futuro?

Danny, el crío de pelo largo como una niña, levantó la cabeza y mostró un bigote marrón mientras sus ojos buscaban el rostro de su madre, desconcertado.

—¿Estás loca? —Landon sonrió abiertamente y mirando ahora su parte de la mesa vacía añadió—. ¿Crees que soy John Smith?

—¿Quién diablos el John Smith? —Los ojos de ella se abrieron un poco más, como si fueran de goma y estuvieran hinchándose de agua.

—Se nota que lees pocas novelas —se jactó Landon y su mano dio un golpe leve en el borde de la mesa.

Estaban todos en el comedor, cuando de nuevo sonó el teléfono.

Danny agachó la cabeza y siguió bebiendo de su vaso hasta quedarse casi sin respiración.

—¡Joder! ¿Quién será ahora? —refunfuñó Aria. Landon se puso el dedo índice en línea recta sobre sus labios, para recordarle que no hablara así delante de los pequeños. Aria hizo un gesto con su boca.

Y el sonido de la melodía de llamada se engatusaba con el aire que respiraban intranquilos, toda la familia.

Landon se levantó de la silla produciendo esta un ruido al desplazarse sobre el linóleo y se encaminó hacia el teléfono que mostraba una pantalla luminosa verduzca. Extendió una mano, la derecha y se pegó el teléfono al oído, mientras la melodía era absorbida por el repentino silencio solo roto por los sorbos de los pequeños que seguían con la cabeza cabizbaja, con sus labios acariciando el borde de los vasos de tubo.

—Aquí Landon, ¿Dígame?

—Jefe, soy Jacob. He recibido una llamada.

Landon pareció verlo con su calva brillando por el sudor bajo los fluorescentes en esa extraña noche.

—¿De qué se trata?

—El viejo Tom ha llamado.

Entonces Landon apretando los dientes y dejando que sus ojos se hundieran en sus cuencas, entendió lo que iba a decir a continuación.

Y no se equivocó.

Los pequeños subieron a sus habitaciones mucho más tarde de que él cruzara el umbral de la puerta y diera un portazo ante la atónita mirada de su mujer.

—Me preguntaba si te apetecería comerte unas salchichas ahumadas.

Aunque he tenido que recalentarlas de nuevo —explicó Clarice toda, dientes.

Andrew arrugó la frente. La verdad es que tenía hambre y estaba deseando tener compañía esa noche. El dolor de cabeza había mitigado, pero las imágenes estaban ahí. Ella no era policía pero si alguien que había visto al asesino y cómo dejaba caer a Madelyne sobre la roca. Andrew creía que podría contarle lo de Parker y todo ese rollo. Sentía la necesidad de confiar en alguien y contarle sus conjeturas, pero no le diría por nada del mundo que tenía dos poderes mentales y un Psiquiatra esperándole en su consulta. En eso se equivocó.

—Pues sí. Me apetece bastante llevarme algo a la boca. Además, esas salchichas tienen una pinta estupenda. —Andrew sonrió y extendió sus manos para coger la bandeja de plástico con los bollos y las salchichas y vio algo más. Había una lata de cerveza. Enarcó una ceja sin dejar de sonreír.

Clarice estaba entre la jamba de la puerta y la calle con sus bracitos en alto, sosteniendo la bandeja que se le hacía pesada por momentos. Cualquiera diría que ese día había tenido una mala experiencia.

—Creí que no había cenado todavía —dijo ella mostrando sus ojos verdes brillando bajo la luz de la entrada.

—La verdad es que no. Con todo este trasiego no me he puesto a hacerme de comer. Solo he bebido agua —explicó Andrew con una nueva sonrisa. Cogió con sus menudas manos la bandeja y se la apoyó en la parte superior de su abultada barriga.

Clarice le miró de soslayo asombrada.

—Es todo para usted. Yo ya he cenado. Hace un buen rato.

—Anda Clarice, entra, no te quedes toda la noche ahí parada a la espera de los mosquitos. —Andrew se hizo a un lado y sus dientes brillaron a la luz de la bombilla. Él no utilizaba luz de diodos ni fluorescentes.

Clarice con las manos libres y un escote muy acentuado con un vestido de rosa, bordeó a Andrew y entró en casa buscando con la vista algo interesante allí.

—Que casa tan bonita —dijo, pero había mentido. La casa estaba

desordenada y apestaba. Ella disimuló bien cruzando las manos detrás de la espalda, como una colegiala. Siguió sonriendo.

La puerta se cerró de un puntapié que le propinó Andrew y repicó en el marco como un martillo, cortando de cuajo la luz mezquina de la luna llena de esa noche; hiriéndola gravemente.

—Sigue el pasillo al fondo. Allí encontrarás mi despacho —explicó Andrew con la bandeja sostenida entre sus manos. El aroma ahumado le embriagaba los pulmones, pero sus ojos se fijaron en la lata de cerveza. Le tenía ganas, vaya si se las tenía.

Clarice señaló con su dedo índice un lúgubre pasillo de unos cinco metros de longitud y en su frente se formó un mar de pliegues que gracias a Dios, Andrew no pudo ver bajo aquella mezquina luz de la bombilla.

—¿Has dicho hasta el final?

—Sí —se apresuró a contestar Andrew. Su culo se empezó a mover cuando los pies de Clarice empezaron a deslizarse por el suelo del pasillo, horadando la penumbra y dejando a ambos lados de su cuerpo, unas paredes desconchadas y sucias.

—Uhhh. Esto da miedo —dijo Clarice con los ojos bien abiertos a medida que penetraba en el pasillo sin luz alguna que lo alumbrase—. ¿Siempre está tan oscuro? —Su intención era preguntar por curiosidad, no por decirle a la cara lo que pensaba.

—Estoy poco por casa y no tengo mucho tiempo que dedicarle —se excusó Andrew, sabiendo que le había causado una cierta mala impresión—Míralo por el lado bueno. Es una casa.

Si Clarice se hubiera dado la vuelta habría visto brillar todos los dientes de Andrew en plena penumbra, como si se hubiera sacado un blanqueador de la dentadura.

Pero no lo hizo.

En su lugar, siguió caminando a través del pasillo, trazando su trayectoria con las yemas de los dedos que rozaban las ásperas paredes. Tenía los dos brazos extendidos en forma de cruz para alcanzar a ambos lados de las

paredes. No mediría ni un metro de ancho. Andrew no había calculado nunca cuanto tendría de medida; solo sabía que cada día que pasaba, su enorme trasero casi rozaba las paredes.

Clarice llegó al despacho, donde una única bombilla reflejaba una pálida luz amarilla. La puerta estaba abierta como la boca de una tortuga y el olor allí dentro era de papeles viejos. Ese característico olor entre seco y madera quemada. Entró en el despacho y vio todo el desorden que había allí dentro. Quiso decir algo, pero no lo hizo. Una parte de ella quería ofrecerse para limpiar todo aquel desorden y la otra parte le indicaba que no lo hiciera, que acababa de conocer a Andrew, pero era casi un anciano.

—Tiene usted un despacho muy grande —musitó ella sin sonreír, pero sus ojos parecían brillar cuando se dio la vuelta con el cabello rebelde jugando por encima de sus hombros.

—Aquí es donde paso la mayor parte de mi vida cuando estoy en casa. — Andrew se dio cuenta en ese preciso instante, de que no era un despacho normal, había cosas raras y Clarice se daría cuenta de ello y quizá, solo quizá le cosiera a preguntas. Se la veía muy despierta. Era como si el estado de shock o de histeria, cosas muy diferentes, se hubieran quedado atrás como una gran bola de hierro.

—¿Lleva muchos casos verdad? —espontáneamente salió la parte curiosa de Clarice.

Andrew se encogió de hombros, mientras dejaba la bandeja sobre un montículo de papeles, de los varios que había habitando sobre la mesa, como pequeñas montañas simulando la colina de las rocosas. La cerveza se estaba calentando y las gotas del agua resbalaban por su liso trayecto del bote al fondo de la bandeja. Andrew tenía una sed indescriptible, ¿o era deseo?

—Los suficientes como para empezar a dejarlo todo a mi edad —explicó Andrew.

—¿Y por qué no lo hace ya?

Andrew señaló a la pared.

—No lo hago por ellas.

Clarice vio aquellas fotografías de aquellas mujeres y una de ellas le pareció familiar. El tipo mellado no le hacía recordar nada.

—La fotografía de la izquierda. La segunda. Creo que era la mujer que llevaba el asesino. —Sus cejas estaban enarcadas poniéndose en la piel de un investigador.

—Tiene usted buena memoria.

Clarice esbozó una sonrisa agradable de ver.

—Hace pocas horas que la vi —sentenció. Clarice se había acercado a la pared y sus ojos viajaban por todos los retratos con mucha curiosidad— ¿Quiénes son todas estas mujeres?

—Las siete que desaparecieron un buen día hace cuatro años, sin dejar rastro. Hasta ahora. Ya han aparecido dos de ellas. Muertas, claro. El asesino está suelto y las ha tenido capturadas o secuestradas hasta la fecha. Me temo lo peor.

Clarice señaló la última fotografía, la de la derecha.

—¿Y este hombre quién es?

—El que se ha comido todo el marrón. Ha fallecido de cáncer de pulmón y lo han incinerado. Al principio se le condenó por ser el autor del secuestro de esas mujeres e incluso se había condenado por asesinato, pues toda la ropa de ellas, llevaba su marca del ADN. Sin embargo, debo reconocer que esta vez la ley ha metido la pata. —Andrew alargó la mano para coger un bollo con una salchicha que estaba más helada que un muerto.

—¿Y eso podría traer consecuencias verdad?

Andrew estaba masticando y dijo con la boca llena:

—La consecuencia es que el asesino está aquí de nuevo. El secuestrador y que todo ha sido una memez. Un gravísimo error, aunque yo siempre sospeche algo...

—¿El qué? —Le interrumpió Clarice claramente exaltada—. ¡Oh, lo siento!

Andrew meneó la cabeza hacia los lados. Estaba tratando de abrir la lata

de cerveza. Había estado a punto de contarle lo de sus dones y visiones, pero no lo hizo. Pensó que no era una buena idea.

—No lo sienta. Eso nos pasa a todos. —Andrew sonrió al estallar la boca de la lata de cerveza. La espuma subió un dedo de altura y se derramó por el borde, llenándole de espuma los dedos—. ¡Vaya! ¿Por qué siempre sale la espuma?

Entonces de pronto sonó el teléfono móvil que dormía plácidamente en el bolsillo de su gabardina hasta que la melodía lo despertó. Andrew sacó el teléfono con la rapidez de un prestidigitador y se lo llevó al oído.

—Andrew, tengo algo que decirte. —Era la voz de Landon.

Clarice se volvió hacia la pared y observó como había dos fotografías tachadas, así como la del hombre. Su corazón empezó a palparle y sintió miedo hasta el punto de erizársele la piel. Miró en derredor y buscó con la mirada la ventana. Esta estaba cerrada y no pudo ver la luz de su caravana y la puerta abierta.

Después de un minuto en silencio, salvo los «ajá» y «uhmmm» de Andrew sonando como susurros al oído de tu perro, llegó el momento de escuchar de nuevo, la voz ronca de Andrew.

—Clarice, tengo que dejarte. Ha aparecido una tercera víctima.

Los ojos de Clarice se abrieron como platos y su corazón se subió hasta la tráquea cortándole el oxígeno por momentos. Empezó a mover las manos como aspas.

—¡El asesino anda suelto y yo no estoy segura! ¡He dejado la puerta de mi caravana abierta! El asesino puede haberse escondido ahí...

—Calma Clarice. Estás protegida. Yo mismo le pediré al sheriff que te ponga un agente para que te proteja —le cortó Andrew con un bigote de espuma.

—¡Quiero irme de aquí! —Los ojos de Clarice mostraban el pánico que sentía en esos momentos.

Andrew se acercó a ella y la abrazó.

—No te pasará nada —dijo.

Tom estaba masticando tabaco y escupiendo de forma constante, en la oscuridad y solo percibías de él, su aliento infumable a tabaco, agrio y una mezcla de ácido. El sonido de los escupitajos hacía volar a los pájaros en plena noche, abandonando las ramas en las que una vez más, habían seleccionado para pasar el resto de la noche, pero entre los sonidos asqueantes y las luces del tiovivo reflejándose en las hojas de los Fresnos que dormitaban como si fueran gigantes pulpos con los tentáculos gachos, la noche se había convertido en un hervidero de susurros y molestos situaciones.

Y ella estaba allí.

Con los ojos cerrados.

Los ojos inquisidores de los agentes del sheriff miraban de reojo la silueta de Tom como si todas las sospechas recayeran en él. Eso, era algo que había tenido en cuenta Tom al marcar el número de teléfono de la comisaria en su teléfono móvil mugriento y con el teclado desgastado. Uno de esos, del año 2000, cuando los ordenadores de todo el mundo iban a entrar en colapso o cuando se acabaría el mundo de un estallido.

—Es la tercera en poco más de treinta horas —dijo Landon con su sombrero de fieltro bien encajado en la cabeza. Era como si el sol estuviese en todo su apogeo, pero solo los arañazos de una luna llena cubrían la zona abatida por las sombras alargadas.

Los focos de las linternas y las luces, dicho sea de paso, que juego de letras, de los focos portátiles, bañaban en oro el cuerpo cubierto de pétalos de la señorita Hannah Akerman, que conservaba una similitud con sus dos compatriotas; el cabello azul extendido como una alfombra sobre las flores que no podían soportar más su peso y se agachaban como ancianos raquíticos.

No había que profundizar mucho para descubrir quien era.

—Sí, es la tercera en la lista de las desaparecidas. Es Hannah Akerman y

era rubia —explicó Andrew con los labios torcidos en una frustración interna.

—Lo sé. Lo vi en mi expediente —acució Landon esta vez sin su eterno palillo rodando entre los cantos de sus dientes que estaban apagados en esa noche. Sus ojos tampoco brillaban, ni la calva de Andrew que se subía en ese mismo momento el cinturón con los dedos menudos de ambas manos, con el fin de enderezar su abultada barriga.

—¿También tiene expediente usted? —preguntó Andrew casi jocoso. No era el momento ni las formas.

—Como usted, me imagino —sostuvo Landon mientras sus ojos buscaban el rostro de Hannah—. Tom está muy nervioso —concluyó.

—Ya van dos veces —dijo Andrew.

—¿Cree usted que tiene algo que ver con esto?

Andrew meneó la cabeza en sentido de noes bajo la calurosa luz de los focos.

—No. Es el lago lo que me preocupa —explicó Andrew haciendo una mueca.

Landon lo miró a los ojos.

Hannah estaba a sus pies, bocarriba, toda cubierta de flores todavía. Luke y Owen estaban jugando a poner marcadores amarillos con un número en negro, justo al lado del cuerpo inerte de ella. Estaban de rodillas, en el más absoluto silencio.

—Yo no la maté —suspiró Tom desde la distancia. Estaba a unos dos metros de ellos y se escuchaban los escupitajos casi tan claros como una conversación por teléfono—. Solo la encontré. Igual que la otra.

Landon levantó la cabeza y miró en dirección a la silueta que se movía ahora. Un brazo delgado y oscuro se movía hacia los pantalones, se agitaba y luego la mano se metía algo en la boca, y tras estos se escuchaban rechinar sus pocos dientes feos, amarillentos y deslavazados.

—Estás demasiado borracho como para ver al asesino —voceó Landon con cara de malas pulgas.

—¡Y una mierda! —exclamó Tom y se escuchó como algo caía en el agua con su característico ruido de algo pesado. Un gargajo.

Andrew tenía en mente el coche de ella. El Ford Mustang de 1968 de color naranja o quizá rojo, con un súper motor V8.

—Creo que su Ford Mustang está abandonado en Long Sands —dijo Andrew sabiendo lo que eso repercutiría.

Landon abrió los ojos como una lechuza.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—¿Qué pasa, que ahora me estás ocultando pruebas?

—No. No es eso. Todavía nadie sabe dónde está el vehículo...

—¿Qué coño pasa aquí? —Le cortó Landon acercándose a él, tanto que su larga nariz estaba a punto de rozar la de Andrew—. Nadie lo sabe y me está diciendo que su coche está en Long Sands. ¿Acaso me quieres volver loco esta noche?

—Pronto sabrás algo más de mí. De momento te pido paciencia.

—¿Que me estás ocultando Andrew? —Landon hizo especial hincapié en cada una de las palabras, como si escribiera esa frase en negrita en el procesador de textos y en mayúscula.

—Todo a su debido tiempo Landon. Confía en mí.

—¿Sabes? No sé qué es lo que te pasa por tu cabeza, pero creo que estás chalado. —Su dedo índice presionó con fuerza su sien al tiempo que apretó los dientes que todavía no brillaban esa noche. Estaba nervioso y sentía como las cosas se les escapaban de las manos, es decir, el caso, las mujeres, sus vidas, tenía que correr, pero ¿hacia dónde?

Andrew apartó la cara y se agachó hacia la víctima, produciendo toda una suerte de sombras que danzaban en el profundo bosque y las aguas grises de esa noche de luna llena. Al agacharse le crujieron todos los huesos de sus piernas y se quejó de ello en un débil, pero que muy débil susurro.

—Quiero ver en qué estado está esta pobre mujer...

—¡Ni la mires! —Le cortó de nuevo—. Seguro que sus párpados están pegados y tiene los ojos en su garganta. Ya me sé la historia y dentro de muy poco estará abierta como una cerda gracias al bisturí o cualquiera sabe que cosas utilizará Herbest. —Se detuvo para aspirar oxígeno y agregó—. Y nosotros dos, estaremos en Augusta dentro de poco, observando la escena, que seguro será muy divertida.

Andrew levantó una ceja ante la atenta mirada de los focos. Henry y Jacob, los mismos de siempre y eso que había más agentes al servicio, levantaron sus ojos pesados para escrutar el rostro de su jefe.

—Pero tengo que comprobarlo —dijo de forma insistente Andrew y extendió su mano hacia el rostro de Hannah.

Los párpados estaban pegados.

77

Iban hacia Augusta, por delante tenían más de tres horas de camino, pero Andrew antes había regresado a su casa para comprobar que todo estaba bien. Clarice había estado todo ese tiempo escondida en su caravana, con la luz apagada y la cerradura echada.

Cuando vio los faros luminosos del Ford azul lamer el césped y la tierra del camino de entrada, que se veía grisáceo esa noche, ella abrió la portezuela de su caravana y dibujó un rostro serio al sacar su cabeza levemente por el umbral que le separaba de su realidad.

Andrew había estado a punto de cometer un grave error. Revelar sus dotes paranormales para algunos y sensoriales para otros. Había dicho lo del vehículo de Hannah y casi había metido la pata, pero Landon no pareció darle más importancia que una tontuna del momento. De las cualidades de Andrew se daría cuenta más adelante.

Ahora iban a estar presentes ellos dos en la autopsia y Herbest con su radiante sonrisa todo dientes blancos, bisturí en mano, iba a rajarle a Hannah, que estaba todavía caliente cuando la subieron a la ambulancia sobre una

camilla de ruedas empujada por dos chicos jóvenes que solo se fijaban en las tetas de ella.

Pero antes, debía hacer algo con Clarice.

—¿Lo habéis atrapado ya? —Se adelantó a preguntar Clarice bajando el escalón metálico y sin brillo. Su pie se hundió en el césped suave y agradable al tacto con la piel. Tenía los pies descalzos.

Bajando la ventanilla de su portezuela Andrew preguntó:

—¿Por qué estás escondida en la caravana?

La había dejado entrar en casa. Allí era un lugar mucho más seguro. Había un revolver en uno de los cajones y a poco que escarbara lo encontraría.

—Me sentía extraña dentro de casa. Tan encerrada en un lugar desconocido...

—De alguien que te protege —se apresuró a decir Andrew cortándole de cuajo las palabras de su garganta.

Clarice se encogió de hombros como una chiquilla.

—Lo sé, pero tenía tanto miedo, que he regresado a mi refugio —explicó ella con los ojos chispeantes y a la vez con semblante serio.

—¿Y esa lata te protegería, verdad? —Señaló a la caravana que tenía la portezuela abierta como un ojo ciego colgando de su nervio óptico. Las demás ventanillas también parecían ojos, pero estaban cerrados, como los de las víctimas. Escondiendo algo debajo del párpado oscuro y... algo aterrador.

—Es mi casa. —Clarice había arrugado su pequeña nariz respingona y habría querido dibujar una sonrisa en sus labios, pero no lo hizo.

Andrew salió del Ford con pesadez, casi revolviéndose en el asiento, con una mano agarrada a la parte superior del techo del vehículo. La portezuela chirrió y gimió al mismo tiempo.

—¿Has visto algo sospechoso merodeando por aquí?

—No. La verdad es que no. Salvo esas fotografías tuyas en la pared que más que atracción me producen miedo. Recuerdos.

—¿Qué recuerdos?

—Esa mujer muerta. La que el asesino dejó caer con todo su peso sobre la roca. Esa imagen la tengo grabada aquí mismo. —Clarice se tocó la frente con ambas manos—. Y me imagino lo que te habrás encontrado tú.

Andrew meneó la cabeza y su frente se convirtió en un pliego de sábanas arrugadas.

—No sabes la alegría que me da verlas así. No lo sabes. —Andrew también tenía esas imágenes grabadas ahí mismo; en su cabeza. Pero él las veía antes y en ese mismo instante un punzante dolor se extendió por toda su cara y la frente hasta llegar a la parte de la nuca. Arrugó los labios y cerró un ojo. Por su garganta se escapó un gemido.

Clarice que estaba junto a él, a un solo metro y con los brazos en cruz, abrió más los ojos y se inclinó hacia adelante abriendo ahora sus pequeños brazos como si fuera a darle un abrazo a un oso adulto.

—¿Te sucede algo Andrew?

Era la voz más cálida y melosa que el detective había escuchado.

—No. No es nada. Es que sufro de migrañas —mintió mientras trataba de recuperar la compostura.

Las luces del Ford seguían rastreando el suelo, ahora como un par de focos quietos, como si estuvieran apuntando al suelo desde lo alto de una silla. La hierba adquiría un color amarillento y grisáceo bajo la otra luz de la luna. El motor seguía ronroneando bajo el capó que parecía la boca de un cocodrilo cerrada. Y si te fijabas bien, podías ver unas figuras de humo enredándose hacia el cielo lleno de estrellas.

—Deberías tomarte una aspirina —dijo Clarice tocándole un hombro. Él se sintió reconfortado. ¿Por qué sería que aquella chica que podría ser su hija, le estaba cayendo tan bien? ¿Por qué su corazón le hacía tum, tum cada vez que se le acercaba?

—Tengo un tratamiento para ello y créeme las aspirinas no sirven para nada.

Ella retiró el brazo e hizo una mueca con sus labios y aun así era hermosa.

—Entremos en casa Andrew —dijo ella.

—Pero solo para tomarme las dichas pastillas —objetó Andrew mintiendo de nuevo. Y fue entonces cuando la vio. Por supuesto, con los ojos cerrados—. Tengo que ir a Augusta a presenciar la autopsia de la pobre desgraciada.

Clarice hizo un gesto con la boca y con su voz, como si fuera un quejido. Estaba tratando de arrastrar a Andrew agarrándolo de nuevo de su brazo bofo.

—En estas condiciones no deberías ir —explicó ella.

—Es mi trabajo —repuso él.

Bordearon el Ford y atraparon con sus cuerpos la luz de los focos, produciendo toda una suerte de sombras bailarinas sobre el césped. El motor del coche seguía ronroneando como un gran gatazo durmiendo en alguna parte debajo del capó.

—Cuando se te hayan ido las migrañas te dejaré ir, mientras tanto no — insistió Clarice mirándole esta vez muy fijamente a los ojos.

—Pero prométeme una cosa —dijo Andrew mientras le correspondía—. Te quedaras escondida dentro de mi casa.

Ella asintió con la cabeza.

Y mientras tanto, él veía cosas. Veía el sol alzándose sobre las montañas cubiertas de árboles, primero como una especie de anillo brillante y después como la yema de un huevo frito. Y la veía a ella. A esa mujer. Y sabía quién era, por qué las recordaba a todas. Todas ellas estaban colgando en la superficie rugosa de la pared y las había tachado una a una. Ahora debería tachar la de Hannah o ¿debería tachar dos?

Cuando casi llegaron a la puerta de madera de un color blanco, que relucía como una gran placa de plomo grisáceo bajo la luz de la luna, Clarice le hizo una pregunta.

—¿Cómo se llamaba ella?

Pero Andrew no la había escuchado.

Landon paseaba su palillo entre los dientes como sus pies se deslizaban sobre el suelo recién fregado de la sala de autopsias, que más bien parecía un Hospital. Los fluorescentes daban calor a los cuerpos inertes que estaban tapados con una indeleble sábana blanca y de paso, resplandecían en el suelo que actuaba como una especie de espejo difuso, desgastado. Las heladas «camas» plateadas estaban agolpadas en ambas caras de la sala y en algunas de sus ruedecillas se podía ver sangre oscura y algo que brillaba como un moco blanco.

Andrew iba detrás de él y se había dejado el culo durante casi tres horas de carretera negra y espesa, pero a él no le impresionaban aquellos dedos de los pies, blancuzcos algunos y purpúreos otros; aunque todos llevaban una etiqueta en el dedo gordo con un garabato manchado de... ¿sangre?

—No puedo soportar este maldito olor —rezongó Landon mientras se acercaba Herbert que parecía un comadrón con los guantes de látex blancos puestos en sus diminutas manos.

—¿Te preocupas por esto? —preguntó Andrew que iba ahora al lado suyo—. Ya verás cuando la abran en canal. Eso sí que apesta, porque la sangre cuajada emerge de la carne que ha comenzado a descomponerse o mejor aún, hincharse, aunque quiero creer que es demasiado pronto para ver una tripa reventar por los gases...

—¡Para ya! —exclamó Landon extendiendo un brazo que acababa en una mano con los dedos extendidos como púas—. Siento que voy a vomitar.

—Pues no lo parecía mientras querías abrirles los ojos aun sabiendo donde los tenía —le espetó Andrew con semblante serio y su voz grave.

—Eso es otra cosa. Yo no los vi allí. Fue este hombre quien me informó y te haces una vaga idea de ello. —Señaló a Herbert que se había puesto unas gafas como las de un buzo y sonreía todo, dientes, pulcramente brillantes, bajo los fluorescentes.

—Bueno, dejaros de cháchara y comencemos a realizar la autopsia. Si usted se marea señor sheriff, hay un lavabo para vomitar allí. —Herbest señaló una puerta tan blanca como el tubo fluorescente, pero en la jamba, justo al lado, había una camilla con un fiambre que había extendido su brazo por debajo de la sábana y colgaba purpúrea con el dedo señalando al suelo.

Landon con su sombrero de fieltro encajado hasta las cejas y su estrella de sheriff pendiendo de un hilo en una esquina de la camisa, lo miró de soslayo con la cara arrugada.

—No estoy de coña —dijo Landon terriblemente mosqueado.

—Lo siento, pero los cadáveres se están acumulando. Ya sabe, aquí en Augusta ha crecido de forma considerable el número de toxicómanos y a veces se pasan en las dosis. —Herbest Smith señaló con sus ojos a la multitud de camillas y por un lado de sus comisuras se le escapa una risa floja. Sus ojos eran casi invisibles tras aquellas gafas—. Siendo esta la principal oficina forense estatal de Maine, imagínate el trasiego que tenemos ante tal demanda.

El sheriff Landon asintió con la cabeza. El olor a formol lo estaba mareando, pero se contuvo de mostrar lo que sentía en su rostro. Aquello sería un buen secreto para él, pero no por mucho tiempo.

Andrew, sin embargo, descubrió el mal estar de Landon en sus ojos. No llevaba las gafas de sol, menos mal, pensó. Al igual que el eterno palillo entre sus dientes. Tampoco estaba.

—Puede usted proceder cuando quiera —dijo Andrew con cierta sutileza en su voz. Su mano se había levantado arañando el aire denso y pegajoso de aquella inmensa sala—. ¿Siempre trabaja usted solo?

Herbest le sonrió.

—No. Son casi las dos de la mañana y el turno no empieza hasta las ocho y media. Hay veces que incluso más tarde y los cadáveres se amontonan como sacos de patatas.

Menuda explicación pensó Andrew.

—¡Ah! Vale. —Andrew volvió a levantar la mano en un súbito silencio tras un quejido de Landon. Los tres se estaban mirando la cara como

chiquillos, sin saber qué hacer.

Finalmente, los ojos del médico forense se fijaron en la sábana que cubría a Hannah, que a esas alturas ya estaba más tiesa que un tronco. Extendió el brazo derecho y agarró con sus dedos la parte superior de la sábana para descubrir la cara de la víctima. Hannah estaba perfectamente maquillada, los ojos cerrados, pero se notaba ya un color azulado en su conjunto.

Landon abrió más los ojos.

Andrew tragó saliva. Muy espesa. Y entonces la vio de nuevo. No a ella, a Hannah, sino a otra mujer. La de la fotografía que le seguía a Hannah. Ahora no recordaba su nombre y no era porque no se lo había memorizado, sino por la ansiedad surgida de repente desde el interior de sus intestinos. Era como una proyección de diapositivas en una pared a oscuras. Y se puso a pensar si había tachado la fotografía de Hannah; no se acordaba. Era absurdo el pensar eso. Él lo sabía. Las imágenes. Esas jodidas imágenes. Siempre la misma forma, el mismo modus operandi. Algo tan repetitivo que daba asco. Andrew ya se odiaba así mismo. Era como una jodida pesadilla en la que uno no despertaba nunca, pero seguía sudando copiosamente y agarrando las sábanas con los puños bien apretados y los párpados. Por suerte, estas imágenes no le producían dolor de cabeza. Por suerte no. Pero sabía que después vendría lo siguiente. El vehículo y toda esa información que le consumía el cerebro a latigazos. Después de sesenta y tres años, empezó a pensar que todavía no estaba preparado. Al parecer, había cambiado en el modo de pensar. En lugar de estar acostumbrado a sus dotes, parecía cansado y asqueado. No encontraba ninguna pista. Solo descubría lo que iba a pasar o donde estaban los jodidos vehículos de las víctimas que siempre aparecían el día de su muerte. Era todo caótico, repetitivo y absurdo. Ahora estaba delante de la autopsia y rezaba por obtener algo en claro. El asesino era demasiado escurridizo y aunque dejaba un mensaje siempre en su forma de actuar, él no lo comprendía por más que se exprimiera los sesos. Ahora estaba viendo a una cuarta víctima y el rostro de Hannah. ¡Cuánto odiaba esta situación!

Repetitiva hasta el punto de conocer cuál sería el siguiente paso.

Herbest empezó a hablar mientras sus dedos blancos tocaban el rostro de Hannah, casi con suavidad, como si la difunta pudiera sentir el tacto de él. El

pulgar de la mano derecha presionó ahora con más fuerza sobre el párpado del ojo derecho para abrirlo. De alguna manera él también sabía lo que le deparaba.

—Creo que me voy a encontrar con lo mismo que las otras dos mujeres — dijo con voz calmada, pero seria.

Landon arqueó la ceja como si fuera su espalda. La elevación de la misma produjo un mar de arrugas en su frente. El sombrero de fieltro pareció moverse imperceptiblemente.

Landon no dijo nada, pero lo pensó; se encontrará las cuencas vacías.

Andrew mientras tanto, seguía con el ciclo inquietante en su cabeza. Otra cara. Otros ojos cerrados. Otro rímel. La luz del alba acariciando su rostro dormido, los labios prietos, pero casi sonrientes, como si estuviera dormida plácidamente y fuera a despertar de un momento a otro, pero no lo haría. No la mujer que estaba viendo en sus ojos ocultos en la nuca. En su mente inquieta y llena de bullicios e ideas aterradoras acerca de su don. ¿Se iba a acabar eso alguna vez? ¿Tendría que llegar hasta el final? ¿Era buena idea contárselo a Grayson? ¿O a Landon? ¡Estás loco amigo! Se jacta una voz que acaba en carcajada. Andrew sintió el tacto húmedo del sudor corriéndole por la frente. Se sacó el pañuelo del bolsillo de la gabardina arrugada y se lo llevó a la frente atrapando todas esas finísimas gotas como una esponja succionando. Como una babosa.

Landon se estaba empezando a poner nervioso y el olor a formol no le ayudaba mucho. Herbest con su maléfica sonrisa probó otra vez a abrir el párpado. Esta vez con más fuerza. Se escuchó un ruido carnoso y algo parecido a un tapón abandonando la boca de una botella de Champaign, no, quizá no era exactamente así, pero lo abrió sin más.

La cuenca estaba vacía, oscura aún bajo la luz de los fluorescentes, aunque había algo de relleno. Era un líquido transparente que dejaba ver la sangre coagulada del fondo. Herbest acercó su nariz a la cuenca hasta casi rozarla y aspiró profundamente. Landon ladeó la cabeza, no quería que le vieran sus labios arrugados. Andrew siguió sudando y viendo otros ojos, pero habló:

—Creo que era de esperar. Al parecer quiere enviarnos un mensaje — detalló Andrew ahora con las manos en los bolsillos.

—O quizá sea una mente enferma —masculló Landon dándose la vuelta—. Yo creo que ese asesino está mal de la azotea.

—No todas las personas con algún trastorno mental son peligrosas —acució Andrew.

—Pero si la mayoría. ¿No lo estás viendo con tus propios ojos? ¡Los asesinos en serie son patológicos! —Landon había levantado el tono de la voz hasta formar lo que más se parecía a un aullido de un lobo llorando en la colina repleta de nieve.

—Ahora viene lo mejor —asintió Herbest con serenidad. Sabía lo que se encontraría. Lo supo desde un primer momento y para ello no hacía falta tener un don especial, si no ver las autopsias anteriores.

—Eso ya lo sé —rezongó Landon llevándose la mano a la boca para tapársela parcialmente.

—Y a todo esto —intervino Andrew mirando a los ojos de Herbest—. ¿Por qué ha metido su nariz en la cuenca de esta pobre mujer?

—Para confirmar lo que me esperaba —explicó Herbest.

—¿Y qué has confirmado?

—Perfume. El perfume que les introduce en las cuencas. ¿Acaso no tiene olfato?

Andrew arrugó la frente.

—Con tanto olor a podrido es difícil distinguir los olores —explicó Andrew mientras sus ojos buscaban las camillas agolpadas en la gran sala de autopsias. Eran tétricas.

Herbest sonrió levemente, casi un asomo de ello.

—Bueno, uno se acostumbra a ello...

—¡Y la peste a alcohol o sabe Dios qué más! —exclamó Landon sin retirar la mano de su boca. Sus palabras habían sonado como un tubo de escape rugiendo dentro de una lata vacía.

—Buena parte de ello es formol —dijo Herbest.

—También llamado Formaldehído —añadió Andrew mirando a Landon con sus pequeños ojos.

—Que interesante —se mofó Landon—. ¿A qué hemos venido? ¿A guasearnos de todo?

—También se puede percibir el olor de las heces. Muchas veces cuando un ser orgánico estira la pata se deja caer por el ano —explicó Herbest con una sonrisa sutil.

—¿Pero no lavan los cadáveres?

—Eso es después de la autopsia —le contestó a Landon. Herbest se separó ligeramente de la camilla fría un brillante y sus dedos atraparon un bisturí de una bandeja que tenía sobre un soporte. El tintineo del metal fue lo más parecido al romperse un cristal.

Andrew cerró sus labios como una fina cremallera y sus ojos estaban puestos en el rostro de Hannah que cada vez estaba más pálida bajo ese maquillaje. Lo podía ver a pesar de todo.

—¿Esto es un trabajo de investigación seria? —rezongó Andrew—. Estoy tan interesado en encontrar una puñetera pista como vosotros, y os estáis tomando la autopsia como un juego de chiquillos.

Landon señaló a Herbest.

Todo era muy confuso.

Ridículo.

—Voy a olvidar toda esta cháchara y voy a proceder a la autopsia —explicó Herbest mientras la hoja del bisturí brillaba justo al lado de la nuez de Hannah; en el punto donde se hace una traqueotomía.

Y cuando el bisturí se hundió con suavidad en el cuello blancuzco, brotó una fina línea de sangre oscura que recorrió el cuello hasta la brillante cara de la mesa, en un momento en el que Andrew percibió otra vez, nueva información, en un punzante dolor de cabeza que supo disimular.

El Ford Mustang estaba abandonado en Long Sands; eso ya lo sabía, pero ahora percibía una nueva información. Era música. Estaba a bastante volumen en un principio no la reconoció, pero después sí. Se trataba de In The Army

Now de Status Quo.

Y la letra seguía con el estribillo más popular de los años ochenta. La batería del Ford Mustang se estaba agotando y los faros, así como los cuatro intermitentes, estaban encendidos. Barriendo la oscuridad de lo que precede al amanecer. Un vecino sacó su enorme cabeza por la ventana y soltó una serie de improperios con el puño en alto.

Era todo lo que veía y entonces se preguntó:

¿Por qué demonios actuaba siempre de la misma manera? ¿Por qué los coches? ¿Qué sentido tenía? ¿Iba a decírselo ahora a Landon? Y recordó que ya lo había dicho y que él se había puesto casi furioso. Y... se había reído en su cara.

Un coche patrulla con todas las luces encendidas; reflejando extrañas formas en las fachadas de los edificios y en el asfalto se detuvo al lado del Ford Mustang. La empecina luz azul oscilante dibujaba sombras azules sobre el color naranja del Ford, haciendo que ello fuera un tiovivo o un Pub de putas baratas, en hora punta. Una de las portezuelas se abrió de repente y del hueco salió un agente con una camisa azul oscura y en manga corta.

Eso era todo lo que había recibido esta vez.

La Visión Remota le había funcionado una vez más, pero ya estaba harto de ver siempre lo mismo. Andrew gruñó para adentro, mientras el cuello de Hannah estaba abierto en canal y en la laringe abierta estaban aquellos ojos verdes que debieron ser preciosos un día.

Ahora eran horribles y Landon se dio la vuelta.

El reloj que había colgado de la pared, que era digital, se inclinaba a marcar las tres de la mañana.

—Me lo esperaba —dijo Herbst—. ¿Tenéis alguna idea de por qué el asesino pone siempre los ojos de sus víctimas en la garganta?

Era como si hubiera preguntado a la pared.

En alguna parte de la orilla del lago CastleHillPaint, el segundo lago más grande del condado, y con un extraño nombre del que todos pensaban que no se habían roto demasiado los cuernos para pensárselo dos veces; unas manos limpias pero si adjetivos, dejaron de forma suave el cuerpo caliente de una mujer con el cabello azul, sobre la fresca hierva que empezaba a recibir el alba de un nuevo día hermoso para algunos y jodido para otros.

Unos instantes después, arrastrados por la suave brisa mañanera, una lluvia de pétalos caía de forma suave sobre el cuerpo desnudo de aquella desdichada. Bocarriba y con los ojos cerrados, perfectamente maquillada y con los brazos descansando sobre el suelo como si estuviera realmente relajada, se podría decir que era ya la cuarta víctima de una mente enferma que rozaba la obcecación y el perfeccionismo en sus actos.

Una hora después Bob Henderson, también conocido como «Bob Esponja» porque succionaba, que no bebía, el whisky escocés a todo trapo hasta colocarse con los ojos más inyectados en sangre del mundo, tropezó con el cuerpo de la mujer y cayó de bruces al agua, despertando de una gran borrachera que lo había llevado hasta allí, caminando durante casi medianoche.

El lago estaba a once kilómetros del centro de CastleLakeHill.

Y la mujer que se llamaba Emily Butler, estaba a sus pies encharcados.

Las bolsas de papel atrapaban las manos y el perineo (piso de la pelvis) para no perder ni un ápice de posibles restos de ADN. Cabía la posibilidad de encontrar algo debajo de las uñas para determinar si se había defendido o no, antes de morir. Y en cuanto a la zona perineal; se trataba de buscar de restos de semen o saliva, por si la víctima hubiera sido violada.

Herbest había empezado la autopsia casi por el final. Primero debería haberse decantado por una revisión ocular, pero el listillo ya sabía lo que se

iba a encontrar y por ello descartó esa posibilidad. Sin embargo, ahora debería proceder al protocolo de actuación de una autopsia común.

Landon, con el puño cerrado delante de su boca estaba mirando de soslayo el cuerpo desnudo de Hannah y evitaba ver los ojos que habían sido depositados en un recipiente metálico en la mesa brillante como el acero, más cercana a la camilla. Andrew con las manos cruzadas atrás, como si estuviera sujetándose la zona de los riñones miraba enfrascado las manos de Herbest como cogía una y otra herramienta en cada paso de la autopsia. No daba ascos a nada y solo anhelaba encontrar una pista. Una sola jodida pista, bueno, también había que decir, que había dos pistas claras; el cabello azul y lo del tema de los ojos, pero quería saber algo más.

—Generalmente no empiezo así, pero os voy a explicar todo el proceso — anunció Herbest con una ridícula sonrisa en sus labios—. Ahora empezaré por la cabeza, lo que se conoce como tiempo craneal. Y luego, con el tiempo toracoabdominal. Durante este proceso buscaré lesiones y hematomas internos. El siguiente paso será sacarle la calota craneana, y examinaré el cerebro. Es decir, voy a partirle el cráneo en dos. Cuando acabe, procederé al examen interno que se conoce como hacer un pool de vísceras, que luego servirá para un análisis toxicológico y de anatomía patológica, para ver si hay lesiones o cualquier enfermedad. —Herbest acentuó esta última frase mirándole a los ojos y prosiguió—. Este pool son muestras de cada órgano. Así, sabré si tomaba algún tipo de estupefacientes o alcohol. También tomaré una muestra de sangre, para el análisis toxicológico e inmunohematológico. Por otra parte, tomaré una muestra de orina, pinchando la vejiga. También sacaré una muestra de humor vítreo y muestras de contenido gástrico. Así la muestra de humor vítreo nos puede servir para estimar el tiempo de la muerte de la víctima y para detectar la presencia de drogas u otras sustancias anormales en el organismo, como ya he dicho anteriormente. Por último, haré el fichaje, es decir, la toma de huellas para luego ingresarlas a AFIS, es decir, sistema automatizado de búsquedas de huellas dactilares. Este sistema contiene las huellas dactilares provenientes de diferentes bases de datos. Puede ayudarme para llevar a cabo la identificación de la persona. Una vez que finalice con todo el proceso, cerraré el cadáver y lo limpiaré para prepararla para poder entregárselo a la familia. —Al terminar, hasta el propio Herbest se había quedado impresionado de su perorata que había surgido como una diarrea

mental.

Landon tenía los mofletes hinchados como dos globos y dentro de su boca había regurgitado algo muy ácido. Se sentía mareado. Hablando con los dientes cerrados para que no se le escaparan los tropezones, es decir, el vómito, articuló algo:

—Voy a vo... mitar...

—Ahí tiene el lavabo. —Señaló Herbest manteniendo esa fea sonrisa en su rostro casi tan blanco como la nieve.

Andrew hizo una mueca con la boca. Su frente se arrugó como una sábana y se sacó las manos de los bolsillos.

—Lo que más me ha gustado de todo, es eso que ha dicho de que le analizará las huellas dactilares para saber de quién se trata y lo del tiempo de su muerte. ¿Acaso nos toma por idiotas? ¡Es Hannah Ackerman! Desaparecida hace ahora cuatro años y con un rigor mortis de muy, pero que muy pocas horas. —De la boca de Andrew brotaba motitas de saliva que se esparcían por el aire como copos de nieve, llegando incluso a aterrizar sobre los pechos de la víctima—. Ahora dirás que hay ADN mío en este... —Se quedó en silencio un instante con el dedo titubeando en el aire y añadió—. Pobre cuerpo.

Landon no llegó a abrir la puerta del baño y de su boca brotó toda una suerte de líquidos marrón y viscoso al final. Su cara se había puesto pálida y sentía como se le dormían los dedos de los pies y de las manos. En esos momentos sintió que el aire le estaba aplastando como si de una gran masa de hormigón se tratara.

—¡Qué asco! —exclamó Herbest arrugando los labios, mientras de su boca no hubo respuesta para Andrew.

Andrew estrechó sus labios como una delicada cremallera cerrada y ajustada. Y para joder a Landon un poco más, dijo:

—El Ford Mustang de esta pobre desgraciada está en Long Sands, con la música a tope. Un vecino ha llamado a la policía y se han encontrado con las identificaciones de ella, ya sabe, la documentación. El coche había sido abandonado hacia pocas horas. Me lo han soplado por teléfono mientras venía aquí con el culo en el asiento de mi coche, escociéndome vivo.

Landon levantó la cabeza de su cuerpo encorvado y con una baba espesa en sus labios, como los que chorrean de un perro rabioso, dijo:

—¿Ya estás otra vez con esas gilipolleces? —Sus ojos estaban casi blancuzcos como los de un loco sedado o quizá, pensando en hacer alguna de las tuyas. Parecía siniestro y escupió baba que se quedó pegada en el suelo—. A mí nadie me ha dicho nada al respecto y créeme, ¿por qué deberían decírtelo a ti primero?

Herbest los estaba mirando a los dos con ojos inquietos.

Andrew se volvió hacia el cuerpo de Hannah y lo miró fijamente mientras le aguardaban nuevas imágenes en el interior de su mente. Ella yacía dormida, con los ojos cerrados. Seguía sin reconocerla. Y eso era muy extraño. Los nervios lo delataban. Ya no era cosa de un futuro, sino de un presente y se quedó realmente tenso al pensar en aquello. ¿Iba a decirle esto a Landon ahora? Los pechos de Hannah estaban poniéndose amoratados y más tiesos que dos manzanas. Estuvo divagando entre sus pechos y la imagen del nuevo rostro que recibía con sosegada quietud los primeros rayos del sol y vio a un hombre temblando como una hoja en medio de una tormenta. Sus ojos parecían los de un sapo. Entonces, tras un interminable lapsus de tiempo, que pareció ominoso y con los ojos de Herbest esperando en sus cuencas hundidas, mientras oteaba los rostros de ambos, Andrew pareció volver en sí y se giró hacia Landon que estaba todavía encorvado; con una mano apretándose la barriga.

—No lo sé Landon. Ya sabes que he sido parte de esa comisaria durante mucho tiempo y a lo mejor descubrieron mi número de teléfono. En realidad no deberías preocuparte porque seguro que tus hombres ya lo saben. Mira el lado positivo. Ya tenemos otra pista. Aunque desconcertante, pero tenemos otra cosa que mirar, bueno, quería decir, investigar. Sería bueno que nos centrásemos en ello. Es vital descubrir cualquier huella que no sea del mal nacido de Parker. —Se detuvo un momento para recoger toda aquella porquería de aire apestoso de la sala de autopsias y como si ya tuviera suficiente aire en sus pulmones, añadió—. A veces digo cosas extrañas, pero es porque este caso me tiene realmente intrigado y me despistan todos los detalles. ¿Tú no piensas lo mismo?

—Bueno, sí. En parte tienes razón. No sabemos nada del asesino ni por

qué actúa así —reconoció un Landon que ya estaba erguido y con el dorso de su mano restregándose la boca. Ahora estaba para que le dieran un beso en la mano. La baba espumosa chorreaba entre sus dedos.

—¿Qué es esto? ¿Una riña de niños? —Herbest era todo sonrisa y nadie sabía por qué se había tomado tanta libertad para decir eso.

Entonces Andrew se volvió de nuevo hacia el cuerpo de Hannah y vio algo.

Una uña pegada en la bolsa que había quedado atrapada en la mano de la difunta.

—¿Esa uña es de ella? —Señaló Andrew arrugando su sudorosa frente.

Herbest había despertado de la estupidez y se fijó inmediatamente en esa uña.

—Voy a comprobarlo —dijo.

Y mientras Landon y Andrew regresaban a casa, Herbest había descubierto que no se trataba de una uña de la víctima, sino del asesino.

Presunto.

—Han llamado a casa y tras insistir tanto tuve que descolgar el teléfono —explicó Clarice con los ojos consternados. No sabía cómo decírselo. En ellos, se veía el rostro del miedo y empezaron a humedecerse.

—¿Quién ha llamado? —Andrew había hecho el amago de quitarse la gabardina, sin embargo, no lo hizo. Tenía la espalda chorreando de sudor y su Ford había escupido un trueno por el tubo de escape acompañado de una nube de humo azul, un solo minuto antes.

—No recuerdo si dijo que era Luke o Lukas. No lo sé. Estoy nerviosa. —Sus manos parecían aspas de viento y estaba empezando a ponerse un poco histérica, pero de un repentino ataque de ansiedad.

Andrew la rodeó con sus rechonchos brazos y Clarice pudo oler el sudor agrio, aunque no arrugó la nariz. Al menos se sentía protegida. Era como si le recordase a su propio padre o quizá a su abuelo.

—Se trata de Luke, uno de los gorilas del sheriff —le susurró al oído a Clarice—. Es un gracioso de narices. —Cuando dijo esta última frase Andrew se había dado cuenta de que había soltado una chorrada que no venía a cuento. Solo bastaba con decir; sí, es Luke, uno de los agentes de policía—. ¿Para qué había llamado?

—Han encontrado otra mujer —dijo con la voz temblorosa Clarice y a pesar del olor a agrio se abrazó con fuerza al enorme cuerpo de Andrew— Sé, que está aquí. Sé que la siguiente seré yo... —gimoteó con una primera lágrima rozándole la mejilla.

—No pienses eso. Yo estoy aquí para protegerte.

—He pasado casi toda la noche sola y he tenido mucho miedo después de esa llamada... —Ahora Clarice estaba sollozando y un moco pendía de uno de los orificios de la nariz.

—Aquí estás a salvo. Tengo que dejarte un poco más de tiempo sola, pero no te pasará nada.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Lo sé y ya está.

Clarice le llenó de mocos la solapa de la gabardina.

Era ya viernes.

Landon estaba allí. Kevin aunque lamiéndole el culo a su jefe, también. Y estaba Luke y los demás. Las luces azules contrastaban con el cielo azul de esa maravillosa mañana cuyos rayos del sol habían maquillado de nuevo el rostro dormido de aquella pobre mujer y por qué no, habían puesto rostro a Bob Henderson. Landon estaba realizándole una serie de preguntas y llevaba en la

mano un papel de folio con las fotografías impresas de las siete mujeres del caso reabierto. La había reconocido. Una de ellas, la que ocupaba la parte inferior derecha del papel impreso, pertenecía a la última sonrisa de Emily Butler que se había conocido. Mientras que las pobres desgraciadas aparecían en el orden en que habían desaparecido, en ese pedazo de papel no cumplía esa premisa. Estaban desordenadas. Andrew las tenía en orden. En eso era muy meticuloso.

—¿Has visto a alguien? —Landon ocultaba sus oscuros ojos tras unas gafas aún más oscuras y resbalaba entre sus dientes, una vez más, y era incansable, un palillo. Ese tipo debía estar fumándose un cigarrillo tras otro y encharcándose sus pulmones de mierda, a no ser por los jodidos palillos.

—No. Estaba caminando y de repente, tropecé con ella. ¡Me caí al agua!
—Bob esponja enseñó sus manos ya secas, creyendo que todavía las tenía mojadas.

—¿No escuchó ningún ruido? ¿Un ruido de un coche?

—No. Todo estaba en silencio.

—¿La ha tocado?

—Nooo. Eso no señor sheriff. Está tal cual apareció.

Landon enarcó una ceja. No le creía.

Luke a sus espaldas sonrió despectivamente. Estaba pensando en todos los atributos puestos a la naturaleza, de una mujer desnuda. Una gran tentación, obscena, en todo caso.

Siguieron las preguntas y la resaca apareció reflejada en el rostro de Bob. El resto, era como hacer un copy paste. Ella estaba cubierta de pétalos, maquillada, el pelo azul extendido como una ofrenda.

No había nada nuevo y resultaba ya casi monótono.

Todo el asunto escapaba de la mente febril de Landon y mientras tanto, Andrew había tachado la fotografía de Emily y estaba de camino al escenario del crimen.

El sol siguió rotando sobre un cielo azul muy, pero que muy bello.

—¿Dónde está Emily? —preguntó Zoe con los ojos abiertos de manera desmesurada. Un rictus se dibujó en sus labios. Estaban temblando como dos salchichas.

—Está cerca de vosotras. En su sitio —respondió la mente enferma, mientras dejaba una de las bandejas que contenía el desayuno como cada día. Un vaso de leche, un poco de zumo para que no se cortase la digestión con la leche y unos bollitos de crema. No había huevos revueltos ni beicon.

Audrey se agarró a la sábana apretándola contra su pecho y dijo:

—No solo falta Emily. También faltan Hannah, Madelyne y Ava. ¿Todas están en el mismo lugar?

—Sí. Están las cuatro juntas. Son muy felices. —La mente enferma que había dejado la bandeja en una de las mesillas cercana a Zoe, añadió—. Vosotras os uniréis pronto a ellas.

—¿Eso quiere decir que están en otra habitación? —Le preguntó Kilye con una boca muy abierta.

—Claro, queridas hijas mías —susurró la mente enferma mientras se daba la vuelta para ir a buscar otra de las bandejas.

El sonido de la canción «Life In Mono» se escurrió por el hueco de la puerta oxidada como un manantial de agua zozobrando. La canción resultaba pesada y pegajosa. Durante los cuatro años de cautiverio siempre había sonado la misma canción. Y la mente enferma se excitaba con ella todavía. Eso le hizo pensar un poco más de la cuenta a Audrey y preguntó:

—¿No te asquea ya esa música?

La mente enferma ladeó su cara y sus ojos buscaron el rostro de Audrey con una sonrisa en sus labios. Y una mirada lunática y perversa. Quería ser amable, pero al final transmitía inseguridad y espanto.

—Es la mejor canción del mundo. Nunca me cansaré de escucharla —

explicó con su particular brillo de sus ojos, que reflejaron el verde profundo aun debajo de la penosa luz amarillenta de una única bombilla que colgaba del techo como un ahorcado.

Y cuando salió de la habitación tras chirriar la puerta antes de cerrarse de un golpe, unos segundos más tarde, Audrey, Zoe y Kilye se quedaron estupefactas al comprobar que había subido el volumen de la música, convirtiendo las húmedas paredes en cartones doblados por el paso del tiempo, que hacía las veces de la bobina de un altavoz gigante.

Era insidioso escuchar aquello.

Zoe Green fue la siguiente.

84

—¿Tenemos una idea clara de lo que está sucediendo? —Preguntó Andrew con su voz socarrona, pero su semblante estaba serio.

Landon, que estaba de espaldas a él y con los brazos en jarra, dio un saltito sobre la hierba. Sus gafas de sol se movieron sobre el trayecto de su nariz y el corazón le bombeó de súbito como si allí dentro estuvieran dando martillazos. Era como si de debajo sus pies se hubieran soltado dos muelles que lo habían impulsado hacia arriba. Se volvió dando un giro de 180 grados y los opacos cristales de sus gafas buscaron el reflejo del rostro hinchado de Andrew.

—¿Siempre asustas a la gente?

—Solo te he preguntado si tenías alguna idea de lo que está sucediendo...

—¡Ya! Pero resulta que estaba enfrascado en mis pensamientos, precisamente pensando en ello y tu voz ha sonado como un trueno en mi cogote —le cortó Landon dejando caer sus brazos a ambos lados del cuerpo. El corazón ya había vuelto a latir con normalidad.

Uno de los agentes había dejado escapar una risilla, pero afortunadamente Landon no lo escuchó. Andrew incluso le había puesto cara al gracioso de turno.

—¿Has comprobado lo del vehículo de Hannah? —Andrew le hizo una segunda pregunta.

Landon, que estaba sudando bajo el implacable sol de esa mañana, por cierto, de una primavera muy cálida y ausente de lluvias, agachó levemente la cabeza, como si estuviera cabizbajo y de su boca se escapó un resoplido que habría sonado a un eructo si se hubiera esforzado un poco más.

—Sí. Sé lo del jodido coche de Hannah. Y ahora están sacándole punta en busca de alguna huella. De momento solo están las de ella y su entorno familiar. Nada nuevo. Estoy empezando a cansarme de esto. Está claro que no somos la pareja de FBI de los expedientes X. —Landon quiso reír, pero el intento se quedó en una mueca horrible.

—¿Has abierto sus ojos?

—¿Para qué? Todo apunta a que me encontraré con lo mismo otra vez.

—Sí, claro. —murmuró Andrew mientras sus dedos jugueteaban dentro de los bolsillos de la gabardina, en busca de nada.

—Por cierto. Me han dicho que esa chica que fue atacada por el presunto asesino está hospedada en tu jardín, ¿es eso verdad?

Andrew asintió con la cabeza y su calva brilló como una lámpara bajo los dedos del sol.

—Sí. ¿Hay algo malo en ello?

—Nooo —se apresuró a contestar Landon ahora rascándose la nuca. El sombrero de fieltro se hizo a un lado, como un viejo pistolero del antiguo oeste—. Solo había pensado que quizá te podría haber revelado algo más. Algún insignificante detalle.

—Ella está asustada y pronto se irá a California o más lejos todavía.

—Claro. Ya no pinta nada en este asunto. —Landon miró al cielo azul de esa mañana, mientras a sus espaldas yacía el cuerpo de Emily.

Sobre el cuerpo de ella, seguía el trasiego de los agentes reuniendo pruebas o mejor dicho, haciendo el idiota, porque el escenario siempre era el mismo y todo cuanto sabían, era cuanto podían descubrir.

—Me parece que esto se nos está escapando de las manos. Cada vez aparecen con más frecuencia. Y van en orden cronológico según sus desapariciones —explicó Andrew acercándose más a Landon mientras las suelas de sus zapatos rechinaban en la tierra del camino antes de llegar a la hierba que había brotado casi en la misma orilla. ¿Había dicho algo que no supieran ya?

—He de admitirlo. —Se resignó Landon. Toda esa chulería que mantenía desde un principio parecía habérselo tragado el agujero de un retrete.

—¿Sabes algo de esa uña encontrada en la víctima de Hannah?

—Es una uña de porcelana. Está siendo analizada, pero por el momento no parece que esa uña pueda hablar tampoco. —Después de esto, se olvidaron de la dichosa uña.

Andrew apretó los dientes y se mordió la lengua. Al instante saboreó algo dulce y se lo tragó junto a la saliva. Sus cejas se enarcaron y su frente se arrugó como un papel hecho una bola.

—¡Joder! —rezongó—. ¿Y por qué narices siempre llevan el pelo tintado de azul? —Señaló a la cabellera de Emily que estaba como las de las otras mujeres.

Landon se encogió de hombros mientras Kevin le miraba de soslayo.

—¿Será un fetiche? —Sus ojos brillaron tras las gafas oscuras de sol.

—Sí, seguro que sí. En poco más de dos días han aparecido cuatro de las siete desaparecidas o raptadas o lo que Dios quiera que sea. Todas con el jodido pelo azul, los ojos en la garganta, maquilladas como si fueran a una tumba faraónica y los jodidos coches abandonados a mil millas de aquí. No entiendo nada. —Andrew había ladrado como un perro rabioso.

—Hay algo que me inquieta —dijo Landon mientras miraba ahora al suelo.

—¿Que el asesino esté jugando con nosotros?

—Eso y que las otras tres mujeres corran la misma suerte.

—Creo que acabas de pulsar el botón del cronómetro Landon. —La voz de Andrew se tornó más ronca y cerró los ojos un instante por qué los rayos del sol le encandilaban ahora. Se puso el borde de su mano sobre sus pobladas

cejas. Y en ese mismo momento vio algo más.

Otro rostro.

No era solo el de Bob esponja, sino otra mujer más. Y la reconoció; era Zoe. Se había memorizado todos sus nombres y el orden cronológico.

—¿Te pasa algo Andrew?

—No. Solo que pienso que vamos contrarreloj —respondió con voz trémula—. Estamos jodidos.

—El que se jodió bien, fue Parker —le recordó Landon.

Andrew, meneó la cabeza y buscó algo más de sombra.

—Hemos enviado al infierno a alguien inocente —dijo por decenas de veces.

Y el sol y las pocas nubes que parecían unas pinceladas blancas en un cielo azul, hicieron su recorrido esa mañana, hasta ser testigos de otro cabello azul.

El jodido cronómetro daba saltos o zancadas en sus manecillas.

Ella estaba sentada en el sofá con un vaso de leche fría en la mano. Sus ojos verdosos, estaban inquietos buscando el rostro de Andrew que se paseaba como un lunático delante de ella. Era enorme y pesado, pero todavía podía caminar. A punto de jubilarse, que no lo haría nunca hasta que Dios le llamara desde alguna parte, sus pies le dejaban conducir o ir al retrete a plantar un pino. Aunque ya no eran los mismos que plantaba en su juventud. Parecía que toda la mierda se acumulase en la tripa saturada con la vejez.

—Ha aparecido otra mujer. Sigue el mismo patrón y lo más jodido de todo, es que nadie tiene ni puñetera idea de quién puede estar detrás de todo esto. —Andrew se detuvo un momento delante de Clarice y mientras levantaba la mano derecha con la palma mirando al suelo añadió—. Perdona. No debería contarte estas cosas ya que puedes recaer una crisis nerviosa teniendo

en cuenta que estuviste cara a cara con él...

—¡Pero contigo me siento segura! —le cortó Clarice con un bigote blanco dibujado sobre su labio superior.

Andrew le hizo una señal.

Clarice se pasó el dedo pulgar por ese extraño bigote y lo borró de su rostro.

—Bueno, eso es verdad —respondió Andrew a una pregunta no formulada.

—Además, creo que habrá más por aparecer —dijo ella con la mirada casi llorosa.

Andrew se quedó de piedra, solo por un momento. Instantes después sus pulmones se llenaban de nuevo de aire, pegajoso, pero al fin y al cabo oxígeno.

—¿Por qué dices eso?

Clarice cerró los ojos y dijo:

—He tenido mucho tiempo libre aquí sola. Y he estado viendo todas esas fotografías que tienes en la pared como quien mira de forma permanente una araña en el techo. Después de todo lo que está sucediendo ya me he hecho una idea de lo que podría pasar. Que el asesino entregue los cuerpos de esas pobres mujeres. He pensado incluso que la siguiente después de la última fotografía, voy a ser yo. —Los dedos de su mano derecha se habían enredado en la suave tela de su vestido rosa, ese día, y Andrew pudo verle el canalillo de los pechos.

—Tengo varias razones que el asesino no va a ir a por ti Clarice —afirmó un contundente Andrew.

—¿Por qué lo sabes?

—El asesino ha activado una carrera contrarreloj solo para su víctimas secuestradas. Hay algo raro en él. Creo yo que ha estado cuidando muy bien a esas pobres mujeres y las presenta, que no abandona, como verdaderas obras de arte. Debe ser un obcecado por la belleza. Pero me desconcierta lo de los ojos.

—He leído casos en novelas mucho más crueles y espantosos, que se han inspirado en asesinos en serie —explicó Clarice antes de sorber un poco más de leche, con el vaso temblando en su mano derecha—. La mente humana es infinita y no se conoce nada de ella.

Andrew pensó; si tú supieras lo que hago yo, te irías de aquí corriendo ahora mismo o sencillamente llamarías a Grayson, mi Psiquiatra. Y entonces se acordó de él. De su cita. De su nuevo incumplimiento y de lo extraño que le resultaba que no le hubiera llamado de nuevo tocándole las narices. Así que pensó que podría no haber escuchado la llamada. La insidiosa atmosfera en la que estaba viviendo las últimas horas le ahogaba como si unos grandes dedos le oprimieran el cuello.

Sus llamadas le hostigaban.

—Sí. Yo también he visto casos muy raros, créeme —dijo Andrew volviendo a la realidad—. ¿Qué te parece si vamos a mi despacho? ¿Has cerrado bien tu caravana?

—Sí. Está bien.

Clarice dejó el vaso a medio acabar sobre la mesita polvorienta que había frente al sofá y se puso en pie casi tan repentinamente que a Andrew le pareció verla volar de un salto.

Ambos caminaron juntos a través del largo pasillo que les conducía al desordenado despacho, lúgubre y lleno de inquietantes fotografías y archivos, medio abiertos. Cada una de aquellos papeles memorizaba un terror, un espanto y Andrew había tenido que lidiar con ellas durante toda su extensa vida como detective.

Cuando se acercó a la pared, levantó la mano y con el dedo índice más rechoncho que nunca señaló la fotografía.

—¿Ves esa fotografía? —preguntó Andrew mientras se preparaba para revelar algo que nadie lo sabía.

—¿La de la derecha del hombre?

—No. La que le sigue a la que está tachada.

Clarice se acercó más a la pared y arrugó los párpados como si eso le

permitiese ver mejor.

—¿Esta? —Su dedo que acababa en una uña larga, pintada de rosa, marcó la casi arrugada superficie de una fotografía en donde una mujer pelirroja sonreía a la cámara que siempre estuvo ahí, presente.

—Es Zoe Green. Y acabo de verla.

Clarice al principio no que no había escuchado muy bien la última palabra no hizo gesto alguno, pero con el paso de los segundos su expresión de asombro se reveló como un fuerte acné, en todo su rostro. Tenía la boca y los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que dice que acabas de verla? ¿A qué te refieres?

—Tengo un truco muy bueno para verlas —explicó Andrew no muy seguro de lo que estaba haciendo. Se sentó en su silla y esta crujió bajo su culo aplastado.

Clarice empezó a sonreír presa de la incertidumbre y lo rayado. Estaba confusa.

—¿Eso quiere decir que es probable que el asesino se haya ido de aquí? —inquirió Clarice mostrando un asomo de esperanza.

—No. Solo quiero decir que se ha caído todo. Demasiado.

Clarice aguardó un momento antes de contestar y cuando lo hizo, pregunto:

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo está ella?

—Muerta. —Esa fea palabra que todos escuchamos cada día fue como un jarro de agua fría para Clarice, mientras que Andrew mostraba su semblante serio, a pesar de que procuraba mantener las buenas costumbres con Clarice y mucha comprensión hacia ella.

—¿La has visto esta mañana muerta?

—Esta mañana era Emily. Zoe aparecerá dentro de una hora o quizá dos, quién sabe.

Clarice no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—No sé por qué te asombras demasiado si al llegar te he dicho que había

aparecido otra mujer muerta.

—Pues porque me has dicho precisamente, que había aparecido, no que va a aparecer.

—¡Ah! es verdad. Tengo que explicarte algo. —La voz de Andrew se puso tensa y sonó más grave que nunca, pero no dejaba de pasar de un murmullo en toda regla a pesar de ello. Inevitablemente, era así.

—Sí. Vale. Ya te dije que tuve tiempo para pensar y te dije que aparecerían todas —le recordó Clarice ahora con los ojos entornados. La sangre corría por sus venas como la adrenalina en un salto desde un avión sin paracaídas—. Pero, ahora que caigo, ¿me has dicho que acabas de verla muerta?

Andrew asintió con la cabeza.

—¿Te parece todo una locura verdad? Has conocido al viejo más raro del mundo. Y te has metido en un buen lio. Así que será mejor que te marches cuanto antes de aquí. No quisiera que todo esto te afectase sobremanera.

—¿Qué es peor que ser atacada por el asesino de esas pobres mujeres?

—En verdad tienes razón.

Entonces Andrew advirtió que la persiana estaba medio subida y que el sol entraba a raudales, como lenguas de lava incandescente, que se arrastraba por el suelo, ahora, luminoso.

—Eso significa que me quedaré aquí hasta el final. Quiero ver como acaba toda esta pesadilla.

Andrew empujó la silla hacia atrás con la punta de sus zapatos y apoyándose en el reposa brazos, se irguió quejumbroso. Estaba nervioso, nada apropiado para él. Arrastró los pies hasta donde estaba Clarice y de un armario de cajones cogió un rotulador rojo que había utilizado en las horas precedentes. Iba a tachar la fotografía de Zoe. Cuando lo hizo, delante de la mirada atenta de Clarice, las líneas cruzadas aparecieron sesgadas, como si fueran las marcas de un zarpazo. Emily estaba tachada también. Eso ya lo había hecho en su debido tiempo. Alzó la mirada hacia el reloj de pared y vio con sorpresa que era casi el mediodía.

Y entonces le sobrevino el lacerante dolor en la cabeza. Se llevó las manos a la misma y trató de sujetársela como si de repente, esta se fuera a caer como una pelota. Clarice extendió su mano y se la puso sobre el hombro.

—¿Que te sucede Andrew? —preguntó con voz melosa. Sus ojos no paraban de recibir sorpresas.

—Tengo que contarte cosas —dijo Andrew con la frente arrugada. Se había encorvado como un anciano que ha perdido la elasticidad de su espalda por el paso del tiempo.

—Pero primero siéntate Andrew. Podrías caerte.

Lo acompañó de nuevo a la silla que le esperaba como una boca hambrienta. Su culo se aplastó de nuevo en un golpe amortiguado por el suave acolchado del asiento.

Andrew jadeó como un perro cansado y sin sacar la lengua por el lado de la comisura, empezó a explicarle todo.

—Tengo el don de la Precognición y puedo ver acontecimientos futuros. De modo que he visto todas y cada una de estas pobres mujeres antes de que sonara el teléfono para que me informasen de su hallazgo. Pero no puedo ver al asesino. Es un don que heredé de mi madre. También he puesto empeño en practicarlo. —Andrew empezó a sonreír. Clarice era tenía los ojos como platos, de lo sorprendida que estaba, pero seguía escuchando atentamente—. Y además puedo ver cosas en la distancia en tiempo real. Se le conoce como Visión Remota. Es lo que me produce este jodido dolor de cabeza. Bueno, eso no te lo había dicho. Lo de la cabeza. Me viene información por alguna vía un tanto extraña en la que puedo ver los coches abandonados de esas pobres desgraciadas. Y siempre me sucede lo mismo. El asesino quiere mandarme un aviso o simplemente está chalado. No sé desgranar toda esta historia que se hace monótona y ridícula. Siempre lo mismo. —Cuando Andrew acabó con su verborrea, respiró lento y oficiosamente durante casi medio minuto en la que Clarice le seguía mirando atenta, en cuclillas, delante de él, mientras le había cogido de una mano.

Después reinó un minuto de silencio ominoso.

Ninguno de los dos sonreía ni apartaban la vista.

Finalmente, Clarice dijo:

—Está bien. Suena muy raro, pero tengo una mente bastante abierta y te creo. Para mí no eres un bicho raro.

Andrew se quedó descolocado.

—El sheriff Landon me habría tratado de loco.

—Yo no soy el sheriff Landon ni Grayson, tu Psiquiatra.

—¿Qué has dicho? ¿Ese mal nacido ha llamado aquí?

Clarice meneó la cabeza en sentido de noyes, casi sonriendo.

—Tuve mucho tiempo y vi una de las citas apuntada en uno de esos papeles de la mesa. Que por cierto, podrías ser un poco más ordenado. — Ahora la sonrisa de Clarice mostraba sus blancos dientes perfectamente alineados. Y sus ojos verdes brillaron una vez más.

—Creo que no debí revelarte mi secreto —acució Andrew mientras el sudor le corría por la frente.

—Has hecho bien Andrew. Créeme.

Clarice apretó la mano de él con suavidad, proporcionándole calor y cariño.

Permanecieron un largo rato en silencio.

—¡No han pasado ni tres horas y me dices que en el lago de la cabaña de Tom ha aparecido otra mujer muerta! —exclamó Landon casi gritando. A pesar de tener la puerta de su despacho cerrada, su ayudante Kevin, escuchó aquel grito y se encogió de hombros asombrado.

Owen estaba al otro lado de la comunicación y le había explicado que en su paseo de rutina se había encontrado con un Tom totalmente ido de la cabeza, caminando en medio de la carretera que llevaba al lago. Asustado y con los ojos inyectados en sangre. Le había explicado que el hombre estaba temblando

de pies a la cabeza y que juraba por Dios que solo había salido a echar una meada cuando advirtió que el chorro estaba empapando el rostro de aquella mujer con el cabello azul. Había reconocido que se había emborrachado y algo más, pero que él era inocente.

—Todas aparecen en la orilla de alguno de los tres lagos, señor. Y a Tom le ha tocado tres veces —explicó Owen con su pausada y serena, como si estuviera susurrándole al odio.

—¿No es un poco sospechoso tres veces?

—Tom, no creo, que sea el asesino. Está siempre demasiado borracho para ello y además solo hay que verlo. No, no creo.

Pero las palabras de Owen no convencieron a un Landon que estaba ya casi furioso.

—Parece una carrera de fondo. ¡Tenemos que dar con el hijo de perra o aparecerán muertas todas antes de que termine el día! —gritó Landon mientras sus pies, que estaban sobre la mesa, se removían de los nervios.

¿Por qué lo sabía?

Conjeturas aparte, Owen siguió hablando pausadamente con su voz característica.

—Señor, no hay por dónde cogerlo. No hay pistas ni huellas. Ni creo que tenga sentido todo esto. Creo más bien que se trata de la obra de un psicópata. Y ya sabe lo que esas mentes pueden hacer por nada.

Landon colgó el teléfono. Sabía dónde estaba la quinta víctima. En el lago de Tom, como cariñosamente lo conocían. Pero pensó infortunadamente, que esta era la tercera vez que Tom estaba mezclado en todo este asunto.

Ahora iba a poner a toda la tropa en alerta.

Incluido Andrew.

—El coche de Emily está abandonado en Short Sands en York, Nueva Inglaterra. ¿Cómo le digo esto a Landon? —La cara de Andrew era todo un poema y el calor empezaba a oprimirle el cuello. Le costaba respirar.

—Se lo dices tal cual y ya está —respondió Clarice, que estaba de espaldas a él, con los brazos cruzados y la mirada perdida en las fotografías. Parecía interesarle el mundo de la investigación y a ser detective por un día.

—¿Así, sin más?

—Puedes mentirle —objetó ella sin darse la vuelta.

—Eso ya lo he hecho varias veces, no solo ahora, sino en otras ocasiones. Años atrás. —Se quedó en silencio, respirando pausadamente sentado en la silla y añadió—. No quiero que sepa nada sobre mí, bueno, sobre lo que te he revelado.

—Quizá te comprenda como yo.

Andrew soltó una carcajada que le hizo toser como un viejo raquíptico con un cáncer de pulmón.

—Landon es una cabezota. Se reiría delante de mis narices mostrándome toda su dentadura. Parece que lo estoy viendo. Es un capullo de narices.

—¿Y solo te preocupa eso? ¿No piensas por qué abandona todos los vehículos de las víctimas? ¿No piensas en por qué siempre usa su marca del cabello azul? —Clarice se había cuestionado esas preguntas poniéndose en la piel de un detective.

Andrew se quedó con la boca abierta.

¿Se estaba comportando como un niño?

Sus dudas le mareaban y la seguridad de Clarice le sorprendía.

Tom estaba apoyado sobre el capó del coche patrulla como si quisiera vomitar ahí mismo. Sus huesudas manos estaban abiertas como las zarpas o las

garras de una salamandra que te observa atentamente desde una pared vertical. Era como si Tom tuviera ventosas en las yemas de sus dedos. El sol calentaba más que el fuego de un bosque incendiado y el sudor caía a gotas sobre el capó produciendo un insignificante chapoteo, como las gotas de una llovizna, pero más espaciado.

Landon había horadado el camino exuberante de hierbas hasta la víctima y con el papel en la mano, la reconoció. Era Zoe Green y con una mueca engrosada vino a decir que: eso lo había visto ya demasiadas veces como para rellenar un informe. Que le valía copiar y pegar el contenido y bastaba con cambiar el nombre. De una cosa estaba seguro. Que faltaban dos mujeres más.

Y obviamente se las imaginaba igual. Con su cabello azul extendido como una lengua, maquilladas y con los párpados pegados. Era inútil pensar en algo nuevo. Todo era como un mal sueño. Siempre lo mismo. Tan repetitivo que le daba asco a estas alturas. ¿Para qué se iba a entretener en realizar una primera inspección ocular? Si ya sabía que los ojos estaban en su garganta.

Era el momento de llamar a Andrew.

Mientras en Augusta las manos de Herbest abrían la garganta de Emily.

89

—No damos ni una. Esto se ha precipitado. Son las siete mujeres que fueron secuestradas y ya sé que me voy a encontrar con dos cadáveres más, eso sí, perfectamente maquilladas y con ese ridículo cabello azul. Estamos en una contrarreloj de una mente espantosa. Yo diría que enferma. Es un psicópata que actúa sin sentido alguno. —Landon estaba hablando fuerte, casi exclamando o gritando, porque se había levantado una brisa que le acariciaba los oídos y producía un feo ruido en el micrófono del teléfono móvil. Los transceptores que portaban, habían quedado relegados para comunicaciones internas, pero él y sus hombres estaban dentro de cinco metros cuadrados.

—¡Vaya! No me había dado cuenta. —La voz de Andrew sonó jocosa ante la mirada verduzca de Clarice, que seguía apretándole la mano. ¿Tanto tiempo? Pues sí.

—¿Eh? —Landon se dio la vuelta y se quedó estupefacto ante la respuesta de Andrew. Ahora estaba de espaldas a la víctima número cinco—. Andrew no es momento para bromas. Esto se está poniendo muy feo...

—Míralo por el lado más malo. Que solo faltan dos y que probablemente no habrá más —le interrumpió Andrew sin saber por qué narices le había dicho eso. Tan interesado como Landon estaba él, en descubrir al asesino y llegar a salvar a las restantes mujeres, pero no habían avanzado ni un solo paso, ni siquiera, retrocedido. Todo estaba igual que al principio.

—Señor detective. —Landon hizo un alto para respirar profundamente y añadió—. Esto es muy serio. Muy serio.

Varios pétalos fueron arrastrados por un chorro de aire que viajaba a ras del suelo. Eran como mariposas revoloteando en el aire. Las había de todos los colores.

—Señor Landon —contestó Andrew con su voz más grave—. Tengo algo que decirle... —y se hizo el silencio, largo y ominoso solo roto por el inquebrantable sonido del viento acariciando el micrófono del teléfono móvil. Finalmente, habló—. Creo que sé dónde está su coche.

Landon se quitó las gafas y Andrew parecía estar viéndolo con los ojos muy abiertos y la boca en una O mayúscula perfecta.

—¿Ya está usted de nuevo con sus contactos secretos?

—Bueno, digámosle que sí.

—¡Pues dispare! —exclamó Landon sujetándose el sombrero de fieltro con la mano izquierda. Kevin que lo había escuchado se le había quedado mirando de reojo. Quería saber el muy cotilla.

—Me han informado donde está su coche abandonado. No está muy lejos de aquí. Creo que está en Seapoint Beach, en Kittery, Nueva Inglaterra...

—¿Y a eso le llama usted cerca?

—Bueno. Podría deducir que son dos personas. No lo sé. No me haga caso. Es una conjetura sin base, pero me tiene desconcertado lo de los vehículos. No sé qué sentido tiene que aparezcan ahora... ¡Y tan bien cuidados!

—En algo estamos de acuerdo al fin.

El reloj de Landon marcaba más allá de los límites de las doce del mediodía.

A ambos se le habían olvidado dar la orden de rebuscar en todas las huellas dactilares del dichoso vehículo. A decir verdad esperaban el mismo resultado. Landon no le preguntó nada más durante esa mañana.

90

—Clarice, tengo que irme. Quédate aquí encerrada a cal y canto. No creo que nadie venga a visitarme ni a regalarme un buen fajo de dólares, así que ya sabes. Ten a mano el cuchillo.

Clarice abrió los ojos de forma repentina impresionada. ¿Había mencionado un cuchillo?

—¿No es suficiente con tener todas las ventanas y la puerta cerrada? —Su corazón había empezado a acelerarse como el motor del Ford azul de Andrew. Como lo solía hacer habitualmente. Quejándose como una vieja y dando martillazos a un yunque en alguna parte.

Mientras el teléfono móvil de Andrew viajaba desde la oreja al bolsillo de la gabardina, añadió.

—Ha sido un desliz. Aquí estarás segura. Dudo mucho que el asesino esté interesado por ti. Ya te lo dije en otra ocasión. Además, creo que todo gira en torno a esas pobres desgraciadas. Lo tuyo fue una piedra en el camino.

Clarice empezó a respirar algo más tranquila. Y se escuchó un sonido similar al de una pelota desinflándose.

—¿Ha aparecido otra mujer verdad? —Los labios de Clarice estaban prietos.

—Sí. Y ya van cinco. —Andrew le tocó la cara con sus regordetes y fríos dedos y añadió—. Solo quedan dos. Esto es de locos. No han pasado ni setenta y dos horas, y han caído cinco. Todas iguales. Nada tiene sentido. De

momento, aquí no hay ni ganador ni perdedor. Bueno, nunca se sabe, de momento gana la partida él.

—Parker está muerto —dijo ella, al tanto de todo.

—Eso es lo malo. Que Parker Atkinson está muerto.

—Ten cuidado —dijo ella poniendo su mano sobre la de él. La que casi pellizcaba su cara—. El asesino podría estar cerca.

Andrew la miró a sus ojos verdes y enarcó una ceja.

—Ahora que caigo, solo veo una cosa en común entre todas ellas.

—¿El qué?

—Que todas ellas tienen unos ojos preciosos como los tuyos.

—¿Verdes?

—Tengo que irme Clarice. Cuídate.

Apartó con suavidad la mano de ella.

—Lo haré —afirmó ella con los ojos húmedos. Pero ni el miedo ni el desconcierto habían hecho acto de presencia esta vez en su rostro.

Veinte segundos más tarde la puerta se cerró de un golpe seco tras desaparecer Andrew y horadar la intensa pared de sol con su rechoncho y enorme cuerpo. La puerta repicó en el marco como un golpecito del pico de un pájaro carpintero.

—Te toca el turno Kilye —dijo la mente enferma con una voz pastosa. Sus manos estaban extendidas como los de Frankenstein mientras se dirigía hacia ella.

Kilye que estaba sentada en su cama, se echó para atrás, aplastándose los omóplatos contra el respaldo de la misma. Su corazón empezó a correr la maratón y sintió un ligero hormigueo en la cara. Audrey la miró atenta y vio

cómo su rostro era cada vez más blanco a pesar de que el maquillaje era excesivo.

—Vas a reunirte con tus amigas. El fin de la cautividad ha llegado. Al fin serás libre.

—¿No habías dicho en una ocasión que estaban en otra habitación?

—Eso lo debisteis suponer vosotras. Os doy la libertad. —El rostro de la mente enferma dibujó una cara de lástima, como si sintiera pena por ello. Como si fuera una despedida tras muchos años de amistad, recuerdos y buenos momentos.

—¡Yo no me creo nada de ti! —ladró Audrey desde su cama. Estaba sentada con los pies cruzados. Su culo aplastado estaba hundiendo el colchón después de cuatro años.

—Es normal. Os comprendo. —dijo la mente enferma mientras se acercaba a Kilye quien se apretujaba cada vez más contra el cabecera de la cama. Movi6 su mano por debajo de la almohada y lo tocó. Ella sabía qué era.

Las dos habían tramado algo y lo iban a llevar a cabo. Acertado o no, lo iban a hacer.

Enfrentarse a la mente enferma, que a cada paso parecía bailar la ruidosa ya, canción de fondo, tan repetitiva como la música estridente de un tiovivo.

—Estás mintiendo —dijo Kilye. Sus dedos habían tocado el frío metal del tenedor que se había guardado.

La mente enferma no contestó y siguió avanzando hacia Kilye. En una mano llevaba apresado, un pañuelo húmedo con un característico olor que ahora no sabían de qué se trataba. Cuando hubo llegado al borde de la cama, ante la atenta mirada de Kilye, extendió su mano derecha con la palma hacia arriba. La mezquina luz de la bombilla ni siquiera se reflejó en su piel, tan pálida como el yeso.

—Kilye. No le hagas caso —dijo Audrey desde su puesto de vigilancia. Había abierto las piernas hasta dejar una de ellas colgando en el borde de su cama como el péndulo de un reloj de pared.

—Dame la mano —acució la mente enferma, mientras movía los dedos de

forma deslavazada.

Kilye en ese momento, que tenía apesadado el extremo largo del tenedor, oculto bajo la almohada, se mordió los labios como si estuviera nerviosa. Su corazón acelerado y el sudor en su frente la delataban. Tenía los labios casi tan blancos como las sábanas. Entonces en un movimiento inesperado, sacó su mano con el tenedor empuñado como si fuera un cuchillo y lo que parecía ahora un tridente se hundió en la palma de la mano de la mente enferma. Sin embargo, no llegó a penetrar la carne ni arañarla, sino a crear un ambiente de dolor y nada más. La mente enferma se miró la mano y la escondió tras comprobar que no había sido dañada. Sus ojos se inyectaron en sangre y se vieron en ellos ese halo de la locura más espantosa que un ser humano es capaz de mostrar.

—¡Vete! ¡Vete de aquí! —gritó Kylie mientras su mano se movía en el aire, como si estuviera cortándolo con un cuchillo, pero las cuatro púas del tenedor solo hacían más que trillar el flujo del aire. Lo acariciaba.

Audrey que siempre saltaba como el aceite, permaneció esta vez intacta. Sus nervios, su adrenalina, y su estado anímico se habían relegado a un segundo puesto y sus ojos parecieron desencajarse de sus cuencas, mientras observaba el enfrentamiento. Estaba aterrorizada. Lo cual la llevó a recordar el primer día que entró en esa jodida habitación con seis mujeres ya en ella. Todas ellas con rostros enjutos y miradas tristes.

La mente enferma se pasó el pañuelo de la mano izquierda a la derecha. Y como un domador se lo mostró a Kilye.

—No seas mala —susurraba al tiempo que parecía sonreír tras todo ese maquillaje.

—¡Vete! ¡Vete!

Y el tenedor seguía arañando el aire. De repente la mano izquierda de la mente enferma le golpeó en la muñeca de Kilye y el tenedor salió disparado como un proyectil cayendo finalmente al suelo en un ruidoso tintineo. Audrey despertó del estado en el que se había refugiado y puso el pie en el suelo. La mente enferma extendió su mano derecha y le tapó la boca y la nariz con el pañuelo impregnado de cloroformo. Ese era el olor que no habían atinado a descubrir. Los ojos de Kilye bizquearon y sus gritos fueron ahogándose dentro

de su garganta poco a poco hasta que se convirtieron en un suave ronroneo de un gran gatazo.

Audrey que caminaba sigilosa por detrás de la mente enferma, se dirigió hacia el tenedor. Se agachó y lo apresó con sus largos dedos. Después se levantó y se dirigió hacia la mente enferma, pero ya era demasiado tarde.

Kilye cayó rendida sobre la almohada golpeándose al mismo tiempo la cabeza contra el respaldo de la cama. No sé escuchó ningún crujido de huesos ni tampoco brotó sangre alguna. Audrey se acercaba a la mente enferma con el brazo en alto, con los ojos demasiados abiertos y el corazón martilleando en las sienas. Estaba casi rígida. Aterrada. No se veía capaz de hacerlo y cuando su brazo bajó fue desviado por un golpe que le propinó la mente enferma, que estaba jadeando. El tenedor no salió escupido por la boca de un viejo borracho que mastica tabaco, sino que siguió en su mano prieta. Sin embargo, la mente enferma se lo arrebató en el siguiente movimiento y lo empuñó.

Un lacerante dolor en el hombro derecho, subió hasta el cerebro de Audrey que actuaba torpe y confusa. La sangre brotó como un grifo roto que pierde agua cada segundo e impregnó el camisón con un largo y delicado río de color rojo que roció el aire denso de aquella habitación, a dulce.

Kilye yacía dormida a sus espaldas

Y de las púas del tenedor caían gotas de sangre.

Audrey se había desmayado.

Andrew vio el rostro de Zoe y al mismo tiempo tuvo una visión. El rostro de otra mujer y eso le jodió bastante. Estaba igual que todas las víctimas encontradas hasta ahora. Los segundos se hacían eternos, pero el asesino actuaba con celeridad. Como si sembrara maíz en su campo. Ellas aparecían cada vez más deprisa, o mejor dicho, con menos tiempo de espera entre una y otra. Herbert no daría abasto para realizar las autopsias y siempre decía lo mismo. Para que repetirlo pensó Andrew que mientras observaba a Zoe vio a

la que reconoció como Kilye Griffin. Él lo sabía. Había memorizado todos los nombres y sus rostros. Y sabía que estaba perdiendo la batalla y la guerra entera. Sin embargo, tenía una sola esperanza. Encontrar con vida a Audrey Hanson. La última de todas.

—Esto se ha desmadrado —dijo Andrew con su grave voz y las manos metidas en los bolsillos. El sol y el viento acariciaban su calva.

—No que va. Esto es normal en CastleLakeHill —dijo Landon con un rictus en sus labios, pero de mono cabreado.

Andrew enarcó las cejas.

En el reloj marcaba la una en punto.

Pero estuvieron allí hasta las dos, sin intercambiar palabra alguna. Recogiendo pistas y preparando el cadáver de Zoe Green. Andrew iba a decirle que había visto dos vehículos más, esta vez en Gooch's Beach, en Kennebunkport, Nueva Inglaterra, pero no dijo nada.

Algo que venía haciendo hasta ahora.

Cuando Landon regresó a casa con la cabeza cabizbaja y tiró el sombrero de fieltro al sofá como si fuera una araña, en otro lugar, unas manos dejaban el cuerpo de Kilye Griffin, sobre la hierba alta que había crecido a la orilla del lago de Tom. Éste se había tragado una docena de cervezas y estaba colocado del todo sin ver más allá del agua cristalina y los árboles verdes a través de una pequeña ventana que daba al oeste del lago.

A Tom lo habían interrogado y nada más. No era sospechoso, pero era el tío con más suerte del mundo de los muertos. En lugar de adivinar, encontraba los cadáveres. Y nadie se preguntó, ¿por qué el lago de Tom?

Otra vez.

—Cariño, tienes que comer algo y relajarte. Este caso te está sacando de quicio. Lo veo en tu rostro —dijo su esposa con una mirada triste.

Landon escupió al suelo y se dejó caer en el sofá que amortiguó todo su peso sin hacer el más mínimo ruido.

—¡Es todo una mierda! —exclamó Landon.

—Landon, los niños...

—Está bien —dijo—. ¿Dónde están?

—Arriba. Jugando en su cuarto de juguetes.

—Mejor así.

Pero el rostro de Landon era todo un poema y de pronto se dio cuenta de que se había tirado sobre su sombrero de fieltro que ahora estaba pegado a su culo, aplastado y arrugado.

En el otro extremo de la ciudad, Tom salió de su cabaña tambaleándose con una lata de cerveza en una de sus manos. Rebosaba espuma y le había empapado la mano. Avanzó unos metros sobre el puente que se balanceaba y miró al agua. Esta brillaba de forma escandalosa y el sol quemaba a esas horas. Y entonces tras eructar dijo.

—Joder. ¿Otra vez?

—Y dime Andrew, ¿ves todo lo que pasa o mejor dicho, lo que sucede a tu alrededor? —Clarice le cogió su mano con ambas manos ardientes mientras el sol se colaba como una alfombra de fuego por debajo de la persiana.

—Incluso una rata. Sé que rata ha sido la que me ha hecho un agujero en uno de mis calcetines. —Andrew hizo una mueca con la boca que terminó con un rictus en los labios. Sus ojos brillaban a la luz de aquellos rayos del sol. Sin embargo, estaba algo cansado. Los tres últimos días habían sido demasiado ajetreados y todavía aún a esas horas nada cobraba sentido. Por esa parte estaba preocupado, aunque no lo demostrase en su rostro.

—¿Y no ves las suaves manos pequeñas que dejan los cadáveres de esas pobres desgraciadas?

Andrew se quedó helado como si un soplo proveniente del Polo Norte hubiera entrado por la ventana. Sus ojos casi estaban pétreos.

Sin embargo, los de Clarice estaban bien abiertos y brillantes. Como radiantes de felicidad.

—¿Qué has dicho?

—Exactamente lo que has odio —repuso ella, apretándole más la mano.

Las fotografías de aquellas mujeres y de Parker, también él, estaban retorciéndose de dolor allá en la pared desconchada y oscura. Eran como unas almas que caminaban en pena a la espera del juicio final. Era como si hubieses recobrado aquella vida que alguien les arrebató después de la instantánea. Como si ahora fueran seres vivos o llamas que se estaban apagando por un jarro de agua fría.

—¿Por qué hablas de unas manos pequeñas y suaves? ¿Acaso sabes quién es? ¿Me estás ocultando algo? —Andrew hablaba con el corazón palpitándole en la punta de la lengua y en su frente se habían formado decenas de arrugas imperfectas bordeadas por el sudor. Ahora la estaba mirando con extrañeza. Con una mirada profunda.

Ella no contestó de momento. Dejó de apretarle la mano y el cálido calor de sus dedos se disiparon en el aire como si se hubiera quitado un guante en medio de la nieve. Se puso en pie pues había estado de rodillas y se dirigió hacia la pared donde la esperaban ansiosas, todas aquellas fotografías que parecían extender unas manos a través de ellas para agarrarla.

—Vamos Andrew. Concéntrate y di que ves ahora —Clarice había cambiado la modulación de su voz. A Andrew le pareció escucharla algo más grave, casi ronca incluso.

Le estaba desafiando con su mirada verduzca y su sonrisa maravillosa. Su silueta casi diminuta pero estilizada parecía danzar entre la penumbra de aquella pared donde los rayos del sol no llegaban. Andrew estaba sentado en su silla justo delante de su mesa, pero en el otro extremo del despacho. Clarice había hecho el recorrido de tres metros en dos suaves pasos resbalando sobre el linóleo.

—¿Qué insinúas Clarice? ¡Déjate ya de bromas! —Andrew se sacó el

pañuelo ya amarillento del sudor seco y se lo llevó a la frente. Su semblante era serio y solo estaba desconcertado, pero no tenía miedo a pesar de que su corazón se volcase ahora hacia un precipicio. No quería pensar en nada. Sencillamente quiera saber. Escuchar y nada más.

—Tantos poderes y no has sido capaz de ver las pequeñas manos cubriendo de pétalos esos bellos desnudos cuerpos de las que fueron entregadas a la naturaleza, para formar parte de la belleza de ella.

—¿Qué?

—Todavía queda una, Andrew, ¿o debería llamarte Tom?

—¿Es Tom?

—Frío, pero te estás acercando. —Clarice se apoyó en la pared y sintió el desnudo frío de ella—. Todavía puedes salvar a la última, ¿o quizá no? Quién sabe.

—¡Estás delirando Clarice! Todo esto te ha venido muy grande...

—¡No! Vosotros, la sociedad sois los culpables. Habéis forjado un prototipo de mujer. De belleza. De insinuación. De perfección y deseo lujurioso.

—¿Qué tiene que ver esto?

—¡Todo! —exclamó ella llevándose la mano derecha a la boca. El dedo índice empezó a jugar con sus labios.

—¡No entiendo nada! ¡Por Dios Clarice, reacciona! —gritó Andrew con el impulso de levantarse y caminar hacia ella para abrazarla. Sentía que estaba pasando por una fuerte crisis emocional. Pero no lo entendía. Nunca se dio cuenta de nada. Y ella siempre estuvo al lado de él.

—Los cánones de la belleza son siempre los mismos. Pasa una chica con los ojos más bonitos del mundo y dos tíos sin escrúpulos giran sus jodidas cabezas hasta descoyuntarse. Sus miradas son viciosas, mientras que a mí me ven como a un bicho raro.

—¿Raro? —Andrew había asociado esta última palabra al sexo masculino—. ¿Qué eres?

—Mírame y no digas nada. —La voz de Clarice sonaba casi como un susurro. Sus manos comenzaron a desabrocharse el vestido, mejor dicho, sus dedos.

Andrew estaba boquiabierto.

—¿Qué vas a hacer? Si pretendes que haga algo contigo, sabes que podría ser aberrante. Soy demasiado viejo para ti...

—Solo quiero saber si sientes celos de mí —le cortó Clarice. El vestido estaba ya a la altura de su cintura y dos hermosos pechos erectos formaban parte del espectáculo. Sus ojos seguían brillando y los de Andrew querían apartarse, pero seguía viéndola. Se estaba desnudando.

—¿Celos? No sigas desnudándote por favor. —Andrew cerró los ojos cuando el vestido resbaló desde la cintura hasta los tobillos. Al abrirlos, la vio en bragas.

Unas bragas rosas con encaje.

—¿Sabes por qué no me quise quitar las bragas cuando me chequearon el día del supuesto ataque?

—¿Supuesto?

—Me lo inventé todo Andrew. No quise quitarme las bragas en la consulta de aquel asqueroso médico por una simple razón.

—¿Cuál? —El corazón de Andrew estaba desbocado como un caballo en una carrera. Temía que de un momento a otro le estallase allí dentro, como un motor que deja de funcionar de repente.

Ahora el experimentado señor Andrew. El de los poderes mentales. El de su larga trayectoria cosechando éxitos sin temblarle el pulso. El que todo lo descubría, había tomado el papel de víctima. Y en aquellos momentos parecía que había regresado a sus dieciocho años.

Clarice introdujo sus dedos en el encaje de sus bragas y empezó a tirar hacia abajo. Se estaba quitando las bragas y su sexo estaba afeitado, como el culo de un bebé. Rosa y... Pero había algo que no concordaba.

Andrew se dio cuenta de ello sin utilizar sus dotes.

Era una polla.

—¡Sí, Andrew! Durante algún tiempo fui un hombre y fui objeto de burlas por qué caminaba más del otro lado que de este. ¿Me entiendes? Entonces observé que a las chicas más guapas las respetaban. Incluso las veneraban. Las deseaban. Entonces decidí dar un giro a mi vida, porque yo me sentía atrapado en un cuerpo equivocado. ¿Sabes a lo que me refiero?

El pañuelo de Andrew se restregaba una y otra vez sobre la superficie de su frente húmeda y los pómulos. Asintió con la cabeza.

—Sé en qué consiste ese tipo de problemas. Tiene que ver más con la mente que con el cuerpo —explicó Andrew algo más sosegado. Sabía ya a lo que se estaba enfrentando.

—Te equivocas. No has pasado por esto y por eso no lo entiendes. Ningún Psiquiatra entiende esto...

—Grayson es mi Psiquiatra por si te interesa saberlo y créeme, está peor que yo. Bueno eso ya lo sabes creo.

—Dejémonos de tonterías. ¡Mírame! ¡Mírame bien! —gritó Clarice al tiempo que ponía los brazos en cruz y cruzaba las piernas. Tenía cintura de mujer, pechos de mujer y la piel suave, pero la enorme polla seguía colgándole como un trozo de manguera inerte, flácida, por delante del escroto.

Andrew se quedó una vez más entre el desconcierto y la curiosidad.

—Veo que eres un...

—¡Un transexual! —exclamó Clarice interviniendo como un corte de mangas. Como si cortara la palabrería de Andrew con un cuchillo si esto fuera una gruesa cuerda que saliera de su boca.

Andrew arrugó más la frente e hizo amago para levantarse de la silla y taparle con la gabardina, aquel extraño sentimiento que sentía por ese cuerpo. Pero no lo hizo. Solo se limitó a ponerse de pie y a secarse el sudor de la cara.

—Solo puedo decirte que me has decepcionado. Me siento engañado al margen de tus inclinaciones sexuales. ¿Qué más me tienes que decir? ¿Has sido tú la que has secuestrado a esas chicas y ahora les has arrebatado la

vida? ¿Eres tú Clarice?

Había acertado. Premio para el caballero.

Clarice asintió con la cabeza.

—Yo lo hice todo solo. O sola. Por una razón gratificante para mí. — Ahora Clarice hablaba en femenino ante la atenta mirada de Andrew que empezaba a bordear su mesa lenta y oficiosamente.

—¿Por qué has hecho todo esto?

—Ya te lo he explicado.

—Tápate ese rabo —ordenó Andrew con su voz socarrona. Estaba dominando la situación. Lo sentía. Sabía que de un momento a otro, todo acabaría, pero quedaba una mujer. La había visto de forma difusa en esos momentos en las que su mano tocaba los montones de papeles. No sabía decir si la mujer tenía los ojos abiertos o si estaba en cuclillas, esperando.

—¿Ves? Ese desprecio es lo que más me duele. —Clarice se cogió el pene con una mano. La derecha. Y se la mostró en tres dimensiones. La lengua dorada que se filtraba por debajo de la persiana la encumbró con una capa luminosa.

Y el filo del bisturí atrapado en la otra mano, reflejó un brillo como la de un diamante.

—¿Qué vas a hacer? —Andrew coló sus dedos entre la lengua del cajón y tiró hacia afuera con sutileza. Quería coger su revólver.

La hoja del bisturí acarició el pene flácido y un hilo fino de sangre brotó de la piel sonrosada de su atributo.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Andrew anticipándose a lo que pretendía hacer Clarice con su pene. Los dedos rechonchos tocaron el frío tacto del arma de fuego. Su corazón se estaba acelerando de nuevo de forma inquietante. Quiso concentrarse un poco más, pero no vio nada. Solo oscuridad y le sobrevino un fuerte dolor de cabeza.

—Yo soy divina y me falta completarme. —Aquella reflexión de Clarice le sonó a desvarió a Andrew quien pensaba que estaba delante de una mente enferma.

—¿Por qué las has tenido en cautiverio, las has cuidado y ahora las matas?

—Por celos. Todas ellas eran hermosas. Y la belleza de esas mujeres no puede estar por encima de mí. Sin embargo, las pongo bellas y se las entregó a la naturaleza, desnudas, para que su piel se purifique con el contacto de las hermosas flores y el sol acaricie sus rostros. Solo así logro quitarme los celos de encima. Porque la belleza soy yo. Al final yo solo yo.

—¿Y qué pasa con sus ojos?

—Todos son verdes y deben estar en lo más profundo de sus gargantas, para que no puedan ver la belleza de la naturaleza. Para que ya no puedan observar toda mi belleza.

Los dedos de Andrew estaban alzando el arma de fuego, lentamente y el filo del bisturí seguía acariciando aquel pene que no paraba de sangrar de forma alarmante. Sin embargo, Clarice sonreía y gozaba. Para ella, estaba a punto de transformarse del todo. Andrew por su parte se hacía todo tipo de preguntas; los celos, Tom, la belleza y los ojos. ¿Pero, y los coches abandonados tan lejos del lugar?

Eso había sido un azar de Clarice. Nada más que eso. Un juego para despistar. Era decepcionante. Solo le había causado dolores de cabeza. Nada más que eso. Ahora ya sabía la verdad y tenía que terminar de algún modo, pero estaba la última de las mujeres. Su rostro se dibujaba ahora algo más claro, pero seguía sin ver sus ojos. Todo había sucedido tan deprisa en las últimas veinticuatro horas que le hacían marearse. Pero fue muy rápido desde el principio y todo estaba a punto de acabar después de tres días frenéticos. ¿Y la séptima mujer? Todavía había que hacer fondo en una carrera más frenética. Tenía que encontrarla. Si pudiera ser; viva. ¿Y qué significaba el cabello azul? Había tantas preguntas y tan pocas respuestas. El arma sobresalió del cajón. Su dedo índice estaba intrínseco en el hueco del gatillo. Estaba a punto de suceder, mientras el bisturí jugaba con la polla de ella y sangraba. Era como una manguera de agua rajada por varios sitios. Salvo que no era agua, si no sangre, y el olor dulce inundaba el aire del despacho, mientras ella sonreía y dejaba a un lado las muecas del dolor. ¿Acaso no sabía que si se cortaba el pene, podría morir? ¿Entonces de que le habría servido hacer todo esto? ¿Qué sentido tenía? Sin lugar a dudas solo lo podía responder una mente enferma.

Y espantosa.

—No pienses en la séptima mujer, por qué la sexta ya está entregada a la belleza de la naturaleza. Donde siempre. Donde debieron estar siempre. — Clarice había domado el tono de su voz hasta parecer rasgada y tenebrosa.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Demasiadas cosas, te estoy contando ya.

Entonces la mano de Andrew alzó la pistola encañonándola sin titubear.

—Y ahora responde. ¿Por qué el pelo azul?

Clarice no abrió los ojos de forma desmesurada al ver el infinito vacío del cañón del arma. Una Glock que había adquirido por unos setenta y cinco dólares.

—El cabello azul representa la belleza, la entrega al cielo a la naturaleza, pero es un túnel que le lleva a subir al cielo y encontrarse con ella.

—¿Ella?

—La naturaleza. No estás en nada de lo que te digo —explicó Clarice y con la polla todavía en la mano y el bisturí en la otra, seguía haciéndose cortes que manaban sangre a borbotones. Debajo de los dedos de sus pies había un charco de sangre.

—Soy muy bueno disparando.

—Y yo soy buena jugando. Intenta salvar a la última mujer en lugar de apuntarme con es ridícula arma. Bueno, creo que será mejor que veas la bonita que he puesto a la sexta mujer. Está exuberante. Seguro que el borracho de Tom ya la ha encontrado.

—¿Lo sabes todo! —jadeó Andrew y su pulso comenzó a temblarle. Estaba sudando copiosamente y deseo que aquella bastarda de mujer que apareció en su vida como una víctima perseguida, se cortara la polla, por qué en el fondo era un hombre y en un enfermo mental.

—Claro que sí, estuve a vuestro lado en todo momento.

—¿Y cuándo actuabas?

—Piensa un poco y adivinaras. ¿No tienes un don?

—Sí, el de matar —ladró Andrew acercándose a ella.

La sangre chorreaba piernas abajo y el charco se hacía cada vez más grande a sus pies. Era como un lago más en CastleLakeHill, pero este era rojo. Y Andrew deseó con todas sus fuerzas que se la cortase y se desangrara totalmente allí mismo, delante de sus ojos. No es que estuviera en contra de los transexuales, ni de sus pensamientos, ni tan siquiera de sus inquietudes. Estaba en contra de lo que había hecho con esas pobres mujeres.

—Bueno, la palabra muerte suena un poco extraño, ¿verdad? —Clarice estaba tratando de ganar tiempo y Andrew no sabía por qué lo hacía.

—Vamos Clarice, llévame al lugar donde están las últimas dos mujeres — le ordenó Andrew moviendo el cañón como si fuera un puntero.

Clarice dejó caer el bisturí al suelo, que sonó con un clinc clanc metálico.

—Adelante —dijo abriendo sus brazos con las manos ensangrentadas y la polla colgándole como la trompa de un elefante herido.

El cañón, frío y duro, empujó la sien de ella. Tras esa Glock un dedo que pensaba por si solo; ¿presionaría el gatillo ahora o lo haría más adelante? ¿Cuándo?

—Vamos. Vístete y salgamos de aquí a vivir una bonita experiencia — jadeó Andrew con la frente arrugada como un cartón húmedo. Sin embargo, ahora veía dos rostros y una caja de cartón de color rosa, con un lazo blanco. Aquello le inquietó hasta tal punto que pensaba que iba a volverse loco.

Con la mano izquierda rebuscó en su bolsillo de la gabardina y sacó el teléfono móvil. Sin apartar la vista de ella y de mantener presionado el cañón del arma en su sien, buscó el contacto de Landon. El dedo pulgar se desplazó hacia el botón de llamada.

Tras dos tonos, una voz cabreada contestó.

—¿Qué quieres Andrew?

—Tengo a la asesina.

—¿Asesina?

—Sí.

—Andrew, me ha llamado Tom. Nos ha salido otro grano en el culo.

—Tenemos que salvar a la última mujer. Audrey Hanson. Quizá esté aún viva. Espero que nos diga dónde está. La tengo encañonada y me dirijo hacia el lago. Estaré allí en diez minutos.

Y colgó.

95

—¡Joder! ¡Joder! ¡La ha puesto en el mismo sitio que la anterior! — Landon estaba desatado en un brote de cólera. Dio un puntapié al suelo e inmediatamente se elevó una pequeña nube de polvo. El sol era copioso, pero ya estaba preparándose para su trayecto final hacia las montañas rocosas.

Entonces el rugido de un motor le hizo girarse y ver a través de las destellantes luces azules y rojas de sus coches patrulla. Era un vehículo que parecía una silueta evaporándose bajo el aire caliente de la atmósfera. Se difuminaba y dibujaba un abstracto absurdo, después se convertía en un coche. El ronroneo, como si el motor estuviera cabreado, a decir verdad, acelerado, se iba escuchando cada vez más y más fuerte, hasta el punto de que Landon, su ayudante Kevin y sus cuatro hombres de confianza se fijasen solamente en aquel vehículo que venía a toda prisa.

Lejos de estar fuera del círculo de la furia, Landon se propuso adivinar quién era el bólido que se estaba acercando. Entonces abrió sus ojos y se quitó el sombrero de fieltro. Había reconocido el coche; un Ford Mondeo de color azul, que brillaba por todos lados, pero no había visto así a Andrew conducir de esa manera. El humo azul que escupía el tubo de escape se dispersaba en el aire hasta convertirse en una neblina y al final, unos faros encendidos, brillaron como dos ojos inquisidores cuando se acercó lo suficiente como para pisar el freno.

Las ruedas chirriaron en el asfalto y después en el camino de tierra, pues giró hacia la derecha y el polvo se elevó como si allí hubiera explotado una

bomba. El Ford derrapó y entre el hueco de la ventanilla se pudo ver el cabezón de Andrew con la mirada puesta en el morro del vehículo mientras estaba agarrado al volante como si de ello dependiera su vida. Tenía los labios encogidos, en una fatal mordedura que le hizo sangra mínimamente, pero saboreo la sangre casi viscosa. Al fin el coche se detuvo y el chirrido de las ruedas, se ahogaron con un impacto final sobre la tierra. Aquel ruido era muy conocido por los agentes que estaban mirando atónitos la escena.

Detrás de Landon, el cuerpo sin vida de Kilye, mostraba todos sus atributos en medio de una marea de pétalos y tenía los ojos bien cerrados.

—¡Hay una esperanza! —gritó de repente Andrew mientras abría la portezuela y extendía la mano derecha con algo negro al final de ella. La Glock que apuntaba a la cabeza de Clarice.

Landon al ver aquello sacó su arma reglamentaria como un forajido del oeste. Estaba apuntando a Andrew y sin temblarle el pulso. Kevin que estaba detrás formo un O mayúscula en su boca y sus ojos se agrandaron pese al sol que le daba de frente. Los demás agentes se quedaron estupefactos ante el escenario, pero quietos, casi inmovilizados, incapaces de reaccionar.

—¡Andrew! ¡¿Que está haciendo?! —Su voz se escuchó a varios metros a la redonda produciendo un eco entre el agua del lago y la hierba alta de la orilla.

—¡Es ella! ¡La asesina es ella! ¡Ya te lo dije por teléfono!

Clarice tenía mal puesto el vestido y sus piernas estaban totalmente cubiertas de sangre e iba descalza. Su rostro tenía una mezcla divina de perturbación y locura.

—¡Está llena de sangre! Andrew, ¿qué le has hecho?

—¡De momento nada!

—¿Y esa sangre?

Landon seguía apuntando con su arma reglamentaria a Andrew; en el pecho y éste a su vez oprimía el cañón de su arma en la sien de Clarice que empezó a reírse.

—No me lo preguntes Landon —jadeó Andrew—. Ahora no. —Su voz

había bajado de volumen y se acercó a Landon arrastrando a Clarice por un brazo mientras ella miraba en derredor, a todos y mostraba su feo aspecto de señorita malvada.

—Señor, es la joven que denunció al presunto asesino. Ella fue una víctima...

—¡Calla! —le cortó Landon a Kevin mostrándole los dientes como si se tratara de un perro rabioso, pero sin espuma todavía en la comisura.

—Ha sido ella. Me lo ha confesado. Ha estado riéndose de mi todo este tiempo —explicó Andrew ya a un metro de Landon que seguía sosteniendo firme su arma—. Ha actuado en cuanto nos despistábamos. Al menos yo.

—¿Y esa sangre? Sabes que no podemos hacer nada si no es defensa propia. Te puede caer la del pulpo.

—Trató de cortarse el rabo.

—¿Qué?

Todos se quedaron boquiabiertos.

—No es una mujer todavía. Aún tiene polla y trató de cortársela dentro de mi casa.

—¡Joder! ¿Es eso verdad señorita? —Landon no recordaba su nombre. No ahora mismo.

—Estoy en la fase final para convertirme en la más bella mujer de esta ciudad de amargadas —acució Clarice. Sus ojos, su mirada, eran todo locura siniestra.

Landon dejó de estar tenso y su corazón bombeó más despacio. Empezó a bajar el arma.

—Esta mujer, bueno, este hombre transexual o lo que quiera que sea exactamente, ha actuado por culpa de los celos. Y además yo creo que es una perturbada y que tiene serios trastornos de personalidad. Les pinta el cabello azul a todas ellas por qué dice que pasan a formar parte de la belleza de la naturaleza. Todos los demás, han sido pistas falsas. Me refiero a lo de los vehículos y la ropa de Parker que hace cuatro años contenía ADN de estas mujeres. Debió tirárselo por detrás en una de sus noches locas antes de hacer

todo esto. —Cuando terminó, el propio Andrew se había quedado impresionado de su perorata.

—Está bien. Le creo. Ahora todo encaja, pero ¿dónde está la séptima mujer?

Clarice se echó a reír como una descosida.

—Donde están sus ojos verdes. Todas tenemos los ojos verdes. ¿No se habían dado cuenta? —La voz de Clarice tras la carcajada sonaba ahora quebrada y rasgada.

Andrew apretó más el cañón en su sien y el dedo índice tembló ante el gatillo.

—¡No Andrew! No puede dispararle.

—Pues estoy deseando hacerlo —confesó Andrew. Landon no lo reconocía. Estaba encolerizado y algo loco. Como ella, pensó.

—Lo que importa ahora es descubrir donde está la última mujer. —Landon buscó los ojos de ella—. ¿Dónde la tiene escondida?

Clarice hizo un gesto con la cabeza.

—Se entra por el final del camino y la gruta está justo debajo del viejo Tom —Y empezó a sonreír de nuevo, mientras aquella sangre no cuajaba y producía un charco en la arena. Parecía la regla.

Tom que estaba al lado del cuerpo de Kilye la buscó con la vista y masticó el tabaco que tenía en la boca, antes de escupir en el agua. Tan grande fue el gargajo que pareció que había tirado una piedra en la orilla que se llenó de ondas circulares y silenciosas.

—Y yo sin saberlo —se quejó.

—Tú no tienes la culpa Tom —dijo Landon ladeando la cabeza un instante para ver su silueta encorvada.

—Bueno Clarice o como quieras que te llames en realidad. ¿Por qué no nos llevas a mí y a Landon al lugar donde está la última mujer? —Andrew enarcó la ceja derecha y su frente que sudaba copiosamente, parecía un mar de dunas.

—Deja de hacerme daño con ese puto arma y os llevaré a donde esta ella —dijo Clarice en un tono más pausado. Sin embargo, sus ojos brillaban de locura. Todavía seguían brillando de esa manera.

—Adelante señorita de los cojones —susurró Andrew y dejó de presionar con su arma.

Clarice respiró hondo y empezó a caminar hacia el camino a punto de horadarlo y pasar justo al lado de Kilye, quien ya había sido entregada a la bella naturaleza, con los ojos dentro de su garganta.

Los cincuenta metros se hicieron eternos y al fin se vislumbró una entrada como la de una gruta o una cueva, bordeada de hierbas altas de un brillante verde y los colores de muchas especies de flores que impregnaban el aire con distintos aromas.

—¡Vosotros, seguid con vuestro trabajo! —había exclamado Landon antes de iniciar este viaje.

Clarice entró primero por la boca abierta de lo que parecía un Dragón. Ella no se agachó, pero Landon tuvo que agacharse un poco para no toparse con el techo de la entrada. Andrew también lo hizo. El túnel o lo más parecido a un pasillo iba cuesta abajo y cada vez el aire era más caliente y pegajoso. A su vez, había moho en las paredes y pequeñas gotas de agua resbalaban, piedra abajo en un chapoteo continuo.

—Joder. No sabía que existía esto —dijo Andrew realmente impactado—. Una cueva bajo el lago.

—Mi hogar —rectificó Clarice con una melosa voz. Parecía que los dos cañones de las armas se habían olvidado, pero seguían ahí, apuntándole, aunque en estos momentos no le entraba la flojera a ninguno de los dos en el dedo índice.

Tras un interminable tiempo de espera llegaron a una puerta de hierro oxidada. Andrew y Landon se miraron mutuamente mientras Clarice volvía a sonreír de nuevo.

—Esta es mi casa —dijo—. Si se dan prisa, a lo mejor la pueden encontrar viva.

Landon cogió la barra de hierro oxidada que hacía de pestillo y la desplazó hacia un lado produciendo un chirrido cruel, que les produjo tiricia a ambos. Después empujó la puerta con la puntera de la bota y esta chirrió aún más al abrirse. Nada más hacerlo, una suave música ascendía desde las profundidades.

Era la jodida canción «Life In Mono» que no había dejado de sonar en los últimos tres días, desde que comenzó todo aquello. Ellos no reconocían esa canción, pero Clarice empezó a mover sus estrechos hombros mientras que un pecho sobresalió de un lado del vestido.

Avanzaron un poco más y entraron en una habitación iluminada de rojo.

—¿Pero... qué coño es esto? —Landon miraba por todos lados y el reflejo rojo esquivaba todos los elementos que habitaban en aquella habitación; pelucas, peines, espejos, vestidos.

—Aquí es donde yo me encuentro —explicó Clarice ahora con el cañón justo a un milímetro de su cabeza. Era Andrew que estaba empezando a ponerse nervioso otra vez. Había visto el rostro de Audrey con los ojos cerrados y eso no le sentó nada bien.

—¿Qué? —Landon se quedó desconcertado.

—Déjala. Esta loca —acució Andrew.

Los tres entraron en la habitación y la música era la anfitriona nada más entrar allí. Los altavoces estaban oscilando como descosidos y el sonido respondía en las piedras de las paredes.

—¿Aquí hay electricidad? —Landon tuvo que gritar para ser escuchado.

—¡Apaga eso, joder! —masculló un Andrew cada vez más cabreado.

Clarice caminó hacia el reproductor MP3 y pulsó el botón de Stop. Era la primera vez que lo había hecho en tres días. Su rostro advertía ahora que se encontraba vacía y a la vez triste; desmotivada. Sus hombros dejaron de moverse al son de la música que había desquiciado a todas aquellas mujeres desde el primer día.

—¿Dónde está ella? —Le preguntó Landon inquieto.

Ella señaló con la barbilla otra puerta de hierro todavía más oxidada que

la anterior. Ésta, estaba justo enfrente de los altavoces. Las demás formas, no tenían puertas, excepto la del final. La de la cámara al vacío.

Landon se acercó a la puerta y volvió a realizar lo mismo que la vez anterior. Andrew se tapó uno de los oídos y apretó los dientes. Landon hizo una mueca con los labios. La puerta se abrió lentamente con el chirrido de fondo. La humedad era palpable y el silencio empujaba por salir de aquella habitación en la que ya se discernía varias camas.

Clarice señaló una de ellas.

Estaba oculta.

Landon avanzó un paso y la vio. Su cara lo dijo todo.

Andrew se puso nervioso y el dedo índice empezó a temblar sobre el gatillo.

—Dejadla descansar —dijo ella sonriendo y chorreando sangre entre las piernas. Estaba empezando a marearse por la gran cantidad de sangre perdida, pero eso le importaba un bledo a Andrew quien se asomó por delante de Landon ahora. Sus ojos se nublaron y la vio inerte, con los brazos extendidos, la boca cerrada y los ojos también, cerrados; tumbada sobre su cama. Mirando al techo con unos ojos inexistentes, como si esperase algo más.

De pronto el corazón de Andrew martilleó en las sienes y el cañón que había dejado de apuntar a la cabeza de Clarice volvió a hacerlo de nuevo y después bajó el arma.

—¿Qué es eso que hay ahí encima? —Andrew señaló una caja roja con un lazo blanco. Era la caja que había visto en su visión, salvo que le pareció que era rosa.

—Ábrela y lo descubrirás —dijo Clarice a punto de desmayarse. Ya había perdido demasiada sangre.

Landon la sujetó del brazo al ver que se tambaleaba como una peonza.

—Eso puede ser una bomba —dijo Andrew como si hubiera ladrado en lugar de haber expresado con palabras la frase—. No me fío de ti. Ya no. Puse toda mi fe en ti y me has traicionado. Te has reído en mi cara.

Los ojos de Clarice estaban empezando a entornarse, pero seguía en pie.

—No es una maldita bomba. Yo no sé hacer ese tipo de cosas —explicó ella con una voz casi ininteligible.

Una rata cruzó la habitación arrastrando su fea y larga cola por el suelo. Landon hizo una mueca con la cara. Andrew por su parte se acercó a ella, a Audrey Hanson. Y por supuesto, a la caja. Tenía el arma apuntando al suelo. Sus pasos se escuchaban como gotas de agua cayendo del techo húmedo.

Cuando llegó a la mesita en donde estaba la caja, miró de reojo el rostro de Audrey y después a la caja. Extendió su mano derecha, pues había dejado el arma en un hueco de la cama de Audrey y cogió la caja, que era francamente pequeña. Su corazón le palpitaba ahora como un gran sapo en la punta de la lengua. Hinchando su cuello verduzco. Con la otra mano apresó la cinta y tiró de ella. El nudo se deshizo fácilmente y la tapa quedó libre. Con el corazón ya fuera de sí, decidió abrir la caja con mucha cautela. Demasiada. Y cuando retiró la tapadera, los vio dentro.

—¿Qué pasa Andrew? —preguntó Landon desde la puerta, mientras ya sostenía el cuerpo de Clarice casi al borde del desmayo.

—Sus ojos. ¡Son sus ojos! —gritó Andrew y volviéndose hacia Clarice, primero cogió el arma y después se abalanzó sobre ella.

Landon había levantado una mano con los dedos abiertos y había gritado.

—¡No lo hagas Andrew! ¡No lo hagas!

Pero el ruido fue atronador. Miles de gotas de sangre se dispersaron como proyectiles hacia todos lados junto a trocitos de huesos astillados y masa encefálica. El boquete abierto en la cabeza de Clarice, permitía ver toda la locura de ella en un cerebro hecho añicos. La cara de Landon se vio salpicada de sangre y el cuerpo de Clarice con los ojos blancuzcos, perdiendo todo el brillo verde en ellos, se desplomó al suelo en un seco golpe.

Le había disparado a la cabeza.

Landon buscó los ojos de Andrew, que se mostraban oscuros en esos momentos y no dijo nada.

—¿Qué has hecho Andrew?

—Lo que tenía que haber hecho mucho antes —contestó Andrew—. ¿Sabes a donde voy ahora?

—No.

—Al Psiquiatra. Necesito hablar con Grayson y me beberé una cerveza y por qué no, me fumaré un cigarrillo detrás de otro, hasta que me exploten los pulmones.

—¿Sabes por qué les tintaba de azul el cabello?

—Por el color del cielo.

—¿Qué has hecho Andrew? —Volvió a preguntar un Landon con la cara manchada de sangre y los ojos como platos.

El detective no contestó y abandonó la habitación lenta y oficiosamente, dejando atrás toda la locura mental de una mente enferma, que debió de morir el primer día que nació. Mientras tanto, vio algo más.

Era el cura oficiando una misa por ella.

Y el detective Andrew se enfurruñó tanto que soltó un bufido. Su obstinada determinación, su furia implacable.

Era la primera vez que perdía.

FIN

Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontré la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. Ya he publicado en Amazon “Los inicios de Stephen King”, “La caja de Stephen King”, “La historia de Tom” la saga de zombis “Infectados”, “Miedo en la medianoche”, “Toda la vida a tu lado”, “Arnie”, “Cementerio de Camiones”, “Siete libros, Siete pecados”, “La casa de Bonmati”, “El vigilante del Castillo”, “El Sanatorio de Murcia”, “La maldita calle de Inglés”, “El frío invierno”, “Otoño lluvioso”, “La primavera de Ann”, “El maldito callejón de Inglés” y “Tú morirás”. Pero no serán las únicas que pretendo publicar. Hay más. Mucho más.